

A woman in a traditional Japanese kimono with a red and white floral pattern and a dark red obi stands with her back to the camera in a long, straight row of cherry blossom trees. The ground is covered in fallen petals. The scene is brightly lit, suggesting a sunny day.

**KYUNG-SOOK SHIN**

**PRIMAVERA  
HELADA**

Grijalbo | Narrativa



Grijalbo | Narrativa

**KYUNG-SOOK SHIN**

**Primavera helada**

Traducción de

Matuca Fernández de Villavicencio

[www.megustaleerebooks.com](http://www.megustaleerebooks.com)

*¿Quién llora allí, sino el simple viento, en esta hora solitaria, con diamantes extremos?...*  
*Pero ¿quién llora, tan próximo a mí en el momento de llorar?*

PAUL VALÉRY,

*La joven Parca*

# Prólogo

## *¿Puedo ir a verte?*

ERA LA PRIMERA LLAMADA que recibía de él en ocho años.

Reconocí su voz al instante. En cuanto terminó de decir «Hola», le pregunté: «¿Dónde estás?». No respondió. Ocho años. No era poco tiempo. Si lo contara en horas obtendría un número inimaginable. Digo que eran ocho años, pero en aquel momento, en una reunión multitudinaria por un motivo olvidado hace tiempo, pasamos el rato evitando mirarnos, hasta que llegó el momento de irse y solo entonces nos dimos brevemente la mano. Eso fue todo.

No recuerdo dónde ocurrió. Solo que era pasada la medianoche, en verano, y que nos hallábamos delante de una pronunciada escalera en algún lugar de la ciudad. Fui yo quien se aproximó y le cogió la mano. Cerca debía de haber un puesto de fruta, porque el olor que flotaba en el aire húmedo me recordó a una ciruela al morderla. Asirle la mano y soltársela fue mi manera de decir adiós. Para entonces, independientemente de lo que él estuviera pensando, yo atesoraba en mi interior las palabras que deseaba decirle, como si fueran perlas. No me veía capaz de pronunciar las palabras «Adiós» o «Hasta luego». Como cuando se rompe un collar y las cuentas salen disparadas hacia el suelo, tenía la sensación de que si abría la boca y pronunciaba aunque solo fuera una palabra, todas las demás palabras contenidas la seguirían y saldrían sin impedimento alguno. Como yo seguía aferrada a los días en que nos habíamos conocido, temía que si empezaba, no podría parar, pero mi rostro fingía serenidad. No quería ensuciar aquellos días en que nos habíamos encontrado y apoyado el uno en el otro.

El tiempo no ha sido justo ni fácil para nadie, ni ahora ni ocho años atrás. Cuando le pregunté sosegadamente «¿Dónde estás?» pese a no haber sabido nada de él en ocho años, comprendí que ya no me aferraba a las palabras que no había podido decirle entonces. Y que no estaba fingiendo naturalidad para contener las emociones agitadas que aún quedaban. Cuando le pregunté «¿Dónde estás?», lo hice con calma. ¿Adónde habían ido a parar todas esas palabras que me habían hecho caminar sin rumbo, llena de dudas y tristeza? Todos esos sentimientos amargos, ese dolor que me había perforado el corazón como la lanza de un cazador cada vez que me quedaba sola, ¿adónde habían ido para que ahora pudiera actuar con tanta serenidad? ¿Es esto la vida? ¿Es por eso que el paso implacable del tiempo constituye una maldición pero también una bendición? En aquel entonces, cuando estaba atrapada en la fuerte corriente y no podía escapar, alguien cuyo nombre he

olvidado me dijo «También esto pasará», e imagino que esta era la prueba. Son las palabras justas tanto para el que sufre como para el que vive en la abundancia. Al primero le da fuerzas para aguantar; al segundo, para ser humilde.

En el espacio que se extendía entre los dos teléfonos, entre él y yo, el silencio se alargó. Caí en la cuenta demasiado tarde de mis malos modales. Ni tan siquiera le había dicho un breve «Hola». Era extraño. No me salía decirle algo como «Ha pasado mucho tiempo» o «¿Cómo te ha ido?». Puesto que era yo la que, después de ocho años sin hablarnos, me había saltado el saludo y le había preguntado directamente dónde estaba, lo imaginé desconcertado. Aun así seguía sin poder preguntarle «¿Cómo te ha ido?». En realidad, solo puedes preguntar «¿Dónde estás?» nada más descolgar el teléfono cuando se trata de alguien a quien ves con frecuencia. Sin embargo habían pasado ocho años, y él estaba al otro lado del teléfono y yo a este. El tiempo siempre apremia, pero si en mi juventud hubiera sabido que no hay día que se repita, tal vez las cosas habrían resultado de otro modo. Si lo hubiera sabido, una persona no se habría marchado y puede que otra siguiera viva. Ojalá hubiera sabido entonces que cuando crees que todo ha terminado, algo nuevo comienza.

Me volví hacia la ventana.

Mientras el silencio se imponía entre los dos, la luz invernal de la mañana inundaba la estancia. El parte meteorológico del día anterior había anunciado nieve, pero no parecía que fuera a nevar. Era temprano, la hora en que aún predomina la luz de la aurora, la hora en que dudarías antes de telefonar a una persona que no es de la familia o de mucha confianza. Las llamadas a esas horas de la mañana o son muy urgentes o son malas noticias.

—El profesor Yun está en el hospital.

—...

—Pensé que debía decírtelo.

Cubrí el auricular con las dos manos. Parpadeé atónita y aparté la mirada de la ventana. «Pensé que debía decírtelo.» Las palabras bailaron frente a mis ojos como copos de nieve. Me concentré en su voz, como si me aferrara a sus palabras, y fui cerrando los ojos hasta que fueron solo dos rendijas. Para mi sorpresa, en los estores se proyectaban las sombras de copos de nieve.

—Por lo visto lleva tres meses en el hospital.

—...

—No creo que le quede mucho.

¿Tres meses en el hospital? Se me escapó un largo suspiro. Por un instante sentí cierto resentimiento hacia el profesor, pero enseguida desapareció. Hacía tres años que no lo veía. Igual que mi madre, había insistido en permanecer solo conforme avanzaba su enfermedad. No quería visitas. Desde hacía un tiempo se había convertido en una figura solitaria postrada en la cama de una habitación a la que únicamente se podía llegar atravesando incontables puertas. Deseaba enfrentarse a la muerte completamente solo.

Tres años atrás, un día de invierno, salí temprano para ir a ver al profesor Yun, pero di media vuelta antes de llegar a su casa, y nunca más volví a intentarlo. Aquella mañana era el día de Año Nuevo y quise hacerle una visita para celebrarlo. Aunque sabía que el profesor Yun no podía permanecer mucho rato sentado porque le costaba respirar, confiaba al menos en poder verlo. El cielo estaba gris cuando salí de casa; habían empezado a caer gruesos copos de nieve. No soy buena conductora. Siempre que le pasa algo a mi coche me echo automáticamente la culpa.

Nevaba cada vez más y soplabla viento del norte. El coche, que había estado patinando por la carretera nevada, se empotró contra un montículo de nieve, detrás de las montañas donde el profesor Yun vivía solo. No podía sacar el coche por mí misma, de modo que lo dejé donde estaba y eché a andar en medio de la ventisca. Me ardían las mejillas y de los bajos de mis pantalones colgaban, cual carámbanos, trozos de hielo. Miré hacia atrás mientras caminaba y vi que la nieve había cubierto la ladera de la montaña. Con cada embestida el viento levantaba la nieve del suelo y la arrastraba hasta los pliegues de las montañas. La visibilidad era casi nula. La magnitud de la nevada iba en aumento y la casa del profesor Yun aún quedaba lejos. Me obligué a continuar, pero caminaba sola y el miedo empezó a adueñarse de mí. Cada vez que oía una rama cargada de nieve partirse y desprenderse de uno de los pinos del bosque, sentía un vuelco en el estómago. Cuando un gran árbol muerto, incapaz de seguir soportando el peso de la nieve, se vino abajo con gran estrépito, me di media vuelta con el corazón abatido.

¿Por qué no pude llegar hasta su casa? Resultaba mucho más arduo regresar a la mía con el coche atrapado en la nieve. Después de renunciar a alcanzar la casa del profesor Yun en medio de la ventisca, jamás conseguí reunir el coraje para intentarlo de nuevo. Cada vez que pensaba en él, la certeza de que no lograría llegar a su casa se apoderaba de mi mente como una sombra. Y por lo visto no era la única. Un amigo me había contado que en un arrebato de añoranza había cogido el coche en mitad de la noche para ir a ver al profesor Yun, pero que no fue capaz de llegar hasta su casa, y acabó conduciendo hasta lo alto de una colina para contemplar desde allí las luces de su casa y después marcharse. Me explicó que después de rodear la casa varias veces y salir del pueblo, se había mordido los labios. ¿Por qué no podíamos presentarnos sin más en casa del profesor Yun, como habíamos hecho en el pasado? Con el auricular todavía en la mano, me levanté de la mesa, caminé hasta la ventana y subí los estores.

Fuera nevaba.

No era algo inesperado. Llevaba tiempo temiendo su llegada, solo que no sabía que iba a ser hoy. La nieve, que al principio hubiera podido contar copo a copo, comenzó a caer con más fuerza mientras miraba por la ventana. Un cedro del Himalaya plantado en el jardín de la casa de enfrente, que pese al invierno había conservado su exuberante verdor, empezó a teñirse de blanco. La calle estaba desierta. El autobús del barrio, al que no me había subido ni una vez en los cuatro años que llevaba aquí, recorría las calles secundarias circulando con sumo cuidado por sus calzadas nevadas.

Aunque siempre ando despistada, confundiendo cosas que sucedieron ayer con otras que ocurrieron hace diez años, y tengo tendencia a quedarme petrificada delante de la nevera abierta, intentando recordar lo que he ido a buscar, solo para volver a cerrarla tímidamente después de bañarme en su aire gélido, conservaba intacto en mi memoria el recuerdo de la primera vez que vi al profesor Yun. Yo tenía veinte años. En aquel entonces el título de un libro podía llevarme a pensar en otros veinte. El profesor Yun entró en el aula inundada por el sol de marzo. Cuando pasó por mi lado yo tenía la cabeza inclinada sobre mi mesa. Mis ojos siguieron los talones de sus zapatos. Le quedaban tan grandes que le sobraba un espacio por detrás. De hecho, no parecía que fueran suyos. Preguntándome qué clase de persona llevaría unos zapatos que le quedan demasiado grandes, levanté la mirada e inmediatamente me avergoncé de mí misma. ¿Cómo podía alguien estar tan delgado? El problema no era que calzara unos zapatos demasiado grandes, sino que no debía de haber zapatos en el mundo que se ajustaran a sus pies. Mientras lo observaba me vino a

la mente la expresión «estar en los huesos».

Desvié rápidamente la mirada de su cuerpo enjuto y busqué sus ojos. Estos brillaban con intensidad tras las gafas. El profesor Yun se volvió hacia la ventana. No era fácil impartir clase con los gritos de los manifestantes como ruido de fondo. En el aula se colaba el gas lacrimógeno transportado por el viento aún frío de marzo; antes de comenzar la clase alguien se había esforzado por cerrar bien las cristalerías. El profesor Yun permaneció largo rato delante de la ventana, observando la manifestación. En vista de que no se movía, los alumnos nos fuimos sumando poco a poco a él. La policía antidisturbios estaba persiguiendo a un grupo de estudiantes. Sobre sus cabezas desfilaban nubes blancas. Ese día el profesor Yun tenía algo que decirnos: «¿Qué utilidad tiene el arte en esta era?». Ignoraba si la pregunta iba dirigida a nosotros o a él, pero sus penetrantes ojos se encogieron con pesar. En ese momento, al observar por primera vez aquella mirada, un dolor agudo me atravesó el corazón, como si un insecto me picara. ¿Cómo podía saber entonces que nos esperaban más días como aquel? ¿O que el extraño dolor que sentí seguiría acompañándome después de todo este tiempo? Aunque los recuerdos de los días vividos con el profesor Yun se habían difuminado con el tiempo, a veces sus ojos todavía me perseguían. Cada vez que aparecían ante mí sentía el mismo dolor punzante. Cortado en cuadraditos idénticos, ese dolor me perforaba el corazón en un millar de lugares antes de estallar y repetirme la misma pregunta.

«¿Qué estás haciendo?»

A los veinte años, cuando esa pregunta irrumpía en mi mente abandonaba el campus y caminaba sin rumbo fijo por la ciudad mientras los ojos me lloraban por el gas lacrimógeno que flotaba en el aire. ¿Acaso no ha cambiado nada desde entonces? Incluso ahora, cada vez que visualizo los ojos del profesor Yun tengo que salir de casa, tomar una calle, la que sea, y seguirla hasta el final. Ni la sociedad ni yo hemos cambiado para bien, solo nos hemos vuelto más imperfectos. Cuando el puente del río que cruza la ciudad se vino abajo y un autocar de niñas camino del colegio se hundió en el agua como si fueran suicidas, cuando una mañana vi un avión estrellarse contra un rascacielos de Wall Street, cuando el día de Año Nuevo me senté frente a la televisión y estuve más de diez horas contemplando, incrédula, cómo las llamas destruían la puerta de Sungnye, me hice la misma pregunta: «¿Qué estás haciendo?». Tuve que salir de casa en mitad de la noche, coger el coche y conducir en círculos alrededor de la puerta de Sungnye, que había quedado reducida a cenizas, hasta que fui capaz de regresar a casa. Ahora, como entonces, cada vez que siento que me vengo abajo, camino por la ciudad. En medio de esa depresión y soledad siempre me asalta el mismo pensamiento: «Ojalá él estuviera aquí».

«¿Quién de los dos fue el primero en distanciarse?»

En un momento dado acepté el hecho de que tenía que vivir sin él. Estaba nerviosa y asustada, pero sentía que había llegado la hora de decidir continuar sola. No obstante, incluso después de tomar esa determinación, imágenes de él se aferraban a mí y se negaban a dejarme ir. Como aquella noche que pasamos en un pueblo de la costa. ¿Cómo fuimos capaces de caminar toda la noche bajo semejante chaparrón? Tomamos un ferry en Incheon y fuimos a una isla remota, aunque he olvidado el nombre del pueblo. No habíamos planeado ir allí. Recuerdo que tomamos el metro de la línea 1 en la estación de Seúl. Que fuera la línea 1 no tiene especial importancia. Solo lo estoy suponiendo, porque recuerdo haber pasado la parada de Bucheon. Creo que era julio, pero puede que fuera junio o agosto. Recuerdo que él llevaba una camisa blanca de manga corta, lo que

quiere decir que era esa época del año. El metro iba tan lleno que era difícil permanecer derecho. Por la razón que fuera, yo estaba agotada, y probablemente era uno de esos días en que no me apetecía hablar. Cada vez que el tren se detenía un aluvión de gente entraba en el vagón y un olor a sudor lo invadía. Mientras él se mecía con la frente fruncida, le dije: «Vayámonos a algún lugar lejos de aquí». O tal vez fue él quien lo propuso. Bajamos del metro en Incheon y debimos de coger el autobús hasta la terminal internacional del ferry. Nos daba igual adónde se dirigiera siempre y cuando fuera lo más lejos posible del puerto. El ferry se hizo a la mar. De pie en un lado del barco, aspirando la brisa marina, la razón de mi agotamiento dejó de importarme. Contemplamos el mar en silencio. Era la primera vez en mi vida que me alejaba tanto de la costa. Como él había crecido en un pueblo costero, puede que nuestras experiencias fueran distintas. No fue fácil llegar a tierra. Cuando el ferry, que llevaba dos horas navegando, arribó a la isla, la marea había subido, por lo que era imposible acercarse a la costa. Alguien llegó desde el muelle con una barcaza, y solo cuando todos los pasajeros estuvimos a bordo pudimos poner rumbo a la isla. Desde la barcaza se podía ver a niños pescando mar adentro. Fruncí el ceño, temerosa de que el mar pudiera arrastrarlos en cualquier momento, pero alguien me explicó que en realidad no estaban dentro del agua, sino sobre un espigón. Ese alguien me aseguró que podría verlo una vez bajara la marea. La barcaza nos dejó en otro espigón. Yo me subí la falda y él se arremangó los pantalones hasta los muslos, y juntos caminamos por el rompeolas hasta la costa.

Ese día caminamos por la isla tanto como pudimos. Debíamos de estar en la estación lluviosa. Había más gente sentada en la playa que nadando en el mar. Cuanto más nos alejábamos del muelle, menos gente encontrábamos a nuestro paso. Se podía oler la sal en el aire y el viento zarandeaba violentamente la franja de árboles que bordeaba la playa. Nos detuvimos en la arena, el uno al lado del otro, y nos abrazamos mientras el sol, de un rojo carmesí, se ocultaba en el horizonte. La puesta duró un instante. El sol desapareció en el océano en un abrir y cerrar de ojos. Después él se tornó taciturno. Había intentado hablar conmigo durante todo el tiempo que yo había estado alicaída, pero ahora era él quien permanecía callado. Caminábamos en silencio por la playa cuando tropezamos con una gaviota muerta arrastrada por la marea.

—¡Un pájaro! —grité cuando la vi tendida en la arena húmeda.

Él empezó a cavar un agujero para enterrarla.

—¿Para qué haces eso? La marea acabará llevándosela.

—Da igual.

Cuando pienso en la forma en que decía «Da igual», se me escapa una sonrisa. Hubo un tiempo en que solía asociarle con esa expresión. Fuera cual fuese la situación, siempre decía: «¡De todas maneras, es mejor así!». Sacó una libreta de su bolsa, arrancó una hoja y escribió: «Levanta de nuevo el vuelo, querido pájaro». La enroscó en un palo y la clavó delante de la tumba de la gaviota. No recuerdo si esa noche cenamos. No recuerdo haber comido, ni tampoco que tuviera hambre. Caminamos sin cesar, hundiendo los pies en la arena, hasta que toda la isla quedó sumida en la oscuridad, como si estuviéramos intentando descubrir dónde terminaba el mar. Probablemente era la primera vez que veía el mar volverse negro conforme caía la noche. Sus oscuras aguas avanzaban lentamente hasta nuestros pies y retrocedían.

—¡Jeong... Yun! —me gritó al rato. Siempre que me llamaba por mi nombre completo significaba que estaba rumiando algo.

—¿Qué?



—No olvidemos nunca este día.

¿Eso era todo? ¿Que no olvidáramos? Decepcionada, murmuré para mis adentros que si querías evitar olvidar algo, necesitabas un recuerdo. Le oí hurgar en la oscuridad. Sacó de la bolsa su diario y me lo puso en la mano.

—Lo llamo mi «Libro marrón». Son anotaciones que hago cuando se me ocurre algo. Quiero que lo tengas tú.

Me cogió por la muñeca y tiró de mí. Dejé que me rodeara con sus brazos. Bajó mi mano hasta su entrepierna y dijo:

—También quiero que tengas esto.

Su tono era tan serio que no pude evitar reírme. Con una mano en su diario y la otra en su entrepierna, me asaltó una pena extraña:

—¿Es posible ir más allá? —susurré en su oído pese a saber que la playa era todo lo lejos que podíamos ir en aquel entonces.

«¿Quién puede predecir el futuro aún no vivido?»

El futuro irrumpe sin avisar, y cuanto podemos hacer es coger nuestros recuerdos y adentrarnos en una nueva etapa. La mente retiene únicamente lo que quiere. Las imágenes evocadas por nuestra memoria se mezclan con nuestra vida; no debemos creer que nuestros recuerdos o los recuerdos de otros sucedieron realmente. Siempre que alguien insiste más de lo necesario en que vio algo con sus propios ojos, siento que su afirmación se mezcla con el deseo de creer que tal afirmación es cierta. Pero por imperfectos que sean los recuerdos, cuando nos enfrentamos a uno no podemos evitar pasarnos la mano por la cara con alivio. Más aún, cuando es el recuerdo recurrente de sentirnos siempre desacompañados y fuera de lugar. De preguntarnos por qué nos costaba tanto abrir los ojos por la mañana, por qué teníamos siempre miedo a empezar relaciones nuevas, por qué pese a todo conseguimos atravesar esos muros para encontrarnos.

Cuando tenía veinte años cada mañana me quedaba mirando la puerta de la universidad y vacilaba, debatiéndome entre si cruzarla o no, para finalmente girar sobre mis talones y emprender el descenso por la colina que acababa de subir. Ni siquiera ahora puedo explicar qué me pasaba exactamente. Durante tres meses, entre finales de mis diecinueve años y comienzos de los veinte, mantuve la ventana de la pequeña habitación del piso donde vivía con mi prima recién casada tapada con cartulina negra. Era una simple lámina, pero conseguía que la habitación estuviera oscura como la noche incluso de día. En aquella oscuridad dejaba encendida la luz de la lámpara y me pasaba las horas, del día y de la noche, leyendo. Más que pasarme algo, no tenía otra cosa que hacer o que deseara hacer. Me leí uno por uno los sesenta tomos de una antología entera de literatura, cada uno de los cuales contenía más de veinte relatos cortos impresos en letras más pequeñas que una semilla de sésamo. Cuando terminé de leerla, miré por la ventana y descubrí que marzo había regresado. Al recordarlo ahora, me parece que fue hace mucho tiempo. Pensar que en el feliz hogar de unos recién casados había una habitación siempre oscura como la noche. El día que salí de esa habitación fue para asistir a la ceremonia de ingreso en la universidad. Era la primera vez que estaba en un lugar tan libre dentro de esta ciudad. Ahora el profesor Yun está en el hospital, viviendo una vida que nada tiene que ver conmigo, y hay una persona a la que nunca volveré a ver. No obstante, si no les hubiera conocido donde y cuando les conocí, ¿cómo habría sobrevivido a aquella época?

Observé cómo los copos de nieve se espesaban y me serené. Me dije a mí misma que si me había llamado después de ocho años era únicamente para comunicarme que el profesor Yun se estaba muriendo. «No dejes de repetírtelo...», murmuraba para mí. Lo primero que tienes que hacer, pensé, es ir al hospital. Seamos conscientes o no, un número incontable de personas establecen conexiones y cruzan sus caminos al mismo tiempo. Cosas que había olvidado emergían bruscamente de las profundidades, como si tirara del tallo de una patatera después de la lluvia y ristras de patatas brotaran de la tierra. Los recuerdos me cortaban la respiración. Aunque nunca más volviera a pensar en él, aunque no volviera a verle, el hecho de que hubiéramos conectado, por brevemente que fuera, todavía me llenaba de tristeza.

Fue él quien rompió el silencio. Sostuve el auricular, incapaz de articular palabra, mientras me hablaba del profesor Yun. Luego me preguntó:

—¿Puedo ir a verte?

—¿Ahora?

Pensaba que él y yo habíamos terminado, pero formuló la pregunta con tanta naturalidad. «¿Puedo ir a verte?» ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que escuchara esas palabras? Cuando estábamos juntos me las decía constantemente por teléfono. «¿Puedo ir a verte?» En aquel entonces me telefoneaba desde una cabina para decirme: «Voy para allá». Días de lluvia, días de viento, días nublados y días de sol, todos se mezclaban en sus palabras. En aquella época él y yo estábamos siempre esperándonos, a cualquier hora del día o de la noche. Nunca era demasiado tarde para que pudiera venir a verme, incluso si era más temprano de lo que lo era ahora, ni yo tenía horas concretas para poder ir a verlo a él. En esos días nos decíamos «Ven» sin importar qué hora fuera. Solo se vive una vez. Cada persona, a su manera, lucha por seguir adelante, ama, sufre y pierde a sus seres queridos. Nadie permanece ajeno a eso, tampoco yo, tampoco el hombre que me llamaba por primera vez después de ocho años, tampoco el profesor Yun, de quien decía que estaba postrado en el hospital en ese preciso instante. Solo una oportunidad. Es cuanto tenemos. Si la juventud pudiera vivirse de nuevo, yo no estaría ahora aquí, respondiendo al teléfono y escuchando su voz por primera vez en ocho años.

Dudé unos segundos antes de contestar.

—No... Estoy bien sola.

Dejó escapar un largo suspiro y colgó.

«Estoy bien sola.»

Al final las palabras que había dejado escapar me dejaron sola. Era yo quien las había pronunciado, pero incluso a mí me sonaban extrañas. Debería haber contestado que lo vería en el hospital, pero en lugar de eso le dije que estaba bien sola. Eran palabras duras. En una ocasión, muchos años atrás, él me había dicho eso mismo. Habíamos superado la fase en que sabíamos dónde estaba el otro en cada momento y lo que íbamos a hacer. Le había preguntado qué pensaba hacer respecto a un asunto inminente, aunque hace tiempo que olvidé de qué trataba, y me soltó: «Estoy bien solo». Está visto que, lo sepamos o no, la memoria lleva una daga clavada en el pecho. No había pensado demasiado tiempo en esas palabras, y con los años las había olvidado por completo, pero en un instante mi subconsciente las recuperó y les encontró una utilidad. No es propio de mí rechazar a la gente de ese modo. Y si una persona a la que me siento unida me dice que está bien sin mí, no es probable que vuelva a acercarme a ella. Sus palabras habían vagado por mi interior todo ese tiempo, cual piezas extraviadas de un rompecabezas, hasta encontrar el

camino de vuelta a sus oídos a través de mis labios.

Regresé a la mesa y me pasé el resto de la mañana desplomada en la silla. Los viejos recuerdos fueron perdiendo intensidad, dejándome tan solo con un recuerdo del viento.

¿Era agosto? ¿Septiembre? Estábamos llenando una cesta con las manzanas silvestres que crecían en el jardín del profesor Yun. El viento soplaba sobre nuestras cabezas mientras reíamos. El arbolillo apenas alcanzaba a asomar por encima del muro, pero estaba repleto de manzanas silvestres. Desde la ventana de la sala de estar el profesor Yun nos observaba tirar de las ramas y llenar la cesta. No recuerdo por qué mis compañeros de universidad y yo nos habíamos reunido allí para recoger manzanas, pero debíamos de estar contentos y en paz a juzgar por nuestras risas.

—¿Alguna vez se repetirá este día?

La observación, hecha por alguien mientras arrancaba una manzana, caló hondo en nuestros corazones.

—Nunca —respondió otro con amargura.

Cesaron las risas que tan fácilmente habían brotado hacía solo un instante y desviamos la mirada hacia el profesor Yun, que nos observaba desde la ventana, cada cual absorto en sus pensamientos. Puede que ya hubiéramos intuido el futuro. Cuando terminamos de recoger las manzanas, regresamos a la sala de estar y nos sentamos en círculo. El profesor Yun se había quedado dormido con un libro en la rodilla. Alguien dejó el libro cuidadosamente sobre la mesa. Intrigada, lo levanté. Era *El mundo del silencio*. Parecía una edición antigua, las páginas estaban amarillentas y onduladas. Posando la mano en la cubierta, contemplé la forma en que los calcetines bailaban en los delgadísimos tobillos del profesor Yun.

Aunque sabía que debía ir al hospital, no fui capaz de levantarme de la silla en toda la mañana. Estaba sentada, pero mi cuerpo tenía la sensación de estar flotando. Incluso eché una cabezada. Para cuando pude enderezarme y examinar mi mesa ya era mediodía. Había libros a medio leer esparcidos por ella, y una libreta del revés debajo de unos papeles que había imprimido y estaba corrigiendo. Dentro de un estuche que había comprado sin un motivo concreto en el museo Picasso del barrio gótico de Barcelona descansaban, torcidos, dos lápices. Contemplé la paloma con la rama de olivo en el pico grabada en el costado del estuche y procedí a ordenar mi caótica mesa. Cerré los libros de poesía y devolví al estuche los bolígrafos y lápices desparramados. Hice una pelota con las hojas descartadas cubiertas de subrayados y la arrojé a la papelera, retiré los marcapáginas de los gruesos libros que había abandonado a media lectura y dejado a un lado, y los devolví a su lugar. Organizar mi escritorio siempre me hace pensar en la muerte. En una ocasión había ordenado mi mesa y me disponía a salir de la habitación cuando se me ocurrió mirar atrás: presa de un temor repentino, regresé a la mesa y la desordené de nuevo. La madurez no nos hace mejores a la hora de amar a los demás o de comprender el sentido de la vida o la muerte. Tampoco la sabiduría llega con el paso del tiempo. Comparada con cuando era joven, ahora se me da peor amar a otra persona, y siempre que me entero de la muerte inesperada de alguien, la noticia me altera profundamente. Sin embargo confío en que algún día, uno de estos días, una noche nevosa descanse lentamente la cabeza sobre la mesa mientras esté escribiendo o leyendo y cierre los ojos para siempre. Quiero que esa sea la última imagen de mí en la tierra. Me sacudí los rastros de muerte que sentía en las yemas de los dedos cada vez que devolvía un libro

al estante y terminé de ordenar. Preparándome para ir al hospital, me enjaboné las manos varias veces, me lavé la cara, me cambié de ropa y me miré en el espejo. Camino de la puerta me detuve involuntariamente y me volví hacia la mesa.

Como si estuviera esperándome, el teléfono sonó de nuevo.

# 1

## *La despedida*

CUANDO CUMPLÍ VEINTE AÑOS regresé a la ciudad y me hice cinco promesas: empezar a leer otra vez; anotar, junto con sus definiciones, las palabras nuevas con las que tropiezo cuando leo y elaborar un diccionario personal; memorizar un poema por semana; no visitar la tumba de mamá antes del Chuseok, y pasear por la ciudad un mínimo de dos horas al día.

No había terminado mi primer semestre de universidad cuando mi madre falleció.

Antes de que su enfermedad empeorara yo acudía cada miércoles al gran hospital de la ciudad donde había sido admitida y luego dada de alta, dejaba su receta en la farmacia, me sentaba en la sala de espera y aguardaba a que el número escrito en el papelito que tenía en la mano apareciera en la pantalla electrónica. Cuando el número aparecía con un «ding», deslizaba el papelito por la ventanilla. Tras una breve espera, una cesta con la medicación semanal de mi madre era empujada a través de la ventanilla hacia mí. Cada miércoles repetía mi viaje hasta la farmacia para comprar las pastillas de mi madre y enviárselas por correo. Cuando la telefoneaba para decirle que ya estaban en camino, me decía: «¡Hija mía!», con su voz inalterable. «¡Buen trabajo, hija mía!», o «¡Gracias, hija mía!»

Cuatro días antes de su muerte me llegaron por correo el anillo que siempre lucía y un *kimchi* de hojas de perilla.

—Ya sabes que el *kimchi* de hojas de perilla te encanta. —Su voz al otro lado del teléfono sonaba animada—. ¡Y siempre he querido que tuvieras ese anillo, mi niña!

Yo no tenía ni idea de que moriría tan pronto.

Cada vez que pensaba en el hecho de que había muerto después de envasar *kimchi* de hojas de perilla y quitarse el anillo, envolverlo y enviármelo, me frotaba inconscientemente los ojos con fuerza, como si quisiera arrancármelos. Ahora ya no tenía ninguna medicación que recoger en la farmacia. Sin embargo cada miércoles por la mañana se me podía encontrar sentada en la sala de espera de aquel hospital. Era mi rutina de los miércoles. No esperaba que saliera ningún número, pero cada vez que el visualizador hacía «ding» alzaba la vista y observaba el cambio en la pantalla. Al rato me levantaba y pensaba: «Hora de ir a clase», pero en lugar de eso me descubría dirigiéndome a la estación y subiéndome a un tren. Algunas mañanas incluso llegaba hasta la empinada calle de la universidad, pero siempre acababa dando la vuelta y encaminándome a la



estación. Una vez allí compraba un billete para el primer tren que partiera.

El tren iba casi vacío a esa hora del día. Podías sentarte donde quisieras, independientemente del asiento que tuvieras asignado. Había días que era la única persona en todo el vagón. Los asientos vacíos parecían libros gruesos de los que no se había leído ni una sola página. Miraba por la ventana o jugueteaba con los dedos hasta que el revisor anunciaba que el tren estaba llegando al pequeño pueblo donde nació. Cuando divisaba el río, volvía la cabeza y lo miraba fijamente hasta que se perdía en la distancia, y cuando las montañas aparecían de repente ante mis ojos, me recostaba en el asiento. Si el tren entraba en un túnel justo cuando estaba observando los pájaros que habían aparecido de súbito sobre un campo, cerraba fuertemente los ojos aunque no hubiera nada que ver. En cuanto el tren se detenía en mi pueblo, me asaltaba un apetito atroz. Entraba en la tienda de *noodles* frente a la estación y engullía un cuenco entero, y solo entonces me daba cuenta de dónde estaba y murmuraba para mí: «Mamá, he vuelto».

La muerte de mi madre no fue la única razón de que decidiera solicitar una excedencia en la universidad. La facultad en la que estudiaba poseía el ambiente bohemio típico de las escuelas de bellas artes. Unos estudiantes encajaban al instante, mientras que otros se encontraban solos. Yo era de los segundos. Dudo que alguien conociera siquiera mi voz. Los chicos estaban más interesados en protestar o beber que en ir a clase, y las chicas estaban demasiado ocupadas realzando su belleza o deprimiéndose hasta el exceso. Era la clase de lugar donde podías citar frases de Hamlet u Ofelia en medio de una conversación sin que a nadie le llamara la atención. Allí se consideraba una señal de individualidad cantar todo el rato o sentarse en un lugar y mirar a alguien sin pestañear. Era la clase de gente que atraía tu atención incluso cuando no estabas pendiente de ellos. Con mi estilo corriente, tenía la sensación de estar siempre sola. Todo lo que decían me sonaba como el idioma de una tierra lejana. Pero no pedí una excedencia porque me sintiera sola. En aquel entonces habría sido la rara allí donde fuera.

Lo primero que hizo mi madre tras conocer su diagnóstico fue enviarme a vivir con mi prima mayor a la ciudad. En aquel tiempo yo iba a secundaria. Para mi madre, enviarme lejos era la manera de mostrar su amor. Decía que yo era demasiado joven para estar atada a una madre enferma y que tenía muchas cosas por las que vivir. Decía que no debía encadenarme a una madre enferma y que debía salir y disfrutar de la vida. Todo el mundo ha de separarse tarde o temprano, decía, así que mejor empezar a practicar cuanto antes. No puedo darle la razón. Creo que si todos debemos separarnos algún día, lo mejor que podemos hacer es intentar estar juntos el máximo tiempo posible. Pero no es una cuestión de tener razón o no. Simplemente son maneras diferentes de pensar.

Un día un estudiante de mi universidad, un chico especialmente sociable al que todo el mundo llamaba Bici porque tenía un andar tan enérgico que parecía que pedaleara, dejó de venir a clase. Estaba sentada en un banco de la universidad cuando se acercó corriendo, me contó que su hermano pequeño había venido a la ciudad y tenía que enviarlo de regreso a casa inmediatamente con algo de dinero, así que le di todo el que llevaba. Más tarde descubrí que ese mismo día había pedido dinero prestado a más de diez chicas, además de una pluma estilográfica, libros y libretas, y que había desaparecido sin dejar rastro. Después descubrimos que ni siquiera estaba matriculado. Mientras mis compañeras estallaban de rabia diciendo que era increíble que hubiera estado todos esos meses en nuestra clase y que había que hacer algo al respecto, me fui a solicitar

la excedencia. Bici también se había llevado el libro de poemas de Emily Dickinson que Dan me había regalado cuando me mudé a la ciudad. Una noche, antes de dejar el pueblo, Dan se presentó en mi verja y me llamó. Recorrimos en la oscuridad los callejones donde centenares de miles de pisadas nuestras cubrían el suelo en el que habíamos crecido juntos y caminamos hasta un campo situado en las afueras del pueblo. Nos sentamos frente a las vías y un tren nocturno pasó traqueteando. La luz que salía de los vagones era intensa. De no ser por los resoplidos de la locomotora habrían parecido ventanillas brillantes atravesando la noche.

—Tenemos que ir a la universidad. —Dan hablaba como si estuviera haciendo algún tipo de promesa.

—...

—Voy a ser pintor.

—...

Sentí que iba a estallar. La brisa de la noche sopló en nuestra dirección y pareció llevarse nuestros sueños. Cuando Dan y yo nos despedimos esa noche, me dio un libro de poesía de bolsillo. Dijo que había estado leyéndolo mucho últimamente, que ya lo había terminado y que me lo regalaba. Como estábamos a oscuras, no pude descifrar el título.

—Dicen que cuando murió dejó más de mil setecientos poemas guardados en un cajón. Su primera colección fue editada cuatro años después de su muerte.

—¿De quién estás hablando?

—De Emily Dickinson.

—E-mi-ly Di-ckin-son.

Aunque pronuncié las sílabas lentamente, seguía sin reconocer el nombre. Dan siempre había sabido lo que quería hacer, de modo que reflexionaba detenidamente sobre las cosas e intentaba comportarse de manera diferente de sus compañeros. Leía libros diferentes, poseía cosas diferentes y tenía una forma de hablar diferente.

—Parecía que viera cosas que no eran de este mundo.

—¿Que no eran de este mundo?

—Cosas ocultas. Como la muerte.

Era la primera vez que oía a alguien de mi edad hablar de la muerte o de cosas que no eran de este mundo. Probablemente por eso Dan aparentaba más edad de la que tenía. Cuando llegué a casa y abrí el libro por la primera página, lo primero que vi fue la letra de Dan.

Empecé a andar con sigilo... No se debe molestar a la gente pobre cuando está sumida en sus pensamientos.

RAINER MARIA RILKE,

*Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*

Me gustaba la letra de Dan. Semejaban garabatos, pero el estilo era tan enérgico que me recordaba al chacoloteo de un caballo galopando. Contemplé la cita de Rilke escrita por Dan en el poemario de Emily Dickinson y comprendí que era una despedida. Me guardé el libro en la bolsa.

*Porque no podía detenerme ante la muerte,*

*amablemente se detuvo ella ante mí;*  
*en el carruaje solo íbamos nosotras,*  
*y la Inmortalidad.*

Cuando leí ese poema de Emily Dickinson, se me apareció el rostro de mi madre. Deseé saborear sus poemas, de modo que me tomé mi tiempo y leí cada uno cinco veces, luego viajé en el metro por primera vez en mi vida y me metí en una librería grande de la calle Jongno. Hice todo el trayecto cogida de un agarramanos para no caerme. El primer libro en que gasté dinero en la ciudad fue *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*. Sin tener ni idea de qué iba, lo elegí porque era el libro que Dan había anotado en la primera hoja del poemario de Dickinson que me regaló. De nuevo en el metro, lo abrí por la primera página.

Es aquí, entonces, adonde la gente viene a vivir.

Mientras contemplaba la primera frase, una lágrima brotó de mi ojo, una lágrima que no había asomado ni siquiera el día en que me marché del pueblo. ¿Me hallaba yo entre esas personas que habían «ido a vivir»? La frase me hizo plantearme muchas cosas. Esta ciudad no me parecía un lugar amable. Tenía edificios altos y muchas casas y multitud de personas, pero nadie para saludarme con alegría o cogirme de la mano. El exceso de calles anchas y estrechas hacía que me perdiera a menudo. Y yo tampoco pretendía conocer a la gente de esta ciudad. Me acostumbré a no saludarla cuando me la cruzaba por la calle y me convertí en una joven aislada. Mi prima, con quien vivía y que sería mi tutora legal hasta que terminara la escuela secundaria, se casó en la misma época en que yo comencé la universidad. Tendría que haberme marchado de su casa entonces, pero no tenía adónde ir. Además, aunque me había enviado a la ciudad, mi madre no quería que estuviera sola. Me quedé con mi prima para que estuviera tranquila mientras ella luchaba contra la enfermedad, pero en cuanto falleció se me hizo difícil permanecer allí. El marido de mi prima era piloto de avión, y aunque hacía largos viajes a lugares como París y Londres, siempre regresaba, como es lógico. Incluso cuando me disponía a comenzar mi vida universitaria deseaba estar con mi madre. Pero ella no quería eso. Para entonces no le quedaba un solo cabello.

La siguiente frase de *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge* decía: «Más bien parecía un lugar donde morir». Así pues, comencé la universidad, pero antes de que finalizara el primer trimestre, con esa frase de los cuadernos de Rilke resonando en mis oídos, solicité una excedencia. No había una sola persona a la que considerara mi amiga, de modo que no tenía a nadie de quien despedirme antes de regresar al pueblo. Cuando me marché del piso de mi prima, me preguntó con pesar si realmente tenía que hacerlo.

—Lo siento mucho.

No era la manera correcta de responder a su pregunta.

—¿Qué es lo que sientes?

—Todo.

Hablaba en serio. Lo sentía sobre todo por mi prima. Sentía no haber sonreído más, sentía

haber forrado con cartulina negra una ventana del hogar de unos recién casados, sentía no ser más simpática y sentía obligar a mi prima a cuidar de mí porque había perdido a mi madre. No era difícil percibir la compasión que afloraba a sus ojos cada vez que me miraba. Después de todo habíamos vivido juntas cuatro años. Intentó convencerme de que me quedara, me pidió que lo meditara un poco más. Le dije que la decisión estaba tomada.

—¿Es demasiado tarde para que cambies de parecer? —me preguntó de nuevo. Asentí. Con una expresión triste en la cara, me dio un largo abrazo.

—Puedes volver cuando quieras si las cosas se ponen difíciles.

El cuerpo de mi prima desprendía ese olor fresco de una joven recién casada. Olía a fresas, hojas y melocotón. En cuanto lo aspiré supe que había tomado la decisión correcta. Aunque solo había ocupado un cuarto pequeño, seguía siendo el hogar de unos recién casados. Pensar que había tapado la ventana de ese cuarto con cartulina negra y obligado a esos recién casados a vigilar cómo reían o sonreían en mi presencia. Pensar que a pesar de eso mi prima no me había mirado mal ni una sola vez. En una ocasión su marido piloto me preguntó:

—¿No está tu cuarto demasiado oscuro?

Le dije que me gustaba así y no volvió a preguntármelo.

Durante el año que pasé en el pueblo mi vida fue aburrida e insulsa. Dan también se había ido a la universidad y vivía en otra ciudad, y mi padre, pese a mi presencia, seguía con su rutina de siempre. Las estaciones cambiaron: aparecieron brotes nuevos, pasaron tifones, los caquis se llenaron de frutos y cayeron fuertes nevadas. En el transcurso de un año mi padre se encorvó un poco más y se convirtió en un anciano. Como mi madre había pasado tanto tiempo postrada, estaba acostumbrado a cuidar de sí mismo. Las cosas no eran más complicadas ahora que ella no estaba, pero aun así envejeció deprisa. Y se volvió más taciturno, si era posible. A veces me preguntaba si le incomodaba mi presencia. Incluso los días en que yo me acostaba tarde y se me pegaban las sábanas por la mañana, lo primero que él hacía al despertarse era visitar la tumba de mi madre. La cubrió de tierra nueva y hasta desplantó del jardín el árbol de Júpiter que ella adoraba y lo replantó al lado de su tumba. Yo le acompañaba a veces, pero hacía lo posible por evitarlo. Cada vez que lo seguía hasta la tumba, mi padre me parecía una casa a punto de venirse abajo, por lo que programaba mis visitas al mediodía o al atardecer. De ese modo me aseguraba de no encontrármelo.

Mi madre no había tenido miedo de morir. Más bien se había sentido culpable.

Durante varios días llovió sin cesar. Cuando dejó de llover sucedieron dos cosas.

Mi padre regresó del pueblo, se quitó la camisa y la dejó tirada en el porche. Luego, vistiendo solo la camiseta interior, cogió una pala y volvió a salir por la verja. Al tirar la camisa se le había caído un paquete de cigarrillos. Lo cogí, junto con un mechero, y me dirigí a la parte de atrás. De estilo rural, nuestra casa tenía jardín por todos sus lados, por lo que podías rodearla caminando. La parte de atrás estaba cubierta de hojas de calabaza y taro. Me agaché y contemplé las hojas verdes de los taros que se habían abierto después de las lluvias. Saqué un cigarrillo del paquete, me lo llevé a los labios, encendí el mechero y fui a alumbrarlo. Estaba mirando hacia un lado, temerosa de que alguien pudiera verme, cuando mi padre apareció de repente por el otro. No tuvimos tiempo de evitarnos. La mirada de mi padre y la mía se encontraron justo cuando me disponía a encender el cigarrillo que me colgaba de los labios. Se me quedó mirando unos

instantes, titubeó, y sin decir palabra se fue por donde había venido. Me preparé para una reprimenda. Incluso pensé que quizá una discusión consiguiera llevarse el silencio y la soledad que se habían instalado entre padre e hija. Para mi sorpresa, no pronunció una sola palabra en toda la cena. Me dije que a lo mejor le había dolido verme encender un cigarrillo y había optado por fingir que no lo había visto, y una rabia extraña se apoderó de mí. Quería que me riñera. Así podría fumar sin sentirme culpable. Me disponía a quitar la mesa cuando dijo mi nombre e, inesperadamente, me preguntó si quería teñirme las uñas.

—¿Teñirme las uñas?

—No sé si lo recuerdas, pero una vez, cuando eras pequeña, te teñí las uñas con balsaminas.

¿En serio? Bajé la mirada hacia las manos que sostenían la bandeja de la cena.

—Cuando al día siguiente retiraste la tintura naranja de los dedos gritaste: «¡Me sangran las uñas!», corriste hasta el pozo y metiste las manos en el agua. Eras muy pequeña...

Cuando mi madre estaba enferma, las noches de verano mi padre trituraba pétalos de balsamina, le cubría las uñas con la pasta y las envolvía con plástico y cordel. Ella quería que lo hiciera. Mi padre se había preguntado después si el bálsamo había sido la razón de que la anestesia no hubiera hecho todo su efecto cuando la operaron. Después de recoger la mesa, observé cómo me cubría las uñas con balsaminas trituradas y le pregunté débilmente:

—Papá, ¿teñirse las uñas con esto realmente impide que la anestesia funcione?

—No estoy seguro —respondió, desalentado.

«Perdona, mamá», dije para mis adentros. «No volveré a fumar, mamá.»

Esa noche me envolví las uñas con cordel y fui con Dan al campo que había en las afueras del pueblo. Dan había ido desde la ciudad del sur donde estaba estudiando para pasar unos días. Caminamos a oscuras por las traviesas de las vías del tren. Desde que iba a la universidad, Dan se había vuelto taciturno, como mi padre, y parecía tener el entrecejo permanentemente fruncido. Iba sin afeitarse y, como si hubiera tomado la decisión de no ser amable con nadie, no sonreía. Ni siquiera a mí.

—¡Dan!

Lo detuve y, agarrándolo por un hombro lánguido, le di la vuelta. Las traviesas de las vías se extendían hasta el infinito.

—¿Quieres visitar la tumba de mi madre?

No esperaba que aceptara tan fácilmente. Enseguida dijo que sí, y luego comentó que quería pasar por su casa para coger una linterna frontal.

—¿Una linterna frontal?

—La uso cuando hago excursiones o camino de noche.

—¿Como la que usan los mineros?

—Los mineros utilizan un casco de verdad... Mi linterna es más pequeña. Tengo problemas para dormir, así que la uso para dibujar. Si tengo la luz encendida, mi compañero de habitación no puede dormir. Siempre llevo la linterna en la bolsa porque también la utilizo para caminar de noche.

¿Realmente acababa de decir que se ponía una linterna frontal para dibujar por las noches?

De repente ese Dan que hablaba de dibujar a la luz de una linterna frontal porque no podía dormir se me antojó un extraño. Abandonamos las vías en silencio y pusimos rumbo a su casa. Nuestras sombras se cruzaban en el muro. Dan entró sigilosamente y regresó con su linterna



frontal. Intentó ponérmela en la cabeza.

—Póntela tú y camina delante —dije.

Se colocó la linterna. Cuando la luz se encendió en su frente me pareció otra persona. Atravesamos un campo y nos encaminamos a la montaña donde estaba enterrada mi madre.

—Lo has llevado bien.

—¿El qué?

—Lo de tu madre.

Sintiendo una repentina punzada en el pecho, enlacé uno de mis dedos, todavía envuelto con cordel de algodón, con el meñique de Dan.

Cuando mi madre murió dejé de leer.

Mi prima iba a verme e intentaba llevarme a la iglesia, pero yo no quería escuchar a nadie. Durante un año no hice nada. Los días que diluviaba o que me sentía como una patata arrancada de su tallo, me iba al pueblo y me metía en el cine que ofrecía sesión doble, veía las películas hundida en el asiento y luego regresaba a casa. Siempre llevaba en el bolsillo el anillo que me había enviado mi madre, el de la perla con forma de lágrima. Si estaba dando una cabezada, me despertaba bruscamente e introducía la mano en el bolsillo, y no me relajaba hasta que las yemas de mis dedos rozaban la perla. Pero cada vez que palpaba el anillo también sentía pena por mi madre. Un día, cuando ella ya estaba enferma, empezamos a discutir por algo y le levanté la voz. Estaba tan rabiosa y enfadada que me imaginé que me moría y que ella no podía dejar de llorar. El anillo me traía ese recuerdo. Me ponía triste y me odiaba por haber imaginado tal cosa. Mi madre tenía los dedos delgados, por lo que el anillo de la perla encajaba en el mío, pero no me veía capaz de llevarlo. Sería como admitir que mi madre había muerto, y eso me asustaba.

Al llegar al pie de la montaña Dan se rezagó.

—¿Qué ocurre?

—Arañas.

Para llegar a la tumba teníamos que tomar un sendero oscuro donde habría arañas construyendo sus telas o acechando en el suelo o trepando por las rocas.

—¿Te dan miedo las arañas?

La luz de la linterna de Dan subió y bajó en la oscuridad.

—Me dan más miedo que la policía antidisturbios.

Se me escapó una risita. Un hombre que tenía miedo de las arañas.

—No te rías. Ahora te hace gracia, pero lo lamentarás. ¿No has oído hablar de la araña devoradora de pájaros gigantes que atacó un pueblo de Australia?

—No.

Era cierto, nunca había oído hablar de ella. No obstante desde que me hablaron de las arañas bebé que se alimentaban del cuerpo de su madre conforme crecían, detestaba las arañas. Resultaba tan fascinante como extraño escuchar nombres de araña saliendo de la boca de Dan. Araña lobo, tarántula, araña cangrejo, araña ermitaña marrón... araña de tela de embudo de Sidney.

—¡Las de tela de embudo son las más peligrosas!

Cuando empezó a hablar de arañas, no pudo parar. Me contó que las arañas descendían de los trilobites, criaturas pertenecientes al período Cámbrico de la era Paleozoica. Y que antes las arañas vivían bajo el suelo, pero que entre el Mesozoico y el Cenozoico salieron al exterior. Y

que el número de especies empezó a crecer de manera exponencial y ahora era difícil saber cuántas había. ¿Comparten miedo y pasión la misma raíz? Me pregunté si a Dan le asustaban realmente las arañas. Lo sabía todo sobre ellas, como si le apasionaran.

—¿Desde cuándo te dan miedo las arañas?

—Desde hace mucho.

—¿Y cómo es posible que no lo supiera?

Pese a haber crecido juntos, no tenía ni idea de que le asustaran las arañas.

—No podías saberlo.

—¿Por qué? ¿Era un secreto?

—No me quieres... Por eso no lo sabías.

Clavé la mirada en la espalda de Dan, que seguía caminando pese al miedo que le daba toparse con una araña. Las palabras «No me quieres» me traspasaron hasta el interior una a una, como gotas de lluvia.

—¿Tuviste una mala experiencia con una araña?

—Que yo recuerde no.

—Entonces ¿por qué precisamente las arañas?

—¿Por qué tienes que añadir «precisamente»? ¿Sería diferente si te dijera que me asustan las lechuzas o las ardillas?

Parecía que la conversación sobre las arañas lo estaba sacando de quicio, pero tenía razón.

—Deberías coger una araña y mirarla de frente con los ojos muy abiertos... Puede que así superaras el miedo.

—Ya lo he probado. Alguien me dijo que lo mío era psicológico y que debía ir al museo de arañas de Namyangju, colocarme delante de una araña gigante y plantarle cara. Pero incluso mirar arañas disecadas hizo que me picara todo, hasta la piel de debajo de las uñas de los pies.

—¿En serio?

—En serio.

Le solté el dedo y le miré directamente a los ojos. Dan estaba muy quieto, como un hombre esperando una sentencia. Le acogí entre mis brazos.

—No tengas miedo. —Esas palabras también hubieran podido ser para mí—. No nos pasará nada.

La linterna de Dan, que hasta ese momento había estado buscando arañas, me deslumbró.

—¿Puedo besarte?

—...

Sus labios trémulos rozaron mi mejilla, luego mi frente. Y tras un breve titubeo, se posaron sobre los míos. Estaban calientes y tersos.

—Nunca imaginé que serías mi primer beso.

Cuando dijo eso se me escapó una risita. Como si yo tampoco supiera que mi primer beso iba a ser con él, y que sería tan insulso. Recortado en el cielo nocturno, el lomo de la montaña semejaba un animal feroz. La oscura silueta, como una gran bestia negra tendida sobre el estómago con la boca abierta, era cada vez más nítida. Conforme nos aproximábamos a la montaña el miedo empezó a apoderarse también de mí. Propuse dar marcha atrás, pero Dan, pese a estar temblando de miedo mientras buscaba arañas que no habría visto sin la linterna, insistió en llegar hasta la tumba de mi madre. Debía de haber algo alarmante en nuestra discusión, yo empeñada en volver y

Dan obcecado en llegar hasta el final pese a las temidas arañas, porque muchas aves nocturnas levantaban el vuelo para cambiar de árbol. Reanudamos la marcha. Dan estaba tan atareado alumbrando el camino y el aire en busca de arañas que no paraba de tropezar. Así y todo siguió adelante, incluso mientras me contaba que las rodillas podían fallarle por el simple hecho de ver una araña, y que si la veía de día, aunque fuera de lejos, le entraban escalofríos. Si tanto miedo le daban, no debería mirarlas. ¿Por qué entonces esa manía de rastrearlas con la linterna? ¿Qué pasaría si vislumbraba una araña? Buscarlas con la mirada parecía ser su manera de lidiar con el miedo. «De modo que tú eres así.» Acababa de descubrir algo nuevo sobre Dan. Enfrentándose a las aterradoras arañas, finalmente me llevó hasta la tumba de mi madre.

—Ya hemos llegado —dijo con un largo suspiro. El suspiro dichoso de alguien que ha vencido su miedo—. Postrémonos.

—¿En mitad de la noche?

—¿No hemos venido para eso?

—No.

Le dije que no lo hiciera, pero Dan, sin quitarse la linterna, se postró de todos modos. Cuando hubo terminado, dirigió el haz de luz al árbol de Júpiter que mi padre había plantado junto a la tumba y murmuró:

—Así que lo traje aquí.

Mientras se acercaba al árbol, sacaba un cigarrillo y lo encendía, se me deshizo el cordel que llevaba atado al dedo. La pasta de balsamina que cubría la uña cayó delante de la tumba con un ruido seco. El cigarrillo de Dan titilaba en la oscuridad. Probablemente estaba frotándose la cara con el cigarrillo entre los dedos porque la brasa danzaba como una luciérnaga. Cogí un puñado de la tierra situada delante de la tumba de mi madre, la aplasté como si fuera una bola de arroz y me la metí en el bolsillo. El anillo de mi madre seguramente estaba ahora tocando la tierra. Presa de una sensación de vacío que me hizo desear agarrarme a algo, mientras Dan fumaba junto al árbol de Júpiter con la linterna en la cabeza, incapaz de mantener los pies quietos por temor a que también hubiera arañas debajo, casi le pregunté: «¿Me quieres?». De haberlo hecho puede que nos hubiéramos distanciado irremediablemente. Me tragué las palabras y contemplé la tumba de mi madre. Y decidí que había llegado el momento de regresar a la ciudad.

—Donde vivo hay protestas estudiantiles cada dos por tres.

Hice otra pelota de tierra y me la guardé en el bolsillo.

—Le di una paliza a un amigo.

—¿En serio?

—Era un tío que conocí el primer año de universidad al que le encantaba comer. Comiera lo que comiese, aunque no fuera nada especial, hacía que pareciera lo mejor que había probado en su vida. Se te abría el apetito solo con mirarle. Le hicimos una fiesta de despedida porque dijo que iba a alistarse en el ejército, pero acabó ingresando en la policía antidisturbios y apareció en la universidad para sofocar una manifestación. Vaya suerte, ¿eh? La policía lo había enviado a su propia universidad, como si no hubiera más lugares... Cada vez que pasaba por su lado me lo encontraba firme y sudando profusamente bajo un sol abrasador. Un día que él y sus compañeros estaban persiguiendo a unos estudiantes, se rezagó. Ignoro por qué. Al verlo eché a correr en su dirección, y esa vez el perseguido fue él. Lo había visto varias veces sentado en el suelo, junto a uno de esos autobuses policiales con alambre de espino en las ventanillas, llenándose la boca de

un arroz que parecía podrido. Y en cada ocasión pensaba en lo que se había convertido ese tipo que antes comía tan bien y algo se revolvía dentro de mí. Ese día nos quedamos solos él y yo.

—...

—Cuando corría hacia él se dio la vuelta y me miró. Nos reconocimos al instante, pero ninguno de los dos sonrió. Empezamos a forcejear, los dos al mismo tiempo, y de ahí pasamos a golpearnos a ciegas en el torso y las piernas... Intentó volver con sus colegas, pero lo tenía agarrado con fuerza, impidiéndole ir a ningún lado, y le propiné una paliza tremenda.

—¿Por qué lo hiciste?

—No lo sé. Tenía la sensación de que me estaba volviendo loco. No podía soportarlo.

—¿Qué no podías soportar?

—A mí mismo... a nosotros... mi situación... Quiero decir, nuestra situación.

—...

—Que yo fuera a por él no significa que fuese el único en repartir golpes. Él también me sacudió a mí. En los ojos, en la cabeza, en todo el cuerpo. Pero aunque él quería separarse... yo me negaba a soltarle. Solo era consciente de la necesidad de destruir. Le perseguí cuando intentó huir, me vapuleó y fui de nuevo tras él. Cuando volví en mí, estaba tendido en mi habitación. Alguien me había llevado hasta allí.

—...

—No puedo dormir.

—...

—Desde ese día no puedo hacer nada... Me temo que podría dejar la universidad e ingresar en el ejército.

No podía hacer nada por Dan. Nada salvo cogerle la mano y columpiarla en la oscuridad.

Cuando le dije a mi padre que quería volver a la universidad, me entregó dos libretas de ahorros que mi madre había dejado. Una contenía el dinero de su seguro de vida; la otra, el dinero que había ahorrado antes de caer enferma. Mi padre me dijo que buscara un lugar en el que vivir en la ciudad. Las dos libretas llevaban mi nombre, Jeong Yun, impreso en el interior. Abrí la segunda libreta: tenía anotado el dinero que mi madre había ido depositando, una pequeña cantidad cada día, hasta que enfermó. Una pequeña cantidad cada día, sin falta. ¿Cómo había conseguido mi padre no gastárselo? Quise devolverle la libreta con el dinero que había pagado la compañía de seguros, pero dijo que mi madre me lo había dejado a mí. «Ya eres mayor, así que has de cuidar de ti misma.» Cuando hice el equipaje guardé las libretas de ahorros en el fondo de la bolsa. En el tren las saqué varias veces y conté el dinero que mi madre había ingresado a diario. Era como ver sus manos. Unos días eran diez mil won, otros treinta mil, otros incluso ochenta mil... hasta que un día algo debió de ocurrir, porque ingresó doscientos mil de una vez. Saqué algo de dinero y alquilé una *oktap bang* —una caseta convertida en estudio en la azotea de un edificio— al final de una calle que quedaba cerca del piso de mi prima. Lo primero que saqué de la maleta fue la tierra de la tumba de mi madre, todavía apretujada como una bola de arroz. A continuación me puse las zapatillas de deporte y caminé hasta la librería de la calle Jongno para comprar un libro de poemas de Emily Dickinson y un callejero con planos detallados de la ciudad. De regreso a casa me detuve en una floristería y compré una maceta. Puse la tierra de la tumba de mi madre en la maceta y abrí el callejero por la primera zona por la que pensaba pasear. Después

de un año de ausencia, decidí que había llegado el momento de conocer la ciudad. Y para conseguirlo tendría que recorrer a pie todos sus rincones.

---

Hace mucho que no me paso por la universidad. Me he matriculado en varias asignaturas, pero la del profesor Yun es la única a la que me apetece asistir. La universidad sigue siendo una zona de disturbios. Llegué media hora antes para pasarme por la librería de al lado. Cuánto tiempo... El hombre que trabaja allí pareció alegrarse de verme. «Todavía soltero, ¿eh?», vociferó. «¿Qué? ¿Tanto se me nota que no tengo novia?» Le pregunté cómo podía saber que no estaba saliendo con nadie y me respondió: «¡Lo llevas escrito en la cara!». ¿Perdone? «Me basta con mirarte para saber que hace mucho de tu último beso.» Me dio una palmada en el hombro. Hurgué entre las pilas de libros de texto, revistas y libros nuevos, pero al final solo compré este pequeño diario encuadernado en piel marrón en el que ahora estoy escribiendo. Me gusta el color y el tacto. Voy a utilizarlo para anotar mis pensamientos y las cosas que hago. Un día me dejé la bolsa en el metro. Otro, me quité las zapatillas de deporte en un bar y me las olvidé debajo de la mesa. Lo más seguro es que también acabe perdiendo este diario. Me recuerda a los diarios que escribía en el instituto, los que llenaba de estúpidos garabatos. Los perdí todos. Seguramente todo aquel revoltijo de notas y emociones también se perdió. Me armé de valor y decidí volver a escribir. Para conmemorar el evento quise ponerle un nombre a mi diario. *Sae apuntes*, tal vez. *Sae* significa «nuevos», pero también quiere decir «entre» y «pájaro». Un pájaro que vuela libremente en el cielo... Pero entonces ¿debería llamarlo *Sae apuntes* o *Apuntes de sae*? *Apuntes de sae*... No sé. Suena un poco raro. ¿*Apuntes al viento*? *Apuntes al viento*... ¿*Apuntes de primavera*? ¿*Prueba de existencia*? Pasé un par de horas barajando nombres, pero finalmente me decidí por *Libro marrón*. Porque la tapa es marrón. Poco imaginativo, lo sé. ¿Por qué escribo siquiera? No tengo ni idea de sobre qué escribir. Solo confío en que, comparado con mis anteriores diarios, lo que escriba en este sea una cristalización de mi madurez y refinamiento.

Cuando estaba en el instituto me apunté a un taller de fotografía. Había caído en mis manos un libro de Roland Barthes donde leí: «La escritura evoluciona como una semilla». Fue como precipitarme por una ventana. Más tarde descubrí que Barthes también había escrito sobre fotografía. Leí su libro *La cámara lúcida*, obra que despertó en mí el deseo de hacer fotos. Mi padre tenía una cámara en casa. Nunca le había visto utilizarla. De vez en cuando la sacaba, la acariciaba y me contaba que si mi abuelo no le hubiera dejado la casa de baños, se habría hecho fotógrafo y habría viajado por todo el mundo. Quería probar la cámara de mi padre. No obstante, cuando asistí al taller de fotografía me di cuenta de que allí no iba a aprender nada. Nadie había oído hablar de *studium* o *punctum*, conceptos que yo había aprendido con Barthes. De hecho nunca habían oído hablar de Barthes. Me harté del taller. Un día el profesor estaba explicando cómo hacer retratos. Me fui poniendo nervioso, hasta que no pude soportarlo un segundo más. Traté de abandonar la clase discretamente, pero el profesor pronunció mi nombre en voz alta: «¡Yi Myeong-seo!». Me detuve en seco. «¿Adónde cree que va?», me preguntó. Le dije que tenía que ir al médico. «¿Qué le ocurre?», insistió. En realidad no estaba enfermo y no tenía que ir al médico. Solo quería largarme de allí. «Le he preguntado qué le ocurre», repitió el profesor. No sabía qué decir. Titubeé. Finalmente dije sin pensar: «Tengo el corazón roto». La infantil respuesta me sorprendió incluso a mí. Pensé: «Ahora seré el hazmerreír de todos. Me obligará a correr diez



vueltas, puede que veinte». El profesor de fotografía también enseñaba ciencias. Cuando los alumnos le desobedecían en clase, los obligaba a arrastrarse por el suelo o les pegaba con la caña o les hacía correr por la pista bajo un sol abrasador hasta que caían al suelo de puro agotamiento. Me resigné a ser castigado, pero su reacción me sorprendió. «¿Tiene el corazón roto?» Me miró ensimismado a través de las gafas. «Será mejor que se dé prisa entonces. Y la próxima vez no llegue tarde.»

Salí del recinto y subí hasta lo alto de la colina que había detrás del colegio. Me estiré sobre una tumba que no parecía tener dueño y estuve un rato contemplando las nubes blancas y esponjosas que flotaban en el cielo como islas antes de regresar al taller de fotografía. Después de ese día no me perdí ni una sola clase. Incluso me apliqué más en ciencias, asignatura en la que siempre había sacado notas mediocres. Si no hubiera subido hasta la tumba de aquella colina y observado las nubes blancas que flotaban en el cielo antes de regresar al colegio, probablemente le habría devuelto la cámara a mi padre.

Aquel día había una manifestación multitudinaria. En cuanto desperté enrollé el periódico y fui a tirarlo a la papelera, pero una foto de dos perros llamó mi atención y lo abrí. Era la historia de dos perros abandonados. Uno de ellos era ciego. El perro con la vista sana siempre caminaba detrás del perro ciego para protegerlo. Cuando cruzaban la calle o se detenían para beber, el perro vidente hacía guardia mientras el otro cruzaba o bebía. El artículo incluso explicaba que habían sido vistos descansando con las cabezas juntas o con la cabeza de uno apoyada en la barriga del otro. Cada vez que el perro ciego se detenía, el perro vidente se detenía también.

¿Adiestramiento o instinto?

Dicen que un perro no guiaría voluntariamente a otro que no puede ver, pero este perro existe. ¿Qué quiere decir eso? Últimamente no para de llover. La lluvia me hace sentir como si me hubieran arrojado a la calle con los ojos vendados. Me quedé un buen rato mirando la foto de los dos perros que descansaban con las cabezas juntas o con la cabeza de uno sobre la barriga del otro.

Libro marrón 1

## 2

### *Cruzando el agua*

DOS HORAS ANTES DE LA PRIMERA CLASE saqué de mi zapatero las zapatillas de deporte. Iría a la universidad andando. Me detuve a contemplar la tierra de la tumba de mi madre que había puesto en la maceta. Mientras bajaba las escaleras me pregunté qué tipo de flores debería plantar en ella. Aunque había mirado la ruta en el plano, el camino entre mi habitación y la universidad era sinuoso y nuevo para mí. En un momento dado la calle se cortaba, por lo que tuve que retroceder y tomar un paso elevado para peatones. Me detuve en medio del paso y observé a mi alrededor con las manos aferradas a la barandilla. Desde allí arriba todo parecía muy diferente. Podía ver los tejados y la parte superior de cosas que no eran visibles desde abajo, así como las callejuelas que salían de la calle principal. Ventanas, coches, cubos de basura, azoteas, semáforos, chimeneas de casas de baño y, a lo lejos, coronillas de peatones yendo de un lado a otro.

Sicomoros y ginkgos plantados a lo largo de la calle, tímidos arriates de flores contruidos en las aceras, carteleras de cine pintadas a mano; estaba viéndolo todo desde un nuevo ángulo, y me parecía extraño y dinámico, como si lo contemplara por primera vez. Entre las caóticas marañas de cables eléctricos, el cielo se mostraba vasto e infinito. Siempre había mirado el paso elevado desde abajo, nunca había mirado hacia abajo desde el paso elevado. Los techos de los coches eran planos e inofensivos, y desde arriba los árboles se veían repletos de hojas. Las ramas acariciaban las ventanas de los edificios. Seguí mi camino y tropecé con un túnel con el que no contaba. Me detuve y asomé la cabeza. ¿Debería cruzarlo? Quería, pero ignoraba su longitud. No había ningún letrero que indicara que a los peatones les estaba permitido atravesarlo. Escudriñé la oscuridad del túnel, tras lo cual di media vuelta, caminé hasta la parada del autobús y me subí a uno que iba a la facultad.

La universidad seguía igual.

Los actores del departamento de arte dramático parecían seguir esperando a Godot, los estudiantes de fotografía iban de un lado a otro con sus cámaras colgadas del hombro y las alumnas del departamento de música clásica coreana se apelotonaban en el pequeño teatro con sus cítaras o *kayagums*, las cejas perfiladas, el pelo recogido en un moño y una expresión remilgada en el rostro. El recuerdo de cuando contemplaba el campus desde la verja, donde se respiraba el

nerviosismo de una actuación a punto de comenzar, y cuando dudaba entre si cruzarla o no me impulsó a entrar con paso firme. Reconocía pocas caras. Los chicos de mi departamento probablemente se habían marchado al servicio militar. Ni siquiera reconocía a las chicas de mi curso porque se habían hecho la permanente o habían empezado a maquillarse o se habían cubierto de complementos o se habían hecho la cirugía plástica en los ojos. Camino del aula busqué cosas que no hubieran cambiado: la biblioteca, la librería, la oficina de correos de la universidad, los bancos de madera frente al estanque de lotos, sobre cuyos listones solía recostarme. Inspiré profundamente y suspiré aliviada. El olor a gas lacrimógeno también seguía allí.

La primera clase a la que asistí tras mi regreso a la universidad fue la del profesor Yun.

La suerte quiso que fuera en la misma aula que antes. Abrí la puerta, entré y me senté al fondo, donde estaba todo el mundo. Me había propuesto no sentarme delante, pero me incomodaba estar mirando el cogote de un chico sentado a solo unos centímetros de mí, de modo que me trasladé a una mesa junto a la ventana. En la última fila un chico y una chica estaban sentados muy juntos, como si fueran novios. Él parecía mayor que el resto de nosotros. ¿Era un estudiante reincorporado? Aunque era la primera vez que lo veía, su cara me resultaba extrañamente familiar. Era tan alto que parecía estar apretujado bajo la mesa, y prácticamente escudriñaba la cara de la chica mientras hablaban. De pronto se volvió hacia mí. Me froté rápidamente la cara con la mano y me di la vuelta, pero algo me impulsó a mirarlos de nuevo. Bajé la cabeza hasta casi tocar la mesa para intentar verle la cara a la chica. Algo en ella me fascinaba. Pero ni con la mejilla pegada al escritorio pude vérsela. La melena, larga y negra, le caía hacia delante y le tapaba casi todo el rostro. Cada vez que el chico le decía algo, la bajaba un poco más.

—Yi Myeong-seo.

—Presente.

Solo cuando el profesor Yun procedió a pasar lista descubrí que el chico se llamaba Myeong-seo.

Las cosas que no habían cambiado me hacían confundir ese momento con el de un año atrás.

El profesor Yun seguía tan enjuto como hacía un año, tan inmutable como los escalones de piedra de la biblioteca. Incluso sus penetrantes y observadores ojos, los mismos que se habían contraído de dolor cuando se detuvo frente a la ventana para observar las protestas de los estudiantes, eran idénticos. Cuando estaba sola me costaba recordar cómo era yo un año atrás, pero ahora que estaba de regreso en esta aula lo veía con la misma claridad que si mi yo de aquel entonces estuviera sentado a mi lado. El profesor Yun decía un nombre y pasaba al siguiente en cuanto oía la respuesta, pero cuando llegó al de Myeong-seo levantó la vista de la hoja de asistencia y miró al chico.

—¿No deberías haberte graduado ya?

Sonrió y le observó por encima de las gafas.

Myeong-seo se rascó la cabeza y esbozó una sonrisa. Aunque tímida, se extendía de oreja a oreja. Cualquiera que la viera probablemente no podría evitar sonreír también. Pero a pesar de su sonrisa contagiosa, la chica sentada a su lado permaneció cabizbaja. Quería saber cómo se llamaba. Escuché atentamente al profesor Yun leer el resto de los nombres. ¿Se me había pasado? Había terminado de pasar lista, pero no había dicho el nombre de la chica. Cuando el profesor Yun guardó la hoja de asistencia, me volví de nuevo hacia ellos.

Yi Myeong-seo. Anoté en mi libreta el nombre del chico que estaba sentado tan cerca de esa

chica. ¿Cuánto hacía que no escribía el nombre de alguien en mi libreta? Durante la clase seguí girándome disimuladamente hacia ellos. Cada vez que lo hacía descubría algo nuevo en él —su pelo rizado, su perfil marcado, la forma en que hacía rotar el lápiz—, pero no pude descubrir nada de la chica. Seguía sentada en la misma postura, con la cabeza inclinada. Apenas alcanzaba a verle la nariz entre los largos mechones de pelo negro. Estaba obsesionada con saber su nombre, con verle los ojos. Desprendía una energía que despertaba mi curiosidad. Tal vez por esa misma razón el profesor Yun posaba de vez en cuando la mirada en ella.

Como era el primer día del semestre, el profesor Yun terminó la clase con una introducción general del plan de estudios. Tras explicar qué lecturas eran obligatorias y cuáles recomendadas, enumeró las cosas que debíamos tener presentes mientras fuéramos sus alumnos, la mayoría de las cuales se reducían a amenazas tales como que si llegábamos más de diez minutos tarde ni se nos ocurriera entrar en clase o que si dejábamos de entregar tres trabajos seguidos nos pondría automáticamente un cero. Como ya habíamos oído lo mismo de otros profesores, empezamos a distraernos. Algunos estudiantes incluso dieron por sentado que la clase había terminado y comenzaron a recoger los bolígrafos y libretas que habían desparramado por sus mesas.

El profesor Yun se subió las gafas y miró un momento por la ventana. Las voces de los manifestantes gritando consignas irrumpieron en el aula. Nada había cambiado desde el año pasado. El profesor Yun recorrió la clase con la mirada.

—¿Habéis oído hablar de un hombre llamado Cristóbal?

«¿Cristóbal?»

En cuanto el profesor pronunció ese nombre pensé en la novela *Juan Cristóbal* de Romain Rolland, que había leído en el instituto. Un relato novelado de la vida de Beethoven que constaba de diez volúmenes. Puesto que era el único libro al que mi prima, poco dada a la lectura, solía volver, yo también lo había leído. El héroe de la historia se enfrenta a una desesperación creciente, pero al mismo tiempo se siente cada vez más optimista. El argumento había dejado una huella profunda en mí. Hasta deseé ver el Rin algún día porque el héroe había nacido en un pueblecito a orillas de ese río. Por muchas cosas que le pasen, nunca se rinde y continúa con su búsqueda de la perfección hasta un punto casi inverosímil. Recordé que había leído todos los volúmenes y llevado esos libros amarillos con el nombre impreso de Juan Cristóbal pegado al corazón, y sentido una pasión abrumadora y un profundo respeto por su historia y su persona. Me pregunté si el profesor Yun estaba hablando del Juan Cristóbal de ese libro, pero no estaba lo bastante segura para levantar la mano y decir que sabía quién era. Enderecé la espalda y clavé la mirada en el profesor Yun. Tuve la sensación de que estábamos en un campo, a merced del viento, y no dentro de un aula. Como nadie respondía, el profesor Yun prosiguió:

—El Cristóbal al que me refiero es el san Cristóbal de la leyenda medieval europea. Seguro que algunos de vosotros vais a la iglesia. ¿No habéis oído hablar de él?

Una estudiante levantó tímidamente la mano, aunque en el último momento se amedrentó y dijo:

—No lo sé, pero...

—Entonces cuéntanos lo que sí sabes.

Reímos. La estudiante explicó que había oído contar la historia a su profesor de catequesis cuando era niña y no la recordaba con claridad, pero que quizá se refería al hombre que fue salvado porque ayudó a Jesús a cruzar un río. Era más una pregunta que una respuesta. El profesor

Yun asintió. Cuando la muchacha volvió a sentarse, el profesor se aclaró la garganta, miró a su alrededor y dijo que se trataba, efectivamente, de una leyenda. Los estudiantes que habían empezado a recoger sus mesas porque pensaban que la clase había terminado levantaron la cabeza y miraron fijamente al profesor Yun. Este sujetó el atril con ambas manos y comenzó su relato.

—Voy a contaros la historia de san Cristóbal.

»Según el relato que ha llegado hasta nosotros, Cristóbal era cananeo. Dicen que era un gigante, un hombre de una gran fuerza que no temía a nada ni a nadie. Cristóbal decidió un día que solo serviría al hombre más grande y fuerte de la tierra, pero por mucho que buscaba, no encontraba a nadie digno de dedicarle su vida. Todos los hombres acababan decepcionándole. Si os cuento la versión larga os aburriré, de modo que me ceñiré a la parte más importante. Cristóbal se cansó de buscar a un hombre a quien mereciera la pena servir. Desconsolado, se construyó una casa en la orilla de un río y empezó a ganarse la vida ayudando a los viajeros a cruzarlo. Cristóbal era sumamente fuerte y corpulento. Su única posesión era una vara que utilizaba para vadear la corriente, por muy agitada que estuviera, y dejar a la gente en la otra orilla. Él lo veía como un pasatiempo. Era un barquero sin barca, un hombre que transportaba a la gente con su cuerpo.

Tuve la sensación de que el mundo se había detenido. En una clase de treinta alumnos, puede que cuarenta, no se oía ni un carraspeo.

—Una noche, mientras dormía profundamente, Cristóbal escuchó una voz débil pronunciar su nombre. Preguntándose quién podía ser a esas horas de la noche abrió la puerta, pero no vio a nadie, solo oscuridad. Cerró, regresó a la cama y al rato volvió a oír la voz. «¡Cristóbal!» Salió de nuevo, pero, como la primera vez, solo vio oscuridad. La tercera vez que la voz pronunció su nombre sonó como si la tuviera justo al lado. Miró a su alrededor, pero no vio a nadie. Extrañado, empuñó su vara y fue hasta el río. Junto al agua había un niño pequeño. El niño le dijo que tenía que llegar al otro lado del río antes de que clareara y le pidió que le ayudara a cruzarlo. Tales fueron sus ruegos que Cristóbal pensó que aunque era demasiado tarde el niño era muy pequeño, así que se lo subió al hombro y entró en el río. Pero justo en ese momento el río empezó a crecer. En apenas un instante el agua casi cubría la cabeza de Cristóbal. Y eso no fue todo. El niño, ligero al principio, se fue haciendo pesado conforme las aguas crecían. Su peso, semejante al de una enorme pieza de hierro, imposible en un niño tan pequeño, presionaba los hombros de Cristóbal hacia abajo. Las aguas seguían creciendo mientras el niño lo empujaba hacia el fondo con su enorme peso. Cristóbal, hombre fuerte y aplomado, empezó a temblar de miedo por primera vez en su vida ante la posibilidad de ahogarse en el río. Consiguiendo a duras penas mantenerse en pie con ayuda de la vara, avanzó pesadamente por la corriente con el niño sobre los hombros y consiguió alcanzar la otra orilla. Tras dejar al niño en el suelo, dijo: «Pensé que iba a morir por tu causa. Aunque eres pequeño, pesabas tanto que tenía la sensación de estar cargando con el peso del mundo. Desde que vivo aquí he trasladado a muchas personas hasta la otra orilla, pero nunca he llevado a nadie que pesara tanto como tú». En ese momento el niño se desvaneció y Jesús apareció ante Cristóbal rodeado de una luz deslumbrante. Y le dijo: «Cristóbal, lo que transportabas no era un niño, sino a mí, a Cristo. Cuando cruzaste el río, estabas portando sobre tus hombros el mundo entero».

El profesor Yun hizo una pausa y nos miró. Al principio pensé que estaba preguntándonos si habíamos entendido la historia, pero luego me dije que a lo mejor había descubierto algo nuevo



sobre san Cristóbal, algo que había olvidado. Permaneció en silencio un instante más antes de continuar hablando.

—Permitidme, pues, que os haga la siguiente pregunta: ¿los que estáis hoy aquí sois Cristóbal o sois el niño que porta sobre los hombros?

La historia del profesor Yun, que había comenzado como una gota de lluvia en medio del barullo de quienes daban la clase por terminada, se tornó en una tormenta de mediodía. Un rayo de sol del agonizante verano se deslizó a través de una ventana que alguien había cerrado firmemente.

El profesor Yun nos observaba expectante, pero nadie ofreció una respuesta a su pregunta. Las consignas lanzadas a voz en grito por los manifestantes siguieron al rayo de sol y volvieron a instalarse entre nosotros. Por encima de las gafas, los ojos penetrantes y amables del profesor Yun se detuvieron sobre nosotros antes de continuar.

—Cada uno de vosotros es Cristóbal y el niño que lleva sobre los hombros. Todos os abris camino a través de la adversidad, en este mundo difícil, para llegar al otro lado del río. No os he contado esta historia para hablar de religión. Todos somos viajeros pasando de una orilla a otra, de este mundo al nirvana. Pero las aguas están agitadas y no podemos cruzarlas sin más. Debemos contar con algo para poder atravesar el río. Ese algo podría ser el arte o la literatura que aspiráis a crear. Tal vez penséis que aquello que elijáis os hará de barca o balsa para cruzar hasta la otra orilla, pero si lo meditáis detenidamente, descubriréis que eso no es lo que os lleva a vosotros, sino lo que vosotros lleváis sobre vuestras espaldas. Únicamente el estudiante capaz de saborear realmente esta paradoja conseguirá llegar sano y salvo al otro lado. La literatura y el arte no solo son las cosas que os ayudarán a cruzar el río. También son las cosas a las que debéis dedicaros en cuerpo y alma, las cosas por las que debéis luchar el resto de vuestras vidas.

Llegados a este punto todos centraban su atención en las palabras del profesor Yun. Su voz queda y firme se había abierto paso hasta nuestros corazones. No había nadie mirando por la ventana. Hasta el chico de la última fila había dejado de girar el lápiz. La chica, por su parte, había levantado la cabeza y estaba escuchando con atención.

—Todos vosotros sois san Cristóbal. Y los que ayudaréis al niño a cruzar la corriente. Es vuestro destino sumergiros en las aguas crecidas del río. Aunque el río suba, no debéis deteneros hasta que el niño llegue a la otra orilla. Así pues ¿cuál es la mejor manera de cruzar el río?

Era y no era una pregunta. La voz del profesor Yun sonó aún más queda y firme.

—La mejor manera es ser el san Cristóbal de los otros. Transportar al niño juntos. Eso no es todo. No existe diferencia entre la persona que cruza el río y la persona que ayuda a otra a cruzarlo. No sois solo san Cristóbal, que sumerge la vara en las aguas crecidas para llegar a la otra orilla. Cada uno de vosotros sois el mundo y sus creadores. Unas veces sois el niño y otras los que ayudáis a cruzar el río. Así pues debéis apreciar a los demás y darles el valor que merecen.

La confianza que brotó en nuestro interior se expandió por toda la clase. Si en ese momento se hubiera roto una ventana, el sonido del exterior no habría sido capaz de quebrantar la dulce quietud del aula.

—Bien, mis jóvenes Cristóbal, eso es todo por hoy. Por cierto, ¿podría alguien pasar a máquina las lecturas recomendadas? Teclear no es lo mío.

Nadie contestó.

—¿Alguien?

San Cristóbal, el niño, el río, una vara, el destino, nosotros... Había estado tomando apuntes, pero en un momento dado había parado para dejarme envolver por el relato del profesor Yun. Levanté la mano. Ni siquiera pensé en lo que estaba haciendo. El profesor Yun me miró.

—¿Cómo te llamas?

—Jeong Yun.

—Jeong Yun —repitió en voz alta—. Gracias. Ven a mi despacho después de clase.

Cuando el profesor Yun se marchó, nos quedamos un rato sentados y en silencio. Finalmente me levanté para ir a su despacho, y al retirar la silla el chirrido de las patas retumbó en el aula. Fue una suerte de señal para que los demás recogieran también sus cosas y se marcharan. El despacho del profesor Yun se hallaba en la dirección opuesta a la del aula donde tenía mi siguiente clase. Por el camino, miré hacia atrás. Myeong-seo y la chica caminaban hacia mí bajo el gran zelkova verde que acababa de dejar atrás.

La chica tenía un andar peculiar, de esos que no se olvidan fácilmente. Me detuve, sintiendo el calor del sol del otoño, y la observé. Había muchos estudiantes bajo aquel árbol. Se reunían en parejas o en grupos antes de tomar rumbos distintos o rezagarse para esperar a alguien. Pero a pesar de todo ese ir y venir de gente, ella seguía acaparando mi atención. Había reparado en la chica antes que en el chico que la acompañaba. Seguía sin poder verle la cara mientras avanzaba hacia mí con el bolso colgado del hombro y un libro en la mano. Tenía la cabeza inclinada hacia delante. Caminaba con el torso metido hacia dentro, lo que hacía que sus hombros redondos se curvaran todavía más, como si estuviera mirándose el corazón. Sin embargo llamaba la atención. Tal vez se debiera a la falda. Era acampanada, de florecillas blancas sobre un fondo azul marino, que combinaba con una chaqueta blanca de algodón. La vivacidad de las florecillas contrastaba con el resto de su persona. Cuando pasó bajo el zelkova, la falda se hinchó con el viento y bajó de nuevo. Lo que fuera que la hacía diferente de los demás parecía provenir de esa falda. Las chicas de nuestra edad raras veces lucíamos faldas como esa. La mayoría llevaba pantalones o tejanos. E incluso cuando alguna se ponía falda, esta no se hinchaba con el viento.

La forma de caminar del chico también era peculiar. Daba la impresión de que caminara sobre el aire, no como alguien que vivía con los pies en el suelo. Parecía que ya tuviera un pie en el aire antes de haber puesto el otro en el suelo. Mientras que ella daba la impresión de hundirse en la tierra, él parecía que pudiera desvanecerse en el viento en cualquier momento. Observé los curiosos andares de ambos y seguí caminando.

Cuando llegué al despacho del profesor Yun levanté la mano para llamar, pero la puerta ya estaba entornada. La abrí del todo. El profesor Yun alzó la vista. Entre su mesa y un sofá había lo que en un principio pensé que era un tabique, pero resultaron ser estanterías. La mesa del profesor Yun se encontraba detrás.

—Adelante.

Cuando entré se levantó. La mitad superior de su cuerpo asomó por encima de las estanterías. Advertí que tenía un puñado de folios en la mano.

—Siéntate ahí un momento.

Por lo visto se hallaba en mitad de alguna tarea u ordenando algo, porque volvió a sentarse frente a su mesa y oí un frufú de papeles. En lugar de acomodarme en el sofá me quedé de pie y miré la estancia a mi alrededor. Era insulsa. No había plantas ni fotos enmarcadas, solo libros apretujados en estantes funcionales diseñados para acoger el máximo número de tomos posible, ni

siquiera había un calendario o un espejo en la pared. En las estanterías había libros viejos que parecía que fueran a desintegrarse si los tocaba colocados del revés, por lo que era imposible ver los títulos. Era la primera vez que veía tantos libros juntos dispuestos de ese modo. Presa de la curiosidad, me disponía a alcanzar uno cuando llamaron a la puerta. El profesor Yun y yo nos volvimos al mismo tiempo. La puerta se abrió y las dos personas que acababa de ver caminando bajo el zelkova entraron. Al parecer su destino también era ese despacho. El profesor Yun los miró a los dos, se levantó y caminó hasta el sofá con los folios todavía en la mano.

—¿No te has hartado aún de mí? Tenemos que dejar de vernos así —declaró mientras sonreía afectuosamente al chico. Tal como había hecho en clase, el chico se rascó la cabeza y sonrió.

—Quería presentarle a mi amiga —dijo.

—Como si no fuéramos suficientes ya, vas y te traes una amiga. Sentaos.

El profesor Yun me miró. Hay instantes en la vida en que tenemos la sensación de estar reviviendo una escena aun cuando esta está sucediendo por primera vez. Al sentarnos, el profesor Yun y yo nos quedamos a un lado y el chico y la chica enfrente. Me cohibía estar al lado del profesor Yun, pero hubiera sentido lo mismo al lado de ella. El chico y la chica parecían el uno la sombra del otro, lo que hacía que a nadie se le ocurriera sentarse entre ambos. Resultaba extraño. Seguía teniendo una sensación de *déjà vu*, como si esta no fuera la primera vez que nos sentábamos así. El chico y yo nos miramos a los ojos por primera vez. Tenía las cejas de color negro azabache, como si se las hubiera frotado con carbonilla, ese negro que te hacía sentir como si te succionara. Cada vez que cambiaba de expresión lo primero que movía eran las cejas. La gente que lo conocía probablemente podía adivinar de qué humor estaba tan solo con observar sus cejas. Debajo de ellas, sus ojos pensativos parecieron sonreírme fugazmente antes de desviarse hacia la chica. La nariz destacaba entre los pómulos. La chica tampoco me miró entonces. Tenía las manos metidas en los bolsillos.

—Somos amigos desde la infancia —dijo el chico—. Estudia en la Universidad K. En estos momentos está de excedencia y le gustaría asistir a su clase como oyente. Hemos venido a solicitar su autorización.

Cuando le oí decir que eran amigos desde la infancia enseguida pensé en Dan.

—¿Quieres decir que está de excedencia de su universidad?

—Sí.

—¿Cómo te llamas?

—Yun Mi-ru.

Aunque el profesor Yun se había dirigido a la chica, había respondido el chico.

—¿Mir?

—No, señor. Mir no. Mi-ru.

Yun Mi-ru. Susurré su nombre en voz baja para que nadie pudiera oírme. «Yun Mi-ru. Yun Mi-ru.»

—¿Por qué respondes tú? ¿Eres su representante?

Myeong-seo sonrió tímidamente.

—¿Existe una razón concreta para que quieras asistir a mi clase?

Mi-ru levantó la cabeza. Por fin podía verle la cara. Pestañeó y volvió a bajarla. Poseía unos ojos muy oscuros, tan oscuros que parecía que fueran todo pupila. Aunque tenía la cabeza inclinada, podía ver su frente lisa. El caballete de la nariz era alto y estrecho. Tenía los labios

carne, como picados por una avispa, detalle que confería a sus rasgos una belleza grácil. De ser eso todo, cualquiera la habría recordado únicamente por su cara bonita y su piel clara. Pero entonces le vi las manos, que había sacado de los bolsillos, y me estremecí. Fue una reacción inmediata. Las manos. En contraste con el rostro, las tenía marchitas y arrugadas, como si hubieran estado demasiado tiempo sumergidas en agua. Mi-ru, tan bonita con sus ojos negros y su piel tersa y blanca, tenía manos de anciana. He ahí la causa de mi curiosidad, por qué me había preguntado quién era desde que traté de verle la cara en el aula, la respuesta a la incongruencia que la falda de flores acampanada no podía explicar por sí sola. La chica debió de notar que le estaba mirando las manos, porque volvió a meterlas en los bolsillos. El profesor Yun también había reparado en ellas y parecía tan sorprendido como yo. Se hizo un silencio incómodo.

—¿Qué les ha ocurrido a tus manos? —le preguntó.

No podía entender por qué el profesor Yun estaba cuestionando directamente a una persona con unas manos que daba angustia mirar sobre qué le había sucedido. Mi-ru sacó las manos de los bolsillos, se las puso a la altura del pecho, abrió los dedos y se quedó mirándolas. Tampoco había esperado esa reacción. Las miraba como si no fueran suyas.

—Me las quemé.

Era la primera vez que oía su voz. Una voz clara y nítida.

—¿Con agua?

—No, con gasolina.

—Debió de dolerte mucho —susurró el profesor Yun casi para sí. No le preguntó cómo había ocurrido. Mi-ru giró las manos, se miró las palmas y respondió con un «sí».

—Pero ¿verdad que no las ves como una representación de quien eres?

El corazón me dio un vuelco. Mi-ru en cambio permaneció impassible. A su lado, Myeong-seo enarcó sus cejas negras.

Enderezó la espalda.

Como si quisiera detener esa conversación antes de que fuera demasiado lejos.

—Interpretaremos eso como una autorización, profesor.

El profesor Yun levantó la vista, pero en lugar de mirarlo a él contempló a Mi-ru.

—Estés donde estés destacas sobre el resto.

Se hizo otro silencio incómodo.

—Llamaste mi atención antes de que te viera las manos. No te conozco, pero irradian una luz especial.

—...

—Tus manos, libérate de tus manos.

—...

—Si quieres liberarte de tus manos, asiste a mi clase. De lo contrario no pierdas el tiempo.

Mi-ru lo fulminó con sus ojos negros. Comprendí entonces que la extraña energía que emanaba de ella era también ansiedad. Sus ojos parecían arder de angustia, y temí que fuera a atacar al profesor Yun, pero un instante después su mirada flaqueó y se posó en mí. Cargados de ruegos y preguntas, sus ojos parecían pedir auxilio. También yo me descubrí enderezándome en el sofá, y le tendí una mano. Mi-ru se quedó mirándola fijamente. Myeong-seo se levantó y la cogió suavemente de la mano. La mano arrugada de Mi-ru quedó envuelta por la grande y fuerte de Myeong-seo. La mano quemada de Mi-ru desapareció en la de él, como si ese fuera el mejor lugar

para ella.

—Nos vamos.

Mi-ru se levantó también. Myeong-seo la guió hasta la puerta y estaba a punto de cruzarla cuando se dio la vuelta.

—Jeong Yun —dijo pronunciando con precisión mi nombre completo—. Ha pasado un año.

No me resultó extraño que dijera mi nombre completo. Si yo había averiguado su nombre cuando el profesor Yun pasaba lista, seguramente él había hecho lo mismo. Sin embargo cuando me habló tuve el presentimiento de que pronto estaría paseando con ellos dos por la ciudad.

—Quiero darte las gracias.

No acababa de marcharse, como si estuviera esperando una reacción por mi parte. Ignoraba por qué me daba las gracias, pero asentí de todos modos. Finalmente se despidió del profesor Yun con una inclinación de cabeza. Mi-ru también me estaba mirando. Su mano cubierta de cicatrices seguía envuelta por la de él.

Una vez que hubieron abandonado el despacho, se hizo el silencio entre el profesor Yun y yo. Por la razón que fuera había sido muy frío con Mi-ru. Ahora sin embargo exhaló un largo suspiro y volvió a ser la persona que nos había contado la historia de san Cristóbal.

—¿Eres rápida escribiendo a máquina?

Respondí con una sonrisa.

—¿Eres rápida?

—...

—No te limites a sonreír. Dame una respuesta clara.

Pensé que era el mismo tono que había utilizado con aquella chica cuando le dijo: «Entonces cuéntanos lo que sí sabes». Yo había adquirido la costumbre de sonreír cuando no estaba segura de cómo responder a una pregunta. Era la primera vez que alguien me lo hacía ver.

—Soy rápida.

—¿Cuánto?

—Lo bastante para que mis manos no entorpezcan el ritmo de mis pensamientos.

—Entiendo... Envidio a la gente que sabe teclear con los diez dedos. He intentado aprender, pero lo encuentro muy difícil. Yo tecleo con dos dedos. A diferencia de ti, mis manos no pueden seguir el ritmo de mis pensamientos. Cuando escribo a máquina mis reflexiones se ven obligadas a frenar constantemente y mirar atrás mientras mis manos se esfuerzan por darles alcance.

No sabía que se podía hablar así.

«Mis reflexiones se ven obligadas a frenar constantemente y mirar atrás mientras mis manos se esfuerzan por darles alcance.» El profesor Yun hablaba de una manera curiosa y nueva para mí, pero pensé que podía entender lo que quería decir.

Me di cuenta de que debía vencer el letargo que sentía en casa de mis padres y regresar a la ciudad inspirada por el paseo con Dan aquella noche. Cuando visité con él y su linterna frontal la tumba de mi madre, en el instante en que casi le pregunté si me quería, después de que me contara lo mal que se había sentido tras vapulear a un compañero de clase que había aparecido en la universidad como parte de la policía antidisturbios, supe que tenía que volver a la ciudad. Esa resolución fue lo que impidió que le preguntara si me quería cuando me sentí abrumada por el letargo y el sentimiento de pérdida. En ese momento comprendí que únicamente deberías preguntar a otra persona si te quiere si tú la quieres a ella, independientemente de cuál pueda ser su

respuesta. Había vuelto a la ciudad como resultado de la decisión de aquella noche, cuando cogí un puñado de tierra de la tumba de mi madre, pero mi corazón no había regresado conmigo y seguía dando vueltas por allí. Tal vez fuera una sensación parecida a la que experimentaba el profesor Yun cuando tecleaba y veía sus torpes dedos seguir lentamente la frase ya ideada, incapaz de acompañar o atrapar los pensamientos que surgían de su cabeza.

Pensé en el marido de mi prima, quien en una ocasión hizo un comentario parecido al del profesor Yun. Cada vez que regresaba de una semana de viaje, se encontraba una cena especial en la mesa. Arroz, sopa de algas, corvina a la parrilla, huevos al vapor, laver seco tostado, espinacas sazonadas, brotes de judías mungo y rábanos. Todos los platos que le gustaban. Algunas noches, cuando regresaba de una semana de viaje, nos sentábamos los tres a la mesa y cenábamos juntos. En una ocasión regresó demasiado cansado para cenar. Mi prima dejó la corvina en la mesa y le preguntó si quería ir a ver al médico, pero él le dijo que no era necesario. Nos contó que el avión había volado a tal velocidad que su cuerpo había llegado antes a casa. Simplemente necesitaba tumbarse porque su alma no había podido seguir la velocidad del avión y todavía estaba viajando, y se sentiría mejor cuando llegara.

El profesor Yun me tendió las hojas.

—Son muchas. ¿No será demasiado para ti?

—No.

—Tengo previsto hacer fotocopias para utilizarlas en clase como lista de lecturas recomendadas. Siento darte tanto trabajo, pero puede que te ayude a estudiar.

Los delgados dedos del profesor Yun invadieron mi campo de visión. En las hojas del manuscrito había pequeñas anotaciones. Algunas páginas tenían posits repletos de notas escritas con letra pequeña. El profesor Yun cogió de su mesa un sobre grande y guardó las cuartillas.

—Puedes añadir las notas al manuscrito siguiendo las indicaciones.

La hija del casero de la casa donde había vivido con mi prima era de la misma edad que yo. Estudiaba formación profesional y tenía una máquina de escribir. Probablemente poseía muchas otras cosas, pero yo solo pensaba en esa máquina de escribir. La deseaba tanto que cuando cerraba los ojos podía ver la palabra «Clover» grabada en el chasis. Siempre que encontraba un pretexto para entrar en la habitación de la hija del casero, me detenía delante de la máquina de escribir, estiraba los dedos y golpeaba las teclas, tac tac tac. A la hija del casero no le gustaba que tocara su máquina de escribir, pero cuando se dio cuenta de lo mucho que me atraía, me enseñó a usarla. Aprendí la posición de las teclas. Me gustaba el sonido que emitían cuando las presionaba. Me encantaba cómo al mover los dedos, tac tac tac, las teclas pasaban a la acción y aparecían letras negras, una tras otra en el papel blanco, como una especie de respuesta. Mucho tiempo después, a veces la hija del casero incluso trasladaba la máquina de escribir a la habitación que yo compartía con mi prima y me dejaba usarla. En tales ocasiones me ponía tan contenta que me sentaba delante de la máquina como si fuera su madre. Como si estuviera aprendiendo a escribir, al principio llenaba las hojas con «ga», «na», «da», «ra», luego con «yo», «tú», «nosotros», una y otra vez. Para cuando adelanté a la hija del casero en mecanografía, estaba copiando las cartas que Van Gogh había enviado a Theo, su hermano pequeño. Empecé con ellas porque me gustaban las palabras «Querido Theo».

El estudio minucioso y la copia concienzuda y repetitiva de los Exercices au Fusain de Bargue

han ampliado mi comprensión del dibujo de la figura humana. He aprendido a medir, ver y buscar los contornos gruesos, de manera que, gracias a Dios, lo que antes me parecía del todo imposible se está convirtiendo poco a poco en una realidad. He dibujado un hombre con una pala, o sea un bêcheur, cinco veces en posturas diferentes, un sembrador dos veces, una muchacha con una escoba dos veces. También una mujer con cofia blanca pelando patatas, un pastor apoyado en su cayado y por último un campesino viejo y enfermo sentado en una silla frente al hogar con la cabeza en las manos y los codos en las rodillas. Y no voy a detenerme ahí, por supuesto. Una vez que unas cuantas ovejas hayan cruzado el puente, el rebaño entero las seguirá. Ahora debo dibujar sin descanso: excavadores, sembradores y hombres y mujeres arando. Examinar y dibujar todo aquello que forma parte de la vida rural. Igual que muchos otros han hecho y están haciendo. Ya no permanezco impotente ante la naturaleza como antes.

Dejé de teclear para leer la parte en la que habla de copiar las ilustraciones de Bargue. Probablemente quería decir que ya no permanecía «impotente ante la naturaleza» porque dibujaba esas láminas una y otra vez. Doblé el folio mecanografiado y se lo envié a Dan con la esperanza de que, habiendo jurado que se convertiría en alguien que dibujaría y dibujaría, dibujara y dibujara como Van Gogh. Ahora tenía la sensación de que todo ese tiempo que había pasado aprendiendo a mecanografiar me había llevado hasta el profesor Yun.

Desvié inconscientemente la mirada hacia el estante con los libros colocados al revés.

—¿Te estás preguntando por qué los coloco así?

—Sí.

—Son libros de escritores que murieron antes de los treinta y tres años. Solía coleccionarlos.

«Escritores que murieron antes de los treinta y tres años...» Repetí mentalmente las palabras y miré al profesor Yun.

—Apuesto a que quieres preguntarme por qué treinta y tres. Bien, era la edad que tenía Jesús cuando murió en la cruz, y la edad que tenía Alejandro Magno cuando creó su imperio y murió. Después de los treinta y tres ya no puedes considerarte joven. Y ¿no decimos que alguien ha muerto joven si lo hace antes de los treinta y tres? Para los artistas, una muerte temprana es a veces un honor. Sus obras me inspiraban respeto y empatía. Si te interesan, puedes tomarlas prestadas.

—Gracias.

El profesor Yun caminó hasta su mesa, situada al otro lado del muro de libros, y como si se le acabara de ocurrir, me preguntó:

—¿Eres amiga de Mi-ru?

—La he conocido hoy.

Se quedó mirándome.

—Quiero darte las gracias.

Era lo mismo que me había dicho Myeong-seo antes de salir del despacho con Mi-ru.

—Quiero darte las gracias por tenderle una mano. Yo solo estaba pensando en cómo conseguir que mirara al mundo de frente. No se me ocurrió tenderle una mano como a ti. Cuando hiciste eso, me avergoncé. Aunque ella no te cogió la mano, tal vez logre superar el peso de las tuyas gracias a ti.

El profesor Yun se sentó a su mesa, de espaldas a mí. Parecía débil y cansado. Lo observé un

instante y a continuación me guardé el manuscrito en la bolsa, salí del despacho y cerré la puerta con sigilo. Miré el nombre del profesor Yun en la puerta, le di la vuelta al letrero que había al lado para que se leyera: AUSENTE DE LA OFICINA y me alejé por el pasillo. Caminé despacio hasta el gran zelkova pensando que quizá Myeong-seo y Mi-ru estarían allí, pero no los vi. Un grupo de estudiantes pasó corriendo por mi lado. Me senté en un banco debajo del árbol y miré el cielo. Estaba dejando atrás el verano y adentrándose en el otoño; nubes blancas como montañas de helado pasaban flotando por él. De algún lado llegaba una brisa que susurraba entre las hojas del árbol. ¿Siempre había tenido ese aspecto? El olor a gas lacrimógeno era el mismo, pero los tejos plantados cual muro alrededor del campus nunca habían lucido tan verdes. Los estudiantes que había visto en clase estaban ahora sentados en la hierba, charlando. El eco de su conversación llegaba hasta el zelkova. Estaban hablando de la historia de san Cristóbal.

—¡Y bien, mis jóvenes Cristóbal! —dijo alguien imitando al profesor Yun—. ¿Puede alguien decirme el título de este libro?

El resto miró el tomo que sostenía en alto. Se trataba de *Qué es arte*, el libro de texto de la clase de sintaxis.

—¡Traidores! —gritó alguien en tono de desaprobación, y la jovial atmósfera decayó al instante.

—¿De qué nos sirve el arte? No puede enseñarnos a ganar dinero o encontrar trabajo. No puede decirnos cómo triunfar en el amor. Y decididamente ¡no puede decirnos si debemos manifestarnos o no!

Alguien elevó la voz en exceso, como si quisiera borrar la atmósfera melancólica, pero el humor en el césped se mantuvo.

Otro estudiante se recostó en la hierba, clavó la vista en el cielo y dijo:

—Recordad lo que decía Rimbaud: «No hay nada como emborracharse con alcohol barato y dormir en la playa».

—Y ¿qué se supone que debes hacer una vez que se te ha pasado la borrachera? ¿Qué puedes hacer?

—Buscar más alcohol barato y vagar por las calles.

—¡Idiota! ¿Crees que puedes vivir toda tu vida como un bohemio de los de antes? —vociferó el estudiante que había imitado al profesor Yun. Se levantó de un salto y se alejó corriendo.

El estudiante que había gritado «traidores» apoyó los brazos en el suelo, se incorporó sobre las rodillas y miró en la dirección en que llegaban las voces de los manifestantes. Me levanté y paseé entre los viejos edificios de piedra del campus y los pabellones nuevos con ascensores. Era la primera vez que deambulaba tan atenta a todo lo que sucedía en el campus. Cada vez que me acercaba a un lugar donde había muchos estudiantes reunidos, me fijaba en sus caras. Al principio no sabía a quién estaba buscando. Cuando caí en la cuenta de que era a Myeong-seo y Mi-ru, regresé al banco del zelkova y permanecí sentada un rato. No había rastro de ellos.



He vuelto a tener ese sueño. Creo oír que alguien me llama, abro la puerta y salgo, pero solo veo capas de oscuridad. Me adentro un paso en esas tinieblas y me detengo. Cuando le conté mi sueño a Mi-ru, me apretó la mano con fuerza. Me dijo que no siguiera a la voz. Me instó a que si esa noche volvía a tener el mismo sueño, no abriera la puerta ni saliera, como si yo pudiera



controlar el sueño. Se puso tan seria cuando me dijo: «Prométeme que no saldrás», que pensé que había soñado algo realmente extraordinario. «Solo si tú me prometes que dejarás de buscarlo...» En cuanto dije eso, Mi-ru levantó la cabeza y me miró fijamente. Me sentí mal, como si estuviera fallando a su hermana Mi-rae. Al rato me disculpé. Mi-ru dijo que ella jamás me pediría que le ayudara a buscarlo y que por tanto debía dejarla en paz. Debía dejar de tratarla como la trataban sus padres. La escuché sin replicar. Mi-ru se aclaró la garganta. «Si no descubro qué le ocurrió al hombre que mi hermana estaba buscando —dijo— no creo que pueda vivir conmigo misma».

Un día, antes del inicio de las clases, Mi-ru estaba leyendo un libro del profesor Yun editado seis años antes. De repente me preguntó si estaba soltero. Le respondí que si por soltero entendía vivir solo, lo estaba. A continuación dijo que creía saber por qué vivía solo. Era extraño oírle hablar así de una persona a la que nunca había visto. Exceptuando dos poemarios cuando era joven, el profesor solo había publicado un libro de ensayos, que era el que Mi-ru estaba leyendo. Este no hacía mención de su vida privada, únicamente contenía sus reflexiones acerca de la poesía. El profesor no había publicado nada más en los diez o veinte años transcurridos desde que escribió esos ensayos. Ni siquiera otro poemario. La única manera de leer los poemas que el profesor Yun había compuesto después del segundo poemario era hurgando en las viejas revistas de la biblioteca. Antes de que Mi-ru se refiriera al profesor como soltero, nunca me había parado a pensar si estaba casado o no. Aunque era evidente que no lo estaba. Pregunté a Mi-ru por qué pensaba que estaba soltero, y dijo que el profesor Yun daba la impresión de ser alguien que había visto algo. No la entendí. Murmuró para sí misma, que probablemente había visto algo que no podía olvidar. Le pregunté por qué lo decía.

—En mitad del libro aparece un cuadro sin una explicación.

Abrió el libro y señaló la página. No se mencionaba el nombre del pintor, pero enseguida supe quién era.

—Arnold... —titubeé.

Mi-ru terminó por mí.

—Arnold Böcklin.

Parecía estar dándole vueltas a algo. Entonces dijo que quería asistir de oyente a las clases del profesor. Me pregunté en voz alta por qué alguien que había dejado de ir a sus propias clases querría ir a las de otro, pero entonces me dije que quizá no fuera una mala idea después de todo. Tal vez la asignatura del profesor la ayudara a dar un giro a su existencia. Quería que Mi-ru regresara a la vida universitaria, pero cuando me oyó decir eso espetó:

—¡Tú no eres quién para opinar!

Cada día se parecía más a su hermana mayor. Dijo que haría lo que hiciera falta para hallar al hombre desaparecido, el que su hermana no había sido capaz de localizar. Pero ¿cómo se puede encontrar a alguien que está muerto? Cada vez que Mi-ru decía que tenía que encontrarlo no sabía qué contestar.

Hoy he visto a Jeong Yun en clase. Pensaba que Jeong-yun era su nombre, pero supongo que su nombre es solo Yun y que Jeong es el apellido. Por lo visto ha vuelto a la universidad después de un receso. Está un poco más delgada. Nunca parece contenta o animada, ni ahora ni entonces, cuando empezamos la universidad. Me pregunto en qué piensa. Está claro que no me reconoció.

Un día caminé detrás de ella todo el trayecto hasta la universidad. Andaba absorta en sus pensamientos y emanaba una energía muy extraña. Se detuvo delante de la universidad. Yo me detuve a mi vez y la observé por detrás. Tantas maneras de verla por detrás. También la había observado por detrás mientras leía a Emily Dickinson sola en el campus. Tras detenerse delante de la universidad, agachó la cabeza, pareció arañar el suelo con el pie unas cuantas veces, se dio media vuelta y se marchó por donde había venido. Ocurrió todo en un instante.

Ese día no la vi en la universidad. Hasta unos días después no me enteré de que había solicitado una excedencia. Siempre estaba sola, siempre a cierta distancia de mí. De hecho no le había dicho «Hola» ni una sola vez. Una noche, durante su primer semestre en la universidad, nos fuimos todos a Uiryeong para un retiro de orientación académica. De todos los estudiantes ella fue la única que atrajo mi atención. La recordaba bien. Cabello negro caído sobre los hombros, chaleco negro sobre una camisa blanca, zapatillas de deporte blancas como la nieve, labios tercamente cerrados, los ojos clavados en las titilantes llamas de la fogata mientras, sentados en círculo junto al río, se negaba a cantar con nosotros. Desperté al alba, me levanté de donde había caído dormido enredado entre los demás estudiantes derribados por el alcohol y caminé hasta el río. Eran tales las náuseas que no pude aguantarme. A cuatro patas frente al río, me puse a vomitar cuando la vislumbré a través de la neblina que brotaba del agua. Al principio pensé que se había lavado la cara en el río, porque la tenía mojada. Ella creía que estaba sola. Cuando me vio, se sobresaltó y bajó la cara. No estaba lavándose. Por lo visto había estado llorando junto al río. Tenía los ojos hinchados, como si hubiera estado derramando lágrimas desconsoladamente. Mantuvo la cabeza gacha e intentó esquivarme, pero la seguí. Había olvidado por completo que hacía unos instantes había estado vomitando a cuatro patas. Se detuvo frente a los rescoldos de la fogata de la noche anterior. La niebla se había posado sobre las cenizas. Se sentó de cuclillas. Me dejé caer a su lado. Descansó los brazos en las rodillas y hundió la cara en ellos. La imité. Levantó la cabeza y la apoyó en los brazos. Yo hice lo mismo. Me preguntó por qué la imitaba. «¡Para hacerte reír!» Supongo que no tenía mucha gracia porque su risa fue débil. «¿Me conoces?» «Todavía no.» «Si no me conoces, ¿cómo quieres hacerme reír?» Me hablaba todo el rato con el honorífico. «Acabo de hacerlo.» Me miró a través de la niebla. Todavía tenía los ojos hinchados. Probablemente me había visto vomitar en el río, porque se sacó una aspirina del bolsillo, me la tendió, se levantó y desapareció en la niebla. En todo ese tiempo no levantó la cabeza ni una sola vez.

Libro marrón 2

# 3

## *Respiramos*

ERA BUENA IDEA CONOCER LA CIUDAD recorriéndola a pie. Caminar me traía a la mente pensamientos olvidados y me hacía dirigir la atención hacia lo que existía a mi alrededor. Avanzar, colocar un pie delante del otro, era como leer un libro. Había senderos boscosos y mercados de estrechos callejones donde gente que no me conocía hablaba entre sí, se pedía ayuda y se llamaba.

En cuanto descubrí un camino hasta la universidad que bordeaba el túnel, me gustó ir a clase andando. Un día fui a parar otra vez a ese túnel. No sabiendo cómo rodearlo, miré por todas partes y descubrí una escalera que subía por un costado. La tomé, y cuando llegué arriba divisé un camino que conducía a una pequeña aldea asentada sobre el túnel. El camino, estrecho y tortuoso, ascendía por la colina y cruzaba la aldea, flanqueada por viejas casas con techos recubiertos de tejas. La universidad se hallaba a solo dos minutos en autobús, mientras que si tomaba el camino que transcurría sobre el túnel tardaba por lo menos veinte minutos. Cuando eché a andar por él, encontré más escaleras.

En la aldea tropecé con escenas que no había visto nunca en la ciudad. Sobre una vieja chimenea de ladrillo rojo aparecían, pintadas con enormes letras blancas, las palabras «Casa de baños». Hogares que vendían vasijas de barro de todos los tamaños tenían sus puertas abiertas de par en par, y hasta vi un letrero que rezaba: BIBLIOTECA DE CIENCIAS SOCIALES. En un solar vacío se alzaba un árbol de Júpiter como el plantado junto a la tumba de mi madre, si bien debía de ser bastante más viejo porque la base del tronco era mucho más ancha y las ramas llegaban mucho más lejos. El camino terminaba y daba paso a un sendero tan estrecho que tuve que hacerme a un lado cuando dos chicas cargadas con mochilas y riendo bajito pasaron por mi lado en sentido contrario. La gente de aquí vivía a un ritmo más lento, ajena a los habitantes de debajo del túnel. Me asomé a un muro que me llegaba por el hombro y vi rodajas de rábanos blancos secándose en una bandeja de mimbre. Ajíes rojos colgaban de enredaderas plantadas en hileras regulares en un recipiente de plástico azul. Delante de algunas casas había macetas con crisantemos prematuros. En un callejón tropecé incluso con una larga plataforma de madera asentada entre dos casas sobre la que unas mujeres mayores estaban haciendo masa y troceando lo que parecía calabaza. Cuando pasé por su lado, detuvieron la labor y me miraron como si

perteneciera a otra especie. La primera vez que crucé la aldea lo hice muy despacio para poder absorberlo todo, pero no tardé en conocerla tan bien que podía atravesarla en diez minutos. Más adelante, cuando no me hallaba en ese camino, el camino estaba conmigo. Si llovía me descubriría preguntándome si alguien habría guardado la bandeja de mimbre que descansaba sobre el muro. Hasta disfrutaba del pequeño placer de intercambiar saludos con las chicas que pasaban por mi lado. Bajaba la cabeza cuando veía a un hombre mezclando hormigón. Se había quitado la camisa y sudaba profusamente; la marca de la camiseta en el torso me recordaba lo duro de su trabajo. Descubrí que si me desviaba solo cinco minutos durante la vuelta de la universidad a mi casa, podía pasar por una calle donde las librerías de segunda mano se alineaban unas junto a otras. Para llegar hasta allí tenía que tomar un paso subterráneo y rodear un estadio de béisbol, pero lo hacía de todos modos. Me paseaba mirando los libros de segunda mano amontonados en grandes pilas y me agachaba para leer los títulos de abajo del todo. Cuando descubrí esa calle, las emociones que había experimentado la primera vez que recorrí a pie la ciudad, cuando sentía que había huido de casa y no tenía adónde ir, finalmente empezaron a diluirse.

Durante las casi tres semanas que pasé explorando las diferentes rutas hasta la universidad no vi a Mi-ru. Tampoco veía a Myeong-seo salvo en la clase del profesor Yun. Lo primero que hacía al entrar en el aula era buscarlo, y siempre lo encontraba solo en el lugar donde se había sentado con Mi-ru el primer día. Siempre el mismo. Cuando al terminar la clase me daba la vuelta, ya no estaba. A veces, durante mis caminatas, mis sentimientos hacia él y Mi-ru me distraían tanto que olvidaba por completo dónde estaba.

No tenía ni idea de por qué no podía quitarme a Mi-ru de la cabeza. Rondaba por los recovecos de mi corazón. Cuando no estaba en la clase del profesor Yun, la idea de dónde demonios podía estar Myeong-seo me instaba a buscarlo por toda la universidad. No tenía nada que decirle, pero lo buscaba de todos modos. Al final ya no sabía por cuál de los dos sentía mayor curiosidad, si por él o por Mi-ru.

Llegó el día en que el profesor Yun repartió las copias del manuscrito que él había compilado y yo mecanografiado. Ese día Myeong-seo no estaba en clase. El profesor Yun dejó las copias sobre el estrado para que los alumnos cogieran una al salir. Miré las letras negras del manuscrito que había teclado, cogí dos copias más y me las guardé en la bolsa. Estaba pensando en Myeong-seo y Mi-ru. Cuando el profesor Yun comunicó a la clase que yo había mecanografiado el manuscrito, me volví inconscientemente hacia la silla donde siempre se sentaba Myeong-seo. Aunque no lo había visto al entrar en el aula, existía la posibilidad de que hubiera llegado más tarde. Pero no estaba. Era una pena que no hubiera oído anunciar al profesor Yun que yo había mecanografiado el manuscrito. Aunque eso fuera cuanto había hecho, me llenaba de orgullo ver las copias impresas y encuadernadas. En la cubierta aparecía la palabra «Respiramos», escrita con la letra del profesor Yun. Supongo que era el título.

No debemos escribir una sola frase que induzca a la violencia.

Esa era la primera frase de *Respiramos*.

Aquel primer día, cuando saqué el manuscrito del sobre y leí la primera frase, noté que un escalofrío recorría mi columna. Simulé teclear esa frase una y otra vez, una por cada uno de mis años. Estaba tan absorta tecleando que tenía la sensación de no ser la misma persona que había

llevado el manuscrito a mi habitación. Una crítica de poemas y relatos seleccionados personalmente por el profesor Yun ocupaba las páginas. Empecé a entender por qué había dicho que sentía darme tanto trabajo, pero que quizá me ayudara a estudiar. Las anotaciones hechas en las páginas eran como apéndices. Las notas de los márgenes y los comentarios añadidos a los poemas y relatos estaban marcados con posits y flechas que señalaban el lugar donde quería que los incluyera. Había incluso poemas escritos, palabra por palabra, con la letra del profesor Yun que probablemente tendría que buscar por mi cuenta.

Al día siguiente fui a una tienda que alquilaba máquinas de escribir. La había visto camino de la librería de la calle Jongno. El período mínimo de alquiler era de un mes. Alquilé una, me la cargué en la mano derecha y cogí el autobús. Incluso después de ese día, había momentos en que me descubría impaciente por regresar a mi habitación, presa de una necesidad imperiosa de seguir tecleando el manuscrito del profesor Yun. Cuando esa necesidad me asaltaba, no podía tomarme los diez minutos de más para cruzar la aldea ni permitirme los cinco minutos que me llevaba pasar por la calle de los libros de segunda mano. Cuando quería darme cuenta, ya estaba en el autobús.

En la época en que empecé a pasar el manuscrito a limpio, detestaba tanto dejar errores tipográficos, aunque fuera uno solo, que si me equivocaba de letra repetía toda la página. Con el tiempo sin embargo comencé a corregir las erratas con corrector. Según tecleaba me iba familiarizando con la letra del profesor Yun. Al principio me devanaba los sesos intentando entender una letra concreta, y si no lo conseguía marcaba la página, me iba a la biblioteca de la universidad y la buscaba en el texto original. Podría habérselo preguntado al profesor Yun, pero me resistía. Deseaba entregarle el manuscrito terminado sin haberle hecho ninguna consulta.

Si por la noche me dolían los hombros de teclear, descansaba los brazos en la repisa de la ventana y contemplaba la luz irradiada por la abigarrada aglomeración de edificios de apartamentos a los pies del monte Nak. Mi prima me había buscado esta *oktap bang* porque estaba cerca de su casa. Observaba detenidamente los edificios, intentando adivinar cuál de las incontables luces pertenecía al piso de mi prima, y luego dirigía la mirada al cielo tachonado de estrellas. Probaba a deletrear las palabras «No debemos escribir una sola frase que induzca a la violencia». También contemplaba la torre Namsan a lo lejos. Aunque de día no parecía gran cosa, por la noche brillaba y marcaba claramente su ubicación. El hecho de que algo permaneciera en el mismo lugar, inmutable, me daba seguridad, aunque se tratara de una torre. Durante el día me olvidaba de ella y por la noche me descubría mirándola absorta. Las noches encapotadas, cuando las nubes ocultaban la torre, asomaba la cabeza con frecuencia, a la espera de que se disiparan. Un día tengo que subir hasta allí, me decía. A veces me sorprendía imaginándome que iba con Myeong-seo o Mi-ru. La última página del libro contenía una apretujada lista de veinte libros que el profesor Yun quería que leyéramos antes de la graduación. Esa fue la última página que tecleé.

El día que cogí las tres copias de *Respiramos*, consulté detenidamente el plano de la ciudad antes de salir de la universidad. No tenía prisa por llegar a mi habitación. Busqué el camino más largo y me até bien los cordones. Terminar el manuscrito me había dejado una sensación de vacío inesperada. Ya no tenía una razón para coger el primer autobús que pasara a fin de llegar a casa lo antes posible. La máquina de escribir, que aún no debía devolver, seguía sobre mi mesa, pero provocaba en mí un sentimiento de pérdida, como si volviera a estar sola. Fue un día extraño. Al mismo tiempo que sentía que había perdido algo, parecía que mis sentimientos por Myeong-seo y Mi-ru se enfriaran. Era como si mi corazón se hubiera abierto a ellos mientras mecanografiaba el

manuscrito del profesor Yun y hubiera empezado a cerrarse ahora que ya no tenía nada más que teclear. El camino más largo hasta mi habitación pasaba por el centro de la ciudad. Puesto que era una zona bulliciosa, habría más cosas que ver y más gente en la calle, por lo que caminaría más despacio y llegaría más tarde a casa.

Mi plan era tomar el paso subterráneo situado frente al ayuntamiento hasta el hotel Plaza, doblar hacia el norte hasta la puerta de Gwanghwa, girar hacia el este hasta Anguk-dong, desviarme por el jardín secreto del palacio de Changdeok y girar de nuevo hacia el este por Myeongnyun-dong para regresar a Hye-hwa-dong. Como era la primera vez que tomaba esa ruta, abrí el plano y la visualicé varias veces, pero cuando estaba llegando al ayuntamiento me vi envuelta por una oleada de manifestantes que me empujó contra las puertas de cristal del hotel Koreana, impidiéndome continuar. Todas las tiendas de la zona tenían las rejas cerradas a cal y canto. También las puertas de cristal del Koreana estaban cerradas. Los empleados del hotel observaban el alboroto desde el vestíbulo. El paso subterráneo se encontraba a unos metros del hotel. Me dije que si lograba llegar hasta él, podría cruzar al otro lado, por lo que di un paso en esa dirección. Justo entonces un bote de gas lacrimógeno explotó y una avalancha de manifestantes se precipitó hacia el paso subterráneo para intentar evitarlo. Fui arrastrada con ellos, pero las verjas de seguridad al final de la escalera estaban cerradas. Aunque no había a donde ir, la gente de arriba seguía bajando en tropel y cayendo sobre nosotros. Era imposible eludirlos. Las personas cercanas a las verjas empezaron a caer unas encima de otras. No hubo ni siquiera tiempo de pensar en salir de allí. Caí al suelo con alguien y noté que otra persona se desplomaba sobre mí. No hubo tiempo de pensar en nada.

Cuando volví en mí, estaba tendida en el suelo detrás del teatro Cecil, cerca del palacio Deoksu. No tenía ni idea de cómo había conseguido escapar de la escalera del paso subterráneo. Permanecí un rato tendida antes de reunir fuerzas para incorporarme. Ni siquiera sabía cuánto tiempo llevaba allí. Me costaba respirar y veía borroso. Las rodilleras de mis pantalones estaban manchadas de sangre. Recordaba vagamente haberme abierto paso a trompicones hasta la luz que brillaba en lo alto del paso subterráneo. Recordaba que con cada respiración la garganta se me cerraba un poco más y que cuando abría los párpados, de mis ojos brotaban lágrimas. Recordaba que había intentado contener la respiración y mantener los ojos cerrados mientras me dirigía a donde me llevaran los pies. Por último, recordaba haberme desplomado. Desde entonces había pasado un tiempo indeterminado. Me senté en el cemento y miré a mi alrededor. A mi lado había una parcela de césped y un banco de madera. Intenté subir al banco, pero noté un dolor punzante en la rodilla. Me miré la parte de los pantalones donde la sangre se había extendido y secado. Finalmente logré sentarme en el banco y traté de retirar la tela, pero estaba pegada a la piel. Renuncié a averiguar el estado en que se hallaba mi rodilla y permanecí sentada. ¿Cuánto tiempo transcurrió? No me di cuenta de que no tenía conmigo las zapatillas de deporte y la bolsa hasta que noté los incontables trocitos de gravilla incrustados en las plantas de mis pies. Lo primero que hice fue preguntarme qué llevaba en la bolsa. Las tres copias de *Respiramos*. Ignorando el dolor de la rodilla, caminé por un largo callejón hasta la calle principal. Ofrecía un aspecto caótico tras el paso de la manifestación. La turba había desaparecido y la calle estaba sembrada de zapatos y bolsas extraviados. La escudriñé con la esperanza de vislumbrar mis pertenencias. Regresé al paso subterráneo donde me había caído preguntándome si las encontraría allí. De tanto en tanto oía gritos de consignas. La manifestación no había terminado, simplemente había sido empujada

hacia un extremo de la avenida. Las puertas de cristal del hotel, cerradas durante el paso de los manifestantes, estaban nuevamente abiertas de par en par. Empleados de rostro preocupado hacían guardia en la entrada. Una trabajadora me tendió una botella de agua. La acepté sin mirarla siquiera a la cara y bebí un sorbo. El paso subterráneo estaba vacío, como si alguien hubiera pasado y lo hubiera limpiado. Aunque ya desde arriba vi que en la escalera no había nada, bajé para asegurarme. El dolor en la rodilla me dificultó luego el ascenso. Quise sentarme allí mismo, en el suelo, pero un policía antidisturbios se detuvo frente a mí. Probablemente pensaba que quería ir a la puerta de Gwanghawa, donde estaban los manifestantes, porque insistía en bloquearme el paso.

—Mis zapatos... mi bolsa.

Me miró con dureza. Tenía los ojos enrojecidos.

—Por allí. Si vas en esa dirección puede que los encuentres. Están barriendo la calle y amontonándolo todo allí.

Me señaló un solar vacío entre la calzada y el hotel. El dolor de la rodilla persistía. Me disponía a ir cojeando hasta el solar cuando oí a alguien a mi espalda gritar:

—¡Jeong Yun!

Me di la vuelta y vi a Myeong-seo con una cámara colgada del cuello. Ahí, en medio de la ciudad, donde una manifestación había arrasado, como un tornado, con todo. Sentí que mi mente se quedaba en blanco. ¿Cómo describir la impresión? Se parecía a lo que había sentido cuando mi padre me dijo que iba a trasladar el árbol de Júpiter a la tumba de mi madre, algo que jamás habría creído posible y que se me antojaba irreal. Ni siquiera cuando vi a mi padre desplantar el árbol de Júpiter del jardín, ni siquiera cuando vi la sombra del árbol proyectada sobre la tumba de mi madre como un parasol, ni siquiera cuando sus flores coloradas cayeron sobre la hierba cual mariposas, podía creer que el árbol había sido trasplantado. Cada vez que veía el árbol allí, lo miraba como si estuviera viéndolo por primera vez.

—¡Jeong Yun!

Me levanté y miré a Myeong-seo como si fuera una aparición. Volvió a gritar mi nombre. Cuando comprendí que realmente estaba ahí, me pareció un rayo de luz brillando en la oscuridad. La muerte de mi madre, que hasta entonces había estado flotando fuera de mi alcance, se tornó súbitamente real, y un poderoso sentimiento de pérdida me inundó por dentro. ¿Por qué precisamente el hecho de que nunca volvería a ver a mi madre, cosa que no me había parado a considerar ni una sola vez pese a pasarme con su anillo en el bolsillo, tenía que golpearme en ese momento? La muerte de mi madre. Como anunciada por un heraldo acompañado de tambores. Nunca volvería a abrazar a mi madre. Nunca volvería a dormirme acurrucada contra su cuerpo enfermo. Nunca volvería a oírle decir mi nombre. En medio de la ciudad, me llevé las manos a la cara. El calor me abandonó y mi cuerpo se enfrió como el hielo. Cuando quise darme cuenta, las lágrimas resbalaban libremente por mis mejillas. Myeong-seo corrió a mi lado y me abrazó.

—¿Qué ocurre?

La empleada que había estado observándonos desde el otro lado de la puerta de cristal del hotel se acercó con otra botella de agua y se la puso en la mano. Hasta el policía antidisturbios que me había indicado hacia dónde ir dejó de mirarnos.

—Busquemos un lugar en el que sentarnos.

Se separó de mí y me rodeó los hombros con el brazo. El único lugar apartado de la calle

principal al que podíamos ir era el que el policía antidisturbios me había indicado. Las lágrimas seguían rodando por mis mejillas. Aunque quería dejar de llorar, no podía. Avergonzada, intenté soltarme, pero Myeong-seo me abrazó con más fuerza. Tenía la sensación de que los edificios, los letreros, las paredes, el asfalto, me observaban.

—Estoy bien.

Incluso mientras intentaba soltarme, de mis ojos seguían cayendo lágrimas.

—Voy a contarte un chiste.

Con el brazo todavía sobre mis hombros, me advirtió que a lo mejor lo había oído en la radio y comenzó a repetirlo para mí.

—Érase un tipo muy ingenuo que estaba loco por una chica. Todo el mundo le llamaba Fallingwater. Iba cada día a la universidad y paseaba por allí buscando a la chica, pero nunca encontraba el valor para acercarse a ella y hablarle. El caso es que la chica estaba saliendo con otro chico, pero él no podía evitar que le gustara a pesar de que sabía que no tenía esperanzas. De modo que se dedicaba a mirarla desde cierta distancia. Un día la vio delante de la biblioteca, sentada con su novio en el césped. Debían de estar discutiendo, porque el chico se levantó bruscamente y se marchó. La chica se quedó sola, con los hombros caídos, llorando. A Fallingwater le dio mucha pena. Cuando ves llorar con los hombros caídos a una chica que te gusta, es normal que te dé pena. Así que Fallingwater se armó de valor y decidió ir a consolarla. Aunque nunca había hablado con ella, decidió que se acercaría y le diría: «Mi pecho se encoge al ver tus hombros caídos». Ensayó mentalmente la frase una y otra vez. Cuando finalmente se sintió preparado, se acercó a ella. La chica lo fulminó con la mirada y le espetó: «¿Qué quieres?». En sus prisas por responder, Fallingwater dijo: «Mis hombros se encogen al ver tu pecho caído...».

Sin dejar de llorar, rompí a reír.

—¡Te has reído!

Parecía un hombre y un chiquillo a la vez. Estaba posando como si hubiera ganado los cien metros. Clavé la mirada en la cámara que le colgaba del cuello. Sus cejas oscuras se fruncieron en una sonrisa. Me tragué el recuerdo de mi madre, que se había quedado atascado en mi garganta como un hueso de melocotón. Olvidé que estaba llorando y le miré a los ojos al tiempo que volvía a reírme.

—¡Te has reído otra vez!

Cada vez que me reía, repetía lo mismo. Parecía que quisiera contar mi risa con los dedos, como si la risa pudiera contarse. Su cara era tan graciosa que no podía dejar de reír mientras lloraba. La gente nos miraba al pasar por nuestro lado, como si se preguntara qué le pasaba a ese hombre que daba gritos de alegría y me hacía reír en medio de una ciudad sacudida por una manifestación.

—¡Jeong Yun se ha reído!

Los adoquines dañados durante las protestas, las ventanas de los edificios, las escaleras, los pilares, las barandillas, todo aquello nos contemplaba.

—¡He hecho reír a Jeong Yun!

¿Alguna vez había deseado yo tanto hacer reír a alguien? Me vino a la mente el rostro de mi padre junto con la idea de que no había invertido sabiamente el tiempo durante mi estancia en casa. Desde que mi padre perdiera a mi madre y con ella la risa, no había intentado hacerle reír ni una sola vez. El rostro sombrío de Dan se superpuso entonces al de mi padre. Las lágrimas



seguían cayendo por mis mejillas. Las aparté con el dorso de la mano y entonces miré detenidamente a Myeong-seo. Su estado también dejaba mucho que desear. Tenía los bajos del pantalón empapados y la espalda de la camisa hecha jirones. ¿El origen de la risa también es la tristeza? La alegría y la tristeza invadieron simultáneamente mi corazón mientras reía. No solo una, sino varias capas de emoción ocurriendo al mismo tiempo. Dejé de reír de golpe, pero ahora estábamos más cerca. Un simple chiste, algo que parecía una tontería, había tenido el poder de transformar una situación que yo había percibido como seria y compleja, como un problema sin solución, en un hecho sin importancia como una bolsa y unos zapatos extraviados.

—¿Y tus zapatos?

Myeong-seo estaba mirando mis pies descalzos. También yo bajé la vista hacia ellos, plantados en la acera. Aunque había perdido hasta los calcetines, esos momentos ya habían desaparecido de mi memoria, uno detrás de otro. Solo podía recordar que era arrastrada hasta el paso subterráneo con toda esa gente, que me empujaban y que caía de bruces al suelo. El dolor en la rodilla, del que me había olvidado, regresó, lo que hizo que agitara inconscientemente los dedos de los pies. Myeong-seo reparó en la sangre de las rodilleras de mi pantalón.

—¿Duele?

—Sí.

—Si quieres participar en una protesta tienes que armarte. Atarte bien los cordones y ponerte una mascarilla.

—No estaba participando en ninguna protesta.

Se quedó mirándome.

—Vamos a buscar tus zapatos.

—¡Primero la bolsa!

Estaba pensando en las tres copias de *Respiramos*. De haber sabido que también había perdido la bolsa, Myeong-seo me habría dicho que me atara bien los cordones, me pusiera una mascarilla y dejara la bolsa en casa.

—Jeong Yun, eres una vagabunda.

En ese momento lo era. No llevaba ni un billete de mil won en el bolsillo. En ese momento solo lo tenía a él. Lentamente, su rostro recuperó la seriedad. Yo no era la única en ese estado. Cuando entramos en el callejón y llegamos al solar, dentro se alzaba una pequeña montaña de zapatos, bolsas, sombreros y chaquetas sin dueño. Atacados por gases lacrimógenos y cañones de agua, estaban empapados y apestaban. Solo entonces Myeong-seo retiró el brazo de mi hombro. Me miró de arriba abajo y observó de nuevo mis pies. Esta ciudad estaba hecha de situaciones imprevisibles. Jamás habría imaginado que un día me encontraría en medio de ella mientras alguien contemplaba descaradamente mis pies desnudos. Y unos pies no precisamente limpios, sino llenos de arañazos y mugre.

—Ahora entiendo por qué llorabas.

—No lloraba por los zapatos.

Había empezado a hablarle sin percatarme de ello.

—¿Qué estabas haciendo en el centro de la ciudad?

—Caminar.

—¿Caminar?

No pareció entenderme, porque se quedó mirándome fijamente.

—He de encontrar mi bolsa.

Poco a poco empezaron a llegar otras personas que, como yo, habían buscado refugio. Al principio éramos solo Myeong-seo y yo, pero pronto se sumó más gente a buscar con cara de agobio sus pertenencias. Había mucha gente descalza, un hombre únicamente en camiseta interior y otro que se sujetaba el brazo como si lo tuviera roto. Todos tenían pinta de haber sido golpeados en la cabeza. Me uní a ellos y procedí a remover objetos ajenos en busca de mis cosas.

—Eran zapatillas de deporte, ¿verdad?

—Sí.

—¿Blancas?

—Sí.

—Y una bolsa marrón con una correa larga.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es tuya.

«Porque es tuya.» Sus palabras golpearon mis oídos como un chaparrón inesperado. Myeong-seo se concentró en la búsqueda de mi bolsa y mis zapatos. La cámara que llevaba colgada del cuello se columpiaba de un lado a otro. No tenía ni idea de qué estaba pasando por su cabeza, pero se descolgó la cámara e hizo una foto a la pila de objetos perdidos. Fue a colgársela de nuevo, pero, cambiando de parecer, me la pasó y reanudó la búsqueda. Vi bolígrafos y lápices que habían caído de los bolsos, gorros, pañuelos, maquillaje e incluso un cortaúñas. La patilla rota de unas gafas rodó por el montículo y hasta divisé un cinturón. Aquí y allá sobresalían tacones que se habían desprendido de sus zapatos.

—¡La tengo!

Entre las incontables bolsas consiguió dar con la mía y la sostuvo en alto. El amuleto que llevaba atado a ella estaba medio arrancado. Pasó el puño de su camisa por la bolsa mojada y me la tendió. Aunque era imposible quitarle toda la porquería, había hecho el esfuerzo de limpiarla. Apreté la bolsa contra mi pecho y Myeong-seo se puso a buscar mis zapatos. No se veían zapatillas blancas por ningún lado. Habían empezado siendo blancas, pero no era probable que siguieran siéndolo. Eran unas zapatillas cómodas sin nada especial. Aunque las encontrara, probablemente no podría ponérmelas. Todos los zapatos amontonados en la pila estaban empapados. Observé atentamente a Myeong-seo mientras buscaba. La ciudad estaba hecha ciertamente de situaciones imprevisibles. Después de haberle buscado en vano por toda la universidad, de repente me lo encuentro allí. Myeong-seo estaba examinando los zapatos uno a uno. Cuando le propuse que abandonara la búsqueda, contempló mis pies descalzos con expresión de derrota. Había anochecido y la luz de las farolas se reflejaba en su rostro. Me cogió la cámara, se la colgó del cuello y me dio la espalda.

—Salta —dijo.

—...

—No puedes caminar con la rodilla así.

Aunque no le había contado que me había lesionado la rodilla, el dolor no me había dado respiro.

—Primero cuélgate la bolsa del hombro.

—...

—¿Piensas subir o qué?

Agachado y con la espalda inclinada, se volvió para mirarme.

—Puedo caminar.

—¿Con esos pies?

—Puedo caminar.

—Mira que eres terca.

Retrocedió hacia mí con la espalda inclinada para intentar auparme, pero yo retrocedí a mi vez.

—¡He dicho que puedo caminar! ¡Mira!

Eché a andar por el callejón. Los incontables cortes que tenía en las plantas de los pies empezaron a dolerme al instante, y las rodillas me fallaron. El pantalón se despegó de la herida y la sangre atascada en la rodilla comenzó a correr por la pierna, empapando la tela del pantalón. Al ver que me tambaleaba, Myeong-seo volvió a colocarse delante de mí y me ofreció su espalda.

—¡Sube, Jeong Yun!

Cuando se dobló hacia delante la camisa acabó de desgarrarse del todo. El contorno de su firme columna asomó entre la tela. Fuerte y marcada, la línea me recordó a un desfiladero. Sentí el deseo imperioso de acariciar esa columna. Myeong-seo me ofrecía su espalda como si pudiera auparme sin el más mínimo esfuerzo y llevarme al galope por toda la ciudad.

—Vale, pero solo hasta que encontremos una zapatería —dije.

—De acuerdo, hasta que encontremos una zapatería.

Subí. Con la bolsa colgada del hombro, tal y como me había indicado. Su columna, que tanto había deseado acariciar, me sostuvo con firmeza, y Myeong-seo echó a andar por el empedrado en dirección a la calle principal. Notaba la presión de mis pechos y mi estómago contra su espalda, pero él no parecía reparar en ello. Caminaba sin el más mínimo tambaleo. Estiré los brazos y me aferré a su cuello. Lo que había comenzado como una posición torpe e incómoda pronto se tornó agradable. Podía ver el balanceo de mis pies descalzos junto a sus muslos. Me acordé de cuando mi madre me llevaba a caballito de pequeña y caí en la cuenta de que lo que siempre había pensado que era su olor característico no era más que sudor. Hundía la nariz en la espalda fuerte y acogedora de mi madre y caía en un dulce sueño. La camisa desgarrada de Myeong-seo debía de estar tocando mi estómago. Reprimí el deseo de descansar la mejilla en su espalda y volví la cabeza hacia el solar. Los zapatos, las bolsas, camisas y demás objetos sin dueño estaban desparramados por todas partes, iluminados por la farola. Sentí como si únicamente yo hubiera escapado de una catástrofe. Sentí el deseo de disculparme con alguien a quien no podía ver, y mi corazón se entristeció por ese alguien. Aunque habíamos acordado que solo me llevaría a caballito hasta la zapatería más cercana, ni él ni yo sabíamos qué dirección tomar para encontrar una.

—Si la encontramos —añadió.

—¿Y si no la encontramos?

—Tranquila, te llevaré hasta tu casa.

Los autobuses habían dejado de circular debido a la manifestación, así que no nos quedaba más opción que caminar. Cuando llegamos al lugar donde me había encontrado, Myeong-seo se detuvo y me preguntó dónde vivía.

—En Dongsung-dong.

—¿Vives en Dongsung-dong?

—Sí.

—Podríamos habernos encontrado.

—¿Vives allí?

—No, Mi-ru vivía antes allí.

Yun Mi-ru.

Como cuando el día oscurece y cae un aguacero inesperado, al oír su nombre sentí que alguien corría una cortina negra sobre mi corazón.

—¿Dónde está ahora Yun Mi-ru?

—...

—¿Dónde está?

Mientras me transportaba seguí preguntándole dónde estaba Mi-ru como si fuera su *unni*, su hermana mayor. Myeong-seo cogió aire, pero en lugar de responder se limitó a recolocarme.

—¿Tomamos el paso subterráneo?

Estaba claro que no quería hablar de Mi-ru.

—No podemos. Las verjas están cerradas.

Esperamos en el cruce. No había coches, pero los semáforos seguían funcionando.

—¿Dónde está Yun Mi-ru?

—Acaba de volver de la isla.

—¿La isla?

Justo cuando se disponía a hablarme de ella un grupo de manifestantes emergió de un callejón umbrío e irrumpió en la calle principal. Durante unos instantes quedamos atrapados en el torbellino. Alguien nos dio un golpe al pasar por nuestro lado. Nos miraban como diciendo: «¿Qué hacéis?». Quise bajarme, pero Myeong-seo me sujetó con más fuerza. Los manifestantes pasaban tan deprisa que no sabía si eran ellos los que chocaban con nosotros o nosotros con ellos. Finalmente nos quedamos otra vez solos.

Myeong-seo reemprendió la marcha. Buscar una zapatería era como buscar una flor en pleno invierno. La mayoría de las tiendas situadas en la planta baja de los edificios tenían las luces apagadas y las rejas y los cristales cerrados para que nadie pudiera ver su contenido. Un tablón que exhibía la carta de un restaurante había sido derribado. Me alegró ver la luz tenue que salía de un concesionario de coches. Siempre que caminaba por el centro de la ciudad en pleno día y veía a tanta gente en las aceras, me preguntaba qué hacían que no estaban trabajando, pero imagino que son la fuerza vital de la ciudad. Sin personas, las calles daban la impresión de pertenecer a una ciudad muerta. La agitación que nos había provocado la marcha arrolladora de los manifestantes pasó y entre nosotros se instaló un silencio triste. En el aire flotaba el hedor penetrante del gas lacrimógeno. Los gritos esporádicos de los manifestantes y el fragor de la policía antidisturbios invadían simultáneamente mis oídos. El estruendo de un cañón de agua activándose en algún lugar me tensó la columna.

Pasamos por delante de un quiosco cerrado.

—¿Qué podemos hacer nosotros en estos tiempos? —musitó Myeong-seo, recordándome al profesor Yun—. ¿Qué quieres hacer, Jeong Yun?

Pensé en las copias de *Respiramos* que llevaba en la bolsa.

—A veces —prosiguió— creo que la juventud debería llegarnos al final de la vida.

Nunca lo había pensado.

—¿Qué ocurriría entonces? —le pregunté.

—Que nuestra cara sería ahora la de una persona vieja.

No podía imaginarlo a él, ni a mí, con la cara de una persona vieja.

—Me gustaría que alguien nos prometiera algo —dijo—. Que nos asegurara que todo esto tiene sentido. Me gustaría que hubiese promesas en las que mereciera la pena creer. Saber que después de vivir perseguido, solo, angustiado y atemorizado, vendrá algo mejor. Teniendo en cuenta cómo vivimos, si nuestra juventud comenzara al final de nuestra vida, ¿no crees que seríamos capaces de hacer realidad nuestros sueños?

Pasamos junto a una parada de autobús desde la que no se divisaba un solo autobús.

—¿No lo crees? —Myeong-seo estaba esperando algún asentimiento por mi parte.

—Eso significaría que moriríamos con un cuerpo joven y pasaríamos esta parte de nuestra vida dentro de un cuerpo anciano. ¿Es eso lo que quieres? —le pregunté.

—No había pensado en eso —reconoció.

Yo nunca me había parado a reflexionar qué pasaría si la juventud me llegara al final de la vida.

—Me pregunto cómo lo aguanta la gente —murmuré para mis adentros. En cuanto esas palabras salieron de mi boca, pensé en Dan. Y en Mi-ru.

—No lo aguanta, por eso forma barricadas, arranca adoquines, los arroja y sale corriendo únicamente para ser atrapado y arrestado más tarde. Lo que la gente no aguanta es el hecho de que esta situación continúe sin mejorar lo más mínimo. Nada ha cambiado entre el año pasado y este.

—...

—Todo sigue tan invariable que parece que el tiempo se haya detenido.

—¿Qué esperas que ocurra?

—Solo quiero que cambie algo. Cuando, por mucho que lo intentas, nada cambia, te vas debilitando. A veces me descubro deseando que alguien robe todos los libros, incluidos los de las bibliotecas, o que las universidades cierren para que los estudiantes no puedan asistir a clase aunque quieran. Todo sigue igual. Tengo la sensación de que el tiempo pasa y solo cambian los actores. Mis amigos y yo corremos, nos persiguen, resistimos, vuelven a perseguirnos... Contemplamos la pared y nos quejamos de que estamos solos. Únicamente tenemos que darnos la vuelta, pero en lugar de eso permanecemos de cara a la pared. Pensar que todo va a seguir igual me deprime. La primavera pasada fue idéntica a esta.

—...

—Si no te hubiera encontrado, probablemente no habría notado la diferencia entre hoy y este mismo día el año pasado. —Luego farfulló, como para sí—: Así que, Jeong-Yun... no olvidemos nunca este día.

Quise verle la cara. Quise verle la cara al decir que no olvidáramos nunca ese día. No pude decirle nada como respuesta. Eso era cuanto él podía decir, y el letargo que Myeong-seo sentía también era mío. Tal vez estuviéramos dando a nuestro encuentro fortuito en el centro de la ciudad un significado exagerado a fin de disipar dicho letargo. Le acaricié la mejilla. Luego, muy despacio, le acaricié la frente, la nariz, los labios, el mentón, las orejas. Luego las cejas. Él se dejaba acariciar. Cuando llegué a los ojos debió de resultarle difícil continuar, porque se detuvo en seco.

—Yun.

Era la primera vez que me llamaba por mi nombre de pila.

—...

—No tenía ni idea de que estarías en la calle. Hoy nuestro bando y la policía antidisturbios estaban peleando sucio. Me separé del grupo y estaba empezando a inquietarme cuando de pronto allí estabas, justo delante de mis ojos. No podía creer que fueras tú. Estaba tan perplejo que no podía dejar de frotarme los ojos. No podía creer que fueras tú. ¿Por qué saliste hoy a la calle? — Parecía angustiado.

—No quería llegar pronto a casa. Estaba intentando hacer el camino más largo.

Pensé en la máquina de escribir que descansaba en la mesa de mi habitación. Tac tac tac... El sonido de las teclas resonó en mis oídos como si fuera música. Hay veces que agradezco que no me pregunten mis motivos. Myeong-seo no me preguntó por qué no quería llegar pronto a casa. Si me lo hubiera preguntado, no habría sabido qué responderle. Inspiró hondo y soltó lentamente el aire. Noté el vaivén de su pecho. Al transmitirme su respiración tomé plena conciencia del contacto de mi pecho contra su espalda. Aparté la mano de sus cejas. Me froté el rabillo de los ojos con el dorso de la mano y volví a abrazarme a su cuello. Cada vez que Myeong-seo inspiraba y espiraba, me concentraba en la tensión que ejercía en mi pecho y mi estómago. Esa tensión me producía el mismo gozo que ver por primera vez el mar, levantarme al alba en pleno invierno y descubrir el patio cubierto de nieve, rascar incrédulamente una parra donde están brotando nuevos retoños rebosantes de primavera después de haber estado seca e inánime, contemplar las uñas rosadas de un bebé, ver cúmulos en un cielo estival, pelar un melocotón dulce y darle un bocado o caminar por el bosque y recoger distraídamente una piña y descubrirla repleta de piñones blancos.

Me aferré a su cuello. El aroma de su cuerpo estaba justo en la punta de mi nariz, mezclado con el olor del gas lacrimógeno.

—¿Sales a protestar cada día? —le pregunté.

—...

—¿Por eso has estado faltando a clase?

—Cada mañana, cuando abro los ojos, me pregunto: ¿Debería ir a la universidad o debería ir a protestar? Cuando estoy en clase no estoy tranquilo, y lo mismo me sucede cuando estoy en la calle. Noto que algo me impulsa a sumarme a las manifestaciones, pero muchas veces, como hoy, de repente me encuentro solo. A veces me levanto por la mañana, me sueno la nariz y lanzo el pañuelo al cubo de la basura. Si cae dentro, voy a la universidad; si cae fuera, voy a la manifestación. Otras veces me quedo en mi cuarto y espero a que alguien venga a buscarme.

—...

—A veces voy a la universidad porque tú estás allí.

«¿Yo?» Aflojé la fuerza con que le rodeaba el cuello.

—Aunque la razón de que hoy no fuera era que tú estarías allí...

—...

—Pensé que si te veía tendría que llevarte a un lado y hablarte hasta aburrirte.

—...

—Pero en lugar de eso ahí estabas, en la calle. Estaba muy sorprendido.

—No parecías sorprendido.

—Lo primero que hiciste fue romper a llorar descalza en mitad de la acera, así que ¿cómo podías saber si estaba sorprendido o no?

Me gustaba su olor. Su olor hacía que no quisiera preguntarle dónde estaba Mi-ru. ¿Saber cosas de ella implicaría también saber cosas de él? Me inquietaba que no quisiera hablarme de Mi-ru. Presentía que si me hablaba de ella, tendría que apearme de su espalda y regresar sola a casa, caminando con mis pies heridos por esta ciudad revuelta y caótica. De repente me asustó mi intenso arrebatado de curiosidad por Mi-ru. ¿Las cosas que pudiera descubrir nos acercarían un poco más a Myeong-seo y a mí o nos separarían? Antes pensaba que saber de otros, compartir los secretos, acercaba a las personas, de manera que hice confidencias que no deseaba revelar para sentirme más cerca de alguien. Ah, la sensación de pérdida que experimenté cuando descubrí que esos secretos que tanto significaban para mí, que tanto me había costado pronunciar en voz alta, que no había revelado a nadie hasta ese momento, eran tratados al día siguiente como algo insignificante y corrían de boca en boca. Creo que fue entonces cuando comprendí que abrir tu corazón podía hacerte más pobre en lugar de acercarte a la gente. Incluso pensé que quizá era más fácil sentirse próximo a otra persona compartiendo con ella el silencio.

Vista desde lo alto de su espalda, la ciudad semejaba una tela de araña. Edificios con incontables ventanas, farolas dispuestas en hileras, callejas estrechas y rótulos tan pegados entre sí que era imposible distinguir a qué comercio pertenecían. Aunque las calles habían sido cerradas al tráfico, los semáforos funcionaban como un reloj. Pese a que no había nadie para contemplarlas, las grandes vallas publicitarias llenaban el aire con sus llamativos colores. Escudriñé un callejón, pero estaba tan oscuro que no podía ver el final. Cargándome sobre su espalda, Myeong-seo cruzó un paso de peatones, dejó atrás una cabina de teléfono vacía, pasó por debajo de un paso elevado y cruzó otra calle. El peculiar silencio que se había creado entre nosotros se prolongó. Aunque nos dirigíamos a mi *oktap bang*, parecía que no tuviéramos adónde ir.

Caminamos más de veinte minutos en silencio.

—Párate allí.

Le señalé una floristería. La puerta estaba abierta de par en par y destacaba entre las demás tiendas, las cuales tenían la persiana bajada o la puerta entornada, como si hubieran renunciado a hacer más negocio ese día. El puñado de tierra de la tumba de mi madre seguía en la maceta de barro junto a mi habitación. Cada vez que salía me detenía a mirarla. Había comprado la maceta con la idea de plantar algo en ella, pero no podía decidir qué y la tierra estaba empezando a secarse.

—¿Por qué aquí?

—Tengo una maceta en casa y quiero plantar algo en ella.

Señalé algo verde que descansaba en el umbral de la floristería. Parecía una planta ornamental, pero ignoraba cómo se llamaba. Había estado buscando una excusa para bajarme de Myeong-seo y no se me ocurrió otra mejor.

—Parecen hojas de palmera.

Efectivamente, pese a su reducido tamaño, la planta era una palmera.

—Bájame.

Me dejó en el suelo, justo delante de la floristería. Mi maceta tenía poca tierra. Plantara lo que plantase, necesitaría más. La tienda no era mucho más grande que un armario. Era fácil que pasara desapercibida. Dentro del hueco, sentada en un taburete, había una mujer madura con gafas mirando la calle. Al vernos se levantó. Me llegaba un olor tenue a caballa asada. Cerca debía de

haber una callejuela con restaurantes especializados en pescado a la parrilla. El estómago me gruñó.

Cuando asomé la cabeza por la puerta de la floristería la mujer salió. Le pregunté cómo se llamaba la planta que parecía una palmera y me dijo que era una *neanthe bella*. Dentro de la tienda había más flores marchitándose que floreciendo. Miraras donde mirases había balsaminas y jacintos que habían perdido sus flores, y hasta las hojas parecían mustias.

—¿Volvéis de la manifestación, jovencitos?

La miramos sin saber qué responder. Dejó escapar un largo suspiro y el ceño de su frente se hizo más profundo.

—Me pregunto cuándo terminarán los disturbios en este país.

—...

—Ni siquiera puedo abrir la tienda. La tengo más tiempo cerrada que abierta, y el aire es tan malo que las flores se marchitan. Mirad esto. Tenía dos pájaros en esta jaula, pero murieron ayer. Y fijaos en mi cara. A pesar de mi edad tengo un acné que no consigo hacer desaparecer. Es de respirar gas lacrimógeno todos los días.

—...

—Coged lo que queráis. Está todo tan mustio que no sería correcto que os cobrara.

Con expresión de pesar, recogió la *neanthe bella* y la metió en una bolsa con recipiente de plástico incluido.

—Cuando lleguéis a casa trasplantadla y regadla... Siento que no hayamos podido daros un mundo donde la gente no necesite protestar... Lo siento mucho.

Myeong-seo había permanecido absorto en mis pies mientras la florista pronunciaba su insólita disculpa, pero de repente cruzó corriendo la calle y se detuvo frente a una cabina telefónica. La dueña de la floristería era otra clase de forastera en esta ciudad.

—Te parecerá absurdo lo que voy a decirte, tanto como que un gato ha puesto un huevo, pero... Vosotros los jóvenes tenéis razón... pero si seguís protestando así los demás también nos veremos obligados a hacer algo... Nos veremos obligados a protestar contra tanta protesta.

Sonrió con amargura.

—No digo que estéis equivocados, pero nosotros no podemos vivir así.

—...

—Tenemos que ganarnos el sustento...

La florista estaba intentando persuadirme, como si fuéramos familia. Yo no sabía qué responder a sus duras palabras. Aunque no había hecho nada malo, no hacía más que inclinar la cabeza. Recé para que Myeong-seo regresara pronto. Cuanto más hablaba la mujer, con más impaciencia miraba yo hacia la cabina.

—Aunque nosotros no lo conseguimos, vosotros debéis dejar un mundo mejor a las futuras generaciones.

Sin que la melancolía abandonara un instante su rostro, la mujer cerró la puerta de la tienda y ella y las flores desaparecieron de golpe, haciendo que me preguntara si había estado hablando realmente con alguien. Relajé las rodillas, apoyé la espalda en la puerta de la floristería y resbalé hasta el suelo mientras Myeong-seo terminaba su llamada telefónica y regresaba corriendo.

Se dejó caer a mi lado.

—Mi-ru está en camino —dijo.



Mi-ru.

—Le he pedido que te traiga unos zapatos.

—...

—¿Qué número calzas?

—El 37 y medio.

—El mismo que Mi-ru.

Al parecer no había nada que no supiera de ella.

—¿Dónde vive? —le pregunté.

—En Myeongnyun-dong.

Nosotros estábamos más allá de Anguk-dong. Dado que los autobuses no funcionaban, Mi-ru tendría que venir caminando. Esa tarde, mientras miraba el plano y trazaba una larga ruta hasta casa, había decidido caminar hasta el palacio Deoksu, el ayuntamiento y la puerta de Gwanghwa, retroceder hasta Hyehwa-dong por Anguk-dong y cruzar el jardín secreto hasta Myeongnyun-dong. Calculé que me llevaría dos horas, y estuve a punto de elaborar una ruta de tres. Sin embargo desde que saliera de la universidad habían transcurrido varias horas, parte de las cuales había pasado viajando sobre la espalda de Myeong-seo desde el ayuntamiento, y solo había llegado hasta Anguk-dong.

—¿Se mudó Mi-ru a Myeongnyun-dong después de vivir en Dongsung-dong? —pregunté.

—En Dongsung-dong vivíamos juntos.

—¿Qué?

—Vivíamos en una casa que los padres de Mi-ru compraron para ella y Mi-rae —explicó.

—¿Mi-rae?

—La hermana mayor de Mi-ru.

—¿Mi-ru tiene una hermana mayor?

Asintió, después calló bruscamente, pronunció mi nombre y empezó a jugar con la bolsa de plástico que contenía la planta. Me cogió la mano y la colocó sobre su rodilla. Podía notar el polvo en sus tejanos.

—Si te soy sincero —dijo—, no quiero que tú y Mi-ru os hagáis amigas, pero cada vez que os veo me preguntáis la una por la otra.

«¿Mi-ru preguntaba por mí?»

—Y las dos sois persistentes. Os buscáis. No sé el tiempo que hace que Mi-ru no sentía tanta curiosidad por alguien. Aunque debería alegrarme, la verdad es que me preocupa.

—¿Por qué? —pregunté.

Myeong-seo soltó una risa sardónica.

—Está claro que conocemos a la gente que debemos conocer. No tienes más que pensar en cómo nos encontramos tú y yo en medio de este caos.

—¿Por qué te has puesto tan serio?

Empezó a decir «¿Serio yo?», pero en su lugar se echó a reír.

Esperamos a Mi-ru sentados contra la puerta de la floristería, como miembros desperdigados de un batallón enemigo.

—Mi-ru, Mi-rae y yo vivimos juntos en una casa de Dongsung-dong. Crecimos juntos. Mi-rae era un año mayor, pero siempre íbamos los tres juntos. Ella fue la primera en venir a la ciudad para estudiar en la universidad y se hospedó en una pensión, pero cuando nos tocó venir a Mi-ru y

a mí sus padres nos buscaron una casa. Los tres vivíamos en ella. ¿Entiendes lo que te digo?

—Sí.

—¿De veras? La gente lo encontraba extraño.

—¿Por qué?

—Porque yo soy un hombre y encima no estamos emparentados.

—Pero has dicho que crecisteis juntos.

Myeong-seo me miró. Yo estaba pensando en Dan. Dan me dijo que no le quería, pero a mí me encantaba el tiempo que pasaba con él. Porque podíamos estar juntos sin necesidad de hablar. Porque cuando no teníamos nada más que decir y nos quedábamos callados, nunca nos sentíamos incómodos. Podíamos pasarnos horas el uno al lado del otro sin abrir la boca. Yo leía y Dan dibujaba en su libreta. Sentarnos en silencio, caminar en silencio, era para nosotros algo natural. Si uno de los dos decía una cosa, el otro entendía diez más. Algo así no se consigue en un período corto de tiempo. Cosas que se acumulaban mientras crecíamos, sintiendo y viendo lo mismo en el mismo lugar.

—Tú eres diferente —dijo.

—¿En qué sentido?

—Había preparado un discurso porque creía que tendría que darte un montón de explicaciones, pero cuando has dicho que lo entendías se me ha cortado la respiración.

—En ese caso no tendría que haberlo dicho.

Rió débilmente.

—¿Por qué habéis dejado de vivir juntos? —pregunté.

—No quiero hablar de ello.

También él era diferente. Sus palabras eran duras, pero las expresaba con suavidad.

—¿A quién está buscando Mi-ru? —pregunté.

—A alguien que ha desaparecido.

—¿Quién es?

—No tengo por qué responder a eso, ¿verdad?

—Claro que no. No estás obligado.

—¿Obligado? —Bajó la voz—. Aunque no te lo cuente ahora, si vienes con nosotros acabarás descubriéndolo.

—...

—Porque tú y Mi-ru vais a conoceros a partir de ahora.

Percibí movimiento al otro lado de la calle. Levanté la vista. Era la falda acampanada de Mi-ru. Me vino a la memoria la escena del día en que me dirigía al despacho del profesor Yun, cuando Myeong-seo y Mi-ru caminaban bajo el zelkova y la brisa le hinchó la falda de florecitas. Esa falda que había atraído mi atención contrastaba extrañamente con el entorno y me había llenado de inquietud. Mi-ru estaba bajando de la acera para cruzar imprudentemente por el centro de la calzada en lugar de utilizar el paso de cebra. La miramos a la vez. Caminaba despacio. Todavía con los hombros encorvados y la cabeza gacha, como si estuviera mirándose el corazón. Era extraño. Aunque Myeong-seo estaba sentado a mi lado y era él quien la había telefoneado, tuve la impresión de que Mi-ru caminaba directamente hacia mí. Me aparté instintivamente de él. Justo antes de que llegara, una gata blanca saltó de los brazos de Mi-ru y se acercó a Myeong-seo.

—Oh... —dijo.

Myeong-seo abrió los brazos para recibirla. Supuse que se conocían. La falda floreada de Mi-ru apareció ante mis ojos. Antes de que pudiera verle la cara ya estaba sentada entre los dos. Abrió la cremallera de la bolsa que llevaba colgada del hombro, sacó unas zapatillas de deporte envueltas en papel de periódico y las dejó junto a mis pies descalzos. Eran azules, con los cordones blancos. Pese a la oscuridad, advertí que habían sido lavadas y secadas recientemente. Myeong-seo debió de explicárselo todo por teléfono, porque no preguntó por qué iba descalza ni qué hacíamos ahí sentados. Ni siquiera me dijo «Hola». Me puse las zapatillas y cuando me disponía a atarme los cordones, acercó las manos. Las manos marcadas y arrugadas de Mi-ru invadieron mi campo de visión. Procedió a atarme los cordones, pero la posición debía de resultarle incómoda porque se levantó y se sentó frente a mí. Deshizo las lazadas, las rehizo e incluso tiró de ellas para comprobar que estaban bien apretadas. Sucedió de forma tan natural que no tuve oportunidad de decirle que ya lo hacía yo. No se me hacía extraño confiarle mis pies. Me sorprendía que no los hubiera retirado. Observé cómo sus dedos cubiertos de cicatrices se deslizaban en la penumbra por los cordones blancos de las zapatillas azules. También Myeong-seo observaba en silencio, con la gata en los brazos. Las manos de Mi-ru, que había mantenido ocultas en los bolsillos o debajo de la mesa la primera vez que la vi en clase y luego en el despacho del profesor Yun, ahora se movían con total libertad delante de mí.

—Eran de mi hermana.

Mi-ru terminó de atar los cordones y volvió a sentarse entre los dos. Hablaba despacio, con voz queda y clara. Enseguida se integró con nosotros, como si nos hubiera acompañado todo el día. De hecho parecía que lleváramos varios días viajando juntos y nos hubiéramos detenido a descansar. Estaba sorprendida. Jamás habría imaginado que pudiéramos sentirnos tan cómodos los tres juntos. La tensión surgida entre Myeong-seo y yo cada vez que él mencionaba a Mi-ru o que yo le preguntaba por ella se diluyó. Me sentí estúpida al recordar lo deprisa que me había apartado de él cuando la vi. Las zapatillas de la hermana de Mi-ru me encajaban como si hubieran sido mías desde el principio. Me sentía diferente de la persona que se había desconcertado cuando Myeong-seo dijo: «¿Serio yo?». Lo primero que mi madre hizo cuando se enteró de que se estaba muriendo fue enviarme a la ciudad. Me arrancó de su lado a pesar de que yo no quería dejarla. Murió sin saberlo, pero desde que llegué a la ciudad había evitado forjar relaciones estrechas. Cuando me preguntaba si había hecho algún amigo, le respondía que todavía no. Estaba tan dolida con ella por haberme obligado a marcharme que durante un tiempo creí que su intención había sido deshacerse de mí. No quería crear ningún vínculo con ninguna persona de esta ciudad. No soportaba la idea de hablar de mí a otra persona o de pasar tiempo con ella. Elegí estar sola para no complicar las cosas, para evitar emociones difíciles. Mi prima me observaba y decía con preocupación: «Tú no crees realmente que puedes sobrevivir en este mundo sola, ¿verdad? Nadie puede salir adelante solo». Ahora, sentada en la acera, comprendí que Myeong-seo y Mi-ru habían conseguido derribar ese muro.

—¿Cómo te fue en la isla? —preguntó Myeong-seo a Mi-ru.

—No encontré nada —respondió ella.

—No vuelvas allí.

Se hizo un silencio incómodo. En un esfuerzo por disipar la tensión, les pregunté si tenían hambre. Myeong-seo dijo que sí, pero Mi-ru no contestó.

—¿Vamos a mi casa?

Se volvieron hacia mí.

—Solo tengo *kimchi* de hojas de perilla —dije—, pero haré arroz. Tengo mucho arroz. Vamos.

Agarré la bolsa con la *neanthe bella* y me levanté. Me siguieron. La gata saltó a los brazos de Mi-ru. Su pelo, blanco como la nieve, se movía suavemente en la penumbra. Mi-ru le hundió en el pelo su mano marcada y le acarició el cogote. La gata me miró. Tenía los ojos azules como el cielo al amanecer. Cuando alcanzamos la calle principal, Myeong-seo detuvo un taxi después de decir que estaba demasiado hambriento para esperar y proponer que cogiéramos uno. Los autobuses seguían sin funcionar, pero se veían algunos taxis. ¿Había terminado al fin la protesta? Las calles estaban desiertas; poca gente salía de noche. Myeong-seo se sentó delante, y Mi-ru y yo detrás. Al ver que miraba a la gata, Mi-ru se ofreció a dejármela coger. Era la primera vez desde que me había traído las zapatillas que le veía la cara. Escudriñé sus ojos negros, dejé la planta en el suelo y cogí a la gata. El animal tensó la cola un instante y luego la relajó. Su suave pelaje me acarició la mejilla. Se sentó en mi regazo y miró por la ventanilla la noche y las hojas que temblaban en las ramas de los árboles que flanqueaban la calle. El pelaje de la cola era tan suave y ligero que de no ser por las cosquillas que me hacía en el brazo habría creído que algo así no podía ser real.

—Le gustas.

—¿Tú crees?

—Lo sé porque está tranquila.

Yo no era aficionada a los gatos. Recordaba un suceso ocurrido hacía mucho tiempo, cuando fui a ver a mi madre. Me había dormido estirada junto a ella cuando un gato se subió a la cama y se sentó a nuestro lado. Desperté sobresaltada y le lancé el libro que había estado leyendo al tiempo que le gritaba, pero el gato se alejó tan tranquilo. Al día siguiente apareció de nuevo, orinó en el suelo sobre el que yo estaba caminando y se marchó. Resbalé con su orina. «¿Lo ves? —dijo mi madre—. Tú le arrojaste un libro y ahora él te ha dejado su pipí.» Ese recuerdo me mantenía alejada de los gatos. En la casa en la que vivía con mi prima cuando vine por primera vez a la ciudad había un gato grande de color gris. Ignoro por qué, pero el casero llenó el edificio de inquilinos y se fue a vivir a otro lado, dejando allí al gato. Mi prima le daba de comer. Un día le pregunté por qué el casero había dejado al gato en la casa y me dijo que los gatos no se encariñan con las personas, sino con los lugares. Me explicó que por eso había tantos gatos en las casas abandonadas.



La historia que el profesor nos contó el primer día de clase sobre san Cristóbal se me había quedado grabada. Quería saber más cosas sobre él, de modo que busqué libros acerca del tema en la biblioteca.

En primer lugar, señalaban que como ayudó al niño Jesús a cruzar el río, san Cristóbal seguía siendo hoy en día el patrón de los conductores y navegantes en el mundo cristiano. Es posible encontrar taxistas y camioneros con una imagen de san Cristóbal en el salpicadero a modo de talismán. San Cristóbal era un asceta que aspiraba a servir a Cristo a través del trabajo arduo y un mensajero que transportaba y transmitía su palabra.

En segundo lugar, en ese sentido Jesucristo también es san Cristóbal. El nombre Cristóbal

proviene del griego *Khristóphoros*, que significa «portador de Cristo». Cristo, que llevó los pecados y agonías de todos los hombres sobre la cruz a fin de salvar a la humanidad, era un asceta que llevaba a cuestas el mundo entero y un mensajero enviado a la tierra para transmitir la palabra de Dios. Visto de ese modo, el Cristóbal cristiano también podría verse como una combinación de los dioses de la mitología griega Atlas y Hermes.

En tercer lugar, Cristo llevó sobre los hombros la cruz y san Cristóbal llevó sobre los hombros a Cristo. Si invertimos la frase, la cruz llevó a Jesús y Jesús llevó a san Cristóbal hasta el camino de la salvación. Ambos tenían una misión en la vida, y a fin de poder cumplirla se dio entre ellos un encuentro profético. ¿Tengo también yo una misión, una tarea que estoy destinado a realizar el resto de mi vida? ¿Cuándo me llegará la oportunidad de cumplir esa misión? Aunque solo tengo veinte años, todavía siento que ando a ciegas en la oscuridad buscando mi camino.

He robado un libro de la librería. No es un libro que necesitara ni que quisiera leer. En cuanto lo saqué del estante, un impulso irrefrenable me recorrió por dentro, desde la coronilla hasta las plantas de los pies. Salí con el libro en la mano, pero nadie me detuvo. Fue un anticlímax. En la página del título escribí la fecha y una nota: «Yi Myeong-seo robó un libro por primera vez en su vida». Luego me pareció una excusa inmadura y lo borré todo con excepción de la fecha.

Libro marrón 3

## 4

### *El camino al lago salado*

ANTES DE DEJAR PASAR A MYEONG-SEO Y MI-RU a mi habitación, les hice esperar fuera un momento. Entré y retiré la hoja pegada con celo frente a mi mesa donde había escrito las promesas que me había hecho cuando regresé a la ciudad. Por alguna razón, sentí que debía hacerlo. La gata entró en la habitación y procedió a explorarla, como si buscara un sitio para ella en ese lugar extraño. Dio un salto hasta la repisa de la ventana y se hizo un ovillo. Myeong-seo trasplantó la palmera a la maceta de barro y la dejó sobre la mesa. Luego se sentó y pulsó las teclas de la máquina de escribir que no había devuelto aún. Mi-ru se detuvo junto a la cocina. Aunque lo llamo cocina, en realidad no era más que un fregadero y un fogón delante de la nevera. Lavé el arroz, lo metí en la olla y saqué la mesa supletoria que guardaba junto a la encimera para poder poner en ella las fiambreras de *panchan*. La mesa supletoria era pequeña y estrecha, y cuando no la utilizaba la mantenía plegada. Cuando nos sentáramos a comer los tres, probablemente nuestras rodillas chocarían. Saqué el *panchan* de la nevera y fui retirando las tapas de las fiambreras obsequio de mi prima, que contenían anchoas salteadas, falda marinada en salsa de soja y hojas de perilla sazonadas. Cada vez que destapaba una fiambarrera Mi-ru murmuraba los nombres como si estuviera recitando títulos de libros: «*Kimchi* de rábanos, raíz de loto estofada, raíz de bardana rehogada...». Se preguntó en voz alta por qué tenía tanta comida y si la había preparado yo.

—Tengo una prima mayor que vive cerca de aquí. La cocinó para mí.

—Dijiste que solo tenías *kimchi* de perilla.

—No sabía que tuviera tanta comida. —Señalé la raíz de bardana y la raíz de loto—. Es la primera vez que las abro.

—¿Por qué?

—Supongo que cuando como sola no lo saco todo.

Era cierto. Comía porque tenía hambre, no por el sabor de la comida. Mi prima hacía toda clase de guarniciones y me las dejaba en la nevera, pero cuando decidía comer simplemente cogía las tres fiambreras que tenía más a mano. Myeong-seo dejó de teclear, vino a sentarse y procedió a servir la comida en unos platos más pequeños.

—Tengo malva rizada. ¿Hago una sopa?

—No te molestes... Hay comida de sobra.

Era cierto. Las diferentes guarniciones cubrían toda la mesa.

—Pero es la primera vez que comemos juntos. Tenemos que tomar sopa.

Llené una olla con agua y la puse al fuego antes de sacar la malva de la nevera. También la había traído mi prima.

—No puedo creer que también tengas malva. Trae, yo lo haré.

Mi-ru me arrebató la malva y peló los tallos en un momento. Sus manos cubiertas de cicatrices se movían ágilmente por los tallos verdes. Era asombroso verla. Por la manera en que arrancaba la capa externa de la malva y elegía los pedazos más duros sin vacilar, tuve la impresión de que había hecho mucha sopa de malva en su vida. Añadió sal al agua y, tras escaldar las hojas, las escurrió generosamente bajo el grifo.

—¿Escaldas primero la malva?

—Para quitarle el amargor.

—Debe de gustarte mucho.

—Le gustaba a mi hermana. De niñas la cultivábamos en el jardín. Lo primero que hacía cada mañana era hacerme con una cesta para recoger malvas con mi hermana. Era increíble. Cortábamos un montón de plantas y al instante crecían malvas nuevas en el mismo sitio. Yo mostraba más interés en sacudir el rocío de las hojas que en la malva en sí. Regresaba a casa con el pantalón empapado.

Aunque me había dicho que no me tomara la molestia de hacer sopa, acabó preparándola ella.

—También tengo gambas secas.

Mi-ru sacó de la nevera una bolsa de plástico, miró en su interior y exclamó:

—¡Es cierto!

Lavó las gambas y las echó en la olla. Pensé en mi madre, en cómo escurría las hojas hasta que el agua se volvía verde y luego las enjuagaba y las añadía a la sopa. Yo nunca había hecho sopa de malva. Era extraño ver a Mi-ru hacerla con tanta facilidad. En vez del *kimchi* de perilla que solía enviarme mi madre, mi prima sazónaba las hojas con salsa de soja y las cocía al vapor. Myeong-seo debía de estar hambriento, porque cogió una hoja con los dedos y se la llevó a la boca. Mi-ru lo reprendió con la mirada y le tendió unos palillos. Él los aceptó y se comió otra hoja. Se trataban con tanta naturalidad que me quedé mirándolos un instante.

Cuando la sopa rompió a hervir, la gata, que estaba tumbada en la repisa de la ventana, empezó a desperezarse. Juntó las patas delanteras y alzó la grupa para estirar la columna, rozando la repisa con su suave barriga. Hecho esto saltó ágilmente al suelo, caminó despacio hasta Mi-ru, le envolvió la falda con la cola y le dio un golpecito. Hizo todo eso mientras miraba hacia otro lado, como fingiendo indiferencia, como si no estuviera haciendo nada.

—Los gatos se comunican así. Es su manera de decirte que se sienten unidos a ti.

—...

—Si te acercas a ella, te hará lo mismo.

La gata se sentó a los pies de Mi-ru y se me quedó mirando. Sus ojos azules parecían estar preguntándome: «¿Quién eres?». Serví el arroz en tres cuencos. Era la primera vez que comía con otras personas en esa habitación. Saqué del armario hasta la última pieza de vajilla para el arroz y la sopa. En cuanto la mesa estuvo puesta, Mi-ru cogió del escritorio una hoja y un lápiz y anotó la fecha y los nombres de todos los platos expuestos.

—Sopa de malva rizada, arroz, *kimchi* de perilla...

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Anotarlo todo para poder pasarlo más tarde a mi diario.

—¿Qué?

—Mi-ru anota todo lo que come —contestó Myeong-seo por ella.

¿Anota todo lo que come? Mi-ru pasó por alto mi cara de estupefacción y siguió escribiendo.

—¿Por qué lo haces?

—Porque solo así siento que es real.

—¿Solo así sientes que es real qué?

—Que hoy estoy viva.

—¿Has anotado todo lo que has comido desde que naciste?

—¡Claro que no! —Mi-ru rió.

—Entonces ¿por qué? ¿Cuál es el motivo? —No pude evitar reírme también. Con tantas preguntas parecía que la estuviera interrogando.

Los tres alzamos la cuchara y comenzamos nuestra primera comida juntos.

La gata se acurrucó a los pies de Mi-ru. Myeong-seo realmente debía de estar muerto de hambre, porque se metió una cuchara repleta de arroz en la boca y se bebió la sopa de un trago. Mi-ru no tocó el arroz, pero se tomó la sopa a pequeñas cucharadas. Yo mezclé la mitad de mi arroz con la sopa. Mi-ru la había condimentado bien. Las hojas de malva estaban tiernas. El rosa de las gambas se mezclaba con el verde de la malva. Todavía no podía creerme que estuviéramos los tres comiendo juntos. Cogí una hoja de perilla y la coloqué sobre el arroz de Mi-ru. Era algo que mi madre acostumbraba a hacer por mí. ¿Cuándo comía ella? Guardaba más recuerdos de mi madre sirviéndonos que comiendo. Al ver el apetito con que comía mi padre, sonreía orgullosa y me decía que comiera como él. Mi padre había sido buen comedor antes de que mi madre enfermara. Cada vez que lo veía comer, yo me ponía a comer también. Aunque compartíamos la mesa, él siempre parecía comer cosas diferentes de las nuestras. Tras la muerte de mi madre, cuando nos quedamos los dos solos, mi padre y yo sentíamos su presencia sentada entre los dos, aunque nunca lo mencionamos. Esos momentos fueron probablemente los de mayor soledad durante el año que viví en casa. No había nada que le gustara tanto a mi madre como ver a mi padre comer. Se pasaba la comida acercándonos guarniciones o colocando trocitos de comida sobre nuestro arroz. «Comed ahora que está caliente.» «Comed ahora que está rico.» «Comed ahora que los sabores están en su punto.» ¿Alguna vez le devolví el gesto? Cuando pensaba en ello, me descubría acercándole un plato a mi padre. Él, por su parte, colocaba un trozo de alga seca en mi cucharada de arroz. Seguramente por eso sentíamos la presencia de mi madre en la mesa. Cuando murió, mi padre dejó de comer calabaza como si se tratara de una exquisitez, o de apurar el pescado hasta dejar solo la espina, o de sorber la sopa como si fuera agua, o de sacar el aceite de sésamo para mezclarlo con el arroz. Siempre dejaba en la mesa un cuenco de arroz a medio terminar.

Mi-ru envolvió con la hoja de perilla una gran cucharada de arroz, se la llevó a la boca y sonrió con las mejillas infladas. Yo sonreí a mi vez. Jamás habría imaginado que algún día estaría con ellos dos en esa habitación, riendo y compartiendo una comida. A mi madre le habría gustado ver comer a Mi-ru. Para mi sorpresa, engullía con fruición, como mi padre. Mi madre probablemente le habría sonreído y dado unas palmaditas en la espalda, y le habría dicho que su



manera de comer traía suerte. Mi madre solía relacionarlo todo con la comida, fuera cual fuese la situación. Si te pasaba algo malo, lo achacaba a que eras quisquilloso con la comida, si te pasaba algo bueno, decía que era porque disfrutabas de cada comida como si se tratara de un festín.

—Veo que te gusta comer —dije.

—¿A mí?

—Sí.

Mi-ru abrió mucho los ojos, como si fuera la primera vez que oía eso.

—A mi madre le habría gustado verte comer —comenté—. Decía que la gente tenía que aprender a disfrutar de la comida. Decía que de ese modo siempre podías estar seguro de recibir tu parte dondequiera que fueras. La gente que sabe disfrutar de la comida es consciente de su valor.

Las palabras de mi madre permanecían intactas en mi mente. Dan le había caído bien por su manera de comer. Siempre que venía a nuestra casa, mi madre ponía otro cubierto en la mesa y no le dejaba marchar hasta que hubiera comido. Y del mismo modo que hacía conmigo y con mi padre, le acercaba los platos y hasta le ponía comida sobre el arroz.

—Vayamos a ver a tu madre algún día.

Ojalá fuera posible. Ojalá pudiera volver a ver a mi madre algún día.

—Está muerta.

Era la primera vez que le decía a un desconocido que mi madre estaba muerta. Mi-ru y Myeong-seo me miraron al mismo tiempo. La certeza de la muerte de mi madre me golpeó de nuevo, como cuando Myeong-seo apareció ante mí como un rayo de luz en medio de una ciudad azotada por los disturbios. «Está muerta.» Aquellas palabras, que pronunciaba por primera vez, resonaron en mis oídos. Noté un escalofrío, como cuando te golpea el viento de la mañana, pero me recuperé enseguida. Quizá había acabado por aceptar la muerte de mi madre mientras pasaba a máquina los poemas de *Respiramos*. Mi-ru colocó una hoja de perilla en mi cuenco. Envolví con ella un poco de arroz, me lo llevé a la boca y masticué. Podía oír a mi madre decir: «Qué bien come nuestra Yun». En cuanto hube tragado, Myeong-seo puso otra hoja en mi cuenco. Parecía que las hojas de perilla hablaran por nosotros. A mi vez, dejé una hoja en el cuenco de Myeong-seo. Luego él puso una hoja en el cuenco de Mi-ru. Los tres recogimos la hoja al mismo tiempo, la rellenamos de arroz, nos la llevamos a la boca simultáneamente y masticamos entre risas.

Cogí un trozo de carne y se lo tendí a la gata, pero Mi-ru me frenó.

—No puede comer nada que lleve sal o cebolla.

—¿Por qué? —Me comí la carne.

—Los gatos no pueden digerir la sal.

—¿Qué le damos entonces? Debe de estar hambrienta.

—Le des lo que le des, no se lo comerá. Es muy vanidosa. Nunca pica entre horas.

—¿En serio?

—En serio.

Miró a la gata como diciendo «¿Verdad?». Puesto que la gata no había mostrado el más mínimo interés por la carne a pesar de que debió de olerla cuando se la sostuve delante del hocico, supuse que Mi-ru tenía razón. Una vez más constaté lo poco que sabía sobre gatos.

—Me pregunto por qué no pueden digerir la sal cuando de ella provienen todos los sabores.

Era lo que mi madre solía decir.

—Es cierto. Sé de un gato que vive en un lago salado.

—¿Un lago salado?

—Sí. ¿Dónde era? En Turquía, o puede que en Grecia. El camino hasta el lago está cubierto por una corteza de sal. Por la noche, la luna se refleja en la sal y el camino brilla con una luz blanca. La descripción del camino es tan asombrosa que todavía puedo visualizarlo en mi cabeza. Al final del camino está el lago salado. Las personas que están enfermas y próximas a la muerte llegan en busca del lago y el gato las conduce hasta él. Se sumergen en el agua salada y le cuentan su vida al gato. Dicen que al gato le encanta escuchar esas historias, así que se sienta en la orilla del lago y espera. Cuando llega una persona enferma, el gato la acompaña por el camino de sal hasta el lago.

—¿Quién te ha contado esa historia?

—La leí en un libro.

—¿Cómo se titula?

—No lo recuerdo. ¿Recuerdas el título de aquel libro que tenía mi hermana? —preguntó a Myeong-seo, que ladeó la cabeza como si estuviera intentando hacer memoria—. Pensaba que el camino de sal debía de ser tan bonito que intentaba visualizarlo en mi mente, pero la tonta de mi hermana decía que la mayoría de las enfermedades que contraen los gatos se deben a la sal, y le preocupaba el gato del lago salado.

—Imagino que tu hermana sabía todo lo que hay que saber sobre gatos.

—No siempre fue así. Recuerdo el día que trajo la gata a casa. La gata de su amiga había dado a luz cinco gatitos y esta era la más pequeña. Sus hermanos, que eran más fuertes que ella, la apartaban cuando la madre los amamantaba, por lo que nunca llegaba a comer lo suficiente. Cuando mi hermana vio que no la dejaban comer y que le mordían todo el rato la cola, se la trajo a casa. Era tan pequeña que resultaba fácil perderla de vista. Por ejemplo, si se escondía dentro de un sobre amarillo, era imposible dar con ella. Parecía una madeja de lana blanca rodando por el suelo. Pero aunque era pequeña tenía unas buenas zarpas. Era fascinante. Cuando le crecieron las uñas, arañaba todos los muebles. Mi madre y Mi-rae siempre estaban discutiendo por la gata.

Myeong-seo colocó otra hoja de perilla sobre el arroz de Mi-ru. Mi-ru la miró en silencio y pronunció mi nombre. Masticando todavía una gamba, la miré. Sus ojos negros se clavaron en los míos.

—Comamos más arroz —dijo.

—¿En serio? ¿Más arroz? —Myeong-seo la miró, atónito.

Comimos otro cuenco de arroz y otro de sopa. Cuando vaciamos los platos, Myeong-seo sacó las fiambreras de la nevera y los llenó de nuevo. No paraba de mirar a Mi-ru mientras esta comía.

Ahíto, dejamos la mesa tal como estaba y nos tumbamos en el suelo. La gata nos sorteó de puntillas y saltó al escritorio, donde juntó las patas delanteras, arqueó el lomo y por último se hizo un ovillo y se nos quedó mirando. Parecía un copo de nieve solitario. Mi prima me había dicho que los gatos eran animales independientes y que siempre guardaban las distancias con la gente, pero la gata de Mi-ru no parecía molesta cuando Myeong-seo la cogía o cuando yo me la ponía en los brazos. Los gatos suelen ronronear y reaccionar a la más mínima caricia, sin embargo la gata de Mi-ru se quedaba quieta y callada. Tenía una manera elegante y serena de levantar las patas y arquear el cuello. Sin darnos cuenta, los tres estábamos mirándola embobados.

—Es sorda —dijo Mi-ru.

—¿Qué?

—No oye nada.

—...

—Por eso es tan callada.

Al fin entendía por qué la gata permanecía tan quieta y silenciosa.

—Dicen que el noventa por ciento de los gatos de esta raza son sordos.

—¿De qué raza es? —pregunté.

—Angora turco.

No podía creer que esas suaves y encantadoras orejitas no pudieran oír nada. Me había parecido una gata demasiado aristocrática para andar con alguien como yo, obligada a ir por las calles descalza. En cuanto Mi-ru me dijo que era sorda, empecé a encariñarme con ella. De haberla tenido más cerca, es posible que hasta le hubiera acariciado las orejas.

—¿Cómo descubriste que era sorda?

—Mi hermana y yo la llamábamos por su nombre, pero nunca reaccionaba. Al principio pensábamos que todos los gatos eran así, de modo que seguíamos intentando llamar su atención. Es imposible, decíamos, ningún gato puede dormir tanto. Cuando nos íbamos por la mañana la dejábamos durmiendo debajo de una silla y cuando regresábamos por la noche la encontrábamos en el mismo lugar, todavía dormida. Dormía en cualquier parte. De pequeña dormía debajo de los cojines y dentro de las bolsas de plástico. Cuando creció un poco dormía sobre los estantes y detrás de las cortinas... Dormía dentro de las cajas. No hacía otra cosa que dormir. Más que una gata parecía un trozo de sueño...

Cuando Mi-ru dijo eso, sonó como si realmente pudiera decirse de un animal que era un trozo de sueño.

—Cuando al fin empezó a dormir menos, comenzó a mirar cosas que se movían.

—¿Cosas que se movían?

—Cosas que vibraban.

—...

—Hojas agitadas por el viento, campanillas columpiándose en el aire, gotas de lluvia resbalando por la ventana, una bobina de hilo rodando, cuentas de cristal, esa clase de cosas... Se quedaba mirándolas fijamente y seguía el movimiento con la cabeza.

—...

—En una ocasión, la gata estaba sentada en la repisa de la ventana, de espaldas a nosotras. Cuando nos acercamos vimos que estaban cayendo los primeros copos del año. La gata estaba contemplando cómo bailaban en el viento. Se pasó el día entero moviendo la cabeza al ritmo de esos copos. Mi hermana y yo nos turnamos para llamarla por su nombre, pero la gata no se volvió ni una vez. Mi hermana pensó que algo no iba bien y dijo que quizá la gata fuera sorda. A mí ni se me había pasado por la cabeza esa posibilidad, pero cuando empecé a observarla más detenidamente, advertí que no reaccionaba a los sonidos, sino al aire, por ejemplo, a la vibración de una puerta al abrirse o al eco de unos pasos. Un día, cuando la gata estaba sentada en la repisa de la ventana absorta en sus pensamientos, me acerqué sigilosamente por detrás y di una palmada justo al lado de sus orejas, pero ella siguió mirando por la ventana. La llevamos a una clínica canina para que la examinaran. Efectivamente, era sorda.

—¿Por qué llevaste a una gata a una clínica canina?

—No encontramos ningún veterinario que tratara gatos.

—¿Cómo se llama? —Al fin preguntaba por el nombre de la gata.

La pregunta iba dirigida a Mi-ru, pero Myeong-seo respondió por ella.

—Emily Dickinson.

—¿Qué? —Lo miré incrédula.

—Emily Dickinson —dijo Mi-ru—. Lo eligió mi hermana.

Me había quedado sin habla. La cara de Dan pasó rauda por mi mente. ¿Mi-ru había puesto a la gata el nombre de Emily Dickinson? Fui hasta la mesa y cogí el primer libro que había comprado en esta ciudad, la colección de poemas de Emily Dickinson. Señalé la foto que aparecía en la cubierta y miré a Mi-ru como preguntando «¿Te refieres a esta Emily?». Mi-ru asintió. Antes de conocernos Emily Dickinson ya había estado flotando entre nosotras. Por lo visto, habíamos estado conectadas a través de ella. Dan me había regalado sus poemas mientras en otro lugar la hermana de Mi-ru bautizaba a una gata con su nombre.

—Creo que si la señorita Dickinson se enterara, no le haría mucha gracia —dijo Mi-ru.

—¿Qué no le haría gracia?

—Que pusiéramos su nombre a una gata sorda.

No lo había pensado.

—¡Emily Dickinson! —llamé a la gata sentada en la mesa.

—Llámala Emily a secas. Así la llamaba mi hermana.

Aunque en la habitación solo éramos tres, después de oír a Mi-ru mencionar tanto a su hermana —«mi hermana hacía esto», «mi hermana decía aquello»— tenía la sensación de que éramos cuatro. Myeong-seo abrió el libro y leyó un poema en voz alta.

*Anduve de tabla en tabla*

*con paso lento y prudente;*

*sentía en derredor las estrellas,*

*en torno a mis pies el mar.*

*Sabía que quizá la siguiente*

*fuera la pisada final,*

*y anduve con ese precario paso que*

*algunos llaman experiencia.*

Cuando llegó a «en torno a mis pies el mar», Mi-ru se unió a él. Daban la impresión de haber recitado juntos otras veces. Sus voces armonizaban. Mientras les escuchaba me acordé del manuscrito del profesor Yun y abrí la bolsa. Saqué las copias de *Respiramos* y se las di. Tuve la sensación de que el propósito de mi largo e insólito peregrinaje por la ciudad había sido entregarles esos ejemplares. Suspiré hondo, como si hubiera concluido una ardua misión. Mientras

Myeong-seo y Mi-ru hojeaban su copia miré a la gata hecha un ovillo sobre la mesa, la gata que no podía oír ningún sonido de este mundo, y susurré:

—Emily.

---

En cuanto la clase tocó a su fin salí del aula antes de que Yun, que estaba sentada en primera fila, pudiera darse la vuelta. Aunque me había pasado casi todas las clases mirándole la nuca hasta casi olvidarme de la voz del profesor, mi cuerpo seguía desobedeciéndome. Entonces volví a entrever su cabeza en la calle recién arrasada por los manifestantes. Al verla descalza entre los edificios, con el pelo enmarañado y las manos vacías, pensé que eran imaginaciones mías. Estupefacto, grité su nombre y se volvió. Era ella. Me acordé de aquel día lejano en que la vi de cuclillas frente al río, envuelta por la neblina del alba. Me costaba creer que la cara que había visto entonces, bañada en lágrimas como si acabara de lavársela en el río, y esa cara de ahora, que parecía todo ojos después de que los manifestantes tomaran la ciudad, fueran de la misma persona. El hecho de que esas cosas sucedan como si no significaran nada es un reflejo de la realidad del lugar donde vivo.

En aquel libro que robé leí la historia del asesinato de Genovese, ocurrido el 13 de marzo de 1964 en Nueva York. Yo no había nacido aún. Una mujer llamada Catherine Genovese había terminado su turno de noche y estaba regresando a su apartamento a las tres y cuarto de la madrugada cuando un hombre de aspecto sospechoso le clavó un cuchillo en plena calle. Treinta y ocho de sus vecinos la oyeron o vieron morir, pero ninguno bajó a socorrerla. Cuando Genovese gritó pidiendo ayuda, todas las luces del edificio de apartamentos se encendieron, pero nadie abrió la puerta ni bajó a la calle. Una persona gritó desde su ventana: «¡Deje en paz a esa chica!», y el asaltante huyó. Sangrando profusamente, Genovese cayó sobre la acera, pero nadie acudió en su auxilio. Las luces de los apartamentos se apagaron y en la calle volvió a reinar el silencio. El asaltante, que había vuelto corriendo a su coche, regresó y apuñaló a Genovese una vez más. La mujer volvió a gritar y las luces de los apartamentos volvieron a encenderse. El asaltante huyó de nuevo. Mientras Genovese se arrastraba hacia el edificio, las luces se apagaron por segunda vez. El asaltante, que había permanecido agazapado, salió de su escondite y terminó lo que había empezado. Genovese murió tras ser apuñalada tres veces en un intervalo de treinta minutos. Cada vez que pedía ayuda, las luces de los apartamentos se encendían y la agresión cesaba; cuando las luces se apagaban, la agresión proseguía. Se dijo que treinta y ocho personas vieron por sus ventanas cómo Genovese era apuñalada hasta morir. «¿Ser humano significa eso?» Quería devolver el libro que había robado al lugar donde lo encontré.

Mi-ru ríe más ahora. Gracias a Yun. Parecen hermanas. Desde que Yun nos dio las copias de *Respiramos*, Mi-ru lleva la suya siempre en su bolsa. Ahora los tres nos sentamos juntos en la clase del profesor Yun. A veces, después de clase, nos pasamos por su despacho. Es la primera vez que veo a Mi-ru prestar atención en una clase. Cuando pasa lista, el profesor incluso pronuncia su nombre al final. Pregunta en voz baja: «¿Yun Mi-ru?», y ella responde con un susurro: «Presente». En cada ocasión algunos estudiantes se dan la vuelta para mirarla. Yun también la mira y sonrío. A veces, en mitad de la clase, el profesor se acerca despacio a nosotros

y le da una palmadita a Mi-ru en la espalda. Me pregunto si él y Yun son conscientes de que, aparte de mí, ellos son las únicas personas a las que Mi-ru muestra con naturalidad sus manos llenas de cicatrices.

Hoy he paseado con Yun a lo largo de la muralla de Myeongnyum-dong. Yun va caminando a todas partes. Va caminando a la universidad y regresa caminando a casa. De hecho cuesta imaginársela sin caminar. He estado siguiéndola y haciendo mi propio peregrinaje por la ciudad. Mientras paseábamos por la antigua muralla, le he hablado del asesinato de Genovese. Me ha escuchado atentamente y luego ha dicho: «Si solo la hubiera oído gritar una persona en lugar de treinta y ocho, puede que hubiera sobrevivido». «¿Eso crees?», le he preguntado. Y ella ha contestado: «¡Es pura psicología!». Ha dicho que así funciona la mente de las personas. Cuando alguien es arrojado solo a una situación peligrosa, enseguida reacciona. Pero si está con alguien más, inconscientemente retrasa la reacción. Le he preguntado: «¿Le pasan la responsabilidad al otro?». Y Yun ha dicho: «Es una difusión de la realidad más que una transferencia». Me ha explicado que, según los psicólogos, cuantos más testigos hay en un asesinato, menor es el sentido de responsabilidad individual. Le he preguntado si ha estudiado psicología y me ha contado que era una de sus optativas. Con cara de abatimiento, me ha preguntado: «¿Realmente es posible entender al ser humano, a cualquiera de nosotros, a través de la psicología y el psicoanálisis?». La he mirado fijamente. No creo que deseara oír mi respuesta, porque me cogió de la mano y farfulló para sí: «Lo espantada y aterrorizada que debió de sentirse cada vez que se apagaban las luces. Probablemente el terror fue peor que el dolor de las cuchilladas».

Libro marrón 4

## 5

### *Caminando juntos*

MYEONG-SEO, MI-RU Y YO EMPEZAMOS a caminar juntos por la ciudad por la que antes paseaba sola.

Caminábamos hombro con hombro hasta que la calle se estrechaba y Myeong-seo se ponía naturalmente en cabeza, seguido de Mi-ru, y yo cerraba la marcha. Cuando la calle se ensanchaba de nuevo, volvíamos a colocarnos uno al lado del otro. Caminar con ellos no era lo mismo que caminar sola. Pensaba que no sería capaz de ver la ciudad con tanto detalle porque al ser tres estaríamos más pendientes los unos de los otros, pero justamente porque éramos tres parecía que hubiera más cosas que ver. Si uno de nosotros señalaba algo y decía «Mirad eso», lo mirábamos al mismo tiempo y los tres nos convertíamos en uno. Cosas que probablemente habría pasado por alto estando sola porque habría estado fijándome en otras se aparecían poco a poco ante mí. Mi-ru señalaba sobre todo el cielo. Nubes oscuras, nubes blancas, una puesta de sol naranja, la luna creciente suspendida tímidamente en el cielo nocturno, la aureola alrededor de la luna a medianoche, pájaros cruzando la oscuridad. Gracias a Mi-ru, empecé a prestar atención a las nubes que surcaban el cielo por la noche. Incluso buscaba constelaciones como Casiopea o Andrómeda basándome en la posición de la Osa Mayor, como hacía de niña. Myeong-seo señalaba sobre todo a la gente. «Miradlos», decía, y veíamos a personas trabajar sin descanso para llegar a fin de mes, con la cara congestionada. Vimos a la madre de alguien trabajando en un restaurante, mientras doraba diligentemente un pez sable en una parrilla instalada en la entrada de la calle del mercado. Vimos a la abuela de alguien caminar inclinada hacia delante, formando un ángulo de noventa grados, cuyos pasos parecían durar un minuto entero. Y vimos las hortalizas que la abuela había traído a la ciudad para vender, niños de mejillas coloradas detrás de una pelota que parecía que estuvieran creciendo por minutos; y un borracho peligrosamente acodado en la barandilla del paso elevado con un cigarrillo en la boca.

Nos inventamos un juego que consistía en buscar cosas que se hubieran volcado o torcido y enderezarlas. Letreros caídos, zapatos abandonados al lado de una puerta, cada vez que veíamos algo, nos acercábamos corriendo y lo devolvíamos a su lugar. Mi-ru se tomó el juego con especial interés. Desde ese día, siempre que íbamos por la calle y veía algo fuera de su sitio, tenía que ponerlo en el lugar apropiado. Arrimaba contra la pared cubos de basura que entorpecían el paso

e incluso replantaba flores que habían sido colocadas como ornamento. En una ocasión, al pasar frente a un puesto de fruta, se detuvo para colocar las manzanas en hileras, pero cuando el dueño salió pensó, por la rapidez con que Mi-ru escondió sus manos llenas de cicatrices en los bolsillos, que estaba robando. Cada vez que Myeong-seo veía a dos amantes paseando de la mano, se deslizaba entre ellos para obligarlos a soltarse. Al principio Mi-ru y yo intentábamos disuadirle, preguntándole por qué lo hacía, pero después nos sumamos a la broma y calculábamos cuántas parejas podíamos separar en una distancia en concreto. A veces hacíamos esas tonterías para paliar la ansiedad y la soledad. Con el tiempo, cada vez que veíamos a una pareja caminar delante de nosotros, aguardábamos impacientes a que Myeong-seo la separara. Si la pareja caminaba muy agarrada, hacíamos guardia mientras trataba de deslizarla. Si lo conseguía, hacía el signo de la victoria y los tres sonreíamos. No obstante, al rato decía «Mirad», y al darnos la vuelta veíamos a la pareja caminar aún más juntos que antes o cogidos de la mano con más fuerza.

Las cosas que hacíamos cuando estábamos los tres juntos me acompañaban incluso cuando me quedaba a solas. Cuando estaba en casa y levantaba la vista para ver las estrellas brillar en mitad de la noche de un profundo azul marino y sentía cómo me contemplaban desde allá arriba, me descubría murmurando «¡Mirad eso!». Así tenía la sensación de que Mi-ru y Myeong-seo estaban allí conmigo. «¿Es esa la Vía Láctea?», me preguntaba, y a renglón seguido pronunciaba en alto el nombre de Mi-ru. Siempre que veía al hombre rubicundo que vendía bollos al vapor frente a mi edificio abrir la tapa de hierro para sacar un bollo recién cocido, pensaba en Myeong-seo. Seguro que él lo habría señalado y dicho: «Miradlo».

En las calles de la ciudad nos reíamos de cosas que no eran tan excepcionales. Reíamos un rato, luego el aire se enrarecía y nuestras risas se apagaban. Jamás me había reído con tantas ganas en esa ciudad. «¿Es bueno reír tanto?» La pregunta a veces se filtraba como el agua en mi mente. Mi-ru vistió esa falda acampanada cada día a lo largo de todo el verano y parte del otoño. Nunca la veía llevando otra cosa. Tanto en la calle como en la universidad, su falda de florecitas llamaba la atención. Incluso cuando me estaba partiendo de risa, si posaba inadvertidamente la mirada en su falda, de pronto me sentía incómoda y dejaba de reír.

No siempre estábamos solo nosotros tres. A veces se nos unía Fallingwater, el chico del que Myeong-seo me había hablado el día que me lo encontré en el centro de la ciudad después de una manifestación, cuya historia había utilizado para hacerme reír en medio de toda aquella confusión. Fallingwater era una persona real, un alumno de nuestra universidad que aspiraba a estudiar arquitectura y que prefería que la gente lo llamara por su apodo en lugar de por su nombre de pila, Chae-su. Por lo visto «Fallingwater» era el nombre de una legendaria casa construida sobre una cascada por el arquitecto estadounidense Frank Lloyd Wright. Chae-su me contó nada más conocerme por qué había elegido ese apodo. Hablaba a todo el mundo de la famosa casa en el bosque de Bear Run, en las montañas de Pennsylvania. Decía que no era una casa, sino una obra de arte. Cada vez que explicaba la sorpresa de la gente cuando Fallingwater —construida a petición del presidente de unos grandes almacenes como refugio de fin de semana— fue inaugurada, su rostro se llenaba de melancolía. La casa había sido construida sin talar un solo árbol y de tal manera que se podía oír la cascada antes incluso de vislumbrar la construcción. El río Bear Run pasaba por debajo de la casa, y el salón y los cuatro dormitorios flotaban por encima del agua sin ningún tipo de soporte. Chae-su explicaba que la terraza, más grande aún que el resto de la casa, estaba situada de manera que permitía el acceso a esta desde el puente sobre la



cascada, y añadía que la casa era la prueba de que también la arquitectura tenía alma. Prefería que le llamaran Fallingwater a Chae-su. Era urbanita de nacimiento; había nacido y crecido en la ciudad y nunca había salido de ella. Le contamos a Mi-ru la historia de Fallingwater y el pecho caído, pero no le hizo gracia. De hecho le entristeció. Se apoyó en un poste telefónico y suspiró hondo.

—¡Deberías reírte! —le dijimos.

—A mí me parece una historia triste.

Avergonzada, descansé también sobre el poste.

—Debería haceros una foto... —señaló Myeong-seo mientras intentaba animarla formando un encuadre con los dedos para hacernos una foto imaginaria. Pero después también él se sumó al poste. Nos quedamos allí un buen rato, viendo pasar a la gente.

Fallingwater, que había hecho semejante ridículo delante de la chica que le gustaba, se conocía la ciudad al dedillo. Nos llevó a Bukshon, un barrio de casas viejas cuyos aleros se tocaban, y a Tongui-dong para ver un pino plateado de seiscientos años.

—Tiene casi la misma edad que esta ciudad por la que sientes tanta curiosidad —me dijo.

¿La misma edad que la ciudad? Volví a rodear el pino.

—Cuentan que dejó de crecer durante la ocupación japonesa.

Ya... Al ver nuestro escepticismo, Fallingwater se echó a reír y dijo:

—¡Yo tampoco me lo creo, pero quiero creerlo!

Un día tomamos la rivera de Cheonggye para ir al mercado de la Gran Puerta del Este. Yo solía tomar ese camino cuando estaba sola porque allí estaba la calle con librerías de segunda mano. Pero en la calle por la que nos llevó Fallingwater había mucho más que librerías. Anoheció cuando llegamos a un mercado. Allí la gente correteaba de un lado a otro y la noche y el día se confundían. Los puestos se hallaban pegados unos a otros, separados por tabiques, y me costaba diferenciarlos. Había tantos que jamás habría podido memorizar todos los nombres. El mercado de Gwangjang al Norte, el mercado de la Gran Puerta del Este, un mercado mayorista que solo vendía zapatos, el mercado Jonghap de la Gran Puerta del Este... Los puestos, todos con Gran Puerta del Este en el rótulo, formaban un laberinto para mí, pero Fallingwater nos guiaba con la agilidad de un explorador. Recorrimos el mercado Pyeonghwa, el mercado Shin Pyeonghwa, el mercado Dong Pyeonghwa, el mercado Cheong Pyeonghwa; salimos, aunque ignoraba si íbamos hacia el norte o hacia el sur, y vimos el centro comercial Dongil, el centro comercial Tongil, el mercado Donghwa, el mercado Heungin, el mercado Nam Pyeonghwa, el mercado de pescado Susanmul... Fallingwater era como un plano de la ciudad andante, de ahí que Myeong-seo lo incluyera a menudo en nuestros paseos. Nos contó que la calle Baeogae se llamaba así por el mercado Baeogae, que era como se había llamado el mercado de la Gran Puerta del Este durante la dinastía Joseon. También nos contó que el mercado Gwangjang fue el primero que se construyó en la era moderna. Nos explicó que fue creado por iniciativa de coreanos nativos después de que se firmara el tratado que convertía a Corea en protectorado de Japón —que allanó el terreno para la colonización japonesa de Corea— y se utilizara capital japonés para asumir el control del mercado de la Gran Puerta del Sur. Mientras nos explicaba todo eso parecía un profesor de historia coreana contemporánea. Al verlo hablar así de la ciudad, me costaba creer que fuera la misma persona que, traicionado por los nervios, había confundido las palabras «hombros» y «pecho». No pude evitar observarlo un instante. Fallingwater pareció leerme el pensamiento

porque añadió: «¡Y eso ocurrió en el año 1905!», y me sonrió.

Los días que paseaba con Fallingwater no necesitaba llevar el callejero que había comprado para aprender a moverme por la ciudad. Con el tiempo nuestros paseos dieron lugar a la creación de un club. Nadie lo planteó formalmente, como la gente que propuso crear el mercado Gwangjang en 1905, pero después de clase, uno a uno, otros amigos empezaron a seguir a escondidas a Fallingwater, hasta que un día me descubrí caminando cerca de Dongsung-dong, mi propio barrio, con Fallingwater y nueve personas más. Nos explicó que el parque Marronnier había sido en otros tiempos un campus universitario, que había tranvías y *music halls* y un café al que los estudiantes acudían para beber té y escuchar música... Miré hacia donde señalaba y vi el rótulo del café, que rezaba: HAKRIM DABANG. Durante todo este tiempo había pasado por delante del café Hakrim Dabang sin ser consciente de lo antiguo que era. El parque Marronnier nunca me había parecido gran cosa.

Alguien propuso a Fallingwater que invitáramos al profesor Yun a un paseo por la antigua muralla de la ciudad situada en lo alto de las montañas.

—No puedes verla toda en un día. Has de elegir una sección —dijo Fallingwater.

—¿Aunque nos lleváramos el almuerzo y pasáramos allí todo el día? ¿Qué tal una excursión de tres días y dos noches?

Nos reímos. ¿Tres días y dos noches? Ya.

—No es tan fácil. La muralla de Seúl es realmente bella. Aunque no parece muy larga cuando la tienes delante, está formada por diferentes secciones, de manera que has de bajar y volver a subir para visitar cada una de ellas, y las secciones son largas y tortuosas. No creo que tres días y dos noches basten para ver la muralla como es debido. Además hay que hacerlo con calma, disfrutando de ello.

—Fallingwater, ¿de dónde proviene tu sapiencia? —preguntó alguien adoptando el lenguaje de un erudito clásico.

—¡Albergo el sueño de devenir arquitecto! —respondió Fallingwater siguiéndole la corriente.

—¿Qué relación guarda todo esto con la arquitectura?

—Para ser arquitecto has de saberlo todo sobre un espacio. Has de conocer su pasado y su presente. Solo así podrás construir su futuro.

—¡En ese caso deberías estar estudiando arquitectura!

—Ya te he contado que suspendí la prueba de acceso. Pero algún día seré arquitecto. ¡Espera y verás! Nací en esta ciudad. Este es el espacio que quiero diseñar y conservar y llenar con mi futuro. Si queréis ver la muralla, podemos llegar a ella desde aquí. ¿Qué os parece? Solo tenemos que subir a la cima del monte Nak.

Salimos del parque Marronnier y pusimos rumbo al monte Nak, que solo había visto desde mi *oktap bang*. Estaba desorientada y no sabía muy bien dónde quedaba el piso de mi prima. Alguien exclamó sorprendido: «¡No puedo creer que haya un barrio como este en la ciudad!». Seguimos recorriendo las callejuelas y alguien más incluso expresó cierto escepticismo preguntando: «¿Seguro que este camino lleva a la muralla?». Una vez arriba, Fallingwater nos explicó que la montaña era de granito puro. Mientras contaba que tenía la forma del lomo de un camello, bajé la vista hacia mi *oktap bang*, desde donde solía contemplar la montaña. Me imaginé en ella, como si me estuviera viendo ir de un lado para otro: allí estaba yo regando la palmera, atándome los cordones antes de irme a la universidad, saliendo a la azotea por la noche y dibujando las líneas

de la rayuela, tirando una piedra, yéndola a buscar a la pata coja y regresando al primer recuadro, tal como hacía de niña en el patio de casa.

Seguía mirando mi *oktap bang*, rezagada del grupo, cuando Myeong-seo se detuvo a mi lado y me susurró al oído:

—Estoy enamorado de ti, Jeong Yun.

Sorprendida por su confesión, no pude desviar la mirada de mi habitación. Sin quererlo, le solté:

—¿Me quieres tanto como a Mi-ru?

Siguió la dirección de mis ojos y respondió:

—Mi amor por ti me hace imaginarme dónde quiero estar dentro de diez años.

—Pero ¿me quieres tanto como a Mi-ru? —Me volví hacia ella. Caminaba al lado de Hyuntae, que se había ganado el apodo de Globo porque en clase de poesía se sentaba en primera fila y giraba constantemente la cabeza para seguir la mirada del profesor Yun. La falda de Mi-ru tapaba el granito del monte Nak a cada paso que daba.

—Cuando era niño —dijo Myeong-seo—, fui con mis hermanos mayores a la casa de mis abuelos maternos. Por la noche, mis hermanos salieron a cazar gorriones con uno de mis primos mayores y fui con ellos. Fue así como descubrí que los gorriones viven dentro de las techumbres de paja. Todavía recuerdo cómo temblaban cuando mi hermano mayor los iluminó con una linterna. No podía creer la cantidad de gorriones que había. Temblaban cada vez que la luz se posaba en ellos. Mis hermanos los cogieron con las dos manos. Uno de ellos logró atrapar a cinco a la vez. Los pájaros permanecían inmóviles en sus garras. Faltaban manos para cogerlos todos. Mi hermano sacó a un gorrión bebé de su nido, me lo puso en las manos y me dijo que se lo guardara. El pajarito estaba tan asustado que no pudo mover las alas y permaneció encogido sobre mis dedos. Era suave y caliente. Temiendo que echara a volar, me lo guardé en el bolsillo y mantuve la mano dentro para acariciarlo. Me gustaba sentir sus plumas y el calor de su cuerpo en las yemas de los dedos. Creo que era la primera vez en mi vida que tocaba algo tan joven. Mi bolsillo parecía vibrar de vida. Tenía la sensación de que cargaba el mundo entero en ese bolsillo. No recuerdo qué edad tenía, pero sí recuerdo con total claridad la felicidad que me embargó. Mi amor por ti es tan imperecedero como esa dicha.

Las palabras «tan imperecedero como esa dicha» calaron en mi corazón como gotas de lluvia. Deslicé la mano por la muralla y miré de nuevo la falda acampanada de Mi-ru, que avanzaba delante de nosotros.

—¿Me quieres tanto como a Mi-ru?

—Mis hermanos todavía estaban ocupados cogiendo gorriones cuando mi primo me pidió que le devolviera el pajarillo. Aunque no quería entregárselo, lo saqué del bolsillo para echarle otro vistazo. Era tan pequeño que no creo que pudiera volar aún. Mi primo me lo arrebató y se marchó con él. No tendría que haberlo sacado del bolsillo. Al rato, cuando regresó, todos los gorriones estaban calcinados. Los huesecillos les asomaban por la piel. No podía saber cuál de los gorriones era el que había tenido en el bolsillo. Observé sus plumas achicharradas y su piel ennegrecida y rompí a llorar. Grité a mi primo que me devolviera el pájaro, pero era demasiado tarde. Seguí gritándole que me lo devolviera y eso debió de irritarlo, porque cogió el gorrión más pequeño, me lo puso delante de la cara y dijo: «Toma». Cuando cogí el cuerpecillo calcinado del pájaro sentí que el mundo se me caía encima. El gorrioncillo suave y caliente estaba helado. Era

la primera vez que mi mano sostenía a un animal muerto. Mi amor por ti es tan profundo como ese pesar.

Una vez más, las palabras «tan profundo como ese pesar» calaron en mi interior. Evité su mirada.

—¿Me quieres tanto como a Mi-ru?

La primera vez lo había dicho en broma, pero la situación había dado un giro y ahora me sentía rara. No estaba segura de lo que estaba intentando confirmar.

—Un día, tras instalarme en la ciudad, quedé con mis viejos amigos del instituto. Era marzo, pero nevaba con fuerza. Quedamos siete u ocho delante de la facultad de uno de ellos, recorrimos la ciudad y no nos separamos hasta que salió el sol. Ya de madrugada cruzamos el mercado de la Gran Puerta del Sur. En uno de los carros de comida había una ristra de gorriones a la parrilla. Temblando de frío, reunimos el dinero que nos quedaba, y estábamos decidiendo qué beber y picar cuando alguien propuso gorriones a la parrilla. A los demás les encantó la idea. Yo era el único del grupo que nunca había comido gorriones. Mientras miraba los pajarillos con pesar, iniciaron un debate acerca de si estaban más buenos embadurnados con aceite de sésamo o espolvoreados con sal o asados sobre un auténtico fuego de carbón. Luego hablaron de cazarlos con red o con escopeta, y uno incluso declaró que tenías que empapar arroz crudo en licor, esparcirlo y esperar a que los gorriones se emborracharan y cayeran dormidos para recogerlos. Parecía que el mundo estuviera dividido entre los que habían comido gorriones asados y los que no. Entretanto los gorriones, embadurnados con aceite de sésamo y asados a la parrilla, aparecieron ante nosotros. Mis amigos procedieron a arrancarles las plumas y sacarles los intestinos, de modo que los cuerpos quedaron planos pero conservando la cabeza. Yo me sentía muy extraño. Cogieron un gorrión cada uno y se pusieron a comer. El pájaro que me habían puesto delante tenía una grieta en el cráneo. No podía dejar de mirarla, de modo que mis amigos empezaron a meterse conmigo. «¿Qué? ¿Te estás poniendo filosófico?», decían. Me reprocharon que no me uniera a ellos y el ambiente se enrareció. Los ojos de esos tipos comiendo los gorriones asados estaban clavados en mí y parecían decirme «A ver cuánto aguantas». Y allí, en el bullicioso mercado, con la nieve cayendo a nuestro alrededor, levanté el gorrión con el cráneo partido. No sé qué me impulsó a hacerlo. Podría no haberlo hecho. Mordí la cabeza con las muelas. El sonido del cráneo crujiendo en mi boca retumbó en mis oídos... Mi amor por ti es tan inmenso como esa desesperación.

Cuando dijo «tan inmenso como esa desesperación», su voz se filtró en mi interior como el agua y formó ondas en mi corazón. ¿Por qué el hecho de gustarte alguien no es motivo exclusivamente de dicha? ¿Por qué lo es también de pena y desesperación? Aparté la mano de la muralla y corrí a unirme al resto del grupo. Cuando Myeong-seo me llamó, ya sabía lo que iba a decirme. Me volví hacia él.

—«No olvidemos nunca este día.» Es eso lo que quieres decirme, ¿verdad?

Alzó rápidamente sus gruesas cejas y sus labios esbozaron una sonrisa tímida. Se acercó y me cogió de la mano. Me solté y volví a coger su mano con más fuerza. Cuando dijo «No olvidemos nunca este día», su voz sonó melancólica, impregnada de la soledad de quien sabe que está destinado a perder. Diez años más tarde, veinte años más tarde... ¿dónde estaremos? Inmersa en un torbellino de emociones, le apreté la mano. Myeong-seo se soltó únicamente para estrechar la mía con más fuerza.

—Mi-ru también está enamorada de otra persona —dijo.

—¿De quién?

Su rostro se ensombreció.

—Del profesor Yun.

—¿De quién? —Pensé que no había oído bien.

—Del profesor Yun.

¿Mi-ru estaba enamorada del profesor Yun? De repente sentí pena por ella, como cuando vislumbraba una manzana joven en el suelo polvoriento de un huerto, vencida por las lluvias estivales antes de poder madurar. Aparté la mano, levanté la vista y observé a Mi-ru, que caminaba delante de mí. Su falda de florecitas captó toda mi atención. Aunque el sendero era empinado, Mi-ru caminaba con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha. Si en ese momento la hubiera tenido al alcance, la habría sacudido por los hombros y gritado: «¡Mi-ru, deja de hacer eso!». Me separé de Myeong-seo y eché a correr hacia ella. Las casas al pie del monte Nak pasaban veloces por mi lado. Los rayos del sol de poniente me perforaban los ojos. Mientras corría, jadeando, todos se volvieron hacia mí. Debían de pensar que tenía algo urgente que decirles, porque me siguieron con la mirada cuando me detuve al lado de Mi-ru. Solté una larga exhalación. Mi-ru me miró sorprendida. Sus manos seguían en los bolsillos. Me puse a andar e introduje en su bolsillo la misma mano que Myeong-seo había estrechado hacía un momento. Cogí su mano cubierta de cicatrices. Sobresaltada, retorció su mano entre mis dedos. La apreté con más fuerza que la que había empleado con Myeong-seo y eso redujo ligeramente el sentimiento de lástima que me había invadido y hecho que mi corazón entrara en barrena. Permanecimos así hasta que Myeong-seo nos dio alcance. Durante todo ese rato mantuve la mirada fija en los rayos de sol que se reflejaban en la falda de Mi-ru. Cuando los demás, que al verme correr habían pensado que tenía algo que decirles, vieron que me había limitado a introducir la mano en el bolsillo de Mi-ru, se encogieron de hombros y reanudaron la marcha. Myeong-seo alcanzó a Fallingwater y caminó a su lado.

—¿Por qué has hecho eso? —me preguntó Mi-ru cuando nos quedamos a solas. Me estaba mirando directamente a los ojos.

Parecía que estuviera memorizando *Respiramos*. Siempre lo tenía al alcance de la mano o la vista. A veces, cuando estábamos los tres en la biblioteca o en un café, Mi-ru abría la libreta donde anotaba todo lo que comía y nos turnábamos para escribir frases en ella. Si Mi-ru comía *noodles* con caldo, no solo escribía «*noodles*», sino que, como si fuera una foto, describía detalladamente los *noodles* blancos con caldo de anchoas, el adorno de cebolletas y setas *shiitake*, los cinco trozos de rábano en vinagre, e incluso el tamaño de los cubitos de *kimchi* de rábano blanco. Comer con ella implicaba presenciar antes cómo anotaba todos esos pormenores en su libreta. Cada vez que la veía apuntar lo que comía, experimentaba la misma sensación de extrañeza que cuando me enteré de que a Dan le daban miedo las arañas, y me descubría mirando fijamente sus manos marcadas. Sus gestos cuando anotaba esas cosas eran minuciosos, como si estuviera llevando a cabo algún ritual. En otra hoja de la libreta uno de nosotros escribía una primera frase y los demás continuábamos por turnos. Siempre comenzábamos sin una idea concreta, pero no tardábamos en estar totalmente concentrados escribiendo nuestras frases conectadas. En una ocasión Mi-ru escribió: «De todas las partes de una persona, la que más me gusta son las manos». Yo la seguí con: «Manos lastimeras, agradecidas, que no tienen ni un

momento de descanso». Myeong-seo continuó mi frase con: «Puedo leer la vida entera de una persona en sus manos». Ver cómo las frases sobre manos se iban encadenando constituía un acto de fe, como regar una judía y esperar a que aparezca el primer brote. Pensé en cómo Mi-ru posaba su mano izquierda sobre su copia de *Respiramos* mientras enlazábamos nuestras frases.

—¿Qué ocurre?

Esta vez era Mi-ru la que me miraba a mí con preocupación. Le brillaban los ojos. El delgado pliegue de su párpado izquierdo parecía más profundo que el derecho. Nunca me había fijado tanto en sus ojos, pues los míos siempre viajaban primero a sus manos llenas de cicatrices. Su pelo, negro y brillante, ondeaba al viento y cubría su tersa frente. ¿Era cierto todo lo que Mi-ru había escrito aquel día acerca de las manos? Tras la frase de Myeong-seo «Me inclino respetuosamente ante todas las manos agrietadas por el trabajo», Mi-ru había añadido un párrafo muy largo: «Para sostenerle la mano a alguien has de saber cuándo soltarla. Si dejas pasar la oportunidad de soltar una mano que sostienes despreocupadamente, la situación se vuelve violenta e incómoda. Había bajado del autobús y estaba saliendo del paso subterráneo de la universidad cuando me lo encontré. A modo de saludo, le ofrecí la mano. Su mano, que era todo piel y huesos, descansó en la mía. La sensación de esos huesos fuertes. Aunque delgada, noté su mano áspera. Me sonrió con la mirada y me devolvió el apretón. Tendría que haberla soltado entonces, pero empezamos a caminar juntos con las manos entrelazadas. Los cumplidos cesaron y se hizo el silencio. Como había dejado pasar la oportunidad de soltarme con naturalidad, cada vez era más consciente de mi mano. Haberla soltado sin más habría resultado demasiado violento, pero tampoco podía seguir sosteniéndola, y el dilema me puso tan nerviosa que mi mano empezó a sudar. Probablemente él sentía lo mismo. Caminamos en silencio hacia la universidad, cogidos de la mano de esa forma indefinible. Estaba tan obsesionada con encontrar el momento de soltarme que tenía la palma de la mano empapada de sudor. Caminé despacio, paso a paso, y poco a poco me fui tranquilizando. En la calle había mucho barullo, pero yo no oía nada. No veía nada. Hasta el temor de que la gente pudiera reconocernos se derritió como la nieve. Quería quedarme así el resto de mi vida, caminando de la mano con él. Pasamos junto a un hotel. Pasamos junto a una librería y una tienda de ropa. Pasamos junto a un restaurante del que salía el olor a *noodles udon* y subimos en silencio unas escaleras flanqueadas de ginkgos hasta el semáforo de la calle principal, donde se divisaba la verja de la universidad. Al otro lado de la calle y del cine. Había mucho ruido en el campus. Había estudiantes en cada banco y alrededor de cada cabina y tablón de anuncios. Me miró y me preguntó: “¿Puedo recuperar la mano?”. Parecía que me estuviera pidiendo permiso. Finalmente la solté. Me dio una palmada en el hombro y entró en el campus delante de mí». ¿Era esa mano sobre la que había escrito Mi-ru la del profesor Yun?

—¡Ay! ¡Yun, suéltame!

Aflojé la presión de mi mano.

—¿También se la coges así a Myeong-seo?

—¿Qué?

—¡Aprietas demasiado!

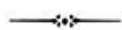
Nos miramos un instante y prorrumpimos en carcajadas. La mano de Mi-ru se retorció en la mía, tratando de soltarse. No se lo permití. De repente me preguntó si quería ir con ella a la casa de baños de Dongsung el sábado a las tres. Era la casa de baños de mi barrio; había visto la chimenea, pero no había entrado nunca. Desde mi habitación podía ver la chimenea de ladrillos

rojos asomando entre las casas viejas y las letras blancas que rezaban: CASA DE BAÑOS DONGSUNG.

—¿Me estás pidiendo que vaya contigo? —le pregunté.

—Sí.

Era la primera vez que me invitaba a ir a un lugar ella y yo solas. Y a una casa de baños nada menos, no a un cine o a un café. Miré a Fallingwater. Estaba encaramado en la muralla, señalando al este como si su cuerpo fuera una brújula y mostrando a los demás dónde estaban Samseon-dong y Changsin-dong. Explicó que habíamos subido por la ladera oeste del monte Nak y que abajo estaba Dongsung-dong, y allí Ihwa-dong, y allá Chungsing-dong. El sol de poniente estaba cubriendo con sus rayos dorados las casas del oeste de la montaña. Bañado por la misma luz, Myeong-seo se volvió para mirarnos a Mi-ru y a mí. Era la primera vez que subía tanto para ver la puesta de sol sobre la ciudad.



Natsume Soseki era un renombrado escritor japonés del período Meiji que viajó a Inglaterra como estudiante becado por el gobierno japonés. Su experiencia en Inglaterra resultó tan perturbadora que durante un tiempo fue víctima de una crisis nerviosa. Tras convertirse en escritor, dejó su empleo de profesor en la Universidad Imperial de Tokio, un puesto honorable, y se concentró en escribir novelas. Puede que para él escribir fuera la única manera de aceptar y vencer el fuerte impacto que la modernidad había tenido en él. Cuentan que en sus años de madurez por las mañanas estudiaba literatura inglesa y escribía esa ficción moderna que tan bien dominaba, y por las tardes componía poemas en chino. Podría decirse que dividía su día para viajar entre Oriente y Occidente. Hay quien dice que eso era una prueba de su refinamiento, pero yo lo veo como una batalla mental para no ser absorbido por ninguno de los dos.

Hoy estaba sentado en la azotea del edificio de Yun cuando me enseñó la libreta de Mi-ru y dijo: «Mira esto». Hacía tiempo que no escribíamos juntos, y nos disponíamos a iniciar una nueva ronda de frases. Mi-ru había entrado para lavarse las manos antes de empezar.

Anotados en la libreta de Mi-ru estaban los nombres de gente que había desaparecido en extrañas circunstancias y los pormenores de sus casos. ¿Sería capaz de averiguar qué le había sucedido al novio de su hermana Mi-rae y anotarlo también? En su búsqueda, ella y su hermana habían descubierto cosas sobre otras personas que habían desaparecido y el horrible estado en que habían sido halladas, pero no habían averiguado nada sobre el novio de Mi-rae. Cuando Yun se inclinó sobre la libreta, le retiré el cabello y la miré a los ojos. Me clavó una mirada inquisitiva. «No puedes ir con Mi-ru.» Lo dije en voz alta, como un hombre que ha perdido el control, pero no respondió. «Prométemelo. Prométeme que no irás con Mi-ru a buscar a ese hombre.» Yun no tenía ni idea de lo que le estaba hablando. Me preguntó qué me pasaba y devolvió la mirada a la libreta. «Yun, no dejes que Mi-ru se marche.» Como si siguiera sin comprender, me miró a mí y a la libreta y de repente me besó en los labios.

## 6

### *La casa vacía*

EL SÁBADO ME DISPONÍA A SALIR para reunirme con Mi-ru cuando Myeong-seo me telefoneó.

—¿Qué haces?

—He quedado con Mi-ru.

—¿Con Mi-ru?

Podría haberle contestado sin rodeos, pero titubeé. Hasta ese momento Mi-ru y yo nunca nos habíamos visto a solas, sin él.

—¿Dónde?

—Pensamos ir a la casa de baños.

—¿A la Casa de baños de Dongsung?

—¿Cómo lo sabes?

En lugar de responder, soltó un largo suspiro. Mientras escuchaba su respiración me sentí mal, como si estuviéramos rechazándole. Pero no podía invitarle a acompañarnos. Dijo mi nombre una vez:

—¡Jeong Yun!

Luego calló. Miré mi cesta con los enseres de aseo y también callé.

—Es bueno —dijo.

No estaba segura de lo que quería decir con eso, qué era bueno exactamente, de modo que aguardé.

—Es bueno que Mi-ru te tenga.

Colgó sin despedirse. Sus últimas palabras las había pronunciado tan quedamente que de repente me embargó una profunda tristeza y sentí que había pasado mucho tiempo desde que paseábamos los tres juntos por la ciudad, observando cómo Mi-ru enderezaba letreros torcidos y alineaba macetas de flores descarriadas, o bebíamos café y asistíamos a la exposición de «Doce escritores jóvenes», o encadenábamos frases o acudíamos juntos a la clase del profesor Yun. Me quedé con el auricular en la mano. Mi padre había sostenido ese mismo auricular cuando vino a verme con mi prima. Había solicitado un número a la compañía, buscado un lugar en mi habitación donde instalar el teléfono y regresado a casa. Todo eso mientras expresaba su



preocupación por que viviera en una calle tan empinada. Me llamaba a primera hora de la mañana o a veces por la noche. Se me daba muy bien adivinar cuándo era él. En ocasiones, cuando el teléfono sonaba, pensaba «Es papá». Y nunca me equivocaba. Después de mi padre y de mi prima, quien más me llamaba era Myeong-seo. Había anotado mi número de teléfono en la palma de su mano y en la de Mi-ru. Mi-ru me había llamado exactamente una vez para decir «Así que este es tu número» antes de colgar. Salí con una cesta de aseo que contenía una toalla, un peine, un champú y otros enseres, y vi al cartero echar una carta en mi buzón. Como nunca había recibido cartas en esa dirección, pensé en dejarla para luego, pero la letra del sobre que asomaba por el buzón me resultó familiar, de modo que miré dentro y vi que era de Dan. ¿Una carta de Dan? Abrí el sobre ahí mismo, delante del buzón.

*9 de octubre*

Yun:

Tengo intención de ir a la ciudad. Te llamaré dentro de unos días, antes de tomar el tren. Tu padre me dio tu dirección y tu número de teléfono.

DAN

El contenido de la carta de Dan, escrita con su efusiva letra, era tan breve que hubiera podido escribirla como un telegrama. No me preguntaba cómo estaba ni mencionaba cómo le iban las cosas. Yo había regresado a la ciudad sin comentar mi decisión con Dan. Ni siquiera le había comunicado mi dirección ni mi número de teléfono. Aunque no lo dijera, seguramente estaba dolido. Me guardé la carta en el mismo bolsillo donde llevaba el anillo de mi madre y eché a andar calle abajo. Una brisa fresca acariciaba mi nuca. Mientras me dirigía en silencio y con la cabeza gacha a reunirme con Mi-ru acaricié la carta tres veces, tal vez más. Caí en la cuenta de que era la primera vez que pasaba tanto tiempo sin hablar con Dan. Veía a Myeong-seo y a Mi-ru cada día, pero no le había dado a Dan mi nueva dirección ni mi número de teléfono. Bueno, en realidad no podía dárselo. Cada vez que pensaba en él recordaba la manera en que me había dicho «Tú no me quieres».

En cuanto dirigí la vista a la casa de baños su falda floreada captó mi atención. Mi-ru destacaba dondequiera que fuera debido a esa falda. Y todavía más en el cambio de estaciones. En verano, porque chocaba con todo; el resto del año, porque era una falda para llevar en verano. Mi-ru tenía las entradas en la mano. Cuando me acerqué me tendió la llave de una taquilla. Entramos en el vestuario y nos detuvimos delante de los armaritos con los números sesenta y uno y sesenta y dos. Me quité la ropa y procedí a doblarla. Mi-ru estaba desabrochándose la falda.

—¿Por qué llevas siempre esa falda? —le pregunté.

Titubeó, dobló la falda y la metió en la taquilla sin contestarme. También se quitó la blusa, la dobló y la guardó. A menudo, cuando estábamos juntas, se quedaba tan ensimismada que me entraban ganas de preguntarle en qué pensaba. Se quitó la ropa interior, la dobló y la colocó sobre el resto de sus prendas. El sujetador, las bragas y hasta la blusa que llevaba con la falda eran blancos.

Pese a ser sábado no había mucha gente en la casa de baños. En un recodo, una madre joven estaba enjabonándole el pelo a su hija, que aparentaba unos cuatro años, y en la bañera había dos

mujeres, una con pinta de abuela y una mujer madura con pinta de nuera. Nos enjuagamos en las duchas.

—Muy cerca de la casa donde me crié había una casa de baños como esta. Mi hermana y yo la frecuentábamos desde que éramos niñas. Nos gustaba tanto que mi madre nos compraba entradas para todo el mes. Por la mañana, nada más despertarnos nos íbamos directas allí para lavarnos la cara y el pelo y jugar en el agua...

Mi-ru, que tenía la cara cubierta de gotas de agua, sonrió como si acabara de ocurrírsele algo. Tenía las mejillas coloradas por el calor de la ducha.

—El dueño de la casa de baños tenía cuatro hijos varones. Cuando se emborrachaba los ponía en fila en la entrada para que recitaran el lema familiar. La gente se detenía para mirarlos. Los cuatro chicos eran muy guapos. Cuando alguien de nuestro pueblo decía «chicos de la casa de baños», quería decir chicos estudiosos y bien parecidos, obedientes y buenos en los deportes. Siempre estaban comparando a los otros chicos con ellos. «¿Por qué no puedes sacar buenas notas como ellos? ¿Por qué no puedes ser alto como ellos?» Creo que el dueño hacía salir a sus hijos cada vez que bebía para presumir. Siempre que lo hacía tenía una gran sonrisa en la cara. A veces mi hermana y yo íbamos para oírles recitar el lema. Con el tiempo, la gente del barrio se lo aprendió.

Le pregunté cuál era y Mi-ru, adoptando una expresión solemne, me lo recitó línea por línea:

Todo el mundo ha de lavarse alguna vez.

Solo tenemos que sentarnos y esperar.

Y con gran empeño, también nosotros nos lavaremos.

Reí al mismo tiempo que Mi-ru. La mujer que estaba lavando el pelo a su hija debía de estar escuchando, porque también empezó a reír entre el vaho. Hasta la abuela sumergida en la bañera esbozó una sonrisa.

—¡Y uno de esos chicos era Myeong-seo!

—¿Qué?

Caí sobre el suelo de la ducha y solté una carcajada. ¿Myeong-seo era uno de los «chicos de la casa de baños»? Cuanto más intentaba reprimir la risa más ganas tenía de reír, hasta que prácticamente se me saltaron las lágrimas. El contorno del cuerpo de Mi-ru destacaba incluso a través de la nube de vaho. Las piernas, hasta ese momento siempre ocultas bajo la falda, eran largas, y la espalda recta, y se había recogido la melena con un pasador dorado que dejaba al descubierto la curva de un cuello que descendía suavemente hasta los hombros. Mientras nos duchábamos la bañera se vació. Entré en el agua seguida de Mi-ru. Nos sentamos la una al lado de la otra, recostadas en las baldosas de la pared, y estiramos las piernas. Cada vez que mi prima me invitaba a la casa de baños me excusaba diciendo: «¿A quién se le ocurre ir al baño público acompañada?». Y cuando ella replicaba: «Podríamos frotarnos mutuamente la espalda», me retiraba a mi habitación. ¿Qué cara pondría si nos viera a Mi-ru y a mí juntas en la bañera? Con excepción de mi madre, nunca había ido a un baño público con otra persona. Rememoré la manera en que mi madre me bañaba de niña detrás de la cocina: hervía agua, en el fogón, la vertía en una cuba grande, añadía agua fría y comprobaba la temperatura con el codo. La imagen que guardaba de mi madre era de cuando era muy joven. Me vi de niña metiendo el codo en el agua como ella.

Mi madre arrancaba flores de melocotón y las dejaba flotando en la cuba. «Para que blanqueen la piel de nuestra pequeña Yun», decía. También cogía lirios que florecían a lo largo del callejón y los hervía en una gran olla de agua para añadirlos a mi baño. Recordaba que mientras mi madre me frotaba la espalda y me lavaba la cara, me quedaba adormilada en el agua con el suave y delicado perfume de las flores justo debajo de la nariz.

De repente me puse triste, así que di una patadita al pie de Mi-ru por debajo del agua. Ella me devolvió el golpe. Le di otro puntapié, más fuerte esta vez. Ella hizo otro tanto. Nuestros pies estaban llamando a la puerta de la otra. Cada vez que se tocaban subían burbujas de agua a la superficie. Nuestro juego había empezado con suavidad, pero acabamos salpicándonos. La mujer madura, que en ese momento estaba lavándole el pelo a la abuela, se volvió hacia nosotras. Avergonzada, me di la vuelta y apoyé los brazos en el borde de la bañera. Mi-ru me imitó.

Sus manos llenas de cicatrices titilaban bajo el agua. También yo tenía las manos hinchadas y arrugadas por el agua.

—Cuando estaba dentro del baño público siempre se preguntaba qué tiempo hacía fuera.

—¿Quién?

—Mi hermana.

—...

—¿También tú te preguntas qué tiempo hace fuera?

—A veces. Cuando estoy aquí siento muy lejos el mundo exterior. Me pregunto si estará lloviendo, o incluso nevando.

—Mi hermana también decía eso.

—¿Cómo es tu hermana?

Mi-ru hundió la cara en la bañera. De las pestañas le colgaban gotas de agua.

—Mi hermana llevó la misma ropa cuatro veranos seguidos. Entonces un verano sacó esa ropa y vio que estaba demasiado raída para poder ponérsela. Tenía las mangas deshilachadas. La llevó a una costurera y le pidió que le confeccionara un conjunto nuevo con idéntico corte e idéntica tela. La costurera examinó las prendas y le dijo que podía hacerle un conjunto idéntico, pero con otra tela porque esa ya no se fabricaba, así que mi hermana se marchó. Le dije que la costurera podía confeccionarle algo mejor, pero ella contestó que si no era con la misma tela no tenía sentido... Así era mi hermana.

—...

—También tenía un jersey que nuestra madre le había tejido cuando estaba en primaria y que llevó hasta que empezó la escuela secundaria. Aunque mi hermana no paraba de crecer y el jersey se le subía por la espalda, ella seguía poniéndoselo. El año que empezó la escuela secundaria creció catorce centímetros y el jersey dejó de valerle. Mi hermana pidió a mi madre que le hiciera un jersey idéntico como regalo de cumpleaños. Mi madre había dejado de tejer para entonces, pero mi hermana se emperró tanto que mi madre le hizo un jersey con una lana del mismo color. Incluso le añadió con todo su cariño un bolsillo que no estaba en el jersey antiguo. Y aprendió un punto nuevo. Cuando le entregó el jersey a mi hermana, esta dijo que era diferente de su viejo jersey por el bolsillo y se negó a ponérselo. Así era mi hermana.

—...

—En realidad no lo sé. Qué clase de persona era, quiero decir. Ella era un año mayor que yo. Nació cuando mis padres ya llevaban doce años casados. Contaban que pensaban que no podrían

tener hijos y que habían tirado la toalla, cuando concibieron a mi hermana. Contaban que a mí me concibieron justo a los dos meses de nacer ella. Supongo que por eso tengo la sensación de que he estado observando a mi hermana desde que me encontraba en la barriga de mi madre. Debía de tenerme completamente encandilada. Siempre la imitaba. Si mi hermana se cortaba el pelo, yo me cortaba el pelo, y cuando mi hermana empezó a tomar clases de piano, yo empecé a tomar clases de piano también. Cuando jugábamos al escondite con los demás niños, solo tenían que buscar a mi hermana para encontrarme. Siempre estaba con ella. Lo que me hacía sentir yo misma no era tanto la idea que tenía de mi hermana como el simple hecho de tenerla a mi lado. ¿Sabes a lo que me refiero?

Dado que soy hija única, no podía entenderlo.

—La primera vez que oí a mi hermana decir que quería ser bailarina tenía nueve años. Todavía recuerdo su cara cuando lo dijo. Yo tenía seis años y ella siete cuando comenzó la escuela primaria, pero nos metieron en la misma clase. Naturalmente, cuando ella pasó a segundo grado yo me quedé en primero, y para cuando pasé a segundo, mi hermana, que estaba empezando tercero, anunció que de mayor iba a ser bailarina. Recuerdo la expresión de su cara y el tono de su voz. Creía que no tenía secretos conmigo, pero cuando hizo el anuncio ni siquiera sabía qué era el ballet clásico. Por culpa del ballet clásico me sentí separada de mi hermana por primera vez en mi vida. Ojalá nos hubiéramos separado entonces...

Sobre el hombro de Mi-ru caían gotas de agua.

—Pensé que tenía que hacer lo que fuera para convertirme en bailarina como mi hermana. Empezamos a ir a clase de ballet todos los días después del colegio. El día que mi hermana conoció en la academia a una niña que había empezado a estudiar ballet a los seis años, se echó a llorar. Lloraba porque no podía competir con ella. «¡Nunca podré recuperar el tiempo perdido!», sollozaba. A los nueve años mi hermana era la clase de niña que lloraba como si se le fuera a partir el corazón. Cuando pensaba en el tiempo que había perdido desde los seis años se enfadaba tanto que los hombros le temblaban. No recuerdo qué hacía a los seis años, pero sí se parecía en algo a mí a esa edad, se dedicó a jugar. Como llevaban doce años casados cuando nació, mi hermana era muy especial para mis padres. Para consolarla, instalaron una barra en casa para que pudiera practicar y le propusieron a nuestra profesora de ballet que le diera clases privadas. Yo me limitaba a seguir a mi hermana. Incluso oí a la profesora susurrarle que tenía un cuerpo indicado para el ballet, mientras a mí me miraba con lástima. Pero no me importaba. Tenía razón. Yo no era flexible como mi hermana, ni disfrutaba como ella. Yo bailaba simplemente porque ella bailaba.

El agua que caía del techo debió de hacerle cosquillas porque se apartó las gotas con la palma de la mano y rió.

—Flexible, ¡ja! ¡Era más tiesa que un palo! Cuando se trataba de flexibilidad, no parecíamos hermanas en absoluto.

—...

—Ni siquiera podía hacer algo tan básico como abrirme de piernas. Las clases giraban en torno a mi hermana. Para cuando ella estaba haciendo arabescos yo seguía intentando mantenerme en la barra en la primera posición. Pero no me importaba. Me encantaba ver que mi hermana ganaba en belleza y destreza con el paso de los días. Como no pretendía compararme con ella ni intentar superarla, no me quejaba. Esa fue nuestra época más feliz. Nuestros padres, que esperaban

grandes cosas de mi hermana, también parecían felices.

Las demás personas que habían estado bañándose se fueron marchando, hasta que nos quedamos solas.

—Has de tener oído musical para ser bailarina. Yo prefería ver cómo los movimientos de mi hermana se iban volviendo más profundos, sutiles y sofisticados al bailar, pero sobre todo me gustaba escuchar música con ella. Mi hermana comprendía el ballet como por instinto. Enseguida dominaba los movimientos y se perdía en ellos. Era como si hubiera nacido sabiendo lo que tenía que hacer para ser bailarina. Cuando no estaba practicando leía libros sobre ballet clásico. Parecía una profesora cuando hablaba de la historia del ballet o de sus trajes. Los días que aprendía historias nuevas sobre bailarines me las contaba con las mejillas rojas de la emoción. Pronunciaba nombres de bailarines legendarios como Ulanova, Pavlova, Nijinsky y Nureyev. Por las noches, cuando me contaba esas historias, bailaba descalza a la luz de la luna. Su sueño era bailar *La muerte del cisne*. Y lo cierto es que bajo la luna mi hermana parecía realmente un cisne.

—Nunca he oído a nadie hablar de ese modo de su hermana mayor.

—¿De qué modo?

—La mayoría de las hermanas no hablan de sus hermanas mayores o menores como tú. Casi todas hablan de las peleas que tienen.

—¿Peleas?

—Creo que la mayoría de las hermanas se empujan y pelean por conseguir el mejor cuarto o ponerse primero una prenda que les gusta o leer primero un libro o utilizar primero el secador. Tú en cambio pones a tu hermana por delante de ti.

—Porque siempre fue mejor que yo.

Lo dijo como si le doliera.

—¿Somos raras? —me preguntó.

No contesté.

—¿Lo somos? —insistió.

—¿Realmente quieres saberlo?

Mi-ru suspiró hondo. El agua de la bañera se había enfriado. Abrí el grifo del agua caliente y esta salió en un fuerte chorro. Mi-ru metió la cara en el agua. Parecía estar aguantando la respiración. Pasó tanto tiempo sumergida que me disponía a gritar su nombre cuando levantó la cabeza y soltó una larga espiración.

—Yun, ¿tú me acompañarías a la casa donde vivía antes?

—¿Cuándo?

—Después del baño.

Tenía la mirada triste, de modo que acepté. Tras oír mi respuesta, volvió a hundir la cara en el agua.

La casa estaba en lo alto de una calle muy empinada. Mi-ru levantó una piedra que había junto a una verja verde, cogió la llave que ocultaba debajo y abrió. El pequeño jardín que se extendía entre la verja y la puerta de la casa estaba cubierto de maleza. Había un girasol plantado cerca del muro, doblado hacia abajo por el peso de las semillas. Era evidente que hacía tiempo que nadie vivía allí. Una pequeña tarima de madera desgastada ocupaba el centro del jardín, como si hubiera sido abandonada allí, y al lado, en el suelo, descansaba una rejilla oxidada. Daba la

impresión de que la densa maleza fuera a irrumpir en la casa en cualquier momento.

—¿Está vacía? —pregunté.

—Por el momento —susurró.

Asomándose entre los hierbajos vislumbré unos tallos, semejantes a las cebolletas, con unas flores blancas suspendidas de los extremos. Mi-ru me dijo que eran lirios de agua. Me agaché y contemplé las flores. Los pétalos parecían sumamente blancos, quizá en contraste con el deprimente entorno. Mi-ru, que había subido los cuatro peldaños con la llave en la mano y vacilado frente a la puerta, dio media vuelta y regresó junto a mí.

—No puedo.

—...

—Vámonos.

—...

—Pensaba que sería capaz de entrar si tú me acompañabas, pero no puedo.

Podía notar un ligero temblor en su voz. Mi-ru ya estaba en la verja, de modo que cogí mi cesta y la seguí. Cerró y dejó la llave debajo de la piedra. Con nuestras cestas de aseo en la mano, echamos a andar colina abajo. Habíamos salido de la casa de baños y subido hasta allí con la luz del sol, pero ahora empezaba a anochecer. En un momento dado, me di la vuelta. La casa vacía parecía estar observándonos entre los demás edificios, que tenían sus luces ya encendidas. ¿Realmente Myeong-seo, Mi-ru y su hermana habían vivido juntos en esa casa? Mi-ru volvía a caminar cabizbaja, como si estuviera mirándose el corazón.

—Es cierto —dijo.

—¿Qué?

—Esa casa. Es cierto que Myeong-seo, mi hermana y yo vivimos juntos en ella.

—¿Y por qué ya no?

—Porque mi hermana se ha ido.

—...

—Sin ella se me haría raro vivir en la casa a solas con Myeong-seo. No lo pensé cuando ella estaba con nosotros, pero ocurrió de forma natural. Simplemente cada uno se fue a vivir a otro lado. Myeong-seo a Jongam-dong con unos parientes y yo a Myeongnyun-dong. Creo que la casa lleva demasiado tiempo vacía. Tiene un aspecto descuidado. Nuestros padres la alquilaron, pero al cabo de un tiempo la compraron y la pusieron a nombre de mi hermana.

—...

—Sé lo que estás pensando.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Qué estoy pensando?

—Que nuestros padres son ricos... ¿No estabas pensando eso?

Al oírsele decir comprendí que eso era justamente lo que había estado pensando. La oscuridad también se cernía sobre el rostro de Mi-ru. Guiada por ella, dejamos atrás Dongsung-dong y Hye-hwa-dong y doblamos hacia Myeongnyun-dong. No abrimos la boca en todo el camino. La gente nos miraba cuando pasábamos a su lado con nuestras cestas de aseo. La brisa nocturna levantaba la falda de Mi-ru.

---

Delante de la catedral de Myeongdong había una manifestación para apoyar a los obreros que habían sido despedidos y estaban en huelga de hambre. Yun averiguó que Fallingwater y yo estábamos allí y vino a buscarnos. Incluso en medio de todo ese gentío atrajo mi atención. Yo también debí de atraer la suya, porque fue derecha al lugar donde yo me encontraba gritando consignas en medio de un centenar de personas, y se sentó a mi lado. Pusimos rumbo a Myeongdong, pero la policía antidisturbios nos persiguió hasta que encontramos refugio en una pequeña librería. El establecimiento estaba a rebosar de gente como nosotros. Las demás tiendas estaban cerradas, pero la librería permanecía abierta con ese fin. No me di cuenta de que habíamos perdido a Fallingwater hasta que entramos. Yun y yo nos apoyamos en la pared con los ojos enrojecidos. Le pregunté qué hacía allí y me contestó que esperaba dar conmigo. «Vine porque estabas tú», dijo. Cogió de un expositor un libro de poesía colocado boca abajo, como si alguien lo hubiera dejado allí a media lectura, y lo abrió. Leyó el *copyright* en voz baja: «Primera edición, 20 de agosto de 1975». Siempre que hojeaba un libro consultaba primero la fecha de su publicación. Miré la etiqueta. Marcaba 350 won. Yun lo abrió por la primera página y leyó el prólogo en voz baja. «Camino como un asno acarreando una carga pesada, la cabeza colgando bajo las mofas de los alborotadores.» La segunda parte la leyó en susurros, solo para mis oídos. «Iré a donde quieras que vaya cuando quieras que vaya.» Con ojos enrojecidos, leyó el nombre del poeta: «Francis Jammes».

Lu Xùn era un escritor que representaba la modernidad china. De joven se marchó a estudiar al Japón imperial. Era respetado por nacionalistas y comunistas por igual, de modo que resultaba irónico que hubiera estudiado en Japón. Pregunté al profesor Yun sobre la victoria de Japón en la guerra ruso-japonesa y sobre si gente de otras partes de Asia había compartido el sentimiento de victoria, teniendo en cuenta que era la primera vez que un país asiático vencía a un país europeo, en lugar de criticar a Japón como nación agresora. Tras meditarlo unos instantes, el profesor Yun dijo que Lu Xùn criticó duramente la agresión de Japón contra China, pero que la razón de que hubiera estudiado en Japón era que, tras la guerra ruso-japonesa, algunos países asiáticos estaban muy interesados en aprender de Japón. Por tanto era natural que Lu Xùn decidiera ir a Japón para estudiar medicina occidental avanzada. El profesor Yun también me contó que cuando Lu Xùn estaba en Japón, tenía un profesor japonés que habló a sus estudiantes de un lugar de culto y los obligó a acompañarlo. El lugar al que los llevó era un santuario confuciano en Ochanomizu. Lu Xùn había salido de China para distanciarse de todo aquello previo a la modernidad, como lo simbolizado por Confucio, por lo que, según el profesor Yun, la visita al santuario debió de sorprenderle sobremanera. ¿Qué debió de sentir cuando su profesor, al que había conocido en una tierra remota adonde había viajado para aprender nuevas maneras de hacer, lo puso frente a las mismas cosas de las que había intentado desentenderse y le hizo postrarse ante ellas?

Eso me dio mucho en que pensar.

Ayer regresé a la librería para comprarle a Yun el libro de poemas, pero el librero me dijo que no estaba en venta. Dijo que era un ejemplar que le había regalado su primer amor treinta años atrás. Me marché de la librería tremendamente decepcionado, pero el dueño salió corriendo, me llamó y me tendió el libro. Intenté pagárselo, pero me dio una palmada en el hombro. «¿Cuánto

me vas a pagar? ¿350 won? Tiene mucho más sentido regalártelo. Si más adelante conoces a una chica que quiera un libro que solo tengas tú, regálale este.» El hombre dio media vuelta y regresó a su librería. Pensé en lo que el profesor Yun me había dicho. Cada persona tiene su propia escala de valores.

Pienso en lo que podría estar haciendo con mi vida en este momento, pero en lugar de pensar en las cosas que puedo hacer solo pienso en las que no puedo llevar a cabo. ¿Qué valor conferimos a la bondad y a la verdad? ¿Dónde se esconden la justicia y la integridad? Una sociedad violenta y corrupta nos impide relacionarnos los unos con los otros. Una sociedad que teme la comunicación no puede resolver nada. Simplemente busca a alguien a quien trasladar la culpa y se vuelve más violenta si cabe.

Me gustaría que todos, empezando por mí, nos volviéramos independientes y fuertes. Quiero relaciones humanas sin secretos, sin misterios, relaciones donde no nos derribemos mutuamente.

Libro marrón 6



## 7

### *Una habitación al final de la escalera*

MI-RU EMPUJÓ EL ANCHO PORTÓN DE MADERA situado frente a una casa y este se abrió sin oponer resistencia. Parecía que fuera utilizado por varias familias. Al otro lado apareció un jardín inesperadamente amplio. En lugar de caminar hacia él, Mi-ru se dirigió a una escalera situada a unos pasos de la verja.

—Con cuidado.

La escalera descendía. Cuando creía que habíamos llegado abajo, doblamos una esquina y encontramos otro tramo. Parecía que estuviésemos bajando la cuesta que acabábamos de subir. La habitación de Mi-ru se encontraba al final de la escalera. Sacó una llave del bolsillo y la introdujo en la cerradura. En cuanto la puerta se abrió introdujo la mano, encendió la luz y gritó:

—¡Emily!

Me volví hacia la escalera que acabábamos de bajar. Tuve la sensación de que estábamos aisladas de la superficie de la tierra. La habitación de Mi-ru era mucho más oscura que la casa abandonada a la que me había llevado después de ir a la casa de baños. Probablemente tenía que mantener la luz encendida incluso de día.

—Pasa.

Se quitó los zapatos y entró primero. Delante del zapatero no vi más calzado que las zapatillas de deporte que me había prestado en una ocasión. Recordé que aquel día me había atado ella misma los cordones. Después me había sentado en cuclillas delante del grifo de mi azotea para lavarlas. Esas zapatillas, que puse a secar en la parte más soleada de la barandilla de cemento que bordeaba la azotea, que se me cayeron y tuve que bajar a toda prisa para recuperarlas y volver a lavarlas, eran las mismas que calcé cuando fuimos desde las calles arrasadas por los disturbios hasta mi habitación para comer juntos. También fue el día que le cogí la mano a Mi-ru. Si no se los hubiera quemado, tendría los dedos largos, finos y blancos. Había notado cómo temblaban al sujetarla. Recuerdo que le estreché la mano mientras estaba tumbada boca abajo en mi habitación, hojeando su copia de *Respiramos*. Siempre que me miraba abstraídamente las manos, mi prima las cogía y me decía: «Te sientes sola». Pensaba que la gente se miraba las manos cuando se sentía sola. Yo nunca lo había visto de ese modo, pero más tarde, cada vez que me miraba las manos, pensaba en sus palabras. También era cierto que la gente que vivía bajo el mismo techo adoptaba,

sin percatarse de ello, los hábitos de los demás. Le hice a Mi-ru lo mismo que me hacía mi prima. Desde ese día sus manos, que siempre había llevado escondidas en los bolsillos, se mostraban libres delante de mí.

—Emily. —Mi-ru llamó varias veces a la gata—. Jeong Yun, ven a ver esto.

Me quité los zapatos y los coloqué al lado de los de Mi-ru. Luego dejé la cesta junto a la suya.

—Mira cómo duerme.

Mi-ru señaló a Emily, que dormitaba en una caja debajo de la ventana. Estaba tumbada hacia arriba con la boca abierta y las cuatro patas suspendidas en el aire. Se me escapó una risita. Dormía a pierna suelta, enteramente ajena a nuestra presencia. Tenía la nariz y las orejas rosas. Los espacios entre las diminutas uñas también eran rosas. Era la primera vez que observaba a un gato dormido desde tan cerca.

—¿Los gatos duermen normalmente así? —pregunté.

—No. Algunas veces duerme encogida como una pelota; otras, desparramada como un charco de agua. A veces incluso se duerme de pie con los ojos cerrados. O con la cara sobre las patas delanteras. Es tan flexible que hasta puede dormir con el cuerpo medio girado, las patas traseras estiradas y la cara boca arriba. Es mi postura favorita. Cuando duerme así, parece muy tranquila.

Era cierto. Emily dormía con el blanco pelaje aplastado, como si le diera igual quién pudiera entrar. Estaba muy distinta de cuando se paseaba elegantemente con la cola en alto. Tenía una mancha verde en un moflete.

—¿Cómo se ha hecho esa mancha? —pregunté.

Mi-ru señaló la ventana. A la altura del alféizar se extendía el jardín que había visto al entrar. Los tallos verdes plantados cerca de la ventana estaban mirando hacia la habitación. Emily debió de mancharse al tumbarse allí.

—¿Tienes hambre? —preguntó Mi-ru.

—Un poco.

—Tendría que haber comprado algo por el camino. Acabo de darme cuenta de que no tengo nada. ¿Qué hacemos?

—No te preocupes, tampoco tengo tanta hambre. Comeré más tarde en casa.

Miré a Emily, que dormía en la caja, y me acerqué a la ventana. Después del largo tramo de escaleras que habíamos bajado, pensaba que la habitación de Mi-ru estaría completamente bajo tierra, por lo que fue una sorpresa descubrir esos tallos verdes. Parecía que toda esa vegetación fuera a invadir el cuarto en cuanto se abriera la ventana. Por lo visto Mi-ru no echaba el pestillo de la ventana cuando salía, porque la abrió con un simple empujón. Tal como había sospechado, las plantas, con sus largas hojas, extendieron las ramas e invadieron la habitación.

—Son lirios.

—¿Lirios?

—Esta habitación está construida dentro de una colina, de modo que un lado queda bajo tierra y el otro por encima. Si te colocas aquí, puedes ver el exterior. Myeong-seo se enfadó mucho cuando me vine a vivir aquí. Dijo que no tenía luz. Lo siento por Emily, porque le encanta el sol. Me gustó la escalera, pero Myeong-seo insistió en que no era sano vivir en un lugar que no tenía luz natural. Me preguntó por qué quería vivir en una cueva subterránea. Pero me empeñé, y el día que me mudé me plantó todos esos bulbos, los que parecen cebollas. Dijo que los lirios necesitan poco sol. Plantó tantos que tuve que trasplantar algunos cuando empezaron a germinar. La

primavera pasada cada tallo tenía dos o tres flores y la habitación olía a lirios. Florecen con la cabeza colgando, como si estuvieran mirando el suelo. Un día Emily desapareció, y cuando salí a buscarla, la encontré durmiendo debajo de los lirios.

Deslicé una mano por uno de los tallos que Myeong-seo había plantado. Eran muy fuertes para haber florecido entre primavera y verano y haber pasado el resto del año esperando. Los bulbos vivían bajo tierra, como las patatas. Aunque los tallos perecían, los bulbos soportaban el invierno sepultados en la tierra hasta que la primavera llegaba y lanzaban nuevos brotes blancos al exterior, donde florecían y llenaban el aire con su fragancia. Aparté los tallos y cerré la ventana. La gata seguía durmiendo en la misma posición. Examiné la habitación de Mi-ru por primera vez. Junto a la caja de Emily había una escalera de mano del mismo color que la madera del suelo y que conducía a una litera.

—¿Duermes ahí arriba?

—Sí.

—¿Qué haces cuando tienes que ir al lavabo?

—Utilizo la escalera, naturalmente. Aunque me he caído alguna vez.

Debajo de la litera estaba la mesa de Mi-ru. En ella descansaban los veinte libros recomendados en la última página de *Respiramos*. Seguramente había estado leyéndolos o planeaba hacerlo. Observé detenidamente el dibujo pegado con celo en el trozo de pared que había entre la mesa y la cama. ¿Eran cipreses? Representaba una barca aproximándose a una isla sobre un mar negro. La leyenda rezaba: «*La isla de los muertos*, Arnold Böcklin». De pie en la barca, de espaldas, había un hombre vestido de blanco delante de un ataúd cubierto por una tela blanca. Detrás del hombre se adivinaba la figura de un barquero. La isla parecía tranquila, pero unos muros áridos y opresivos la envolvían como si fueran alas. Dentro de los muros, un grupo de cipreses negros como el mar se elevaban como si quisieran atravesar el cielo cubierto de nubarrones. La barca parecía estar llegando a la isla, donde las olas lamían la orilla. Los cipreses negros semejaban la puerta de entrada a la isla. La barca no tardaría en pasar por debajo de esos cipreses. Estaba tan absorta escudriñando el cuadro que no había reparado en que Mi-ru se había detenido a mi lado.

—Dicen que el título original era *Un lugar tranquilo*.

Parecía, ciertamente, un lugar tranquilo. No sabía si era por los acantilados o por los cipreses negros o por las aguas umbrosas, pero daba la impresión de que la barca había alcanzado su destino.

—Dicen que el artista lo pintó después de tener el mismo sueño reiteradas veces.

—¿El mismo sueño?

—Hizo cinco versiones del mismo cuadro.

Era la primera vez que lo veía.

—Algún día deberíamos ir a Basilea —dijo Mi-ru.

—¿La Basilea suiza?

—Sí. El cuadro se exhibe en un museo de allí.

—Esa isla no parece de este mundo.

—Dicen que hay una isla cementerio parecida en Venecia. También deberíamos ir allí.

No sé por qué, pero cuando Mi-ru dijo que deberíamos ir a Basilea y a Venecia, tuve la sensación de que en realidad no me lo estaba diciendo a mí. Cuando las aguas del mar parecían ir

a salirse del cuadro y rodear nuestros tobillos, agarré la mano de Mi-ru. Oí a Emily removerse en su caja. Levantó la cara y nos miró. Todavía tenía la mancha verde en la mejilla. Bajó de la caja y arqueó el lomo, elevando la grupa para estirar bien la columna. Era tan flexible que su barriga casi rozaba el suelo. Se acercó despacio y al pasar por mi lado me dio un coletazo suave. Aunque Mi-ru había dicho que no tenía nada de comer, encontró una manzana en algún lugar, la peló con un cuchillo y la puso en un plato. El hambre hizo que la manzana me supiera aún más dulce. Mi-ru sacó su libreta y anotó: «Cuatro trozos de manzana».

—Qué pena que no tengas cámara.

—¿Cámara?

—Si hicieras una foto, solo tendrías que mirarla para saber lo que has comido y te ahorrarías tener que anotar todo.

—No me importa anotar.

Eché un vistazo furtivo a la libreta. Mi-ru había escrito incluso el ramen del día que los tres fuimos a comer *noodles*.

Puso agua en una taza y la vació en el cuenco de acero inoxidable de Emily. Al lado había otro cuenco con comida para gatos. Advertí que junto al cuenco de comida había una maceta con brotes. Al percatarse de que estaba mirando el tiesto, Mi-ru me explicó que eran brotes de centeno. Nunca había visto a nadie cultivar centeno en casa.

—Cada vez que un gato se lame, traga un poco de pelo. El pelo se le acumula en el estómago y le bloquea los intestinos. Los brotes de centeno le ayudan a toser y expulsar las bolas de pelo.

—...

—Eso de ahí es su rascador.

Emily estaba arañando un pequeño poste rodeado por una cuerda. Debía de ser el rascador del que Mi-ru estaba hablando. Mi-ru empuñó un objeto que semejaba una caña de pescar y lo sostuvo en alto; Emily dejó de arañar el poste e intentó atrapar la caña. El rostro de Mi-ru se iluminó al ver los saltos de Emily. Cada vez que Emily rozaba la caña, Mi-ru la subía otro centímetro y la sacudía.

—Es divertido y un buen ejercicio para ella —me explicó.

Dejó la caña y volvió a la mesa. Emily miró la caña con cara de pena y siguió a Mi-ru lamiéndose la mancha de hierba de la mejilla. Se rascó el cuello con la pata trasera. Habiendo finalizado su siesta, procedió a lavarse la cara. Luego se tumbó sin prisas, se lamió las pezuñas y se lavó sus oídos sordos. Le acaricié la oreja. Las dos orejas, rodeadas de pelo blanco, eran suaves al tacto. La gata volvió a cambiar de posición: enterró la cara, juntó las patas y bajó la columna. Parecía un terrón de nieve derriéndose.

—¿Quieres quedarte a dormir? —Los ojos negros de Mi-ru buscaron los míos. Al verlos no pude negarme.

Tragué y, con el sabor de la manzana todavía en mi lengua, acepté. No trepamos a la litera hasta pasada la medianoche. Tendida boca abajo en el suelo, me quedé dormida leyendo un libro.

—Jeong Yun... —Mi-ru me zarandeó. Su voz sonaba preocupada. Abrí los ojos y descubrí que me estaba observando con inquietud. En cuanto nuestras miradas se encontraron, se relajó.

—¿Qué tal si subimos a la cama y dormimos? —me preguntó.

Ella subió primero para enseñarme cómo lo hacía y me miró desde arriba. Como si se preguntara si sería capaz de hacerlo. Me levanté del suelo y trepé por la escalera como había

hecho ella. Encima de la cama había varios libros desparramados. Por lo visto Mi-ru leía por las noches, antes de dormirse. Los apiló para hacerme sitio. Junto a la pila descansaba un libro boca abajo, como si hubiera estado leyéndolo la noche anterior.

—¿Prefieres el lado de la pared?

En el borde de la cama había una barra que conectaba con la escalera. Pasé al otro lado y contemplé la ventana situada enfrente. Si pensaba que la mesa estaba debajo sentía que estaba tendida sobre esta y no en la cama. Mi-ru encendió la lámpara del escritorio y apagó la luz fluorescente del techo. En medio de esa penumbra, los tallos verdes de los lirios proyectaron sus sombras en el vidrio de la ventana. Levanté el brazo y mi mano tocó el techo.

—¿Lo encuentras incómodo?

—No...

Más que incómodo, lo encontraba extraño. Era la primera vez en mi vida que subía por una escalera de mano para acostarme. Me imaginé a Mi-ru subiendo por esa escalera cada noche y me dio pena. Si no tenía cuidado, al levantarse podía golpearse la cabeza con el techo. Mi-ru se tumbó a mi lado y cerró los ojos.

—Cuando era niña siempre se me hacía raro ver a la gente dormir. Me asustaba. Me inquietaba ver a la gente dormida y con los ojos cerrados, como si temiera que no fuera a despertarse nunca. Observaba a mis padres y a mi hermana mientras dormían y me preguntaba cuándo iban a despertarse. Incluso ahora hay veces, cuando estoy a punto de dormirme, que pienso: «¿Y si esta vez no me despierto?». ¿Cómo puede la gente dormirse sin ningún miedo?

—¿Por eso me zarandeaste antes?

—Parecía que no fueras a despertar nunca.

—Yun Mi-ru... —Le giré la cara hacia mí—. Mi madre solía decirme que si estaba enfadada con alguien, debía mirarle mientras dormía. Decía que la cara de una persona cuando duerme refleja su verdadera forma de ser y que no podías enfadarte con alguien si lo veías dormir. Siempre que estoy enfadada o estresada, doy una pequeña cabezada. ¿No te sientes más relajada después de una siesta? Dormir es como renacer, intenta verlo así.

Probablemente no opinaba lo mismo, porque no dijo nada. Entretanto Emily trepó por la escalera y se hizo un ovillo junto a Mi-ru. Enterró las patas en el pelaje blanco, descansó la barbilla en la cama y se quedó mirando a Mi-ru. Esta le acarició el cogote.

—Recuerdo el título de aquel libro.

—¿Qué libro?

—El libro sobre el gato que iba al lago salado.

—¿Cuál es?

- *Cuando tu viaje llegue a su fin, cuéntaselo a un extraño.*

—¿*Cuando tu viaje llegue a su fin, cuéntaselo a un extraño?*

—Sí.

Para la gente que se sumergía en las aguas del lago salado y contaba sus últimas historias al gato, ¿era el gato su «extraño»? Deseé leer ese libro.

—¿Tienes un ejemplar?

—Acabo de recordar que mi hermana se lo llevó cuando se marchó porque quería regalárselo a su novio.

Las manos quemadas de Mi-ru estaban acariciando las orejas sordas de Emily a la luz de la

lámpara. Me volví para mirarlas. De tanto en tanto Emily se repantingaba mientras las caricias seguían. Mi-ru se incorporó, encendió una vela colocada en la cabecera de la cama y apagó la lámpara. Cada vez que la vela titilaba, nuestras sombras vibraban en el techo y la pared como si fueran una sola.

—El mundo es demasiado silencioso, ¿no crees?

En cuanto dijo eso caí en la cuenta de que me había olvidado por completo del mundo que se extendía más allá de esa habitación. ¿Dónde estaba Myeong-seo? ¿Qué estaría haciendo? En algún momento había empezado a telefonarme los domingos por la mañana para preguntarme si podía ir a verme. Quedábamos por la mañana y estábamos juntos hasta la noche. Pero desde que comencé a ir a la casa de baños con Mi-ru los sábados por la tarde, ya no los pasábamos juntos. De repente me pregunté qué haría sin mí esos días. Mi-ru se sentó y pulsó el botón de una radio pequeña. Empezó a sonar música.

—Ocho minutos y un segundo —dijo.

—¿Qué?

- *El concierto del emperador*, segundo movimiento, dura ocho minutos y un segundo.

—¿Beethoven?

—Sí.

El piano se coló en nuestros oídos y nos envolvió con su melodía, trasladándonos a un lugar lejano. Emily, obviamente, no oía nada.

—Cuando no puedo dormir, me pongo esta pieza y me digo que he de dormirme en ocho minutos y un segundo... Es como un hechizo.

—¿Funciona?

—A veces. Otras veces me digo que nadie sabe que estoy durmiendo aquí. Si no despertara, nadie se enteraría. Escuchar esta música me hace sentir mejor. Y a veces me duermo sin esfuerzo.

Sus palabras me dejaron de piedra. Había pensado lo mismo muchas veces al acostarme en mi *oktap bang*. Esas noches abría la ventana y contemplaba la ciudad, sobre todo la torre del monte Nam. Las noches lluviosas me gustaba ver las luces de la torre reaparecer lentamente tras el denso manto de niebla. A veces salía a la azotea y jugaba a la rayuela. Supongo que mientras yo hacía eso Mi-ru estaba escuchando música bajo tierra. Seguro que habíamos coincidido en algunos de esos momentos. Pasar la noche con alguien en su habitación te permitía luego imaginar qué hacía cuando tú no estabas allí. Después de esa noche, podría imaginar las noches de Mi-ru en la ciudad.

—Mi-ru.

Dije su nombre en voz alta, pero Mi-ru permaneció tumbada con los ojos cerrados. Tuve la sensación de que era la primera vez que la llamaba por su nombre de pila.

—Acordemos llamarnos por teléfono cuando no podamos dormir.

—¿Por qué?

—Vivimos cerca la una de la otra. Podríamos reunirnos a mitad de camino. O tú podrías ir a mi casa, o yo podría venir a la tuya. ¿Qué te parece?

—Yun... —dijo mi nombre en voz baja—. ¿Y si nos vamos a vivir juntas a la casa?

Emily se subió a su estómago. Su sombra creció y titiló a la luz de la vela. Se tumbó y acarició suavemente el estómago de Mi-ru con las pezuñas. La inesperada propuesta de Mi-ru me había dejado sin habla. Acaricé el pelaje de Emily al tiempo que ella cepillaba el estómago de Mi-ru.

Podía oír la respiración nerviosa de Mi-ru mientras aguardaba mi respuesta. Las sombras de los lirios que parecía que fueran a irrumpir en cualquier momento estaban ahora recostadas hacia atrás, como centinelas tomándose un descanso. ¿En qué estaría pensando Myeong-seo cuando las plantó frente a la ventana? El perfume de esos lirios probablemente había inundado esa habitación muchas noches y había sido aspirado por Mi-ru. Con la primera helada, los últimos tallos florecidos se marchitarían. Solo los bulbos enterrados vencerían en silencio al invierno. Así era como transcurría el tiempo. Pensé: «He de contestar», pero seguían distrayéndome otros pensamientos. La imagen de aquellos lirios de agua delante de la casa vacía aparecieron ante mis ojos, junto con la maleza del jardín que hacía tiempo que nadie cuidaba. ¿Cómo habían pasado los días Mi-ru, su hermana y Myeong-seo en esa casa ahora abandonada? Era incapaz de imaginármelo.

—Si te parece bien, Myeong-seo podría mudarse con nosotras.

Mi-ru hablaba como si no necesitáramos pedirle su opinión. Me pregunté si Myeong-seo era la clase de persona que haría algo simplemente porque lo proponía Mi-ru. Enmudecí. ¿Deseaba Mi-ru volver a los tiempos que había pasado en esa casa con su hermana? Podía sentir el paso de los segundos. Pensé que nuestra amistad podría resentirse si no respondía en el siguiente minuto. Tenía la sensación de que la hermana mayor de Mi-ru, a quien no conocía, se hubiera aparecido de repente frente a mí.

—Necesito tiempo.

—¿Tiempo?

—Sí.

—No te lo pienses demasiado... Disponemos de una casa vacía. Ahora estamos pagando dos alquileres. Y Myeong-seo vive con sus parientes. Podríamos reunir nuestras tres casas en una.

Si la convivencia fuera tan sencilla jamás me habría marchado del piso de mi prima. Emily dejó de acariciar el estómago de Mi-ru y vino a sentarse sobre el mío. Mi-ru la llamó, pero la gata la ignoró y me acarició suavemente la tripa.

—Mira, Emily también te está pidiendo que vivas con nosotras.

—¿Qué?

—Acariciarte con las pezuñas es el mayor regalo que un gato puede hacerte. Significa que te quiere. Myeong-seo siempre ha sido cariñoso con la gata, pero ella nunca le ha acariciado. A veces incluso le hiere que no lo haga. Creo que a Emily le gustas.

Automáticamente alargué una mano y le acaricié el cogote. Emily ronroneó.

—Hace ese ruidito cuando es muy feliz. Apuesto a que si viviéramos juntos, serías la preferida de Emily.

Nuestras sombras temblaron a la luz de la vela. La música de piano estaba sonando por tercera vez. La melodía era hermosa, evocadora y tan suave como el pelo de Emily.

—Jeong Yun. —Volví a llamarme por mi nombre completo—. Te he dejado sin habla, ¿verdad?

—Si te soy sincera, sí.

—Claro. Una cosa es ser amigas y otra muy distinta vivir juntas. Sabes poco de mí y yo apenas estoy empezando a conocerte, por lo que no es justo que te lo pida todavía. Tómate tu tiempo. Pero ¿me prometes que no tardarás mucho en decidirte?

—...

—Cuando me cambié a esta habitación, pensaba que iba a vivir aquí el resto de mi vida. Ni por un momento imaginé que querría mudarme... Quiero volver a la universidad.

Emily dejó de acariciarme y se alejó por la escalera. La vi saltar a la repisa de la ventana. Se sentó y se quedó mirando los lirios mecidos por el viento mientras de tanto en tanto levantaba una pata para atrapar sus sombras. Sus movimientos silenciosos parecían tranquilos. En la habitación reinaba una calma rota únicamente por el piano y la luz parpadeante de la vela. Podía oír la respiración pausada de Mi-ru. Me sentí cruel por no darle la respuesta que quería.

—Mi-ru. —Después de observar cómo Emily intentaba por séptima vez atrapar una sombra, no pude soportar más el silencio—. También estoy pensando en ti.

—...

—No sé si esto tendrá sentido para ti, pero desde que me fui de casa de mis padres siempre he preferido estar sola que con gente. Me he acostumbrado. Meditaré tu oferta. Pero el problema no eres tú, soy yo.

—Supongo que estábamos pensando lo mismo.

—¿Qué?

—Yo también prefiero estar sola. Intentaba no acercarme demasiado a ti porque temía hacerte daño. Por cierto, si alguna vez te hago daño, te lo ruego, no me odies por ello.

—...

—Si alguna vez te hago daño, olvídate de mí. Bórrame de tu memoria.

—¿Por qué dices eso?

—No importa... Yun, tienes que recordarme. No me olvides.

La voz le temblaba. Rodé sobre el costado para mirarla. Le cogí la mano llena de cicatrices. Estaba caliente. Qué pena. Ojalá nuestros corazones, que habían deambulado por separado antes de conocernos, también pudieran encontrarse. Qué vidas tan pobres, tan frágiles. Creí haber descubierto lo que Myeong-seo había estado pensando cuando plantó los lirios frente a la ventana. Le estreché la mano con fuerza.

—No olvidemos nunca este día —dije.

Me di cuenta de que estaba repitiendo las palabras que me decía Myeong-seo cuando sucedía algo, y me asusté. Cuando él me decía esas palabras, ¿sentía lo mismo que yo al decírselas a Mi-ru? ¿Era la pena que yo sentía por Mi-ru, tan inescrutable y enigmática, lo que él sentía por mí en esos momentos? ¿Era eso lo mejor que podíamos decir cuando nos embargaba una compasión para la que no había escapatoria ni palabras de consuelo?

—Mi hermana solía decir eso.

—Oh.

—Nos lo decía muchas veces a mí y a Myeong-seo cuando vivíamos juntos. «No olvidemos nunca este día...»

Entre las notas del segundo movimiento de *El concierto del emperador* oí el timbre débil de un teléfono. Venía de la mesa de debajo de la cama. Sonó varias veces y paró. Mi-ru no hizo ademán de contestar. Parecía saber quién llamaba. El teléfono volvió a sonar. Fingió no oírlo.

—Ese verano...

—¿Sí?

—Si ese verano no hubiera sucedido nunca, puede que mi hermana fuera ahora primera bailarina, tal como deseaba.



—¿Qué ocurrió?

—Mi hermana y yo fuimos a casa de mi abuela. Mis padres discutían mucho en aquella época, así que mi madre le dijo a mi hermana que me llevara a casa de mi abuela unos días. Fue una decisión tomada en el calor del momento, sin pensar. Nuestra madre telefoneó a la suya, pero esta no contestó. Mamá dijo que volvería a llamarla después de que nos hubiéramos ido. Nuestra abuela vivía en el sur, en Sancheong. Cuando estalló la guerra de Corea, se echó a nuestra madre a la espalda y huyó sola al sur. Llegó a una zona remota de Sancheong y construyó una casa como la de su infancia. Mi hermana y yo adorábamos esa casa. Tenía un montón de cosas. Nuestra madre le dijo al conductor que nos llevara hasta la casa de mi abuela, pero mi hermana lo despidió y propuso que fuéramos en autobús. Pensó que sería más divertido. Así que cogimos un autobús interurbano y caminamos desde la parada hasta la casa de nuestra abuela. Recuerdo que fue muy divertido, como si hubiéramos salido de excursión. Y que el pelo de mi hermana se agitaba con el viento que entraba por la ventanilla del autobús y me hacía cosquillas en la cara. Y que mientras recorríamos las calles no paraba de susurrar «¡Mira eso!», al tiempo que señalaba los árboles y las flores y el cielo.

El teléfono, que había permanecido en silencio mientras Mi-ru hablaba, volvió a sonar.

—Llegamos a la casa a media tarde. Llamamos a mi abuela al cruzar la verja, pero no había nadie. Los árboles que vivían en el patio con nuestra abuela como si fueran miembros de la familia estaban cerca del muro y proyectaban afectuosamente sus sombras, y las flores de vivos colores que crecían junto a la puerta principal estaban en plena floración. Solo se podía acceder a la casa por esa puerta, pero estaba cerrada con un candado, por lo que era imposible entrar. Mi hermana y yo nos sentamos en el porche de madera, a la sombra de los árboles, a esperar a nuestra abuela. Como nuestra madre había dicho que la llamaría, habíamos dado por sentado que estaría en casa. Otras veces habíamos ido a casa de nuestra abuela sin llamarla primero y siempre estaba allí, ya fuera trabajando en el jardín o en el huerto, con un sombrero, pantalones holgados y un azadón en la mano. En cuanto cruzábamos la verja gritando «¡Abuela!», dejaba lo que estuviera haciendo y corría hasta nosotras diciendo: «¡Mis cachorrillos!». Yo también corría hasta ella y le daba un gran abrazo. Me gustaba el olor de su sudor.

»Resultaba extraño y un poco intimidante ver la casa sin ella dentro. Estuve rezando todo el rato pidiendo que apareciera. Ignoro cuánto tiempo pasó. Me decía una y otra vez: “Seguro que está al llegar”, pero la sombra de los girasoles plantados a lo largo del muro empezó a alargarse y ella seguía sin aparecer. Estábamos hambrientas. Aunque mi hermana no podía hacer nada al respecto, yo no paraba de lloriquear diciendo que tenía hambre, simplemente porque era la pequeña. Mi hermana intentaba calmarme diciendo que nuestra abuela no tardaría en llegar, pero su tripa también gruñía. Era probable que ella estuviera más impaciente aún que yo. Finalmente dejó de contemplar la verja, se levantó y caminó hasta la puerta. Aunque sabíamos que no había nadie dentro, gritó “¡Abuela!” y aporreó la madera. Me acerqué y grité con ella. Cuando nos cansamos de gritar, nos recostamos en la puerta y empezamos a enumerar las cosas que le pediríamos a la abuela que nos cocinara cuando apareciera. Nuestra abuela tenía muchos platos de bronce caros. Nos contaba que en el pueblo del norte donde vivía antes, cuando tenían invitados importantes, la gente mostraba su respeto sirviendo la comida en cuencos, cucharas y palillos de bronce. Los *pyeonsu* rellenos que nos hacía eran lo mejor.

—¿Qué son los *pyeonsu*?

—Así llaman, donde ella se crió, a las empanadillas cocidas. Las hierven en caldo de ternera. Mi hermana y yo nos sentamos y enumeramos de nuevo todos los platos que queríamos que cocinara para nosotras. No solo *pyeonsu*, sino también cerdo al vapor con *kimchi* y sopa de pastelitos de arroz con forma de calabaza y estofado de pasta de judías y empanadillas, las cosas que solía cocinar cuando íbamos a verla en las vacaciones de invierno. Nombramos cincuenta platos diferentes, pero seguía sin aparecer. Yo no paraba de lloriquear: «Tengo hambre, tengo hambre, tengo hambre». Cuanto más me quejaba, más hambre tenía. Mi hermana intentaba tranquilizarme diciendo: «Enseguida vendrá». Yo le replicaba entonces: «¿Y si no viene?». Y mi hermana trataba de calmarme diciendo: «¿Por qué no iba a venir? Solo se está retrasando un poco». Cada vez confiaba menos en que apareciera. «A lo mejor se ha ido de viaje», decía, y enumeraba todas las razones por las que nuestra abuela podría no regresar ese día. Mi hermana entretanto aporreaba la puerta. Yo no dejaba de pensar que si pudiéramos entrar, tendríamos un montón de comida, y eso acrecentaba mi impaciencia. Cuanto más tiempo pasaba la puerta cerrada, más convencida estaba de que nuestra abuela no iba a volver. Nunca había visto ese candado en la puerta. Cuando pregunté: «¿Y si se ha marchado lejos y no regresa en varios días?», mi hermana se levantó.

»Se puso a buscar por el jardín algo largo, delgado y lo bastante fuerte para introducirlo en el candado, pero nada funcionaba. El sol se estaba poniendo y teníamos hambre, por lo que estábamos empezando a ponernos nerviosas. Nos olvidamos de nuestra abuela y nos obsesionamos con abrir el candado. Nos devanamos los sesos tratando de dar con algo firme y puntiagudo que meter en la cerradura. Los caquis, ciruelos y cerezos del jardín nos veían ir de un lado a otro. Debimos de pisotear todos los amarantos en nuestra búsqueda frenética de algo afilado. Mi hermana encontró la caja de herramientas de madera de nuestra abuela en el cobertizo y la arrastró hasta la puerta, gruñendo a causa del peso. Para entonces el sol estaba a punto de ponerse. Nos arrodillamos delante del candado y metimos en la cerradura hasta el último objeto puntiagudo que encontramos en la caja. Pero nada funcionaba.

El teléfono había dejado de sonar. También el concierto para piano había terminado. Todo estaba en calma. Levanté ligeramente la cabeza y miré por la ventana. Los lirios seguían proyectando sus sombras oscuras sobre el vidrio. Emily, que había estado sentada en la repisa moviendo la cabeza al ritmo de las sombras mecidas por el viento, había desaparecido. La calma era excesiva, de modo que busqué a la gata con la mirada. Probablemente Mi-ru había pasado incontables noches en esa habitación buscando a la gata con la mirada, como yo.

—Metiéramos lo que metiésemos en el candado, este se negaba a abrirse, como si estuviera esperando algún sacrificio primero. Miramos decepcionadas la caja. Las herramientas cuidadosamente ordenadas de mi abuela estaban desparramadas por el suelo. Mi hermana dijo que tenía pipí y fue hasta el ciruelo. Aunque le encantaba la casa de nuestra abuela, odiaba utilizar la letrina. Cada vez que tenía que hacerlo, nos obligaba a montar guardia a una de nosotras. Incluso gritaba «¡Abuela!» o «¡Mi-ru!» para asegurarse de que seguíamos ahí. Nosotras decíamos «¡Sigo aquí!» y ella decía «¡No te muevas!». Me pareció curioso que mi hermana mayor prefiriera hacer pipí debajo de un árbol a utilizar la letrina, pues no había nadie en la casa, y pensé para mis adentros: «*Unni* es una gallina». La vi ponerse en cuclillas bajo el árbol y levantarse la falda. Saqué de la caja un punzón con mango y lo metí en la cerradura. No podía dejar de pensar en lo genial que sería si pudiera abrir el candado antes de que mi hermana volviera, y empecé a

tararear: «Ábrete, ábrete, ábrete...». Pero si mi hermana no podía abrirlo, ¿por qué iba a poder yo? Me peleé con el candado, me enfadé y arrojé el punzón al suelo con todas mis fuerzas. Mi hermana gritó «¡Mi-ru!» desde detrás del ciruelo. Había terminado y estaba sosteniéndose la falda en alto y levantando una pierna. Tenía una mano en una rama, como si fuera una barra. Se elevó en el aire y volvió al suelo. Parecía que estuviera moviéndose al ritmo de una música.

—...

—«¡Mi-ru! ¿Qué le dijo Fokine a Pavlova? Fokine le creó la coreografía del solo de *La muerte del cisne*.» Siempre compartía conmigo lo que aprendía en sus libros de ballet. Me contaba las historias y luego comprobaba si las recordaba. Me preguntaba cosas como: «¿Quién dijo que todas las canciones pueden convertirse en ballet?». Como si fuera un examen. Yo casi nunca sabía la respuesta, pero de tanto en tanto abría mucho los ojos y exclamaba: «¡George Balanchine!», y mi hermana me acariciaba la cabeza. Así hablábamos de ballet. ¿Sabes eso que hacen los solistas antes de comenzar una actuación, cuando salen al escenario y ofrecen al público una danza breve como anticipo de lo que van a ver? Mi hermana estaba dando vueltas debajo del ciruelo así. No llevaba puestas sus puntas de ballet, pero hizo algunos giros suaves y volvió a gritar: «¡Mi-ru, te he preguntado qué le dijo Fokine a Pavlova!». «Eres un cisne.» Eran las palabras preferidas de mi hermana: «Eres un cisne». Cuando oyó mi respuesta, cayó hacia delante, suave y lentamente. Estaba imitando la forma en que un cisne pliega las alas por última vez. Yo no podía apartar la mirada del cuerpo doblado de mi hermana bajo el árbol. Parecía realmente un cisne desmoronándose. Habíamos visto a Pavlova bailar *La muerte del cisne* en una película rodada hacía tiempo, mucho antes de que mi hermana y yo nacióéramos. La calidad de la filmación era pésima y las líneas de la película, cual vetas de lluvia, hacían daño a la vista, pero mi hermana no había podido dejar de llorar. Me dormí un rato y al despertar me encontré a mi hermana en el suelo, como un cisne recogiendo las alas sobre la cabeza. Cuando la vi derrumbarse así bajo el ciruelo, rompí a llorar. Temí que no fuera a levantarse nunca más. Era tan bonito. Al oírme llorar se asustó, dobló sus alas de cisne y echó a correr hacia mí. «¿Qué te ocurre? ¿Qué te ocurre?», me preguntaba. La oscuridad se abrió paso a su espalda. «¿Por qué lloras?», me apremiaba, pero yo no podía responder ni dejar de llorar. Era como si pudiera sentir que esa iba a ser la última vez que mi hermana bailara ballet. Me notaba nerviosa y angustiada. Asustada y triste de una manera que no podía explicar. Como no podía parar de llorar, mi hermana intentó una vez más abrir la puerta. Agarró el candado y se arrodilló. De repente, sus fuertes aullidos me horadaron los tímpanos. Tuve la sensación de que caía por un precipicio. «¡Unni!» Conmocionada, dejé de llorar y corrí hasta mi hermana, que estaba agarrándose la rodilla. El punzón que yo había arrojado con rabia se había alojado entre dos tablones del porche, apuntando hacia arriba. Y ahora estaba hundido en la rodilla de mi hermana, que se dobló hacia delante y cayó al suelo.

Me quedé sin respiración.

Emily, cuyo rastro había perdido, regresó a la escalera y subió hasta la cama. Mientras permanecíamos ahí tumbadas, ajenas a cualquier ruido, volvió a sonar el teléfono. La vela se había apagado. Emily se agazapó bajo la almohada de Mi-ru. El teléfono calló y regresó el silencio.

—Después de ese día, mi hermana no volvió a bailar.

¿Cuántos momentos más como este, en el que las palabras sobran, habría? Tal vez madurar

como ser humano significara pasar por estos momentos en silencio, uno a uno. Me senté y observé a Mi-ru en la penumbra. Estaba frotando el cogote de Emily con una mano, mientras que la otra descansaba en su frente. Tomé la que tenía libre. Llena de cicatrices y arrugas, sentí su calor en la mía.

—Es duro escuchar esto, ¿verdad, Jeong Yun?

Ni siquiera era capaz de pronunciar las palabras «No importa».

—Yun Mi-ru.

—...

—Termina la historia. No te la quedes dentro.

—¿Seguro que estás bien?

—Lo pasaremos juntas.

—¿Por qué?

—Porque ahora estamos juntas.

Miré la mano que acariciaba el cuello de Emily. ¿Compartir la historia conmigo le ayudaría a sanar sus heridas? Mi-ru no podía olvidar el pasado, pero confié en que pudiera empezar a dejarlo atrás. Quería que venciera esas cicatrices descoloridas y avanzara hacia algo nuevo.

Emily, que se había tumbado sobre la almohada de Mi-ru, se estiró un poco más.

—Esa es la historia de mi infancia. Ese verano en la casa de mi abuela siguió grabado en mi memoria cuando maduré. Me habría sido más fácil superarlo si mi hermana me hubiese odiado por ello, pero jamás mencionamos lo ocurrido. Ni una sola vez desde aquel día. Mientras mi hermana estaba en el hospital presencié cómo desmontaban la barra de ballet de nuestra casa. Era como si todo el mundo hubiese olvidado lo sucedido. Nadie volvió a decir una palabra al respecto, ni mi abuela, ni mis padres, ni mi hermana, ni yo. Ya no recuerdo por qué mi abuela no estaba en casa o cuándo apareció al fin. Solo la recuerdo descubriendo a mi hermana en el suelo y corriendo al pueblo más cercano, situado al otro lado de la colina. Y llevándosela al hospital con un joven de ese pueblo, que instaló a mi hermana en la parte trasera de un tractor con el punzón todavía clavado en la rodilla... Cuando mi abuela murió, me dejó la casa a mí. Dijo que quería que cuidara de ella. La impronta de mi abuela está en toda la casa. Cuando éramos niñas, plantó allí los mismos árboles que crecían en el pueblo del norte donde nació. Si el accidente no hubiera ocurrido, yo habría podido amar esa casa. Mi abuela confeccionaba sus propias mantas y cubrecamas con una máquina de coser y adornó el jardín de tal manera que en cada estación brotaran flores diferentes. Plantó flores parecidas a las flores silvestres que había visto en el norte cuando era joven, por lo que en su jardín siempre había flores desconocidas brotando y muriendo y volviendo a brotar. Ahora nadie cuida de esa casa, así que probablemente se esté viniendo abajo.

—Deberíamos ir algún día. —Lo dije con el mismo tono que Mi-ru había dicho «Algún día deberíamos ir a Basilea» cuando estábamos mirando el cuadro de Böcklin.

Sentí que las palabras «algún día» regresaban a mí. Esas palabras habían abandonado mis labios después de perder a mi madre, pero antes de su muerte me las decía constantemente. «Algún día.» A veces eran las únicas palabras capaces de consolarme. Cuando mi madre se enteró de que se estaba muriendo, su primera decisión fue enviarme a la ciudad a vivir con mi prima. Yo quería quedarme con ella tanto como ella no quería que la viera sufrir y luchar contra la enfermedad. Pero no tuve más remedio que obedecerla. Ya había invertido más tiempo intentando

persuadirme de que me fuera que recibiendo su tratamiento. Debía marcharme para que ella empezara a recibir los cuidados oportunos. El día que dejé a mi madre le dije: «Algún día, mamá». Esas palabras resonarían incontables veces en mi mente. Incluso cuando no le quedaba un solo cabello en la cabeza, lo único que podía hacer por ella era decir: «Algún día, mamá». Lo que más deseaba en el mundo era ver a mi madre recobrar la salud y que algún día volviera a ser la de siempre, pero ese sueño nunca se cumplió. Cuando perdí a mi madre me deshice de las palabras «algún día». No significaban nada y ya no ejercían ningún efecto sobre mí. Eran palabras vacías que carecían de poder para cambiar las cosas. Cuando dejé de utilizarlas, mi propensión a ahogar una sonrisa amarga, morderme el labio, arrugar la frente y caminar sola para consolarme regresó intacta.

—¿Lo dices en serio? —me preguntó Mi-ru.

—¿Qué?

—¿Que algún día deberíamos ir a la casa de mi abuela?

—Sí... algún día. —Experimenté un deseo imperioso de mantener esa promesa.

—¿Crees que ese día llegará? —Parecía que Mi-ru me hubiese adivinado el pensamiento.

—Siempre y cuando no olvidemos —respondí.

—¿Siempre y cuando no olvidemos?

Presa de la tristeza, me senté también en la cama y dije:

—Y nos llevaremos a Emily.

—Y a Myeong-seo —propuso Mi-ru. Luego, cerrando los ojos, añadió en un tono impasible —: Y al profesor Yun.

Nos quedamos calladas. ¿Su relación con el profesor era tan estrecha como para poder proponer que nos acompañara? Como si quisiera disipar el silencio que se había creado entre nosotras, Mi-ru añadió:

—Y a Fallingwater.

Me reí. Empezamos a nombrar a todas las personas que conocíamos. Añadí el nombre de Dan, del que Mi-ru no sabía nada.

—¿Quién es Dan? —me preguntó.

—Un chico con el que crecí.

—Quiero conocerlo.

—Algún día lo conocerás.

—Yun... Algún día quiero vivir en esa casa. Quiero labrar la tierra con mis propias manos, como hacía mi abuela. Plantar semillas en primavera y cosechar en otoño. Plantar hortalizas en el huerto, vivir de la tierra y escribir. Mi abuela debió de dejarme la casa a mí y no a mi hermana porque sabía que eso era lo que yo quería. Aunque nunca volví después de aquel verano, lo sabía. Ahora mismo la casa está vacía, pero tengo intención de regresar y abrirla de nuevo. Nadie nos dijo que no lo hiciéramos, pero después del accidente esa casa se convirtió en un tema tabú del que no hablábamos nunca. Mi hermana no la mencionó ni siquiera cuando mi abuela me la dejó. No porque las cosas no estuvieran bien entre nosotras. Estábamos tan unidas como pueden estarlo unas hermanas. Pero nunca volvimos a hablar del accidente ni de esa casa. La única ocasión en que mi hermana la mencionó fue cuando quiso esconderlo allí.

—¿Esconderlo?

—Al hombre al que amaba tanto como el ballet.

¿Amaba a alguien tanto como el ballet? Se me escapó un hondo suspiro.

—Cuando mi hermana comenzó la universidad, cogió a Emily y se mudó a la ciudad. Un año más tarde, cuando Myeong-seo y yo nos reunimos con ella, parecía otra persona. La nube negra que había flotado sobre ella desde que se vio obligada a dejar el ballet había desaparecido. Incluso decía mi nombre como cuando éramos niñas. Siempre que veía algo que le gustaba o que le sorprendía o de lo que quería alardear, decía: «¡Mi-ru, mira eso!». Durante su primer año de universidad venía muy poco por casa, de modo que apenas la veía. Ella tenía su mente en otra parte y yo estaba preparándome para el examen de ingreso en la universidad. Cuando volví a vivir con ella después de ese primer año, tenía el pelo brillante y las mejillas luminosas, y hasta la frente resplandecía. También sus pasos parecían más ligeros, como los de Emily. Volvía a ser la muchacha de antes del accidente, y todo gracias al hombre que había en su vida. Todo parecía girar en torno a él y no a la universidad. Palabras como «socialismo» y «la teoría del valor del trabajo» y «derechos humanos» salían de manera natural de sus labios. Y no solo había cambiado en eso. En su mesa había libros que yo no había visto antes, con títulos como *Historia económica de Occidente* y *El capital*. Había libros de Frantz Fanon. *El grito de las piedras* y *Así se templó el acero*. *El manifiesto comunista*. *Pedagogía*. *Historia y conciencia de clase*. Por la mañana, cuando me levantaba, me encontraba a mi hermana sentada a la mesa, leyendo libros como *La rosa blanca* con la misma pasión con que en otros tiempos había leído libros sobre ballet. Emily dormitaba frente a ella. Estaba tan absorta en la lectura que podía pasar por su lado sin que reparara en mí. Ese hombre que conseguía que mi hermana leyera la *Teología de la liberación* me tenía cada vez más intrigada, pero lo único que sabía de él era lo que ella me contaba. Myeong-seo y yo no le habíamos visto aún la cara cuando un día mi hermana anunció que esa noche vendría a cenar. A nuestra casa. «¿Os parece bien?», preguntó, pero yo solo podía pensar en que finalmente iba a conocerlo. Nunca olvidaré el día que se suponía que debíamos cenar juntos. Y no lo digo por él, sino por el comportamiento de mi hermana. Se levantó al alba y se llevó a Myeong-seo al mercado de pescado de Noryangjin para comprar un montón de cangrejos azules. Dijo que a él le encantaban. ¿Cangrejos azules? Me quedé atónita. Pensé que los cangrejos azules no pegaban con la persona que había hecho leer a mi hermana *Una biografía crítica del Che Guevara*. Pero ella y Myeong-seo compraron los cangrejos y los soltaron en el fregadero.

Mi-ru calló para tomar aire, como si estuviera reviviendo el momento.

—Los cangrejos empezaron a corretear por toda la casa abriendo y cerrando sus pinzas. Estaban tan vivos que los tres teníamos que correr detrás de ellos para atraparlos. Y no había solo cangrejos. Mi hermana había comprado tantas cosas que parecía que se hubiera traído el mercado entero. Abulones, vieiras, ascidias, pepinos de mar... Debió de gastarse la mitad del dinero que nuestros padres nos habían enviado para pasar el mes. La cocina era un caos. Esos cangrejos eran muy resistentes. Recuerdo a mi hermana contemplándolos con cara de impotencia y preguntando a Myeong-seo qué debía hacer con ellos. «Puede que se mueran si les quitas el caparazón», dijo, así que mi hermana intentó arrancárselo a uno con sus propias manos y el bicho casi le clava las pinzas. Yo no daba crédito a lo que veía. Cuando vivíamos en Busan, mi hermana no soportaba el olor de la marea baja y nunca iba al puerto. Para cuando se puso el sol, los cangrejos habían dejado de moverse, como si hubieran muerto de puro agotamiento. Mi hermana coció al vapor varias ollas de cangrejos y los puso en una bandeja. Nosotros queríamos ayudarla, pero lo hizo todo sola. Mi curiosidad por su novio iba en aumento. ¿Qué clase de persona podía producir

semejante transformación en mi hermana? Myeong-seo nunca había visto cocinar cangrejos. Dijo que creía que siempre eran colorados. La forma en que se enrojecían durante la cocción lo tenía tan fascinado que levantaba constantemente la tapa con cara de incredulidad. «¿Por qué precisamente cangrejos azules?», protestaba yo. Es muy violento comer cangrejos delante de alguien a quien acabas de conocer. Has de aplastarlos y hurgar en ellos para extraer la carne... No podía imaginarme escarbando dentro de un cangrejo delante de un desconocido. Pensé: «Por mucho que te guste alguien, ¿realmente tienes que comprar tantos cangrejos?». Se me hacía extraño ver a mi hermana cocinar, pero al mismo tiempo me sorprendía gratamente. Era la primera vez que la veía moverse en la cocina. Al principio, cuando se mudó a la ciudad, vivía en una pensión, y cuando se vino a vivir con nosotros, Myeong-seo y yo nos encargábamos de cocinar. Jamás pensé que ella lo haría, porque ya no esperaba nada de ella. Y sin embargo ahí estaba, haciendo sopa de platija y artemisa con artemisa que ella misma había limpiado y cortado.

—¿Estaba buena?

—No tengo ni idea. Nadie tuvo ocasión de probarla. Hasta en mi libreta el espacio de esa fecha está en blanco.

—¿Qué ocurrió?

—El novio de mi hermana nunca apareció —farfulló Mi-ru. Su voz sonaba grave, como si se hubiera sumergido en las profundidades del mar—. Fue muy extraño, porque llamó mientras mi hermana estaba cocinando los cangrejos. «No hace falta que traigas nada», la oí decir, por lo que supuse que él le había preguntado si quería que comprara algo por el camino. Debió de insistir, porque entonces mi hermana dijo: «Le gustan los lirios, pero compra solo uno...». La miré como diciendo: «¿Estás hablando de mí?», y ella aguzó la mirada. Por lo visto él ya sabía cómo llegar a nuestra casa, porque no le pidió indicaciones. No obstante, pasaron dos horas; los cangrejos se enfriaron y él seguía sin aparecer. Finalmente se hizo de noche. Mi hermana parecía tan preocupada que dije: «Ha debido de surgirle algo. Podemos cenar juntos otro día», pero ella masculló: «¿Otro día?». Luego añadió: «Ya sé que podemos cenar juntos otro día. No es la cena lo que me preocupa. Confiemos en que no le haya ocurrido nada». En ese momento no entendí por qué lo decía. Nos preguntó si queríamos empezar a cenar, pero no estábamos de humor. Mi hermana parecía demasiado preocupada para poder comer. Se levantó, fue hasta el teléfono e hizo varias llamadas breves. «Sí, sí, no, no...» Luego se calzó y salió disparada de casa. Emily la siguió hasta la puerta, pero mi hermana se marchó sin mirar atrás ni por un instante. Preocupado, Myeong-seo fue tras ella, y también yo. Mi hermana estaba actuando como si estuviera loca. Cuando llegamos abajo, la encontramos detenida en el bordillo de la calle principal. La calle estaba oscura y flanqueada de árboles. Bajó de la acera e hizo el gesto de cruzar a la carrera. Un autobús pasó rozándola y un taxi frenó en seco. El taxista sacó la cabeza y empezó a maldecirla. Myeong-seo corrió hasta mi hermana y la llevó hasta el bordillo, pero ella intentó cruzar de nuevo la calle. Nosotros la vigilábamos desde atrás. No quería escucharnos, pero estaba tan nerviosa que no podíamos dejarla sola. Pasó un buen rato. Le dije a Myeong-seo que deberíamos llevárnosla a casa, pero justo en ese momento mi hermana se metió en un taxi que acababa de detenerse en el bordillo y desapareció delante de nuestras narices. Nos quedamos mirando el lugar donde acababa de desvanecerse antes de retomar la cuesta. Era tarde. Myeong-seo tapó los cangrejos y guardó la comida que estaba dispuesta en la mesa. Dado que mi hermana había desaparecido, no teníamos ni ganas de probarla.

El teléfono volvió a sonar, ahogando el concierto, que había empezado otra vez. Calló y un instante después comenzó de nuevo. El teléfono me distrajo tanto que me perdí una parte de lo que Mi-ru estaba diciendo. Ella no reaccionaba al timbre. De hecho parecía tan ajena a él que no me atreví a preguntarle por qué no contestaba. El sonido del teléfono se fundió con el del piano, desapareció y volvió a fundirse.

—Mi hermana no regresó a casa ni esa noche ni al día siguiente. Fuimos a su universidad y entramos en todas las aulas donde creíamos que podría estar, pero no pudimos dar con ella. Apareció al cabo de dos días. Yo ignoraba dónde había estado y lo que había estado haciendo, pero estaba ojerosa. Tenía pinta de no haber dormido nada, porque tenía los ojos rojos. Le pregunté qué pasaba, pero ella se limitó a mirarme y cayó derrotada en la cama. Myeong-seo y yo tiramos a la basura el marisco que mi hermana había comprado en el mercado de pescado para comerlo con su novio. Los cangrejos se habían puesto malos y olían a mil demonios. Limpiamos y barrimos la cocina para deshacernos del olor. Cada vez que abría la puerta de su habitación, la encontraba dormida.

»Emily permanecía sentada junto a la almohada, velando su sueño con sus grandes ojos azules. De tanto en tanto enterraba la carita en el pelo de mi hermana. Myeong-seo mojó una toallita y le lavó la cara. Yo hice otro tanto y le lavé las manos y los pies. Estaba tan agotada que no se despertó ni un instante. Tras dormir profundamente durante unas doce horas, se despertó de golpe, como si alguien la hubiera sobresaltado, y se puso a hacer llamadas. Con cada conversación empalidecía un poco más. Finalmente colgó y hundió la cara en las manos antes de coger su bolsa. Le pregunté adónde iba, pero no me lo dijo. No podía dejarla marchar así. Le grité: “¿Qué hay de nosotros? ¿Qué se supone que debemos hacer sin ti? ¡Tienes que decirnos algo antes de irte!”. Era la primera vez desde el accidente en la casa de nuestra abuela que le gritaba. Se derrumbó en el suelo, como vencida, y me miró con sus ojos enrojecidos. “Mi-ru, ha desaparecido.” Al principio no entendí lo que quería decir. No podía entenderlo. Ojalá hubiera intuido lo que se avecinaba, aunque fuera solo un poco. De haberlo sospechado no la habría dejado marchar. “Tengo que encontrarle”, me dijo. Parecía tranquila, muy diferente de cuando había estado haciendo esas llamadas o cayendo al suelo delante de mí.

—...

—Me preguntó si podía enviarlo a la casa de nuestra abuela si lo encontraba. Era la primera vez que hablábamos de esa casa desde que éramos niñas. Le puse la llave en la palma de la mano. Yun... en aquel momento yo ignoraba por qué ese hombre al que no conocía había desaparecido, pero deseaba de corazón que pudiera estar tranquilo en casa de nuestra abuela. Si tenía que esconderse, quería que fuera allí. No sabía si era buena o mala persona ni lo que había hecho, pero mi hermana estaba tan agotada por su causa que deseaba que estuviera en un lugar al que ella pudiera ir a verlo. Nunca pensé que podría sentir algo así por alguien a quien no conocía. Seguí a mi hermana hasta la puerta y le pedí que me llamara una vez al día a una hora concreta. Me dijo que me llamaría a medianoche. Al principio mantuvo su promesa. Yo le preguntaba si todo iba bien y ella respondía con alegría que sí. Pero después de algunas preguntas su voz se apagaba. Empezó a espaciar las llamadas, de una cada tres días a una cada cinco, hasta que el teléfono dejó de sonar por completo. De tanto en tanto se presentaba en casa con un aspecto horrible, y dormía a pierna suelta hasta recuperar la energía. Luego cogía algo de dinero y se marchaba. A veces acariciaba a la gata con la mirada ausente, como si hubiera ido a verla a ella. Los días que volvía



a casa para recuperarse de su agotamiento parecían coincidir con los que recibía malas noticias sobre su novio desaparecido. Una vez descansaba, se ponía de repente a hablar de él. Contaba que el día que debía haber cenado con nosotros unos hombres se presentaron en su casa. A juzgar por la hora, debió de ser justo antes de que saliera para ir a la nuestra. «¿Quiénes eran y por qué se fue con ellos en lugar de venir aquí?» Me hacía preguntas que yo no podía responderle. Cada vez que mi hermana volvía a casa tenía peor aspecto que la vez anterior. «Alguien lo vio subirse a un taxi con esos hombres, del que luego saltó y huyó. ¿Qué ocurrió en el taxi que lo empujó a huir?», farfullaba para sí. Un día dijo: «Mi-ru, de niño lo llamaban Min-ho». Supongo que conocía a su familia. Creo que ella y su hermano mayor lo estaban buscando juntos. Parecía esperanzada y decía que probablemente su hermano conseguiría dar con él, y que se parecían mucho. «Mi-ru, siempre lo llamaba Min-ho.» Mi hermana no paraba de repetir su nombre, «Min-ho, Min-ho, Min-ho». Un día llegó a casa y contó que alguien lo había visto escapando por el bosque delante de un control, pero puso cara de decepción y afirmó que no era él. Luego dijo: «No, no, eso es bueno. ¿Qué haría escondiéndose en el bosque?». Yo podía intuir dónde había estado únicamente por las cosas que comentaba. Me explicó que alguien le había contado que lo habían visto debajo de un puente en el embalse de Cheongna, pero cuando fue allí no había una sola persona a la que poder interrogar. Otro día me preguntó, como hablando para sí, «Mi-ru, ¿por qué se subiría a ese tren?». Iba a casa, decía cosas que no entendía, dormía como un tronco y se marchaba. En cada ocasión recibía de ella la promesa incumplida de llamarme cada día. Me sentía tan impotente. Aunque eso le hacía torcer el gesto, lo único que podía decirle era: «¡Si no me prometes que me llamarás cada día, no te dejaré marchar!». Lo que descubrí de su búsqueda fue que un número incalculable de personas había desaparecido de manera repentina, como su novio. Mientras mi hermana lo buscaba, empecé a tomar conciencia de la enorme cantidad de gente que deambulaba buscando a seres queridos, amigos, compañeros de trabajo e hijos que habían desaparecido de repente. ¿Cómo había podido ocurrir algo así?

Mi-ru calló, como si estuviera debatiéndose entre seguir hablando o dejarlo estar. Parecía torturada por esas palabras que, como una espina gigante en la garganta, no podía tragar. Posé mi mano sobre la suya.

—No hace falta que sigas hablando si no puedes. Podemos continuar en otro momento.

—No, quiero hablar. Pero solo si a ti te parece bien.

Durante su breve pausa, el teléfono volvió a sonar.

—Una mañana recibí una llamada de mi hermana. Dijo que estaba en la calle y necesitaba un baño. Me pidió que me reuniera con ella en la casa de baños. Pensé que había vuelto a casa para quedarse. Le cogí una muda. Ropa interior, un cepillo de dientes, una toalla... y esta falda.

Retiró la mano y señaló la falda de florecitas que siempre llevaba puesta.

—¿Era de tu hermana?

—Sí. La llevaba siempre por casa. Cogí su cesta de aseo y fui a la casa de baños en la que tú y yo estuvimos la última vez. Cuando llegué ya estaba dentro. Nos bañamos juntas como cuando éramos niñas. Nos frotamos la espalda y nos enjuagamos la una a la otra. El rostro de mi hermana, que tan angustiado había estado desde la desaparición de su novio, parecía sereno. Pensé que a lo mejor lo había encontrado. Dijo: «Mi-ru...», y se ofreció a lavarme el pelo, algo que hacía a veces cuando éramos niñas. Me encantaba que me lavara el pelo. Se puso champú en la palma y me frotó suavemente el cuero cabelludo con los dedos. Retiró la espuma y me enjuagó el pelo hasta que el

agua cayó transparente. Luego me peinó, me hizo tirabuzones y los sujetó con pinzas. Me acarició la nuca y me preguntó cómo me iba en la universidad. Se me saltaron las lágrimas. Pensé que el hecho de que me preguntara por la universidad quería decir que había recuperado el juicio. Pasamos un buen rato en la casa de baños. Cuando entramos en el vestuario teníamos los dedos de los pies hinchados por el agua. Mi hermana me frotó con una toalla e incluso se entretuvo secándome el pelo. Luego me untó crema en la espalda. Se puso la muda que le había traído, pero cuando vio la falda dijo que se la pondría en casa. Yo pensé que sus tejanos estaban demasiado sucios para volver a ponérselos, pero no le di más vueltas. Salimos del baño público y mi hermana recogió su bolsa en la recepción. Era una mochila grande que no le había visto antes, de las que se usan para hacer camping o senderismo. Parecía pesada, así que le propuse que la lleváramos entre las dos. Dijo que pesaba menos de lo que parecía. Aunque no era ni mediodía, propuso que comiéramos algo, así que supuse que tenía hambre y la seguí sin rechistar. «Tú misma sugeriste en una ocasión que viniéramos aquí, ¿no es cierto?», dijo. Me llevó a un restaurante de sushi nuevo en la calle principal. A ella no le gustaba el sushi. En otras ocasiones había mencionado que tenía buena pinta, pero no me había llevado aún. Pedimos un plato combinado y unos *noodles udon*, y comimos sentadas frente a frente. Para mi sorpresa, parecía disfrutar de la comida, aunque no paraba de decir: «Nunca había comido esto». Tenía la frente cubierta de sudor y no dejó ni un trozo en el plato. Cuando terminamos, sacó de la mochila un sobre arrugado de color amarillo y me pidió que se lo guardara. Le pregunté si iba a volver y me dijo que tenía que devolver la mochila, que me adelantara, que ella llegaría más tarde. Parecía sincera. En la puerta del restaurante de sushi me dijo que me fuera a casa. «Prométeme que volverás», le pedí, y asintió. Mientras se alejaba rogué una vez más: «¿Me lo prometes?». Enseguida aseguró que sí. Luego me instó a que regresara a casa de una vez. Le dije que esperaría a que se subiera al taxi, pero insistió en que me fuera y me dio un pequeño empujón. Como no podía hacer nada, me di la vuelta para irme, pero justo en ese momento me llamó y me dio un abrazo. Olía al jabón que habíamos utilizado en la casa de baños. «Mi-ru, lo siento, lo siento.» Lo dijo dos veces. La tranquilicé. «No importa, siempre y cuando vuelvas a casa.» Me soltó y volvió a decirme que me fuera. «Hasta luego, *Unni*», le dije, y eché a andar. Miré atrás y descubrí que me estaba mirando. Se dio rápidamente la vuelta y se alejó. No sé qué me había hecho mirar atrás. Algo pasaba. Sentí que no debía dejarla ir así. Corrí tras ella. La vi cruzar la calle con esa pesada mochila y parar un taxi. Crucé a mi vez y me subí a otro taxi. Señalé al taxista el coche en el que iba mi hermana y le pedí que lo siguiera.

El teléfono que descansaba sobre la mesa, debajo de la cama, volvió a sonar. Esta vez Mi-ru dejó de hablar y escuchó el timbre. ¿Quién demonios podía estar llamándola tan insistentemente a esas horas de la noche?

—¿Puedes soportar escuchar un poco más, Yun?

—Continúa.

—Podrías lamentarlo. Saber de mí, quiero decir.

—No importa. Habla.

Mi-ru envolvió con sus manos marcadas la mía.

—Si te cuesta escucharlo, pídemle que me calle. Simplemente di: «Es suficiente». ¿Entendido?

—Sí...

—El taxi de mi hermana se dirigía a la universidad donde había estudiado su novio. El tráfico

en los alrededores de la universidad estaba parado. El semáforo estaba verde, pero los coches no avanzaban. Mi hermana bajó del taxi y yo hice lo mismo. La calle que conducía a la universidad estaba abarrotada de gente. Creo que había una concentración para protestar por la desaparición de su novio. Vi una pancarta con su nombre y su cara. Mi hermana se detuvo a mirar el retrato. Pensé que había ido para participar en la concentración, por lo que decidí regresar a casa. Todavía llevaba conmigo nuestras cestas de aseo. Pero en lugar de unirse al grupo, mi hermana cruzó la calle. Se detuvo delante de un edificio de diez plantas y estuvo un rato mirando hacia la azotea. Yo también levanté la vista, pensando que mi hermana había reparado en algo, pero no pude entender qué estaba mirando. «¿Qué está haciendo?», pensé, y volví a seguirla. Examinó todo el edificio con esa enorme mochila a la espalda y de repente desapareció de mi vista. Corrí con las cestas hasta el edificio y la busqué por todas partes. Era extraño. El edificio no tenía cafés ni restaurantes. Era la sede de una compañía telefónica. En el lugar por el que creía que había desaparecido había una escalera. Subí. Segunda planta, tercera planta, cuarta planta, finalmente novena y décima plantas. Por último, la azotea. Pensé: «¿Qué va a hacer mi hermana en la azotea del edificio de una empresa de telefonía?». Me disponía a dar media vuelta cuando la vislumbé por una grieta abierta en la puerta que daba a la azotea. Estaba frente a la barandilla, mirando la calle donde manifestantes y policías antidisturbios mantenían un tenso pulso. Parecía desesperada. Hasta ese momento yo seguía sin tener ni idea de lo que tramaba. ¿Cómo iba a saber que planeaba algo tan radical y espantoso? Miró a la gente concentrada abajo y dejó la mochila en el suelo. La abrió y se quedó unos instantes observando el contenido, como si estuviera armándose de valor. Incluso cuando sacó una botella blanca de plástico seguí mirándola sin tener la más mínima idea de lo que estaba haciendo. Retiró el tapón, la levantó y se roció de la cabeza a los pies con el contenido. «¿Qué hace?», me pregunté, y abrí la puerta de par en par. Justo entonces me llegó un olor aterrador. «No puede ser, no puede ser», pensé. El olor me hizo comprender al instante lo que mi hermana se disponía a hacer. Olía a gasolina. Corrí hacia ella intentando gritar, pero de mi garganta no salía sonido alguno. Mi lengua había perdido la sensibilidad y se agitaba en mi boca como si hubiera olvidado cómo se habla. Cuando finalmente conseguí aullar «*Unni, Unni*», se dio la vuelta. Estaba prácticamente blanca de miedo. El sol pegaba fuerte sobre nuestras cabezas... El ruido y los gritos de la calle parecieron detenerse de golpe, y se hizo el silencio. Era como si estuviéramos en una burbuja ella y yo solas. «¡Mi-ru, no te acerques más! ¡Vete de aquí! ¡Vuelve a casa!» Me rogó que me fuera, pero sin levantar la voz. «¡Vete! ¡Márchate de aquí! ¡Te lo ruego, Mi-ru, vete!» Me tapé los oídos y grité: «¿Te has vuelto loca? ¡Reacciona, por favor! No puedes hacerlo. Él no lo vale...». Nos miramos mientras los segundos pasaban, gritando «Por favor» y «No lo hagas». Incluso ahora me parece que esos segundos duraron una eternidad. Finalmente mi hermana no pudo aguardar más. Goteando gasolina, se inclinó sobre su mochila, rebuscó y sacó algo. Me abalancé sobre la mochila, pero me dio un empujón. Perdí el equilibrio y caí hacia atrás. Intentó encender el mechero, pero tenía las manos resbaladizas. Entonces sacó una caja de fósforos y encendió una cerilla. Grité y me arrojé sobre ella. En el instante en que la diminuta llama saltaba a su piel la agarré de las dos manos. Las llamas me abrasaron las palmas. Fue como si miles, cientos de miles de agujas candentes me las perforaran a la vez. Vi cómo el fuego atrapaba el borde de su camisa y enseguida le envolvía la cara y el pelo. La conmoción y el pánico me tenían paralizada. Solo recuerdo humo negro, el alboroto de la multitud, que finalmente había reparado en nosotras, gritos de angustia... Finalmente mi hermana logró soltarse... Saltó por

encima de la barandilla y vi su cuerpo suspendido en el aire. Tenía los brazos estirados hacia el cielo, como si estuviera suplicando. Caí al suelo, sintiendo como si me hubieran hundido clavos en las rodillas. No podía moverme. Creí oír un trueno y ver un relámpago que bajaba del cielo, pero era una alucinación. El cielo estaba completamente azul ese día. La gente subió corriendo a la azotea y me trasladaron al hospital.

---

Yun está mucho menos habladora desde que pasó la noche en casa de Mi-ru, pero me preguntó dónde estaba yo mientras la hermana de Mi-ru ardía hasta morir. Habíamos hecho sopa de *noodles* en su cocina y terminado de comerla, y estábamos acodados en la cornisa de cemento de la azotea, contemplando la torre Namsan, que se alzaba alta y luminosa en la distancia. De regreso a su casa después de clase, Yun me había preguntado si quería hacer sopa de *noodles*. «¿Quieres sopa?», le pregunté, y asintió. Era una sopa de *noodles* que le hacía a veces. La palmera, que mantenía sobre la mesa, había crecido bastante. Yun se sentó frente a la mesita plegable con la mano bajo el mentón y me observó mientras yo llenaba una olla con agua y la ponía al fuego. Cuando hacía esa sopa me acordaba de cuando vivía con Mi-ru y su hermana, Mi-rae. No obstante, una vez servida Yun apenas la probó. No paraba de trasladar *noodles* de su cuenco al mío. «Dijiste que querías *noodles*.» Pero con la voz apagada, replicó: «Ya no». Me comí casi todos sus *noodles* además de los míos. Esperé a que estuviéramos en la azotea contemplando las luces de la ciudad para preguntarme dónde estaba cuando la hermana de Mi-ru murió. El alma se me cayó a los pies. Por alguna estúpida razón, solté, «¿Lo sabías?». Dijo que no había caído en que la hermana de Mi-ru era esa tal Yun Mi-rae. Era la primera vez que le oía llamar a Mi-ru por su nombre de pila y no por su nombre completo. No fui capaz de preguntarle si también sabía que las cicatrices de las manos de Mi-ru se debían a que agarró a su hermana mientras esta ardía. Yun, sin embargo, pareció adivinarme el pensamiento, porque añadió que sabía lo que le había sucedido a las manos de Mi-ru. Entre nosotros se hizo un silencio profundo. Sentí que me faltaba la respiración y fui a cogerle la mano, pero la apartó. Fue en ese momento cuando comprendí que en el fondo había estado confiando en que no se hicieran amigas. Las luces de la ciudad titilaban en el rostro de Yun. Dijo: «¿Cómo pudo ocurrir algo así?». Su gesto se endureció, como si Mi-ru le hubiera transferido su dolor. ¿Cómo pudo ocurrir? Era una pregunta que me había hecho infinitas veces. En ocasiones, cuando estaba solo, gritaba de repente: «¿Por qué? ¿Cómo pudo ocurrir algo así?». El novio de Mi-rae, que desapareció la noche que debíamos cenar todos juntos, probablemente esté muerto. En el sobre que Mi-rae entregó a Mi-ru estaban los detalles de todo lo que había descubierto mientras lo buscaba. Debió de llegar a la conclusión, durante la búsqueda, de que nunca volvería. Tal vez hizo lo que hizo porque no tenía más opción que aceptar lo que había ocurrido. Escribió que en el momento en que debíamos estar cenando juntos, su novio cometió la estupidez de subirse a un tren con unos desconocidos que habían ido a buscarle a la universidad. Tras la muerte de su hermana, Mi-ru reanudó la búsqueda, y yo la ayudé. Fue así como yo también me enteré de que habían desaparecido innumerables personas. Los desaparecidos eran encontrados muertos en accidentes de tráfico o con la cabeza abierta por una caída o con el estómago inundado de agua en el embalse de fuera de la ciudad, donde nada se les había perdido. Yun dijo: «No sé qué decirle o qué hacer. Es una historia muy dolorosa, pero Mi-ru... Mi-ru». Pronunció su nombre dos veces y no volvió a abrir la boca hasta que me marché. Pasada la

medianoche, eché a andar calle abajo cuando Yun gritó mi nombre y corrió hacia mí. En cuanto me di la vuelta, se arrojó a mi cuello y me pidió que no me fuera. Podía notar la agitación de su pecho contra el mío. Caí en la cuenta de que estaba llorando porque el cuello de mi camisa se estaba humedeciendo. Permanecimos un buen rato inmóviles en mitad de la calle.

Mi-ru me preguntó: «Podríamos volver a vivir juntos como antes, ¿no crees? ¿Con Yun?». Era la primera vez que oía a Mi-ru llamar a Yun por su nombre de pila. Después de aquella noche, ya no eran la una para la otra Yun Mi-ru y Jeong Yun, sino simplemente Mi-ru y Yun. Por otro lado, mientras que Mi-ru mostraba un rostro más alegre, el de Yun estaba más serio. Le pregunté a Mi-ru si realmente quería que viviéramos los tres juntos. Dijo que sí. Le pregunté si Yun estaba de acuerdo, y respondió que estaba esperando su respuesta. Le pregunté de nuevo: «¿En esa casa?», y asintió. Entonces le dije: «Si prometes que no lo buscarás más, iré a vivir contigo». Mi-ru susurró el nombre de Yun. Me inquietaba lo que pudiera contestar. «Yun me ayudará a buscarlo.» Mantuvo la cabeza gacha y se mordió el labio, evitando mi mirada. Parecía que me estuviera preguntando si ya había olvidado a Mi-rae. Como si eso fuera posible. Durante todo el tiempo que estuvimos buscando a su novio yo ya sabía que estaba muerto. Mi-ru también debía de saberlo. Era imposible que no sintiera lo que yo sentía. Cuando su hermana se roció con gasolina y se prendió fuego, nos estaba culpando a todos de la sospechosa desaparición de su novio y su misteriosa muerte. Se transformó en llamas. El mero hecho de pensar en ella hacía que sintiera el cuerpo caliente, como si fuera yo el que ardía. Si siento eso sin haber estado allí, no quiero ni imaginar lo que sintió Mi-ru, que vio a su hermana arder hasta morir. Su hermana debe de arder como una llama eterna en la vida de Mi-ru. ¿Acaso Mi-rae no tenía otra salida? Mi rabia y resentimiento hacia ella no tenían límite. Aunque su desesperación me llegaba al fondo del alma, no hubiera debido hacer lo que hizo. Le pregunté a Mi-ru si quería que Yun sufriera como nosotros, pero simplemente dijo: «¿Qué quieres decir con “como nosotros”?». Le levanté la voz. «Mírame —le dije—. ¿Crees que somos normales? ¡Mírate! No estás haciendo nada para cuidarte.» No se lo estaba diciendo solo a ella, sino también a mí. Después de que su hermana ardiera, Mi-ru y yo no habíamos hecho nada por nosotros. De no ser por Yun, ¿qué habría sido de nosotros? Cuando pensaba en ello me sentía como atrapado en una cueva oscura.

El dolor que Mi-rae vivió mientras, día tras día, buscaba infructuosamente a su novio desaparecido, como si alguien la estuviera obligando, se está convirtiendo en mi dolor. Mientras lo buscaba debió de encontrarse con mucha gente que había desaparecido también, tal como nos ocurrió a Mi-ru y a mí después. ¿Por qué el novio de Mi-rae, que tenía que cenar con nosotros, que había planeado una retirada con los demás líderes de la organización a la que pertenecía, se subió de repente a un tren con unos desconocidos? Alguien dijo que lo vio en una isla, pero hasta Mi-ru sabía que la persona hallada allí era otro. Probablemente también Mi-rae fue a la isla. Por fuerza tenía que saber que no era él, pero quizá no podía quitarse de la cabeza la imagen del cadáver flotando en el mar, del hombre que había resbalado y se había partido el cráneo. Otras personas que desaparecieron fueron encontradas en una cuenca con plancton en los pulmones, riñones, bazo e incluso corazón e hígado.

Actualmente Fallingwater es el que nos guía en nuestros paseos en lugar de Yun. El día que

comenzamos nuestra excursión nocturna a la muralla con Fallingwater y el profesor, Yun llegó con un amigo. Me dijo que era un amigo de su pueblo, que había cogido el tren de la noche sin avisarle y que por eso había tenido que llevarlo. Se llamaba Dan. Dan escuchó en silencio cómo era presentado al grupo y luego nos saludó. «Ingresaré en el ejército dentro de una semana —dijo—, por eso he venido a ver a Yun.» Creo que Yun no sabía que iba a empezar el servicio militar. Lo miró con los ojos muy abiertos mientras nosotros decidíamos tomarle un poco el pelo.

—¿Tienes ya tu fusil?

—¿Mi fusil?

—Sí, tu M16. Un momento, ¿me estás diciendo que vas a ingresar en el ejército y que todavía no te has comprado el fusil?

—¿Debo hacerlo? —Dan estaba tan serio que hasta el profesor y Mi-ru rompieron a reír. Yun fue la única que no rió.

—Has de tener un fusil. Será mejor que te largues a comprarlo de inmediato. Conozco un lugar donde puedes adquirir uno. ¿Quieres indicaciones?

Los demás empezaron a sumarse a la broma añadiendo sus propias ocurrencias. Le dijeron el tipo de fusil que debía comprarse para ser bienvenido, a qué papelería podía ir para conseguir un fusil muy barato. Hasta el profesor le dijo que se metiera munición en la fiambarrera para el viaje. Se lo estaba tragando todo, mirándonos estupefacto, diciendo, «¿En serio? ¿En serio?». Pero cuando finalmente se dio cuenta de que bromeábamos, relajó la cara, rió y dijo: «Da igual, encontraré el fusil yo solo. ¡Firmes!».

Mientras caminábamos yo me volvía constantemente para mirar a Yun y Dan. También Mi-ru, que seguía al profesor. Parecía que Yun era la que hablaba y Dan el que escuchaba. Oí que le preguntaba: «¿Cómo vas a soportar la instrucción? ¿Y si te encuentras con arañas?». Parecía preocupada, pero ¿arañas? Me pregunté de qué estaba hablando, pero en ese momento bajó la voz. Me maravillaba que tuviera a alguien con quien poder hablar tan relajadamente. Y también me inquietaba.

## 8

### *Una barca pequeña*

Yun.

Pensaba que no iba a escribir a nadie hasta que saliera del ejército, pero aquí estoy, escribiéndote, así que imagino que fue una decisión absurda. En una hoja en blanco he escrito Jeong Yun, luego Yun, luego Jeong Yun y Yun otras diez veces. Justo ahora acabo de escribir de nuevo Yun, seguido de dos puntos, y me he quedado mirando tu nombre un buen rato. ¿Por qué no quería escribir? Es como si en lugar de ser un soldado hubiera estado luchando contra mi deseo de escribirte. En una carta que mi hermana me envió me contaba que le pediste mi dirección. Desde entonces he esperado cada día carta tuya. No una respuesta a una carta escrita por mí, sino una carta escrita por ti *motu proprio*.

A las personas de fuera del ejército las llamamos «civiles». En otras palabras, tú eres una civil y yo soy un soldado. Si hubiera decidido no escribir a nadie porque quería vivir completamente como un soldado, probablemente te reirías. Sin embargo, es cierto que mientras esté en el ejército solo quiero ser soldado. Porque he venido aquí para escapar. Quería olvidar mi parte civil, mi parte débil, y pasar mis días armado y endureciéndome con la disciplina y la instrucción. Fui a visitarte antes de ingresar en el ejército porque estaba decidido a no verte ni escribirte mientras estuviera aquí. Pero mi voluntad es débil.

Tardé casi un año en comprender que mis sentimientos hacia ti no son algo que mi voluntad controle. Tengo miedo de pedirte en esta carta que vengas a verme. En el caso de que escriba esas palabras, no lo hagas. De hecho, he prohibido a toda mi familia que venga a verme. No quiero ver civiles en este lugar. Hablo en serio. Cuando ingresé en el ejército y cuando tuve luego mi primer permiso «amenacé» tanto a mi madre como a mi hermana mayor. Les dije que si aparecían en el cuartel, me ausentaría sin permiso. Que prefería esmerarme en las prácticas de tiro, conseguir un permiso como recompensa e ir a verlas yo. No conseguí cumplir mi promesa. Me comí los pastelitos de arroz que trajo de su casa el tipo que obtuvo el permiso en mi lugar. ¿Te dan vacaciones por buena puntería? Te imagino riendo y diciéndome que no te tome el pelo. Yun, aquí me he encontrado a mí mismo. Soy un excelente tirador.

Yun.

Una vez más escribo tu nombre y me quedo mirándolo un rato. Pienso a menudo en tus amigos, a quienes conocí cuando fui a verte. Me alegró mucho ver que tienes amigos como esos a tu lado. Y nunca imaginé que llegaría a conocer en persona al profesor Yun, de quien solo sabía por sus libros. Me encantaba verlos a todos reunidos a su alrededor. Me pareció un hombre severo pero cálido. Os envidio por tenerlo de profesor. Tal vez la razón de que haya huido de la sociedad a este lugar sea que donde estaba no tenía amigos. Sentí que me sumaba a vuestro «vosotros» y me incluía en un «nosotros». Las horas que pasamos caminando con tus amigos por la muralla de tu ciudad fueron maravillosas. No espero a nadie, Yun, pero cómo me gustaría poder revivir la noche que acampamos con tus amigos en una tienda montada junto a la muralla pese a saber que era ilegal. Esa bella e inolvidable experiencia me ayudará hasta que abandone el ejército. También el tiempo que pasé en la casa, donde cené contigo, Mi-ru y Myeong-seo, me acompañará el resto de mi vida. ¿De quién era la guitarra? Las canciones que cantábamos juntos. Pensar que pasé varios días en una casa con gente a la que acababa de conocer. Pensar que fui capaz de hacerlo. ¿Cómo es que no vivía nadie en esa casa? Recuerdo la cara de Myeong-seo y Mi-ru al día siguiente, cuando vieron que habíamos arrancado los hierbajos del jardín. A veces me pregunto si realmente ocurrió todo eso. Aunque era la primera vez que estaba en esa casa, creo que podría volver a ella sin perderme una sola vez, lo que quiere decir que no fue un sueño. Estaba encantado de poder pasar ese tiempo contigo. No puedo creer que únicamente te lo esté diciendo ahora.

Me pregunto si Mi-ru sigue anotando todo lo que come. Le gustaba la broma de que si seguía caminando encorvada, de mayor tendría joroba. ¿Todavía camina así? Una noche, durante nuestra estancia en la casa, me levanté a buscar agua y eché un vistazo al diario de Mi-ru, que estaba sobre la mesa. Nunca he visto un diario igual. Aunque es comprensible. Nunca he conocido a nadie que se moleste en apuntar cada cosa que come. Esa noche, cuando hojeé las entradas de lo que una persona había ingerido cada día en cada comida, me sentí extraño. Al rato esas simples entradas empezaron a sonarme como poemas, como la lucha de alguien por demostrar que existe, como si gritara «Yo soy la comida que he comido y estoy comiendo...». De vez en cuando aparecía una entrada en la que se atiborraba de comida. Cada vez que tropezaba con una de esas entradas, me entristecía. También leí las partes entre las entradas en que los tres escribáis relatos conjuntos. Tenía la sensación de estar espiando vuestros días juntos como un trío del que no sabía nada. Mi-ru entró en la cocina y me pilló leyendo su diario. Fui yo el sorprendido, porque ella no le dio importancia. Hasta me preguntó, como si tal cosa: «¿Quién de nosotros escribe mejor?». Pero yo no estaba prestando atención a la calidad de la escritura mientras leía. Lo que me tenía maravillado era que tres plumas tan diferentes armonizaran tanto a la hora de narrar una historia. ¿Sería exagerado decir que, pese a escribir cosas distintas, había algo reconfortante en esos relatos encadenados? Cuando le dije a Mi-ru que quería dibujar su retrato en el margen de la hoja, me pidió que lo hiciera en otro momento, otro día que volviéramos a vernos todos. A veces pienso en esa promesa que nos hicimos en mitad de la noche, sentados a la mesa de esa casa abandonada. Ese día llegará. Algún día, cuando volvamos a vernos, añadiré dibujos a los márgenes de las historias que escribisteis los tres.

Yun.

¿Quién me iba a decir a mí que aparecerías en el área de espera del centro de instrucción con un libro de poemas de Emily Dickinson en la mano? Cuando me gritaste desde lejos «¡Dan!»,



pensé que estaba viendo visiones. Y no apareciste sola, sino con Myeong-seo, Mi-ru y hasta la gata Emily. Ahí estabais, delante de mis ojos, después de que yo hubiera acabado por agotarme y deprimirme de tanto insistir a mi madre y mi hermana en que no vinieran a verme. Detestaba que me vieran partir. No quería sacar la mano por una ventanilla o una puerta y decir adiós. Incluso esperaba a estar de regreso en los barracones para afeitarme la cabeza. Vosotros erais las primeras personas que me conocíais del exterior en verme con la cabeza rapada. Vergonzoso. Recuerdo la cara de Myeong-seo cuando os pregunté por qué habíais venido y exclamó: «¡Fue idea mía, Dan!». La cara de un *hyeong*, el hermano mayor de un hombre. Gracias también por traer a Emily y darme la oportunidad de tenerla en mis brazos, pues me había marchado sin haberla cogido una sola vez durante los días que pasé en esa casa. Me sentía mal por haberla evitado cada vez que se me acercaba. Era la primera vez que tenía un gato en los brazos. Estaba caliente. Todavía ahora recuerdo ese calor. De haber sabido que los gatos eran tan calientes y suaves, la habría tenido en mis brazos todo el tiempo que estuve allí. Lo lamento. Tú, insistiendo en que me quedara el poemario pese a decirte que no tenía permitido guardarlo en los barracones. Tú, diciéndome que lo escondiera. Ahora mismo lo tengo delante. Lo estoy utilizando para apoyar la hoja en la que te escribo. Cuando salga del ejército te contaré cómo conseguí conservarlo todo este tiempo. Será mi regalo para ti cuando me licencie del servicio militar.

Yun.

Tengo la sensación de que hace siglos que te regalé este libro. Me contaste que un chico de tu clase, al que llamaban Bici, se llevó el libro que te di y desapareció, pero que encontraste otro ejemplar. Estos poemas recuperados de Dickinson son mi patrono aquí. Siempre que añoro el *kimchi* casero o me asusto con una araña, abro mucho los ojos y recito este poema en alto, como si estuviera lanzando un conjuro:

*Que el amor es todo lo que hay,  
es cuanto sabemos del amor;  
con eso basta, la carga ha de ser  
proporcional a la alegría.*

Repito las palabras «con eso basta» dos o tres veces. Es la frase donde puedo sentir que mi aracnofobia se diluye. A partir de mañana haremos instrucción nocturna durante tres semanas. Espero estar a la altura.

Cuídate.

Del soldado DAN a la civil Yun

Dan me envió la primera carta un año después de ingresar en el ejército y ser seleccionado para las Fuerzas Especiales. Tenía más de cinco páginas. En ningún momento mencionaba que estaba en la unidad de Fuerzas Especiales. Alisé la carta y la dejé sobre la mesa. «Del soldado Dan a la civil Yun...» Me quedé un rato contemplando esas palabras. Luego cargué tinta en la pluma, saqué una libreta nueva y escribí «Dan» en el margen superior de la hoja.

Dan.

Dan bebé. Dan niño. Dan a los diecisiete años, a los dieciocho, a los diecinueve, Dan universitario, Dan soldado. Cuando telefoneé a su hermana para pedirle la dirección, me contó que lo habían destinado a una unidad de Fuerzas Especiales. «¿Fuerzas Especiales?» «Así es, Fuerzas Especiales...» Dijo que entrenaban a diario y sin descanso, que a veces tenía que sobrevivir varios días en las montañas únicamente con una cantimplora y una bayoneta. «¿Recuerdas que el día de las Fuerzas Armadas los soldados se lanzan en paracaídas en formación?», dijo. «Pues su unidad es una de esas.» «¿Por qué Dan?» Me explicó que tenía una constitución idónea para las Fuerzas Especiales. «Pero imagino que los someterán a pruebas de aptitud, ¿verdad?» Acribillé a su hermana a preguntas, pero no sirvió de nada. Volví a escribir «Dan» en mi libreta. Después de que su hermana me contara lo de las Fuerzas Especiales, no podía relacionar las cosas que hacían —como tirarse de un avión en paracaídas— con Dan. ¿Cómo logró sobrevivir solo en las montañas durante varios días? Entre las palabras «civil» y «soldado» se abría una brecha que me impedía imaginar a Dan en marchas prolongadas y de maniobras en el mar. Las unidades especiales pasaban tantos días en las montañas que, terminada la misión, la mera mención de la palabra «montaña» debía de producirles escalofríos. Pensar que allí era donde estaba Dan. ¿Dan el aracnofóbico había logrado entrar en las Fuerzas Especiales y tenía que sobrevivir varios días solo en las montañas? ¿Y si atravesaba un arbusto y una tela de araña le rozaba la frente? Ni siquiera después de conseguir su dirección fui capaz de imaginar por lo que debía de estar pasando, y no hacía otra cosa que empezar cartas y dejarlas a la mitad. Fue entonces cuando recibí la suya.

Dan.

Recibí tu carta. Espero que las tres semanas de instrucción nocturna fueran bien.

No sabiendo cómo continuar, cerré la libreta. ¿Cuántas veces necesitó Dan recitar a Dickinson para vencer su pánico a las arañas durante esa instrucción de tres semanas? Fui a devolver su escrito al cajón, pero me detuve y contemplé las otras cartas apiladas dentro. Las saqué y las dejé sobre la mesa. También había postales. Y pensar que durante todo el tiempo que estuvo enviándome esas cartas no le contesté ni una vez. Entre las cartas había una hoja que atrajo mi atención.

Empezar a leer otra vez

Anotar, junto con sus definiciones, las palabras nuevas con las que tropiezo cuando leo y elaborar un diccionario personal

Memorizar un poema por semana

No visitar la tumba de mamá antes del Chuseok

Pasear por la ciudad un mínimo de dos horas al día

La primera vez que Myeong-seo y Mi-ru vinieron a mi habitación les hice esperar fuera mientras descolgaba esa hoja de la pared. Debió de mezclarse con las cartas de Dan. La alisé y coloqué las cartas encima.

La imagen de Dan en el área de espera apareció frente a mí. Habíamos llegado al centro de

instrucción dos horas antes y estábamos aguardándole. Como no habíamos pedido cita, pensábamos que a lo mejor habría demasiada gente y no podríamos verlo. Había unas pocas personas esperando, pero no tardaron en sumarse muchas más, la mayoría amigos de los nuevos reclutas, así que si no hubiéramos estado en un centro de instrucción, habríamos dado la impresión de estar esperando, expectantes, el comienzo de un espectáculo. Yo no fui la primera en divisar a Dan, fue Myeong-seo. Mientras yo miraba por encima de las cabezas, me dio un golpecito en el hombro y señaló a Dan, que avanzaba hacia nosotros. También fue el primero en gritar su nombre. Parecía tan diferente con la cabeza afeitada que solo me atreví a mirarlo un instante hasta que lo tuvimos justo enfrente. Dan, sorprendido de vernos allí, exclamó: «¡Oh!». Iba tan rapado que la piel de la cabeza parecía que estuviera azul. También la del mentón. Me observó unos instantes y luego cogió la gata de los brazos de Mi-ru. Mientras mecía a Emily nos observó detenidamente. Supongo que las despedidas nos hacen tender la mano a quienes normalmente no se la tenderíamos. Y quizá prestar más atención a quienes no pueden corresponder lo bastante a nuestros sentimientos. Aunque Dan se había mostrado distante con la gata cuando estuvo con nosotros en la casa abandonada, ahora parecía que hubiera sido siempre suya.

Acariciaba a Emily detrás de las orejas sin decir palabra, incluso en la cafetería, que tardamos una eternidad en encontrar, e incluso cuando le tendí el poemario y le dije que lo escondiera en algún sitio. Tras devolver a Emily a Mi-ru, regresó al centro de instrucción sin mirar atrás. ¡Date la vuelta, solo una vez! Mientras lo veía alejarse me descubrí repitiendo ese conjuro. «Qué frialdad —farfulló Myeong-seo—, no se ha girado ni una vez.» Eché a correr. Dan estaba caminando al frente de la multitud de cráneos azulados cuando lo detuve.

—Te escribiré —le dije.

—...

—Y vendré a verte.

—Tranquila, estoy bien —dijo, y sonrió.

Más tarde, sentada en el lavabo de un área de descanso de regreso a la ciudad, la imagen de Dan desapareciendo entre la multitud sin mirar atrás afloró frente a mis ojos. Me apresuré a cerrarlos. De vuelta en el autobús pensé en aquella noche en que un tren pasó traqueteando frente a nosotros, y cerré los ojos con más fuerza aún.

Leía todas sus cartas conforme llegaban a mis manos.

Yun.

Tengo una dirección nueva. Esta carta que te escribo ahora no será enviada a través del servicio postal del ejército. Le he pedido a un amigo mío del Cuerpo de Defensa Civil que te la envíe desde la oficina de correos del pueblo. Así puedo escribirte sin preocuparme por los censores.

Me han ocurrido muchas cosas. Las Fuerzas Especiales son tremendamente duras. La instrucción es terrible, pero la vida en los barracones es aún peor. Aunque son muy estrictos con los rangos, una pandilla de tíos que habían pertenecido a bandas antes de ingresar en el ejército empiezan una pelea a la más mínima provocación. En la sala de los soldados vuelan las palas de campaña, y en mitad de la retreta nocturna dan patadas al soldado que tienen al lado para derribarlo. Una o dos veces por semana nos reúnen para recordarnos que salirse así de la fila va en contra del reglamento. Nos despiertan en mitad de la noche para obligarnos a inclinarnos en

calzoncillos y, con las manos en la espalda, sostenernos sobre la coronilla y los dedos de los pies todo el tiempo que podamos. Los sargentos pegan a los cabos, los cabos a los soldados rasos de primera, los soldados rasos de primera a los soldados rasos de segunda, y estos a todos los demás. Exceptuando los castigos de resistencia física, oficialmente las palizas están prohibidas, pero nos las propinan a escondidas y las justifican como una forma de mantener la disciplina militar. Los reclutas veteranos que son amables no son capaces de pegarnos, así que primero se emborrachan y luego nos pegan.

Un día nos reunieron a medianoche, pero la porra que trajeron se rompió y fueron a buscar el mango de un pico. En uno de los golpes el mango aterrizó en la parte baja de mi espalda en lugar del trasero. El dolor fue tal que pensé que iba a morir. Solté un alarido y caí al suelo, pero los reclutas veteranos me llamaron llorica y me molieron a patadas. En ese momento pensé de verdad que iba a morir. Cuando volví en mí, estaba en la enfermería. Mientras el médico me examinaba la columna le oí chasquear la lengua y decir: «¡Desgraciados!». Si lo sucedido llegaba a los de arriba, todos, incluido el oficial al mando, tendrían que pagar un alto precio, y algunos soldados hasta serían arrojados al calabozo. El sargento primero se encargó de eximirme de futuras maniobras y me inscribió en una clínica fuera del complejo para recibir acupuntura. Un soldado de mi mismo rango me llevaba cada día cargado sobre su espalda. Tras un largo mes de tratamiento, cuando ya podía manejarme sin ayuda, el sargento primero me dijo que no daba el perfil para las Fuerzas Especiales y me envió temporalmente a esta base. No es mucho mejor, pero comparada con la otra podría decirse que estoy de vacaciones.

Estoy destinado en la costa oeste, cerca de la primera línea, en el servicio de guardacostas. Duermo de día en el barracón, me despierto a media tarde y al anochecer me destinan a uno de los puestos de observación repartidos por la playa. Permanezco despierto toda la noche con el mar delante y una alambrada detrás. Puesto que no hago la instrucción de la unidad de Fuerzas Especiales, es menos cansado. Pero estar destinado en la costa tiene la contrapartida de que no recibes permisos. Ni te conceden pases de una noche. En este exilio remoto, apunto con mi fusil a un enemigo desconocido que podría invadirnos en cualquier momento.

Creo que antes de ingresar en el ejército albergaba ciertas ideas e impresiones equivocadas acerca de la vida militar. Supongo que esperaba que formara parte de una organización, por exigente que fuera físicamente, me ayudaría a salir de mi apatía. Pero el primer día de instrucción me di cuenta de lo equivocado que estaba. El sargento instructor y demás oficiales no hacían otra cosa que darme órdenes y empujones, lo que me confirmó sin lugar a dudas lo absurdo de mi suposición. Los gritos de los oficiales tratándonos a los reclutas como animales todavía resuenan en mis oídos: «Hay soldados y hay seres humanos. ¡Vosotros no sois seres humanos!». Instrucción para el combate individual, unas veces corriendo y otras arrastrándonos desde la retaguardia hasta la línea de fuego. Primero estaba perplejo, luego furioso, y mi rabia no tardó en igualar a mi resignación, depresión y desencanto. Después de sufrir el frío, la falta de sueño y el hambre de recluta novato, y de pasar por otro tanto en las Fuerzas Especiales, sobreviví a mis días de conscripto y empecé a sentir de verdad que no era un ser humano. Jamás imaginé que iba a sentirme tan perdido aquí como en la universidad, donde tenía que esforzarme por encajar. Puedo soportar la tiranía de los soldados veteranos y el agotamiento físico, pero comprender que la creencia de que yo soy yo, que la idea de que valgo algo no es más que polvo, no es más que aire

carente de sustancia, me produce un dolor amargo que me roe las entrañas. Aquí, en el ejército, estoy aprendiendo una vez más que los seres humanos no son más que ratas en un laberinto sin salida, corriendo eternamente en círculo. Tal vez por eso sentía lo que sentía. Cada vez que hacía guardia en la oscuridad de la noche y me enfrentaba a la marisma desértica iluminada por los reflectores, o al mar agazapado detrás, sentía que me estaba enfrentando a mi propia oscuridad interior.

Rostros flotando en mi mente como salvavidas. Rostros contentos que brillan como estrellas, voces afectuosas, sonrisas alegres, a veces alguna cara malhumorada... Cada vez que esa gélida brisa marina arremete, pronuncio uno a uno los nombres de mis seres queridos ausentes como si recitara un padre nuestro.

Yun.

Cuando llego a mi puesto de observación, en torno a las seis de la tarde, y dispongo los fusiles alrededor del búnker, aún falta un rato para que el sol se ponga. Utilizo ese tiempo para anotar algunos de mis pensamientos y escribirte, y dibujar a lápiz bosquejos del mar y las montañas. Un soldado de mi misma formación se sienta a unos metros de mí y fuma. Ese rato, cuando no hay oficiales ni soldados de rango superior de los que preocuparse, me pertenece por completo. Creo que esos momentos, cuando estoy rodeado de olas y viento y escribiendo, son los más dichosos que me son concedidos actualmente.

Hace unos días, al amanecer, justo antes de terminar nuestro turno y abandonar la costa, recogimos con palas la paja que se había desparramado por el suelo del búnker durante el invierno y la quemamos. Al otro lado de las dunas, en la marea baja, divisé a unos pescadores con sus esposas camino del trabajo. Al principio la paja descolorida se resistía a arder, pero finalmente prendió y el aire se llenó de un humo acre. Estuve un rato contemplando las llamas en compañía de otros cinco o seis soldados. En un instante se desmoronaron y convirtieron en ceniza, y sentí que el muro que reclamaba su espacio en mi interior también se desmoronaba lentamente.

Esta mañana me desperté tarde y vi que fuera lloviznaba y había niebla. Salí y estuve un rato disfrutando de la dulce sensación de las finas gotas de lluvia acariciándome la piel. Por la tarde la niebla seguía siendo tan densa que el horizonte marino apenas era una línea tenue entre los pinos. El mar y el cielo se hundían detrás de un gris deprimente. No tenía nada que hacer ni nada que leer, así que estuve todo el día pensando en ti. ¿Me pongo tan sentimental cada vez que llueve porque psicológicamente sigo estancado en la pubertad? En la universidad, cuando llovía me dedicaba a vagar por el centro de la ciudad. Frecuentaba un café con un disc-jockey que aceptaba peticiones. Entraba calado hasta los huesos y le pedía una canción lenta y tranquila, como *Seems So Long Ago, Nancy* de Leonard Cohen o *Old Records Never Die* de Ian Hunter o *Private Investigation* de Dire Straits. Ahora todo eso no es más que un recuerdo lejano. Había otra canción que escuchaba a menudo. No recuerdo el nombre del intérprete, pero se titula *Time in a Bottle*. Yun, cómo me gustaría poder guardar tiempo en una botella e ir sacándolo a medida que lo necesitara.

Anoche estaba patrullando la frontera cuando el comandante del batallón se acercó con su

todoterreno. Por suerte no estaba dormitando, por lo que pude cuadrarme como es debido. Inspeccionó el lugar, me obsequió con algunas palabras de ánimo y cuando se disponía a regresar al todoterreno se volvió bruscamente y me preguntó: «¿Tiene novia, cabo?». En el ejército existe la norma tácita de que si un oficial o alguien que lleva en el servicio más tiempo que tú te pregunta si tienes novia, tienes que responder que sí, la tengas o no. Visualicé tu cara y dije: «¡Sí, señor! ¡La tengo, señor!». A continuación el comandante me preguntó: «¿Cree que puede confiar en ella estando tan separados?». Vacilé y luego ladré: «¡Señor, mi novia me esperará!». Se me quedó mirando como si fuera a decir algo, pero finalmente me llamó idiota y se subió al todoterreno. Observé las luces traseras del vehículo perderse en la oscuridad y pensé en lo que había dicho el comandante. ¿Por qué me había preguntado algo tan cursi e infantil y llamado luego idiota? ¿Le salió mientras estaba intentando pensar en algo reconfortante que decirme? De una cosa estoy seguro, y es que nuestra breve conversación en la oscuridad mostró lo que soy realmente: un idiota.

Ayer uno de los tíos de cocina atrapó cuatro serpientes cerca de nuestra unidad. Dichas serpientes, llamadas *mamushi* de roca o serpiente de rayas rojas, tienen un veneno amarillo en la cola. Explicaron que en verano se colaban en los barracones. ¿Te imaginas levantar la manta y ver salir una serpiente? Cuando regresé de la playa esa mañana, me contaron que el jefe de sección y otros veteranos habían asado las serpientes y se las habían comido con *soju*. No me dio asco. He hecho cosas peores en las Fuerzas Especiales. Si te contara de lo que es capaz una persona para sobrevivir en las montañas probablemente no querrías volver a verme. Gente comiendo serpientes que seguían retorciéndose después de arrancarles la piel como si fuera un calcetín y extraerles las vísceras... He visto y hecho tantas cosas desde que ingresé en el ejército...

Siempre que miro el océano con gafas de visión nocturna me siento como un animal noctámbulo. Fusil resbaladizo. Fragmentos de agua rota saltando en todas direcciones. Incluso ahora sueño que marchó y marchó en formación en el campo de instrucción hasta que alguien grita: «¡Firmes!», y me despierto.

Comparada con la desolación de la noche, la playa que contemplo de día es muy bonita. Ayer el pelotón al completo nos desvestimos hasta quedarnos en los calzoncillos que proporciona el Gobierno, marchamos a paso ligero hasta la playa y nos metimos en el mar. El agua estaba helada al principio, pero después de gritar y chocar unos con otros, casi parecía templada. Me dije que a lo mejor, si las cosas seguían así una temporada más, también yo podría convertirme en un ser simple que encajara en el perfil de soldado o recluta y podría regresar a la sociedad. Ya no me asalta esa angustia indescriptible que sentía al principio. Me encanta recitar el verso facilón «¡Si la vida te decepciona a veces, no te enfades ni entristezcas!» mientras me digo que tal vez no sea la vida la que me decepciona a mí, sino yo a la vida.

Yun.

Hoy el cielo está cubierto. Traje un chubasquero por si llovía y subí con mi libreta a lo alto del risco para patrullar la línea de alto el fuego. Para cuando llegué arriba tenía la cara roja y caliente. Me senté en el borde del acantilado y contemplé el mar opaco. Dibujé una barca que había a lo lejos que parecía estar trazando una línea en el agua con su estela. Me gusta el dibujo,

por eso te lo envío.

Tras ser despachado de las Fuerzas Especiales y enviado a la patrulla fronteriza de la costa, Dan parecía hacer más llevadero su tiempo allí escribiéndome cartas. Recibí una donde me pedía que fuera a verle. Había cambiado tanto. Miré un largo rato la carta donde la persona que se había resistido a recibir correspondencia y visitas ahora me pedía que fuera a verla. Daba la impresión de que se sintiera solo, cansado, en una lucha constante. Eso fue lo que sentí.

Yun.

Últimamente el ejército se halla en alerta permanente, de modo que estamos todos bajo mucha presión. Por lo menos una vez al día recibimos la orden de aumentar la vigilancia. Todo el mundo menos el comandante de la compañía está muy nervioso con la preparación para la exhaustiva inspección militar del mes que viene. En un principio nuestra compañía tenía que abandonar la costa y unirse a la fuerza principal al tiempo que enviaban una compañía de reemplazo, pero no han parado de retrasar ese día. Como resultado de ello, no hemos tenido un solo día libre.

Yun.

¿Hay alguna posibilidad de que vengas a verme un día de la semana que viene? Como tenemos que desplazarnos cada noche a nuestros puestos de observación en la playa, no podemos tener visitas oficiales, pero si pudieras venir intentaría eludir mis obligaciones ese día. Tendré que arrastrarme ante un tipo más joven que yo pero más veterano. Estaría dispuesto a hacerlo si eso significa ver tu cara aunque solo sea unos segundos. Las montañas se alzan oscuras detrás de mí, y delante la superficie del agua fulgura como escamas bajo la luna. Llevo un fusil cargado, vigilo la noche y pienso en ti.

La noche en que fui a ver a Dan vino a mi mente clara como el día. Descansé la cabeza en la mesa. Había estado varios días debatiéndome entre si ir o no. Como no quería que le viera con la cabeza rapada, no se había puesto en contacto conmigo ni una sola vez durante sus permisos. Para ir desde la ciudad hasta el destino de Dan tenía que tomar un tren y dos autobuses interurbanos. En la última parada conocí a un soldado de defensa civil que se dirigía a su turno de noche en la unidad de la costa donde Dan estaba patrullando. Dan salió corriendo a recibirme con su casco y su fusil al hombro, granadas de mano y una bayoneta.

Armado hasta los dientes, Dan y yo caminamos sobre las piñas secas por un sendero del bosque. Estábamos solos. Descendimos por un camino que bordeaba el acantilado y seguimos la línea de la costa. Caminamos un buen rato por esa senda oscura. No tenía ni idea de dónde nos encontrábamos. Parecía que nos alejábamos del mar, porque el sonido de las olas era cada vez más débil. Las estrellas nos miraban trémulas, como si fueran a precipitarse en cualquier momento. Dan andaba en silencio. Yo también. Se me hacía muy extraño ver a Dan vestido como si fuera a entrar en combate en cualquier momento. No se me ocurría nada que decirle a ese Dan que ya no era el Dan original que yo conocía, sino el Dan soldado sin nombre y con uniforme de combate caqui. Pese a todo el tiempo que llevábamos caminando, no nos habíamos cruzado con nadie. De repente, me preguntó si quería escuchar una historia de miedo.

—Verte armado así ya es bastante aterrador —dije.

Se rió.

—He abandonado mi puesto.

—¿Qué quieres decir?

—Si descubren que estoy contigo, me harán un consejo de guerra.

—¿Tan grave es?

Dan rió al oír el tono serio de mi voz.

—No te preocupes. Cuando llevas tanto tiempo de servicio en la costa, te das cuenta de que todo el mundo se lo monta como puede para ver a sus familiares y novias. Todos hacemos la vista gorda. Es probable que el comandante y el sargento primero de la compañía lo sepan. Nadie me creyó cuando les dije que tenía novia, así que hicieron una apuesta.

—¿Sobre mí?

—Lo siento.

—¿Qué apostaron?

—Dijeron que si aparecías, me dejarían pasar la noche fuera.

—Es demasiado peligroso. No quiero que hagas nada malo por mí.

—¿Malo? ¿De qué estás hablando? En estos momentos soy muy feliz. No puedo creer que estés aquí conmigo.

Estaba nerviosa, pero hablar con Dan me tranquilizaba.

—¿De qué va la historia de miedo? ¿De más arañas?

—Las arañas ya no me asustan.

Ese no era el Dan que se había puesto una linterna en la cabeza para acompañarme a la tumba de mi madre, el Dan que había temblado de miedo ante la posibilidad de pisar una araña. Me dijo que su terror a las arañas había desaparecido durante su período de instrucción en las Fuerzas Especiales. Me explicó que después de tanto escalar, arrastrarse, saltar y correr cada día por las montañas, acabó cogiendo las arañas con las manos.

—¿En serio? ¡Eso significa que ingresar en el ejército te ha servido de algo!

Su risa me sonó falsa.

—Cuéntame la historia de miedo.

Señaló un punto en la oscuridad. Hacia el rumor del oleaje.

—Allí abajo, entre los búnkeres, hay una caseta de vigilancia donde los soldados se turnan para dormir durante la patrulla. Dicen que un soldado se enamoró de una chica de uno de los pueblos vecinos. La chica venía de vez en cuando y pasaba la noche con él en la caseta. En cada ocasión le traía una olla de ramen. Una vez que el tipo hubo terminado el servicio militar, se marchó sin darle su número de teléfono ni despedirse siquiera. La muchacha estaba tan triste que se ahorcó en la caseta donde habían dormido juntos. Por lo visto estaba embarazada de varios meses. Con el tiempo empezaron a circular rumores. Cada vez que un recién llegado dormía en la caseta, soñaba que una bonita joven abría la puerta, sonreía y entraba portando una bandeja con una olla caliente...

—¿Y?

—El soldado abría la tapa y encontraba ramen. Ramen rojo hervido en sangre.

Solté un chillido y me agarré a su brazo.

—¿Es cierto? —pregunté—. ¿Tú también la has visto?

—No hay nada que ver. Es solo una leyenda que circula por nuestra unidad. La leyenda del fantasma del ramen rojo... Probablemente los soldados se la inventaron para contársela a sus



novias cuando vienen a verlos. Las chicas se asustan, como tú, y se agarran a su brazo o se les lanzan al cuello.

—¿Qué?

Así que Dan me había contado la historia para obtener de mí esa reacción. Intenté quitarme su brazo de los hombros, pero me estrechó con más fuerza y dijo:

—¡Qué alegría que estés aquí!

Escuchando el rumor del oleaje que viajaba hasta nosotros, dejamos atrás un maizal y caminamos en fila entre dos campos de pimienta hasta divisar una casa. No hubiéramos podido caminar durante toda la noche. Debía de haber muchos visitantes en la base que se quedaban a pasar la noche, porque la mujer de la casa nos condujo a un cuartito con un porche que hacía esquina. Dan le preguntó si tenía algo de comer y la mujer, sorprendida de que no hubiéramos cenado aún, nos pidió que esperáramos un momento. Regresó con una bandeja con rodajas de calabaza frita, berenjena cocida al vapor y sazonada, *kimchi*, arroz y sopa, y la dejó en el porche. Cuando se disponía a regresar a la cocina Dan le preguntó si tenía *soju*. Dijo que no, pero que podíamos terminarnos la botella que había empezado su marido. Dan le dio las gracias. La mujer volvió un instante después con una botella de *soju* medio vacía, dos vasos pequeños y un platito de tofu frito. Le sugirió a Dan que se quitara el casco y el fusil. «Vas a asustar a tu novia», bromeó, y me miró riendo. Nos dijo que la habitación se calentaría en un momento y se marchó. Cenamos en el porche. Los platos eran viejos, pero la berenjena desprendía un olor delicioso y aromático, como si acabara de sazonarla con aceite de sésamo. Dan se sirvió un vaso de *soju* y me miró. Mientras le indicaba con la cabeza que no quería nada de beber, atisbé una telaraña en el techo del porche.

—¡Una araña!

Dan alzó la vista, se levantó y caminó hasta la araña. La cogió con los dedos mientras trepaba por la tela, temblando bajo la luz, y la arrojó al jardín.

—Ya no me dan miedo.

Volvió a sentarse delante de la comida y bebió *soju*. Inspeccionó el *kimchi* y el tofu, pero no los tocó. Yo comí unos cuantos trozos de berenjena y dejé los palillos en el plato. Tenía hambre, pero no podía comer nada más. Mientras Dan bebía, observé sus botas de combate y mis zapatillas de deporte, que descansaban en el porche, y sin pensarlo estiré los pies y los metí en las botas. Me iban grandes. Ahora que mis pies estaban dentro de las botas, me entraron ganas de caminar, así que bajé del porche y eché a andar torpemente. Cuando Dan me vio, soltó una carcajada. «¿Por qué demonios te has puesto esas botas tan pesadas?» Me las quité y abrí la puerta de la habitación. En el suelo de linóleo amarillo había dos mantas y una almohada plana. El vaivén de las olas se colaba por la ventana. Para cuando entramos en el cuarto, desplegamos las mantas y nos acostamos, probablemente era más de medianoche. El casco de Dan estaba junto a la cama. Dan se tumbó con el uniforme y yo con mi ropa de calle. De niños íbamos el uno a casa del otro y nos quedábamos dormidos mientras jugábamos. Su hermana o mi madre venían a buscarnos y nos llevaban a casa a caballito. El sonido del oleaje llegaba hasta mis oídos.

—El mar debe de estar justo al otro lado de la ventana —dije.

—No tanto el mar como la costa. ¿Cómo están Mi-ru y Myeong-seo? ¿Les va bien?

—Mi-ru ha reemprendido la búsqueda de ese hombre que desapareció y Myeong-seo se pasa la vida en la catedral de Myeongdong protestando contra el gobierno.

—¿A quién busca Mi-ru?

¿Qué se suponía que debía contarle? Aunque yo misma había sacado el tema, con lo triste que ya parecía no tenía valor de contarle esa historia.

—¿Te acuerdas de la casa donde pasamos unos días los cuatro juntos? Los padres de Mi-ru la han vendido.

—Entonces ¿ya no podremos volver?

—No... Ya no es su casa.

Destrozada por la pérdida de la casa, Mi-ru había reemprendido la búsqueda del novio de su hermana. Aparecía inesperadamente, decepcionada y cansada, se quedaba unos días y volvía a marcharse. Fui a su casa para pedirle que me acompañara a ver a Dan, pero ya se había ido.

—Y tú, ¿cómo estás? —Finalmente le preguntaba por su vida.

—Me siento como si estuviera atrapado en una telaraña.

—Pensaba que las arañas ya no te daban miedo.

—Y no me lo dan... Las arañas que viven en las montañas. Pero creo que he encontrado una araña mucho más grande.

El tono de su voz era triste. Noté que avanzaba hacia mí, y de pronto su rostro estaba justo encima del mío.

—Odio el sonido de los fusiles. Y el contacto del gatillo en mi dedo.

El olor del *soju* que había bebido invadió mi nariz. Me miró fijamente a los ojos. Los suyos, que encontré indescifrables, titubearon un instante, luego sus labios se posaron en los míos. Su uniforme se apretó contra mi ropa de civil y su mano avanzó por debajo de mi blusa hasta posarse en mi pecho. Cuando noté que su respiración se aceleraba, lo aparté de un empujón. Pude sentir la fuerza de sus manos cuando me agarró por las muñecas.

—Dan...

—...

—No lo hagas.

Cada vez que lo apartaba regresaba. Sacudí las manos y al rozarle la cara noté sus lágrimas calientes. Volvió a apretar sus labios contra los míos e intentó desabrocharme la blusa.

—Eres la única salida que me queda —dijo.

Cuando quise darme cuenta me había subido la blusa hasta el pecho y estaba intentando bajarme la cremallera del pantalón. Sobresaltada, me retorcí, pero se me subió encima y me inmovilizó. No sé si era por las lágrimas que notaba en las yemas de mis dedos, pero el caso es que me desconcerté y sentí que me quedaba sin energía. Comprendí que todo el tiempo que había estado debatiéndome sobre qué hacer con respecto a la carta donde Dan me pedía que viniera a verle, en el fondo había sabido que esto iba a suceder. «No me quieres», dijo Dan, como resignado, y se apartó. «Es por él, ¿no es cierto?», me preguntó. Pensé que sabía de quién estaba hablando.

Avergonzados por lo sucedido, ninguno de los dos pegó ojo en toda la noche. Busqué a tientas la mano de Dan, pero no reaccionó. En un momento dado empezó a llover. Si hubiera podido contar las gotas, habría sabido la cantidad exacta de lluvia que caía. Al día siguiente, mientras doblábamos cuidadosamente las mantas, nos miramos. Dan tenía los ojos rojos, como si se le hubieran reventado los capilares. Salimos de la casa y regresamos por el mismo camino que habíamos tomado la noche previa. Me embargaba una tristeza indescriptible. Pisoteando las piñas,

ahora empapadas por la lluvia caída durante la noche, avanzamos por el sendero desierto del bosque y nos detuvimos en el borde del acantilado para contemplar el mar. El oleaje mecía las barcazas bajo el sol deslumbrante que acababa de elevarse sobre el horizonte. El sol parecía brillar con más fuerza de lo normal, quizá debido a la lluvia que había caído. Esparcidos por la playa había maderos y redes de pescar, y un tractor sorteándolos. «¿Qué hacía un tractor en las marismas?» Era una escena insólita para mí, pues estaba más acostumbrada a ver a los agricultores trabajando entre los arrozales. Con cada golpe de viento ondas de agua acariciaban los bancos de arena, una detrás de otra, y retrocedían, y el murmullo lejano de los motores adquiriría una cualidad onírica. Una bandada de gaviotas cruzó el cielo llamándose entre sí.

—Yun, en cuanto a lo de anoche... —comenzó, apesadumbrado, Dan.

Me apresuré a interrumpirle.

—No te preocupes, estoy bien. Dentro de unos días lo habremos olvidado.

—Vale. —Asintió con gravedad.

—Entonces ¿has atrapado a algún espía? —Esa estúpida pregunta salió de mi boca antes de que pudiera detenerla.

—Ningún soldado de mi unidad ha atrapado todavía a un espía, pero cuentan que alguien atrapó una ballena hace años.

—¿Una ballena?

—Sí. En el mar del Oeste no suele haber ballenas, pero de vez en cuando alguna se desorienta y llega aquí desde el mar del Sur. Contaban que cuando la ballena estaba nadando en la oscuridad hacia la costa, sonaba como un submarino, como si espías norcoreanos estuvieran preparándose para infiltrarse. El soldado de guardia aquel día, siguiendo el procedimiento, lanzó una bengala, hizo detonar una mina por control remoto y abrió fuego con una ametralladora. Cuando amaneció y se acercaron a la orilla, en lugar de espías encontraron una ballena enorme flotando boca arriba con el cuerpo destrozado.

—Pobre ballena.

—El coronel concedió una distinción al soldado y le premió con un pase de siete días porque había hecho su guardia sin dormirse.

Tras la historia de la ballena que había sido confundida con un submarino espía, nos quedamos callados. Era la primera vez en nuestra vida que no teníamos nada que decirnos y que nos sentíamos incómodos en compañía del otro. Regresamos por el maizal y los campos de pimienta y llegamos a la unidad de Dan. Le dije: «Me voy», y giré sobre mis talones. Al cabo de unos pasos miré atrás y vi que Dan seguía allí, clavado en el suelo, viendo cómo me alejaba. Más adelante volví a mirar atrás y vi que continuaba allí. Le indiqué con la mano que se marchara, pero se quedó donde estaba. Caminé un poco más y volví a mirar atrás. Tenía la cabeza gacha.

Yun.

Ahora mismo está lloviendo. Una densa niebla azulada flota sobre el mar y el bosque de pinos. No dejo de visualizar la forma en que mirabas hacia atrás el día de tu partida. Cuando me tumbo bajo la manta, tu respiración y tu voz me hacen cosquillas en la oreja. Me pregunto qué estarás haciendo ahora. ¿También estás viendo la lluvia caer a través de la ventana?

Tras mi vuelta, dejé de responder a las cartas de Dan.

Me senté con la cabeza tan próxima a la mesa que casi rozaba el papel con el mentón, y procedí a escribirle otra carta.

Dan.

Los lugares de esta ciudad que más he visitado son el palacio de Gyeongbok y el museo de la calle Sejongno. Al principio tardaba una hora y diez minutos en ir desde mi barrio hasta allí. Ahora llego en cincuenta minutos. No camino más deprisa, simplemente me conozco mejor las calles. No obstante, una vez que estoy allí no siempre entro. Cuando me dirijo a la universidad simplemente paso por delante. A veces en lugar de entrar rodeo el muro del palacio, hasta Samcheong-dong, y desde ahí pongo rumbo a casa. Solo entro en el museo o pago la entrada del palacio de Gyeongbok los días que las cosas en las que no quiero pensar se amontonan en mi cabeza, unas encima de otras, creando un caos. Resulta extraño, pero entrar en el palacio es como entrar en otro mundo. En cuanto cruzo la verja y me adentro en los jardines, el bullicio del exterior, los coches, los edificios que apuntan al cielo, desaparecen. Supongo que por eso voy allí. Cuando estoy dentro del palacio me olvido de quién soy fuera. La primera vez que pasé el museo de largo y entré en el palacio de Gyeongbok, me pareció muy fresco y nuevo. Fue todo un descubrimiento, y me sentí estúpida por no haber reparado en lo cerca que estaba. ¿Te conté que cuando volví a mudarme a la ciudad decidí caminar dos horas por ella todos los días? Recorrer la ciudad a pie me ha ayudado a descubrir estos lugares. Los habitantes de la ciudad viven a la sombra de este palacio, entonces ¿por qué no lo visitan más a menudo? No lo entiendo. Siempre he visto la puerta de Gwanghwa como una intersección más y no como la puerta principal del palacio de Gyeongbok. Tras descubrir el museo y el palacio empecé a fijarme más en la puerta. Pero no ha sido hasta que me he puesto a escribirte esta carta que he caído en la cuenta de que son los dos lugares que visito con más frecuencia.

El domingo pasado empezó a lloviznar por la mañana. Me levanté muy pronto y caminé hasta el palacio de Gyeongbok. Llevar paraguas me parecía un incordio, así que me puse una chaqueta con capucha. La lluvia era muy fina. Llegué al palacio con el pelo y el borde de la ropa húmedos. El palacio suele llenarse de gente los domingos, pero ese día no había casi nadie. Imagino que porque el cielo estaba cubierto y todavía lloviznaba. No había planeado visitar el palacio, pero al ver que no había nadie delante de la ventanilla, de repente quise entrar. Parecía abandonado. Como había estado dentro infinidad de veces, pensaba que lo conocía al dedillo, pero ese día, después de comprar la entrada y pasar, vi que, en comparación con los días soleados, sus viejos edificios ofrecían un aspecto muy distinto bajo la lluvia. Hasta el monte Bukak, visible desde el salón Geunjeong, semejaba enteramente otra montaña. El pabellón hexagonal de Hyangweon, en la isla situada en medio del estanque de lotos blancos que siempre visitaba, no parecía el mismo. Pero eso no es todo. El pabellón Gyeonghoeru tenía un aspecto misterioso bajo la lluvia. No era más que lluvia, y sin embargo el palacio parecía otro. Mientras lo recorría descubrí algo nuevo. Siempre que visito el palacio me aseguro de ir al pabellón Gyeonghoeru. Lo conozco a fondo, pero esa vez vislumbré una escalera en la que no había reparado antes. La escalera conducía a la primera planta del pabellón. Había un letrero que rezaba: prohibido el paso, pero subí de todos modos. El pabellón no tenía tabiques. La visión de todo ese espacio abierto me dejó completamente paralizada, sobre todo porque hasta ese momento solo había prestado atención al tejado octogonal, que parece que vaya a echar a volar en cualquier momento, y a los azulejos, a

los que habían dado forma de pájaro con el pico abierto antes de cocerlos y colocarlos en los extremos de los caballetes del tejado. Los pilares de la planta baja eran de piedra, por lo que supongo que no se me había ocurrido que los de la primera planta pudieran ser de madera.

¿Recuerdas cuando en invierno nos deslizábamos en trineo por el hielo? Me refiero a la carretera helada junto al dique, donde el perejil de agua crecía verde y presuroso en primavera. Antes de montarnos en los trineos tirábamos una roca en el hielo para ver si la capa era lo bastante gruesa para deslizarse por ella. ¿Recuerdas la vez que tiramos una roca y el hielo se agrietó? Mientras subía a la primera planta del pabellón, ¡creí oír otra vez ese craaac en mi cabeza! Eché a correr, pero una vez arriba me calmé. Mi frente, cubierta de sudor mientras caminaba bajo la lluvia, se enfrió de golpe. Me detuve en seco, totalmente perpleja. Los ojos me dolieron al contemplar tanta belleza. El suelo era de tablones de diferentes tamaños. Era sorprendente ver algo así en medio de la ciudad, tan bonito que sonreí para mis adentros. Pensé: «Cada vez que veas un letrero de prohibido el paso quiere decir que has de entrar y echar un vistazo». Tal vez la razón de que siempre pasara por alto la escalera, incluso cuando rodeaba el pabellón o me sentaba en el banco de madera de enfrente para admirarlo, fuera que ya había visto el letrero de prohibido el paso.

Permanecí un buen rato inmóvil y luego avancé por la madera de puntillas, como Emily. Desde la primera planta la vista del estanque de lotos era impresionante. El viento mecía los jacintos que flotaban en el agua y la llovizna creaba en la superficie ondas de diferentes tamaños. Los días de sol el pabellón se refleja en el estanque. Podía ver el monte Inwang, el monte Busak y el monte Nam al mismo tiempo. También el monte Ami, construido con la tierra extraída para crear el estanque. El monte Ami estaba ahí mismo, justo delante de mí.

Me senté en el suelo y la inquietud que me había atenazado por entrar sin autorización se diluyó de golpe y me relajé. Mi-ru ha vuelto a marcharse sola. Le dije que pasaríamos por esto juntas, pero puede que no consiga mantener mi promesa. Estoy enfadada conmigo misma por eso. No obstante, incluso esa rabia pareció disolverse ligeramente cuando me senté en el suelo del pabellón. Los tablones centenarios parecían hablar; sus palabras atravesaban el profundo silencio y se elevaban en el aire.

Dan.

Nuestras casas, cuando éramos niños, tenían una galería de madera a cada lado, ¿verdad? Mi madre mantenía la madera siempre lustrosa. Me contaba que mi padre había construido las galerías con los árboles de la montaña situada detrás de nuestra casa que habían caído durante un tifón. Decía que la madera duraba mucho si la cuidabas y la mantenías limpia y bien lacada. ¿Recuerdas cuando leíamos libros tumbados boca abajo en el suelo de madera de la galería y nos quedábamos dormidos mientras hacíamos los deberes o jugábamos?

No te rías.

Ese día desperté en la primera planta del pabellón Gyeonghoeru con los zarandeos de alguien. Era el encargado. Creo que dormí unos cuarenta minutos. Cuando salgas del ejército, te contaré cómo conseguí escapar. Será mi regalo.

Algún día, Dan, algún día te llevaré allí.

Detuve la pluma. Encorvada sobre la mesa, con la cara casi rozando el papel, observé las frases que acababa de escribir.

Las letras de las palabras «algún día» aumentaron hasta ocupar todo mi campo de visión.

Cómo me gustaría poder llevar algún día a Dan a la primera planta del pabellón Gyeonghoeru. Si ese día llega, le contaré el resto de la historia. Le contaré que cuando el encargado me zarandeó, me levanté rápidamente del suelo donde me había quedado dormida boca abajo. Que lo primero que pensé fue «¿Por qué estoy aquí?» en lugar de «¿Dónde estoy?». Que me acordé entonces de que había estado paseando por el estanque de lotos bajo la lluvia, visto el letrero de prohibido el paso y subido a la primera planta del pabellón. Le contaré que llovía con insistencia. Que el suelo de tierra del palacio de Gyeongbok estaba mojado y la niebla eclipsaba el monte Inwang. Le contaré que el encargado me miró con severidad y me preguntó qué hacía durmiendo en una zona de acceso restringido. Que caí inmediatamente de rodillas y le juré que fregaría y puliría el suelo con mis manos. Vendría cada día y limpiaría los tablones hasta dejarlos relucientes. El encargado se me quedó mirando y soltó una carcajada. Me dijo que no podía pulir el suelo porque los visitantes tenían prohibido subir a esa planta sin autorización, pero que no olvidara mi promesa. «Si llega el día en que la gente pueda subir libremente aquí, cumplirás tu promesa, ¿de acuerdo?» Repitió la pregunta suavizando la expresión. Sin darme tiempo a responder, añadió: «Mientras no olvides eso, puedes estar tranquila. Si has dicho en serio que cada día sacarás brillo a este suelo, entonces puedes estar tranquila».

Tantas promesas que ya no puedo recordar. Promesas que nunca cumplí.

Coloqué la punta de la pluma en la siguiente línea para terminar la carta de Dan y me detuve. Solo quería escribir la despedida, pero sentí como si estuviera empujándome a mí misma hacia un rincón. Como alguien tartamudeando porque ha sido presionado y obligado a decir algo, escribí «Bien, cuídate», y lo taché. Escribí «Aguanta, Dan» y lo taché. Escribí: «Volveré a escribirte» y lo taché. Sobre las palabras descartadas apareció la imagen de Dan en la playa con la cabeza gacha. La parte de atrás, más azul que el resto del cráneo, se extendió como si fuera tinta. La mano con la que sostenía la pluma empezó a sudar. Me mordí el labio y taché las palabras «Algún día, Dan, algún día te llevaré allí». Volví a escribirlas. Volví a borrarlas. Las escribí y las borré y las volví a escribir.

La hoja era una gran mancha negra.

—Yun.

Tenía la cabeza caída sobre la libreta emborronada cuando oí a alguien decir mi nombre. La levanté y presté atención al sonido procedente del otro lado de la puerta.

Era mi prima. Me levanté y abrí. El rostro pecoso de mi prima embarazada de nueve meses sonrió al verme. Llevaba en la mano una fiamblera con *kimchi*.

—¿Por qué no coges el teléfono? —me preguntó.

«¿Había oído el timbre del teléfono?» Dejó el *kimchi* en la encimera de la cocina y me miró.

—Tu padre me ha dicho que intentó llamarte esta mañana.

«¿Esta mañana?»

Mi prima era hija de la hermana de mi madre. Mi padre le había llamado para preguntarle por

mí. También fue mi padre quien seis meses atrás me había llamado una mañana temprano para contarme lo de Dan. Dijo que prefería que me enterara por él antes que por otra persona. Creo que sigue visitando la tumba de mi madre cada amanecer y cada atardecer. Cuando los días se tornan fríos, envuelve la base del árbol de Júpiter de mi madre con paja para protegerla, y lo primero que hace cuando llega la primavera es retirar la paja. El árbol extendía sus largas ramas sobre la tumba de mi madre como un paraguas en días lluviosos y una sombrilla en días soleados. No parecía que hubiera sido trasladado desde el jardín, parecía que hubiera estado toda su vida allí.

—Tu padre me ha pedido que venga a comprobar si estás bien porque lleva desde anteayer intentando hablar contigo. ¿Sabes a qué hora me telefoneó hoy?

—...

—A las seis de la mañana. Como ayer no cogiste el teléfono en todo el día, probablemente estuvo esperando a que amaneciera para llamarme. ¿Por qué no respondes?

—No lo oí.

—Yo también te he llamado varias veces.

Desvié la mirada hacia el teléfono. El mismo teléfono por el que mi padre había venido personalmente desde el campo, para instalármelo y así poder estar al tanto de cómo me iba en la ciudad.

—¿Está desconectado? —me preguntó mientras seguía el cable del teléfono con la mano para comprobarlo—. No parece que le pase nada. ¿Cómo es que no lo has oído?

Después de aquel domingo lluvioso, cuando caminé hasta el palacio de Gyeongbok, pasé varios días recluida en mi habitación. Cuando el aire se volvía agobiante, salía a la azotea y contemplaba la ciudad. Miraba un buen rato la torre Namsan, brillando en el lugar de siempre como una especie de símbolo. ¿Cuándo había salido a la calle por última vez? Recordé que había sido el día que fui a la universidad. Me até bien los cordones, caminé hasta allí como cualquier otro día y me enteré de lo del profesor Yun. Fui a buscar entonces a Myeong-seo, que apenas se dejaba ver ya por la universidad porque se había sumado a una huelga de hambre delante de la catedral de Myeongdong. Le conté que el profesor Yun había presentado su renuncia a la universidad. Había dimitido voluntariamente. La razón que daba era que no podía seguir impartiendo clase cuando tantos colegas suyos de la universidad estaban siendo despedidos por razones inaceptables. A Myeong-seo no pareció sorprenderle. De hecho, cuando le tendí una copia de la carta que el profesor Yun había escrito, la que empezaba con un «A mis estudiantes», se limitó a cogerla con calma y decir: «Supongo que Mi-ru no volverá a la universidad». Y cuando le conté que el profesor Yun iba a dejar la ciudad y mudarse al campo, dijo: «Era de esperar», como si ya hubiera estado pensando sobre eso. Una vez que se cancelaron las clases del profesor Yun, Mi-ru, en efecto, dejó de ir a la universidad. Después de que la casa donde había vivido con Myeong-seo se vendiera, a veces venía a mi azotea, se acodaba en la cornisa de cemento y la contemplaba desde allí. En una ocasión debió de pasar por delante de ella, porque musitó con resentimiento: «La están arreglando». Cuando alguien entró a vivir en la casa y esta se iluminó por la noche, Mi-ru dijo: «Espero que sean felices en ella». Me extrañó oír esas palabras de su boca, teniendo en cuenta las vehementes peleas que había tenido con sus padres por la venta de la casa, y escudriñé su rostro, iluminado por las luces de la ciudad. Con cara larga me preguntó qué tal estaba Dan y le dije: «Imagino que bien».

—Yun... ¿Estás bien? —me preguntó de nuevo mi prima mientras yo miraba fijamente el

teléfono. ¿Estás bien? Tenía la cara cubierta de pecas. Me pareció que las pecas habían invadido su tez blanca desde la última vez que la vi. Bajé la mirada hasta su gigantesca barriga—. Estoy inmensa, ¿verdad? —Sonrió y descansó las manos en el estómago—. Dicen que si la barriga está alta será niña.

La rodeó con las manos. El instinto protector de una mujer encinta hacia su hijo nonato. No podía creer que hubiera subido todos esos escalones cargada con esa cantidad de *kimchi* y sosteniéndose la barriga.

—Debía de estar profundamente dormida.

—¿Tanto como para no oír el teléfono?

—Ayer caminé mucho.

En realidad no había ido a ningún lado, pero no sabía qué otra cosa decir.

—¿Sigues dando esos paseos? —Parecía preocupada—. Será mejor que llames a tu padre.

Obedecí de inmediato. No recordaba haber oído el teléfono la noche anterior. Tampoco recordaba haberlo oído esa mañana, cuando decía mi prima que había llamado. Me había quedado dormida sobre la mesa mientras escribía una respuesta con retraso a Dan. Descolgué el auricular, me lo llevé a la oreja, marqué el número con una mano y cerré la libreta donde había estado escribiendo con la otra. Los borrones invadieron mis ojos. Las cartas de Dan habían caído al suelo. Mi prima las recogió y las dejó sobre la mesa al mismo tiempo que mi padre respondía. Rodeándose de nuevo la barriga, se quedó mirándolas fijamente.

—Papá, estoy bien. Anoche debí de quedarme dormida y no oí el teléfono. ¿Cómo estás?

—También estoy bien.

La voz de mi padre resonó en mi oído como una campana. Nunca imaginé que palabras tan corrientes como «Estoy bien» pudieran retumbar de esa manera. Ojalá Mi-ru, que había roto el contacto, me llamara para decirme «Estoy bien». Escuché la respiración de mi padre. Ojalá pudiera también oír las palabras «Estoy bien» de boca de Dan.

—Yun.

—...

—¿Yun?

—Sí...

—Si no te sientes bien, vuelve a casa.

El año que pasé en el pueblo con mi padre tras la muerte de mi madre, el año que pasé deambulando por la casa, me vino de golpe a la memoria. Las cenas en silencio con mi padre. Su voz cuando me llamaba —¡Yun!— camino de la verja. La quietud que volvía a adueñarse de la casa después de contestarle «¡Sí!» desde mi cuarto o la cocina. Aunque lo único que hacíamos era sondearnos, aunque nunca hacíamos realmente nada el uno por el otro, el acto de llamarnos y respondernos probablemente nos ayudó a ir aceptando la ausencia de mi madre en nuestras vidas. De niño, Dan gritaba mi nombre desde el callejón antes de abrir la verja de mi casa y entrar en el patio. Si encontraba un pájaro muerto o una serpiente que había perecido en las vías del tren, me llevaba a verlo. También yo había gritado su nombre incontables veces durante mi infancia. Si me resbalaba en la nieve o caía en una zanja, gritaba «¡Dan!», porque él siempre estaba allí, a mi lado, o caminando delante.

—No te preocupes, papá.

Cuando colgué, mi prima me estaba mirando con las manos sobre la barriga.



—Yun —dijo en un tono como el de mi padre al teléfono. Señaló con dulzura las cartas de Dan que descansaban sobre la mesa. Siempre que tenía algo que decir o que preguntar, hacía eso. Se hizo un breve silencio—. ¿Quieres venir a mi casa?

—...

—Mi marido tiene que volar a Europa.

Quería decir que estaría ausente unos días.

—Estoy bien.

Se agachó con cuidado y se sentó en el suelo. Estiró las piernas, apoyó la espalda en la pared y por último se tumbó. Su redonda barriga apuntaba hacia el techo. Pensé en el libro de poesía que Dan me había regalado en la vía del tren la noche previa a mi primer viaje a la ciudad. Gracias a la cita que había escrito en la primera hoja: «Empecé a andar con sigilo... No se debe molestar a la gente pobre cuando está sumida en sus pensamientos», el primer libro que compré en la ciudad fue *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*. El primer capítulo describe a una mujer embarazada arrastrándose por la pared de un hospital. La dedicatoria decía: «La mujer más bella del mundo es la que está embarazada de una vida nueva». Mi prima se sostenía la barriga por costumbre. Las pecas le subían por la mejilla y el pómulo hasta la frente. Aunque no hacía calor, tenía gotas de sudor en la frente. La barriga subía y bajaba con cada respiración. Me acerqué y me tumbé a su lado. Sonrió y las pecas se elevaron hacia las orejas. Apartó de la barriga su mano izquierda y me acarició la mejilla. El calor de su mano se propagó por mi cara.

—Prométeme una cosa.

—...

—Prométeme que no volverás a tapar las ventanas con cartulina negra.

—...

—Me gustaba tenerte en casa. Salvo cuando tapabas las ventanas y te negabas a salir del cuarto, claro.

—¿Cómo era entonces?

—Muy diferente. Parecía que estuvieras batiéndote en duelo con algo y que, en caso de perder, jamás volverías a salir de ese cuarto.

En aquel entonces yo solo quería volver junto a mi madre, la cual se negaba a verme mientras su enfermedad empeoraba. No deseaba otra cosa que estar a su lado.

—Me preocupa que tapes las ventanas.

—...

—Prométeme que no lo harás. Si me lo prometes, no te obligaré a volver conmigo.

—Te lo prometo, hermanita.

Al decir «hermanita» me entró un profundo sopor.

—¡Lo has prometido!

Asentí y posé la mano en su barriga. La mano subía y bajaba con los enérgicos movimientos del bebé nonato. Tengo que ir a ver al profesor Yun. Tengo que acompañar a mi prima. Tengo que ir a la universidad. Tengo que llevarle un abrigo a Myeong-seo... Multitud de pensamientos se amontonaban en mi mente, pero el sopor era más fuerte que yo y no podía abrir los ojos.



Después de que Mi-ru se enterara de que la casa donde habíamos vivido juntos estaba en venta

y se anunciaba en las vitrinas de todas las inmobiliarias del barrio, entre ella y sus padres no hubo un solo día de paz. Al ver que el estado de Mi-ru empeoraba con el tiempo, Yun expresó su pesar diciendo que de haber sabido que esto iba a pasar, jamás habría accedido a vivir con ella. Yun había aceptado la invitación de Mi-ru y Mi-ru había aceptado mi condición de que si vivíamos los tres juntos allí, no empezaría a buscar al novio de su hermana Mi-rae. La coincidencia nos dejó petrificados. La casa, que había permanecido abandonada desde lo sucedido a Mi-rae, se vendió tan solo unos días después de que Yun aceptara mudarse a ella con Mi-ru. Había aceptado con la condición de que Mi-ru no volviera a ponerse la falda acampanada de su hermana. Cuando Yun le mencionó la falda, me puse tenso al instante. Transcurrida una estación tras el incidente con Mi-rae, los padres habían apilado todas sus cosas en el jardín y las habían quemado. Mi-ru, no obstante, se aferró tercamente a esa falda y se negó a soltarla. Desde entonces la llevaba siempre puesta, independientemente de la estación. Nunca se la quitaba. Pero escuchó lo que Jeong Yun tenía que decir y luego su rostro se iluminó. Dijo: «¿Eso es lo que quieres de mí? Muy bien. Me la quitaré el día en que nos mudemos a esa casa y no volveré a ponérmela».

Cómo pueden las mujeres compenetrarse tanto era un misterio para mí. Mi-ru suplicó a su padre que no vendiera la casa, pero el hombre ya lo había decidido. Le dijo que le compraría otra casa y ella dijo que tenía que ser «esa» casa. Ni el padre ni la hija estaban dispuestos a ceder ni un milímetro. Entiendo al padre de Mi-ru. El sufrimiento y las heridas dejadas por Mi-rae siguen en esa casa. Ese lugar solo consigue hacerles revivir el dolor de perder a una hija. ¿Hay alguien capaz de aliviar un dolor así? El padre de Mi-ru me llamó y me pidió que intentara calmar a su hija, pero Mi-ru no se dejaba calmar. Arremetía contra su padre y le gritaba. Y cuando él la abofeteaba, se negaba a bajar la cabeza. Era horrible verla tan encolerizada. Una vez vendida la casa, cortó toda forma de comunicación con la que sus padres pudieran contactar con ella. Y cuando empezó a buscar de nuevo al novio de su hermana, también dejó de ponerse en contacto conmigo.

Conocí a la prima de Yun en la catedral de Myeongdong. Me llamó a casa de mi tío. No podía saber, solo por el sonido de su voz, que su embarazo estaba tan avanzado. Me pareció tan joven cuando preguntó: «¿Está Myeong-seo?». Me dijo: «Por favor, no se lo digas a Yun, pero me gustaría verte». «¿Por qué razón?» Yun me había hablado en alguna ocasión de su prima. Me había contado que vivió con ella la primera vez que se vino a la ciudad. «Por favor, no se lo digas a Yun...» El corazón me dio un vuelco al oír esas palabras. Enseguida le pregunté: «¿Le ha ocurrido algo?». Hacía dos días que no la veía. Su prima dijo: «¿Nos vemos en la catedral de Myeongdong? Tengo entendido que estás allí casi cada día. Salgo ahora mismo».

«¿Ahora? ¿A estas horas?» Miré mi reloj: eran las ocho de la mañana. Pero por su voz comprendí que no podía decirle que no. Aunque lo había planteado como una pregunta, su tono dejaba bien claro que no estaba realmente preguntándome si iba a estar o no. Decidiendo por mí, me dijo dónde nos encontraríamos, que estaría en la capilla de la catedral, sentada en la décima fila de bancos empezando por atrás. Era la primera vez que concretaba tan fácilmente una cita con alguien a quien no conocía. Antes de ponerme en marcha telefoneé a Yun. Dejé que el teléfono sonara un buen rato, pero no contestó. Colgué y salí de casa de mi tío en dirección a Myeongdong.

Cuando abrí la puerta de la capilla no vi a nadie. Me senté en un extremo del décimo banco de madera empezando por atrás. Pensaba que estaba solo hasta que vi a una mujer con una barriga

enorme sentada en el otro extremo. Al principio no se me ocurrió que fuera la prima de Yun. La mujer embarazada, que había estado absorta en sus pensamientos, se volvió hacia mí, esbozó una sonrisa y se levantó. Sorprendido, me puse rápidamente en pie y eché a andar hacia ella. Al ver que me acercaba, volvió a sentarse. Cuando llegué a su lado no supe qué decir, de modo que ella habló primero.

—¿Eres Myeong-seo?

—Sí, señora.

—Supongo que estás desconcertado. Siéntate, por favor. Me temo que no consulté la hora cuando te telefoneé. Lo siento mucho —dijo.

Incapaz de aguantar más, volví a preguntarle si le había sucedido algo a Yun. Me miró unos instantes y luego trasladó las manos, que tenía apoyadas en el respaldo del banco de delante, a su barriga. Dijo: «El problema no es Yun, sino Dan». Dan. Suspiré aliviado al oír que Yun estaba bien. Pero ¿qué le había ocurrido a Dan? Después de despedirme de Dan en el centro de instrucción, Yun no había vuelto a hablarme de él. Siempre que le preguntaba si sabía algo de Dan, decía: «Imagino que está bien». Los días que había vivido con Mi-ru, Dan y Yun en la casa abandonada pasaron raudos frente a mis ojos, como si hubiera sido ayer. A veces, cuando Mi-ru y yo estábamos juntos, Yun se nos quedaba mirando con una expresión inescrutable. Si le preguntaba qué miraba, decía: «Vosotros dos compartís algo de lo que yo nunca podré formar parte». Durante los días que pasamos juntos en esa casa comprendí a qué se refería. Mi-ru y yo nunca podíamos intervenir cuando Yun y Dan charlaban mientras arrancaban hierbajos en el jardín, o se tumbaban en el porche a leer libros o beber cerveza, o preparaban arroz o condimentaban espinacas para la comida. Estaban en su mundo particular. Ni Mi-ru ni yo podíamos inmiscuirnos en sus constantes anécdotas del pasado que los dos recordaban tan bien. A veces me descubría mirando a Yun y Dan de la misma manera que Yun nos miraba a Mi-ru y a mí. Yun me preguntaba entonces: «¿Qué estás mirando?». Y yo respondía lo mismo que ella: «Vosotros dos compartís algo de lo que yo nunca podré formar parte».

La prima de Yun me miró. En lo primero que reparé fue en sus mejillas pecosas. Tenía la nariz recta y unos labios bien perfilados, y su tez era un poco más oscura que la de Yun, aunque quizá se debiera a las pecas. Sus profundos ojos se clavaron un instante en los míos. La delgadez de su rostro hacía que parecieran aún más intensos. Apenas sonreía, pero los rabillos de los ojos le iluminaban el rostro. Yun solía mencionar los ojos cuando hablaba de su prima. Decía: «Hasta cuando está enfadada sus ojos sonríen». Se parecía a lo que había imaginado. La prima me miró y se esforzó por sonreír. Luego, educadamente, dijo: «Yun me ha hablado mucho de ti». Le dije que no hacía falta que me tratara con tanta formalidad, y entonces repuso: «Si acabamos de conocernos... Yun probablemente jamás imaginaría que iba a conocerte en estas circunstancias». Aunque su mirada era cordial, me di cuenta de que estaba haciendo un gran esfuerzo por mantener la sonrisa. Al rato, como si no estuviera funcionándole, dejó de sonreír. Deslizó las manos por su barriga y su mirada se ensombreció. Me senté a su lado. Así es como las cosas que no vemos venir suceden siempre. Quién me iba a decir a mí que acabaría sentado en la lúgubre capilla de la catedral de Myeongdong, la cual, con las continuas protestas, no había presenciado un solo día de paz. No le metí prisa para que hablara, pues suponía que no traía buenas noticias. Me senté erguido y con la mirada al frente, como alguien esperando una sentencia. Las largas hileras de bancos invadieron mi campo de visión. Comenzó: «Nos dijeron que habían sido enviados a la

playa en torno a las cuatro de la mañana para hacer prácticas de tiro. Un soldado veterano que estaba a punto de terminar el servicio militar se hallaba en la ametralladora y Dan, a su lado, disparaba un M16, cuando de repente oyeron a Dan gritar. Lo han llamado “un disparo accidental durante una práctica de tiro nocturna”, pero hay cosas que no encajan. —La prima de Yun tenía la cabeza gacha y vomitaba las palabras como si estuviera recitando algo escrito en su pecho—. Dan murió en el accidente». Me pareció oír que la pesada puerta de la catedral se abría por una ráfaga de viento y volvía a cerrarse con un fuerte golpe. Sentí como si un caballo negro me embistiera, se elevara sobre los bancos vacíos y atravesara el techo de la catedral. «Pero hay algo que no cuadra —dijo la prima de Yun—, hay algo que no cuadra.» ¿Qué había ido mal para que tuviera que estar escuchando esto de boca de un tercero?, me pregunté. ¿Era este el precio que teníamos que pagar por los días felices que vivimos en aquella casa vacía antes de que Dan ingresara en el ejército? Visualicé nuestro tiempo juntos en esa casa, donde Dan se quedaba a dibujar siempre que Mi-ru, Yun y yo salíamos. Cuando lo veía absorto en sus bosquejos no me atrevía a interrumpirle. Había observado su poder de concentración y pensado que algún día sería pintor. Dan, siempre preparándonos algo en la cocina y llevándolo a la mesa. Tofu con *kimchi*, *pajeon* de cebolletas y guisos de *kimchi* que creaba con lo que hubiera en la nevera. Su sonrisa relajada cuando decía: «No he hecho más que juntar los ingredientes», cada vez que le preguntaba cómo era posible que cocinara tan bien. Dan diciendo «Solo faltan siete minutos» cada vez que uno de nosotros decía que tenía hambre, y sacando *noodles* o *bibimbap*. Los cuatro riendo y devorando hasta el último bocado. Era extraño. Comparado con cuando estábamos solo Mi-ru y yo, era mejor con Yun y todavía mejor con Dan. ¿Había sido todo demasiado perfecto y ahora nos tocaba sufrir por ello? La prima de Yun dijo: «No están seguros de la causa de la muerte, de si fue un suicidio o un accidente... O si Dan había estado discutiendo con su compañero de tiro... Las unidades destinadas en la costa tienen prácticas de tiro regularmente. Los soldados hacen las prácticas solos, sin la presencia de un oficial o un ayudante, por lo que dicen que es fácil cometer errores por negligencia. A veces un pequeño error puede tener resultados fatales. Aunque Dan estaba destinado allí de forma temporal, dicen que era disciplinado y se llevaba bien con sus compañeros de barracón, por lo que no parece posible que fuera un suicidio o un accidente intencionado. Dicen que fue, sencillamente, mala suerte. El comandante del batallón, el comandante de la compañía, el jefe de sección y otros cargos superiores inmediatos tan solo recibieron una reprimenda por negligencia. Pero el caso es que la ubicación y el ángulo de la herida de bala no se corresponden con las de un disparo accidental durante una práctica de tiro. También dicen que la bala que recibió salió de su propio fusil...». No sabía qué decir. La prima de Yun, que había contado el suceso de un tirón, como si lo estuviera leyendo, guardó silencio. Nos quedamos sentados mirando el Cristo clavado en la cruz. Dos mujeres mayores que parecían amigas avanzaron despacio por el pasillo, tomaron asiento unas filas más adelante, sacaron sendos velos blancos y se los pusieron en la cabeza. Un rayo de sol que había atravesado la vidriera cruzó oblicuamente la catedral. Más que un rayo de luz semejaba una mancha. «Quería verte por... —comenzó de nuevo la prima de Yun sin volverse hacia mí— por Yun. La muerte de Dan fue un fuerte golpe y me entristeció mucho, pero en quien primero pensé fue en Yun. La vida puede ser tremendamente contradictoria. Yo conocía muy bien a Dan y a toda su familia, y aunque me preocupaba lo mal que ellos lo estaban pasando... Yun era mi principal inquietud. Supongo que soy una egoísta. Han transcurrido ya seis meses desde la muerte de Dan, pero Yun parece muy

tranquila, exageradamente tranquila. Al principio me alegré porque pensé que lo había superado con rapidez, pero últimamente ha estado comportándose de manera extraña, como si solo ahora estuviera asimilando que Dan se ha ido. O, para ser más exacta, como si no supiera lo que le ha sucedido.» «¿Ha dicho seis meses?» Me froté las orejas. Tenía la sensación de que la voz de la prima de Yun subía de tono, como si estuviera gritándome directamente en el oído, y se reducía luego a un eco lejano, a un rumor, hasta que ya no podía entender una palabra. ¿Hacía seis meses que Yun conocía la terrible noticia? Dejé de frotarme las orejas y empecé a frotarme los ojos. Me dolían como si los tímpanos fueran a estallarme y los globos a salirse de las cuencas. Cada vez que le preguntaba cómo estaba Dan, Yun decía: «Imagino que bien». Y cuando le preguntaba si no deberíamos ir a verle, decía «Sí», y acto seguido «No... no». Cuando la miraba como diciendo ¿Qué respuesta es esa?, decía: «Creo que Dan no quiere visitas». Unas veces decía «No quiere ver a ningún civil hasta que se licencie», y otras, «Vale, vamos un día de estos». Cambiaba de parecer a cada momento, como si fuera incapaz de decidirse. La prima de Yun prosiguió: «Hace unos días fui a su casa y vi que estaba escribiendo una carta a Dan. La leí mientras ella dormía. Era una respuesta a una carta que él le envió hace un año. Decía: «Algún día iremos al pabellón Gyeonghoeru y subiremos a la primera planta...». El alma se me cayó a los pies cuando leí eso. Sé cómo se siente, sé que no puede aceptar que Dan haya muerto. Han dependido el uno del otro desde que eran niños. Hay gente así». Yo entendía lo que quería decir. Lo entendí durante los días que pasamos juntos, cuando Dan vino a ver a Yun antes de alistarse en el ejército y Mi-ru se enteró de que no tenía dónde pasar la noche y nos arrastró a todos hasta esa casa que había estado vacía desde lo que le pasó a su hermana Mi-rae. Comprendí que la amistad de Yun y Dan era como la amistad que teníamos Mi-ru y yo. «He salido de cuentas.» La prima de Yun volvió a descansar las manos en la barriga. Fue un gesto delicado. «Quiero ayudar a Yun —dijo—, pero dudo mucho que me deje hacerlo. Por eso he venido a verte. No me fue fácil conseguir tu número de teléfono, y luego tuve problemas con la línea, por eso he tardado tanto. Cuando esta mañana conseguí localizarte, solo podía pensar en quedar contigo lo antes posible. Soy algo mayor que vosotros dos... así que espero que no te importe que diga esto, pero creo que la gente sufre más cuando no tiene a nadie. Yun y Dan tenían una relación que nunca podrá romperse, estén juntos o no.» «¿Qué debo hacer?» De pronto me descubrí pidiendo encarecidamente consejo a la prima de Yun. «No te separes de ella... No le quites el ojo de encima.» Dije: «Estar con ella me llena de fuerza». Su rostro se iluminó brevemente. Dejé de mirar al frente con el rostro tenso y se volvió hacia mí. En su cara pecosa se abrió una gran sonrisa. Me escudriñó con sus profundos ojos. «Me alegra oír eso —dijo—. Supongo que todo esto te ha dejado desconcertado.» «No —dije—. Gracias por contármelo.» Hablaba en serio. Si la persona sentada a mi lado no hubiera sido su prima, me habría despedido sin más y habría corrido junto a Yun.

## 9

### *Si abrazamos a cien desconocidos*

A mis estudiantes.

Myeong-seo se sacó del bolsillo la carta que el profesor Yun nos había escrito antes de dejar la universidad, leyó la primera frase y me la tendió. La carta había sido fotocopiada y distribuida entre los estudiantes. Estaba escrita con la letra habitual del profesor Yun, una letra que hacía tiempo que no veía. No entendía por qué me la tendía, así que me limité a mirarle.

—Léela en alto.

—¿La llevas siempre encima?

—La saco y la leo cuando me siento angustiado. —Me miró y sonrió.

—Entonces seguro que te la sabes de memoria... ¿Para qué quieres que la lea?

—¿Tienes idea de lo poco que consigo escuchar tu voz últimamente? Por favor, léela en voz alta para mí.

Supongo que leer la primera frase en alto fue su manera de instarme a leer el resto. Abrí la carta. Los ojos del profesor Yun, chispeantes tras las gafas, aparecieron frente a los míos.

—Léela —dijo Myeong-seo, y se tumbó en el banco. Me miró de soslayo y descansó la cabeza en mi regazo. Era tan largo que las piernas le colgaban y tocaban el suelo. Dos codornices aposentadas cerca del banco se sobresaltaron y levantaron el vuelo. Habíamos tardado dos horas en subir hasta la torre del monte Nam, la cual solo había visto desde mi habitación, por lo que Myeong-seo debía de estar cansado. Las flores blancas de una acacia del bosque revolotearon y le cayeron en la cara.

—Léela.

Enarcó las cejas y cerró los ojos. Me quedé un rato observando sus cejas negras antes de coger la carta con las dos manos. Alargó una mano y envolvió una de las mías. ¿Cuándo había leído algo en voz alta por última vez? El corazón se me aceleró y respiré hondo, pero no me sirvió de nada. Aparté con las puntas de los dedos los pétalos que habían aterrizado en la cara de Myeong-seo. Entreabrió los párpados y volvió a cerrarlos. Me aclaré la garganta.

A mis estudiantes.

Aunque a estas alturas ya estaréis al tanto, he decidido dejar esta universidad donde he

enseñado tantos años. Debido a los tiempos asfixiantes que vivimos y a mi delicada salud, cada vez me resulta más difícil subirme a la tarima. Ya he presentado mi carta de renuncia al presidente de la universidad, y habiendo escrito ya una breve misiva al consejo de administración, ahora os escribo a vosotros.

Al abandonar este puesto en el que he servido y que siempre he considerado mi ocupación, es natural que me asalten toda clase de pensamientos y emociones. Pero lo que más me pesa en estos momentos es lo que vosotros podáis pensar de mí. Vuestras miradas ejercen sobre mí una presión diferente de las de mi familia y colegas. En vuestros ojos hay censura, la petición silenciosa de que me mantenga firme y, si es posible, dé un paso al frente y actúe.

Para mí, un poeta que ha convertido en su profesión manejarse y lidiar con las palabras, la nuestra ha sido una era de constantes pruebas y tribulaciones. En estos tiempos en que las palabras han perdido su valor, en estos tiempos dominados, consiguientemente, por palabras violentas, por palabras hinchadas y amarilleadas a causa del hambre, he perdido el deseo de seguir hablando de las palabras. Mi desesperación con las palabras no es un reconocimiento de mi fracaso en la vida. Abandono la tarima, pero seguiré esmerándome, cuidaré de mi salud y sobre todo volveré a escribir esa poesía que he mantenido aparcada tanto tiempo. Acepto eso como mi obligación y mi vocación. No soy un luchador que dimite como muestra de resistencia a la situación actual, y tampoco un ermitaño nihilista que desdeña de los valores mundanos y parte en busca de su nobleza solitaria. Aunque dejo la universidad, siempre estaré con vosotros, y aunque el lenguaje áspero de la era actual me desaliente a veces, seguiré intentando crear poesía. Espero que veáis mi decisión de dejar la universidad como una señal de mi deseo de volver a veros algún día en otro lugar, en otra actividad.

Es con ese espíritu que os pido que reflexionéis una última vez sobre la historia que os conté de san Cristóbal.

Actualmente, tanto vosotros como yo estamos cruzando un río profundo y oscuro. Cada vez que ese enorme peso nos empuje hacia abajo y las aguas del río nos lleguen hasta el cuello y queramos rendirnos y desaparecer bajo la superficie, recordad: tan pesado como la carga que llevamos sobre los hombros es el mundo que pisamos. Por desgracia, los seres terrestres no podemos vivir nuestra vida ajenos a la gravedad de la tierra. La vida nos exige sacrificios y decisiones difíciles a cada momento. Vivir no significa atravesar un vacío, sino una red de relaciones entre cosas que poseen su propio peso, volumen y textura. Partiendo de que las cosas se hallan en constante cambio, nuestra esperanza no puede morir. Por tanto, os dejo a todos con un último pensamiento: vivid. Hasta vuestro último aliento amad y luchad y enfureceos y entristeceos y vivid.

Notaba el calor de la cabeza de Myeong-seo en el regazo. Volví a leer la última parte: «Vivid. Hasta vuestro último aliento amad y luchad y enfureceos y entristeceos y vivid». Las flores de acacia revoloteaban impulsadas por el viento. Salí con Myeong-seo del bosque y me dirigí a la torre murmurando la palabra «vivid», como si aún estuviera leyendo la carta del profesor Yun. Mi tercer paseo desde que habíamos empezado a caminar de nuevo juntos.

—En la casa donde crecí había un pozo, y el agua de ese pozo es la primera agua que recuerdo.

Saqué el tema del pozo tan de repente que Myeong-seo me miró sin comprender y dijo:

—¿Y?

Había más acacias fuera del bosque. Mientras nos dirigíamos a la torre otras flores volaron hacia nosotros, flotando frente a sus ojos y aferrándose a mi rostro.

—En esa casa cada día comenzaba en el pozo. Mi madre empezaba el día levantándose al alba y sacando agua de él. Mi padre y yo empezábamos el día lavándonos la cara y cepillándonos los dientes junto al pozo. Aunque está en el campo, hoy día el pueblo entero tiene agua corriente. El pozo se encuentra ahora cegado, pero siempre que voy a casa levanto la tapa y miro dentro. Me tranquiliza saber que la primera agua que bebí en mi vida no se ha secado.

—...

—Mi amor por ti es tan grande como la felicidad que siento cuando veo esa agua.

Mis inesperadas palabras lo detuvieron en seco, hasta que cayó en la cuenta de que estaba evocando la historia del gorrión que me había contado mucho tiempo atrás, mientras caminábamos junto a la vieja muralla, y rió.

—En los tiempos en que todas las casas usaban agua de pozo se enterraban tubos de desagüe en los patios para mantener el agua alejada de la casa. Podías oír el murmullo del agua a todas horas del día y de la noche. El agua de pozo que salía de las casas desembocaba en el canal que transcurría al otro lado de las verjas. Semejaba un pequeño cauce que no terminaba nunca. Gracias al agua del canal, en los callejones brotaban cada primavera unas flores amarillas como narcisos de tallos verdes. Cuando los pétalos caían, dejaban tras de sí una densa colonia de tallos. Los callejones estaban siempre plagados de flores amarillas y tallos verdes, salvo en invierno. Nuestra casa se hallaba justo en el centro del pueblo, de modo que el agua que salía de ella era el comienzo del cauce. Si seguías el agua, esta se unía al agua que salía de otras casas, y después se mezclaba con el agua que corría por un cauce mayor y desembocaba en un acueducto. Pero no creas que el agua estaba sucia por el hecho de salir de todas esas casas. El agua de pozo se utilizaba sobre todo en la cocina. Como lo único que hacíamos en el pozo era lavarnos la cara y enjuagar la verdura, el agua estaba limpia. Los cauces no eran gran cosa, pero en verano, durante los monzones, canalizaban el agua de lluvia. A veces me preguntaba adónde iba a parar toda esa agua e intentaba seguirla hasta el final. Me llevaba por campos, por encima de vías de tren y por más campos que no parecían tener fin.

—...

—Mi amor por ti es tan infinito como esa agua.

Otras veces me preguntaba de dónde provenía el agua del gran canal y caminaba por el muro de contención para ver adónde conducía. Era interminable. Fuera a donde fuese nunca estaba sola. Dan estaba siempre conmigo. Cuando seguía el agua con Dan, llegábamos a un lugar llamado el canal superior. El agua comenzaba allí. Cuando nos asomábamos al lugar de donde brotaba el agua del canal, solo veíamos un conducto largo y oscuro. El agua brotaba constantemente de ese tubo. No podíamos continuar y nunca descubríamos de dónde venía el agua. Esta sin embargo corría de pueblo en pueblo, se convertía en lavaderos donde las mujeres lavaban la ropa y en acequias para los arrozales. Un día seguí el agua corriente abajo buscando una zapatilla de deporte que se me había caído y al final regresé a casa enfadada y llorando porque no había descubierto dónde terminaba el agua. Aunque el sonido del agua empezaba nada más cruzar la verja, no tenía forma de saber dónde comenzaba o dónde terminaba. Solo que corría sin impedimento alguno.

Cuando quisimos darnos cuenta, habíamos llegado a la torre.



—La gente se lleva una gran alegría cuando llueve después de haber sembrado los campos en primavera. ¿Alguna vez has visto sus caras?

—No. —Esbozó una sonrisa de disculpa.

—Cada vez que había una sequía en primavera, la gente recorría toda la ladera de la montaña cargando agua en ambos hombros para regar la tierra. El origen de esa agua era la lluvia de primavera. Cuando llegaban las lluvias primaverales, la gente se paseaba sin paraguas. Y no decía simplemente «ha llovido», sino «el agua nos ha honrado». También ahora, cuando llueve en primavera, siento el impulso de recoger el agua de lluvia. De niña lo hacíamos cada año. Cuando mi madre preparaba salsa de soja, recogía agua de lluvia de una tinaja de barro en la que cabían dos adultos. Los días de sol cerraba la tapa y los días lluviosos la abría y utilizaba el agua de lluvia para hacer salsa de soja. Mi padre abría los arrozales aunque no estuvieran todavía sembrados y dejaba que el agua de lluvia los cubriera, pues decía que la lluvia de primavera era demasiado valiosa para dejarla escapar. Incluso las parras reseca que parecían muertas daban retoños verdes cuando eran acariciadas por la lluvia primaveral. Los brotes de cebada se volvían verdes y hasta la espinaca crecía como los hierbajos a principios de la primavera.

—¿Qué hacíais con el agua que recogíais?

—Era poca, apenas la justa para mojar la lengua de un perro sediento tumbado bajo el porche.

—Algún día recogeremos el agua de lluvia que cae de los aleros —dijo Myeong-seo con una sonrisa.

—¿Algún día?

—Sí... algún día.

Un día —no un día aún por venir, sino un día de un pasado lejano— Dan y yo pusimos una palangana debajo de los aleros para recoger el agua de la lluvia. Dan regando los rosales y el caquí con el agua de la palangana. La lluvia de primavera que hacía revivir las cosas de aspecto marchito. La savia aumenta en primavera: Dan y yo entendíamos esas palabras al instante. A fin de descubrir el momento exacto en que la savia empezaba a aumentar, antes de que llegara la primavera le arrancábamos un trozo de corteza a un árbol. De repente sentí que la cara me ardía.

—Subamos a la torre —dije echando a andar.

Sorprendido, Myeong-seo me llamó.

—¡Yun! —Su voz sonaba lejana—. ¿Qué te ocurre?

«¿Por qué Dan?», deseé gritar, pero me contuve. ¿Conocía alguien la respuesta a esa pregunta que no paraba de hacerme? A medio ascenso nos detuvimos frente a la barandilla para contemplar la ciudad. En el sendero del bosque que acabábamos de dejar atrás aparecieron otras personas que se dirigían a la torre.

—Yun.

—...

—Tengo una idea.

Me volví hacia él con las manos aferradas a la barandilla.

—Quedémonos aquí y contemos a la gente.

Myeong-seo no estaba señalando el sendero, sino la escalera.

—Cada vez que lleguemos a diez, veinte, treinta y demás, correremos hasta esa persona y la abrazaremos.

—¿Abrazarla?

—Sí.

—¿Abrazar a un desconocido?

—Sí.

Me quedé mirándolo sin comprender.

—Pensarán que estamos locos, ¿no crees? —dijo leyéndome el pensamiento.

Desvié la vista hacia la ciudad y me pregunté en qué estaba pensando Myeong-seo. ¿Quería abrazar a un montón de desconocidos? Su inesperada propuesta me cogió desprevenida, hasta que sentí que la rabia se adueñaba de mí. Si lo hacía, ¿me devolvería eso a Dan? Me entraron ganas de clavarle los puños a Myeong-seo. ¿Me lo devolvería...? Quise zarandear los árboles del monte Nam. Arañarle la cara a esa gente sonriente. Aunque hervía de rabia, estaba tiritando.

—¿Estás bien? —me preguntó Myeong-seo.

Asentí y apreté los pies contra el suelo para dejar de temblar.

Un día, aquel año que viví con mi padre en nuestra casa del pueblo, sufrí un acceso de fiebre y al final tuvieron que ingresarme. Cada treinta minutos me salían unas manchas rojas en la piel que semejaban flores de fuego. Cuando la fiebre remitía aparecían los escalofríos. Era más duro soportar la fiebre que los escalofríos. No podía abrir los ojos y me pesaban hasta las uñas. Tenía la frente empapada y de tanto en tanto perdía el conocimiento. Cuando los dorsos de mis manos semejaron cangrejos hervidos, mi padre, desoyendo mis protestas, me sentó en su bicicleta y me llevó al hospital, donde continuó el ciclo de fiebre y escalofríos. Cuando la fiebre se disparaba, no reconocía a nadie. Mi cuerpo parecía una bola de fuego y se cubría de puntitos rojos del tamaño de una semilla de mijo. Creo que sucedió durante mi segunda noche en el hospital. Estaba mareada y con el cuerpo dolorido debido a la fiebre cuando de pronto noté en la frente una mano fría y refrescante como el hielo. Por increíble que parezca, después de que esa mano me tocara la fiebre que me había quemado durante días remitió al instante. Volví en mí y vi a mi padre durmiendo en una silla plegable. Por la mañana le pregunté si me había tocado la frente durante la noche. Dijo que no. Se lo pregunté a la enfermera, pensando que quizá había sido ella. Su respuesta también fue negativa. Ignoraba de quién era la mano que había notado tan fresca en mi frente, pero el caso es que la fiebre y los escalofríos desaparecieron. Ojalá pudiera volver a sentir esa mano en la frente.

—Entonces ¿empezamos?

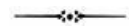
—¿De verdad quieres hacerlo?

—Sí.

—...

—Puede que si abrazamos a cien desconocidos, algo cambie.

Myeong-seo se volvió hacia la escalera de la torre y procedió a contar a las personas que subían por ella: una, dos, tres... La brisa que llegaba del bosque le alborotaba los cabellos. Con cada número que pronunciaba elevaba las cejas. Tras contar nueve un niño subió corriendo por la escalera seguido, a unos peldaños de distancia, por su madre. Myeong-seo se dispuso a salir disparado hacia él. Antes de que pudiera contar diez, me arrojé a su cuello y lo abracé con fuerza.



El teléfono suena cada día al alba. Suena insistentemente, pero cuando descuelgo la comunicación se corta. Cuando le mencioné esas llamadas a Yun, me miró atónita. «Yo también las

recibo.» «¿En serio?» Dijo que cuando respondía, colgaban. Nos miramos abatidos. El silencio pasó y Yun preguntó: «¿Crees que podría ser Mi-ru?». Le contesté: «Si fuera Mi-ru, ¿por qué iba a colgar?». Me miró y dijo: «Tienes razón». Me preguntó si alguna vez había pasado tanto tiempo sin saber nada de Mi-ru. Nunca. Aunque sabía que no existía la más mínima posibilidad de que Mi-ru hubiera ido a casa de sus padres, la llamé allí de todos modos. Por la forma en que su madre dijo «¿Eres Myeong-seo?», comprendí que era ella la que estaba deseando tener noticias de Mi-ru.

Ahora estamos ante una tormenta. Casi cada día me echo a la calle para sumarme a los demás manifestantes. Como no puedo dejarla sola, Yun me acompaña. Enlazamos nuestros brazos a los de otros insurgentes y marchamos hacia los grandes almacenes Shinsegae y al ayuntamiento. «Cuando colaboramos así —dijo Yun— parecemos capaces de cambiar las cosas.» Cuando estamos todos juntos, no se nos hace extraño asir la mano de un desconocido. Cada vez que nos empujan y pierdo la mano de Yun, alargo el brazo y la recupero. Quiero definir mi escala de valores. Quiero dejar de saltar de un fenómeno a otro. Ahora mismo solo este sentimiento de solidaridad me da fuerzas. Cuando me echo a la calle, la neblina en mi cabeza se despeja y hasta la desesperación más profunda se aligera. «No olvidemos nunca este día.»

Yun huele a chocolate. Había un boquete en la valla lo bastante grande para que pasara una persona. Al otro lado de la valla había una tienda pequeña. Un día que no tenía ganas de estudiar, mis amigos y yo hicimos novillos y nos colamos por el boquete. Al pasar junto a la tienda uno de nosotros gritó: «¡Chocolate!». La vitrina exhibía un dulce que yo no había visto antes; cada porción tenía su propio compartimento. Un pedazo costaba lo mismo que un paquete entero de otro dulce. Reunimos el dinero que teníamos, compramos unos trozos, los repartimos y nos los llevamos a la boca. El que lo reconoció como chocolate comentó que el sabor era delicioso. El dulce se deshizo lenta y suavemente en mi lengua. No tenía ni idea de que algo en este mundo pudiera saber así. Sentí como si mi cuerpo estuviera clavado al suelo.

En la radio del autobús sonaba *My Only Wish*, de Blue Dragon's. Era la canción que cantábamos juntos, acompañados a la guitarra por Mi-ru, cuando Dan vino a ver a Yun antes de alistarse en el ejército y convivimos unos días en aquella casa. La canción había ganado un premio después de ser interpretada por un grupo aficionado en uno de esos programas musicales para gente joven, como Festival de Música en la Playa o Festival de Música Universitario, presentado por un canal de televisión tiempo atrás. Apoyé la frente en la ventanilla del autobús y tarareé la letra:

*Mi único deseo*

*es regresar*

*al océano en el silencioso atardecer,*

*dormir junto al bosque.*

*Un cielo azul sobre el mar infinito,  
me dan igual las banderas vistosas,  
no necesito una casa espléndida.  
Solo pido una cama  
tejida con ramas jóvenes.  
Nadie llora bajo mi almohada  
y esos susurros entre las hojas secas  
son el sonido de la brisa en otoño.*

Cuando tocábamos la guitarra y cantábamos juntos esa canción en la casa abandonada, me parecía romántica y llena de lirismo, sin embargo cuando la canté en el autobús, quizá debido a Dan, me recordó a la muerte y callé. Pensar que tras esa dulce melodía acechaba el encanto frío de la muerte. Solo era posible cantarla de manera tan conmovedora y lánguida si no conocías la tragedia de una defunción, si nunca habías experimentado la amenaza de la muerte. ¿No es cierto?

La prima de Yun ha tenido una niña. Pronto celebrarán su centésimo día.

Tuve un sueño.

No sé dónde estaba, pero me hallaba cerca de un río. Tenía que cruzarlo para llegar a la otra orilla. La niebla era tan espesa que no veía a un palmo de mí. Me ponía a andar de un lado a otro, preguntándome cómo iba a cruzar el río, hasta que divisaba una casa. Amarrada entre la casa y el río, había una barca. Dando por sentado que el barquero vivía en la casa, llamaba a la puerta, pero nadie aparecía. Gritaba, pero nadie respondía. Finalmente empujaba la puerta y esta se abría, pero no encontraba a nadie dentro. En el suelo había un libro que parecía que alguien hubiera estado leyendo recientemente. Lo cogía y lo abría. Sé que en el sueño lo leía, pero cuando me desperté no recordaba de qué iba. Esperaba durante mucho rato, pero el dueño de la barca no aparecía, de modo que me subía a ella y me ponía a remar. El agua se abría y la barca avanzaba mientras la niebla se despejaba lentamente. Parecía como si la estuviera empujando yo. Para cuando alcancé el centro del río la niebla había desaparecido casi por completo, pero entonces la barca se negaba a continuar. Por mucho que remara parecía que estuviera enganchada a la superficie del agua. Justo entonces oía un grito. La voz sonaba desesperada. Miraba a mi alrededor y veía que un hombre me hacía señas en el lugar donde había estado amarrada la barca y me llamaba. Estaba demasiado lejos para distinguir su cara, pero me estaba suplicando que lo ayudara a cruzar el río. Yo ya me encontraba a medio camino y no podía volver. Si la barca no se hubiera atascado, ni siquiera habría mirado atrás. Intentaba remar otra vez hacia la orilla a la que necesitaba llegar, pero la barca se negaba a moverse. Impotente, dejaba de remar hacia delante y me ponía a remar en dirección al hombre para recogerlo. Y entonces la barca sí avanzaba.

A veces llamo a casa de los padres de Mi-ru. Han pasado ocho meses sin que haya recibido de ella una sola llamada o postal. Cuando llamo, o no me contesta nadie o lo hace la madre de Mi-ru. Pero nunca conseguimos hablar. La línea se corta antes de que pueda decirle «Hola». Algo le pasa a su teléfono. Marco de nuevo, pero vuelve a cortarse. Espero un rato y vuelvo a llamar, y otra vez lo mismo. En una ocasión dejé que sonara un buen rato, pero nadie contestó.

En las calles reina ahora la calma. Todo aquel entusiasmo, la sensación de que podíamos conseguir algo, se ha apagado. Nuestro impulso por cambiar las cosas se ha desvanecido. Hasta nuestra solidaridad ha pasado a ser un fenómeno más. La gente con la que me manifestaba se ha dispersado y desperdigado sin haber cambiado nada.

Empecé a trabajar media jornada en una revista de la que el hermano de Fallingwater es redactor jefe. La revista publica críticas de libros e información sobre novedades editoriales. A veces cojo la cámara y entro en una librería para fotografiar las cubiertas de los libros. Como la revista queda lejos de la casa de mi tío, instalé un saco de dormir en un rincón de la oficina. El hermano de Fallingwater me preguntó si pensaba dormir allí. Cuando asentí, me miró como diciendo «A ver cuánto aguantas», y me dio unas palmaditas en el hombro.

Hoy pasé por delante del ayuntamiento y me senté un rato con Yun en la plaza.

Yun señaló un bajante largo clavado a la pared del ayuntamiento y dijo: «¿Te acuerdas del tipo que trepó por la tubería?». Me acordaba. Cuando los manifestantes se congregaban delante del ayuntamiento, todas las puertas que conducían al mismo se cerraban a cal y canto. Yo no tenía y sigo sin tener ni idea de quién era ese tipo. Al día siguiente vi en el periódico una foto de él trepando por el bajante. No sabíamos quién era, pero los dos estábamos allí cuando ocurrió. Reinaba tal entusiasmo en el ambiente que teníamos la sensación de que podíamos creer en él pese a no saber quién era. Acompañado por los gritos de ánimo de los manifestantes reunidos en la plaza, el hombre trepó por la tubería hasta alcanzar la azotea del ayuntamiento. La gente observaba la escena conteniendo la respiración. En cuanto puso un pie dentro, la gente dejó escapar un suspiro de alivio y soltó un gran «hurra». El tipo se puso a gritar consignas y los manifestantes las repetían. También yo, también Yun. También las personas encaramadas al muro del palacio de Deoksu, a los escalones del metro, a los gingkos plantados en las aceras. ¿Adónde se ha ido toda esa gente?

Cuando Yun me contó que la madre de Mi-ru le colgaba el teléfono sin darle siquiera tiempo a terminar de decir «Hola», fue como si me dieran con un palo en la cabeza. Yun dijo que estaba claro que la madre de Mi-ru colgaba. Yo había pasado todo este tiempo pensando que algo le pasaba al teléfono o que no llegaban a tiempo de cogerlo. ¿Por qué no se me había ocurrido que a lo mejor al teléfono no le pasaba nada y era la madre de Mi-ru la que colgaba deliberadamente?

Domingo. Fui a la habitación del sótano donde vivía Mi-ru. No sé por qué he tardado tanto tiempo en pensar en ir allí. Había otra persona viviendo en la habitación, una mujer coja de unos cuarenta años. Me dio la impresión de que vivía sola. La mujer, que tenía muchas arrugas alrededor de los ojos, jamás había oído hablar de Mi-ru. Dijo que la habitación ya estaba desocupada cuando fue a verla, y que firmó el contrato de alquiler y se mudó de inmediato, todo

ello la primavera pasada. Me preguntó: «¿Tenía un gato?». Emily. «Todavía me encuentro pelo de gato», dijo. Como no parecía molesta, le respondí que sí, un gato de pelaje largo. Me marché y ya en lo alto de la escalera me detuve y me quedé mirando al infinito. ¿Adónde había ido Mi-ru con Emily? ¿Cómo pudo trasladarse sin decirnos una palabra? De pronto se me antojó una extraña. La mujer subió la escalera de peldaño en peldaño para sacar la basura. Al verme allí, con la mirada perdida, dijo: «Sigues aquí. ¿Dijiste que tu amiga se llama Mi-ru?». «Sí.» «¿Y vivió aquí?» La mujer dejó la basura en el suelo y mostró curiosidad por Mi-ru. «¿Las plantó ella?», me preguntó. Estaba señalando los tallos verdes de los lirios plantados a ras de suelo pero dispuestos de manera que pudieran verse desde la habitación del sótano. Cuando Mi-ru se fue a vivir allí la habitación era tan oscura que, después de meditarlo mucho, decidí plantar lirios. «Por favor, dile a tu amiga que cuidaré bien de sus flores. La primavera pasada, cuando me vine a vivir aquí, esos lirios alegraban mucho la habitación. Me preguntaba quién los había plantado. Me sentí muy feliz todo el tiempo que estuvieron en flor. Se lo pregunté a la propietaria y me dijo que los había plantado la anterior inquilina. Así que fue Mi-ru. ¡Mi-ru!» La mujer se frotó las manos después de dejar las bolsas de basura en el suelo y asintió educadamente, como si yo fuera Mi-ru.

El teléfono que hay en la mesa de la oficina de la revista suena mucho durante la noche. A veces el timbre me despierta y no puedo volver a conciliar el sueño. Un día, cuando me disponía a cerrar la cremallera del saco de dormir, el timbre del teléfono vibró en mi oído con un eco cordial. Salí del saco como una serpiente mudando la piel y caminé hasta el aparato, que seguía sonando insistentemente. En cuanto descolgué, una voz joven y femenina dijo: «Tengo que encontrar a Ji-su». «¿Cómo dice?» «Ji-su. —El tono era apremiante—. He dicho que tengo que encontrar a Ji-su.» ¿Por qué demonios llamaba a una revista para decir que necesitaba encontrar a Ji-su? Sabía que se había equivocado de número, pero parecía tan desesperada que no fui capaz de colgar. Empecé a decirle que no conocía a Ji-su, pero entonces oí un pitido; la mujer había colgado. Devolví el auricular al aparato y me disponía a regresar al saco cuando el teléfono sonó de nuevo. Pensé que por lo menos debería decirle que no sabía quién era Ji-su y contesté, pero me colgaron al instante. Supongo que Mi-ru no era la única. Mucha gente estaba intentando encontrar a alguien. Seguro que en lugares cuya existencia ni siquiera conocía había teléfonos sonando sin parar a causa de gente buscando a gente.

Sonó de nuevo el teléfono, y pensé que volvía a ser la mujer desesperada, la que estaba buscando a Ji-su, porque estaban llamando en mitad de la noche, como había hecho ella. Me quedé dentro del saco y pensé: «Ya parará». Pero no paraba. Frunciendo el ceño, salí del saco y contesté. Era Yun. En cuanto le dije «Hola» me preguntó con calma: «¿Puedo ir a verte?». Generalmente era yo el que decía eso. «¿Qué ocurre?» Miré el reloj. Las tres de la madrugada. La respiración de Yun me llegaba a través del auricular. Llevaba todo el día sin saber nada de ella. La había llamado a su habitación pasada la medianoche, pero solo obtuve el timbre de su teléfono. ¿Había sucedido algo? Me apresuré a decir: «Ahora mismo voy». «No —dijo ella—, no. Voy yo.» Tragué saliva. «No te esconderé nada —dijo—. Te lo contaré todo.» Pese a ser las tres de la mañana, al oír el tono de su voz las manos empezaron a sudarme. No le hice más preguntas. Ya sabía que estaba llamando por Mi-ru.

Libro marrón 9

# 10

## *En el fuego*

CRUCÉ SOLA LA CALZADA HASTA LA ACERA donde el semáforo acababa de cambiar. El granizo rebotaba en los coches y el asfalto con un sonido parecido al hielo al quebrarse. Había gente apiñada en una parada de autobús para protegerse. La indiferencia había desaparecido de sus rostros de golpe. Como burlándose de quien se había refugiado bajo el toldo y ahora parecía nerviosa y atrapada, el granizo aflojó y finalmente paró por completo. Todo ocurrió en un suspiro, como un sueño fugaz durante una cabezada. Un segundo después, como si nunca hubiera granizado, rayos de un sol invernal se abrieron paso entre los edificios una vez más. Nadie se atrevía a poner un pie en la acera. La gente contempló el cielo con escepticismo y me miró de arriba abajo cuando pasé por su lado.

Eran las vacaciones de invierno y hacía un frío glacial, de modo que la universidad estaba desierta. Myeong-seo ya estaba esperándome delante del cine. En cuanto me vio enarcó las cejas. Debía de tener mucho frío, porque estaba pálido. No llevaba ni guantes ni bufanda.

—¿La tienes? —le pregunté.

Asintió.

—Pero ¿se puede saber para qué quieres la llave del despacho del profesor Yun?

—He traído el diario de Mi-ru.

Myeong-seo solía sonreír cada vez que me miraba, pero esta vez no sonrió. Traté de serenarme. No quería empezar a tartamudear delante de él cuando le hablara de Mi-ru.

—Vayamos primero al despacho —dijo.

Echó a andar delante de mí, pero le agarré del brazo. Se negó a sacar las manos de los bolsillos. Me quité un guante, lo guardé en la bolsa y deslicé la mano en el bolsillo de su abrigo. Cuando encontré su mano y la estreché, pareció estremecerse.

—Anoche volví a llamarte, ¿verdad?

En lugar de responderle, le estreché la mano con más fuerza. Quería decirle «No importa», pero ya había dicho esas palabras demasiadas veces. No importaba que él me llamara. Podía llamarme cuando quisiera, a cualquier hora del día o de la noche. Siempre y cuando supiera desde dónde llamaba. Muchas veces, cuando me telefoneaba, le preguntaba dónde estaba y no lo sabía. A veces parecía que iba a decir algo, pero en lugar de eso colgaba. «¿Cuándo volveremos a estar



bien?» Mi mano era demasiado pequeña para envolver la suya.

Camino del despacho del profesor Yun se volvió para contemplar el zelkova. Yo también. El zelkova, normalmente rodeado de estudiantes yendo de un lado a otro, se encontraba ahora solo en mitad del aire invernal. La escena que vi un día que me detuve en ese mismo lugar y miré atrás pasó frente a mis ojos. Mi-ru caminando bajo el zelkova con la bolsa colgada del hombro y un libro en la mano. El andar de Mi-ru, el torso encogido y los hombros encorvados, como si estuviera mirándose el corazón. La falda acampanada de flores blancas y fondo azul marino, acompañada de la chaqueta blanca de algodón. El recuerdo de su falda mecida por la brisa me atravesó como un rayo de luz. Apreté la mano de Myeong-seo con más fuerza aún.

No saqué la mano de su bolsillo hasta que nos detuvimos delante del despacho del profesor Yun e intentó extraer la llave. Pese a saber que no había nadie dentro, llamé a la puerta al tiempo que Myeong-seo introducía la llave en la cerradura.

Cuando entramos en el despacho del profesor Yun, desocupado desde hacía un tiempo, nos asaltó un fuerte olor a humedad. El aire invernal y el olor a cerrado que inundaba la estancia nos hizo titubear. Myeong-seo cerró la puerta y pulsó el interruptor. El despacho se iluminó de golpe, como si hubiera descorrido una cortina, y los libros aparecieron ante nuestros ojos. Amontonados en estanterías funcionales diseñadas para albergar cuantos más tomos mejor, nos miraron impasibles. Escudriñé la mesa del profesor Yun, situada al otro lado de los libros, con la sensación de que podía oírle decir «Adelante», como aquella primera vez que llamé a su puerta. Igual que entonces, las estanterías hacían de tabique. Cómo me habría gustado verle asomar la cabeza por un costado y decir «Siéntate un momento ahí...». Junté las manos como si estuviera rezando.

—No hay nadie —murmuró Myeong-seo para sí, pese a saber desde un principio que iba a ser de ese modo.

Caminé hasta la mesa del profesor Yun. Normalmente cubierta de manuscritos y libros abiertos, ahora estaba vacía. Visualicé las manos del profesor Yun ordenando sus cosas. Deslicé la mano por la superficie y una capa de polvo se adhirió a ella. De pasear la mano por la mesa pasé a retirar el polvo con la palma. Al ver que la palma no me bastaba, extraje un pañuelo de papel de una caja y también entonces se levantó una nube de polvo. Myeong-seo fue hasta un lavamanos que había en un rincón del despacho y abrió el agua. El grifo chirrió por la falta de uso. Lo cerró y volvió a abrirlo con más brío. El agua salió con fuerza. Debajo del lavamanos había un cubo con un trapo. Colocó el trapo debajo del chorro, lo escurrió y se acercó a la mesa. Sin decir palabra, limpió la superficie que yo había estado sacudiendo con la mano.

—Trae, yo lo haré —dije.

Me ignoró y siguió limpiando. Parecía que hubiese ido únicamente para limpiar la mesa del profesor Yun. Tras observar con expresión ausente cómo el trapo se llenaba de polvo, abrí la ventana y una brisa fría se coló en la estancia.

—Me alegro de que no hayan tocado su despacho.

—Puede que vuelva algún día. He oído que todavía no han aceptado su renuncia.

Myeong-seo había pronunciado las palabras «algún día». Algún día... Mientras lo veía limpiar, murmuré esas palabras. «Algún día... algún día.» Cuando hubo terminado, retiró el cojín de la silla y la limpió también. Luego sacudió el cojín y lo devolvió a la silla antes de darle unas palmadas firmes. Tenía mala cara. Me había telefoneado la pasada noche, más allá de las cuatro

de la madrugada. Probablemente había estado bebiendo, porque apenas podía oírle. Le pregunté dónde estaba, pero no pude oír su respuesta. Esa clase de comportamiento era cada vez más frecuente, y cuando lo veía al día siguiente no podía preguntarle qué había hecho la noche anterior. Simplemente decía: «Me subí al metro... y supongo que debí de quedarme dormido».

—¿No tienes frío? —me preguntó.

—Sí.

Después de limpiar la mesa y la silla del profesor Yun y cerrar la ventana, Myeong-seo subió el estor con los dedos y miró por el cristal. Fuera no había nadie.

De espaldas a mí, me preguntó:

—¿Por qué me has traído aquí?

—Para añadir el diario de Mi-ru a la librería.

Abrí la bolsa, saqué el grueso diario de Mi-ru y caminé hasta el estante donde estaban los libros con los lomos mirando hacia dentro. Myeong-seo dejó caer el estor y se volvió hacia mí.

La primera vez que entré en ese despacho, lo primero que llamó mi atención fueron esos libros viejos que parecía que fueran a desintegrarse con solo tocarlos, los libros colocados al revés para no poder ver ni el título ni el autor. Sosteniendo el diario de Mi-ru, pasé la mano por los viejos libros, todavía guardados con el lomo hacia la pared. Tuve la sensación de que me hablaban, pero no podía entender una palabra de lo que me decían. Creí oír la voz del profesor Yun diciendo: «¿Te estás preguntando por qué los coloqué así?», y me volví instintivamente hacia la mesa. Myeong-seo estaba frente a ella, con el rostro contraído de frío, cuando nuestras miradas se encontraron.

—¿Quieres hacerlo tú? —le pregunté.

Desvió la mirada hacia el diario de Mi-ru.

—¿Lo has tenido todo este tiempo?

—Fui a casa de la abuela de Mi-ru. El día que estuviste llamándome en mitad de la noche. Ese día.

—¿Cómo la encontraste?

—Me reuní con la madre de Mi-ru y fuimos juntas.

—...

—No podía contártelo.

Era cierto. No fui capaz de contárselo y fui sola. Incluso a mi vuelta me quedé sentada delante del teléfono hasta bien entrada la noche. Al final le llamé. Pensaba que éramos como gemelos. Gemelos porque yo había perdido a Dan y él había perdido a Mi-ru. Myeong-seo se acercó y cogió el diario. Probablemente los dos estábamos recordando las manos marcadas de Mi-ru que anotaban todo lo que comía, sin dejarse nada. También me recordé a mí misma fascinada al ver por primera vez a alguien anotar tan minuciosamente lo que comía. Aquellos días tan queridos en que los tres abríamos ese diario y escribíamos nuestras historias encadenadas. Cuando hacíamos eso juntos, nos queríamos tanto que las mejillas se nos ponían coloradas. Tendríamos que haber estado más pendientes de Mi-ru cuando empezó a llenar su diario de historias de personas que habían desaparecido como el novio de su hermana. Eso es lo que tendríamos que haber hecho. Esas historias eran Mi-ru gritando a voz en cuello.

—Hazlo tú.

Tras hojearlo y pasar la mano por las páginas, Myeong-seo me tendió el diario.

¿Era ese diario la razón de que la madre de Mi-ru no me colgara aquella mañana cuando llamé? Normalmente, en cuanto pronunciaba el nombre de Mi-ru después del «Hola» inicial la madre me colgaba. Cada vez que pensaba en Mi-ru, llamaba a su casa. Intuía que sus padres no querían hablar de Mi-ru con nadie, pero no sabía qué otra cosa hacer aparte de seguir llamando. Entonces llegó aquella mañana, meses después de mi último intento. Cuando la madre de Mi-ru preguntó: «¿Diga?», inmediatamente le dije: «No cuelgue, por favor, no cuelgue». Estaba desesperada. Durante el silencio que siguió sentí como si se me quebrasen los dedos.

—¿Con quién hablo? —La madre de Mi-ru rompió el silencio.

—Me llamo Jeong Yun.

—Jeong Yun...

—...

—De modo que tú eres Jeong Yun.

Estrujando el teléfono con las manos, caí de rodillas al suelo y dije:

—Sí, soy Jeong Yun.

—Leí tu diario.

No lo llamé «el diario de Mi-ru», sino «tu diario».

—El diario está en casa de su abuela.

—Por favor, déjeme hablar con Mi-ru.

En cuanto le pedí que me pasara a Mi-ru, me desmoroné. Las manos me sudaban y se me separaron las rodillas. Tal vez ya lo supiera. Que no iba a conseguir hablar con ella.

—Por favor, pásame a Mi-ru.

Su madre soltó un largo suspiro.

—¿Dónde está? —le pregunté.

El silencio se alargó al otro lado del teléfono.

—Por favor, no cuelgue —dije.

—Mi-ru murió.

—...

—Dejó de comer.

—...

—¿Me has oído? Está muerta.

Con el teléfono todavía en la mano, me volví hacia la ventana y sentí que la torre Namsan, que había pensado que siempre estaría ahí, se venía abajo y caía sobre mi habitación.

La madre de Mi-ru me contó que ella tampoco tenía ni idea de que Mi-ru se había ido a vivir a la casa que le dejara su abuela. Igual que Myeong-seo y yo habíamos estado demasiado atrapados en la actividad febril de las calles para averiguar dónde se encontraba Mi-ru. Estaba completamente sola en la casa de su abuela. Todo el tiempo que Myeong-seo y yo estuvimos preguntándonos mutuamente: «¿Sabes algo de Mi-ru?», ella estaba sola en esa casa. Quise saber más, pero su madre dijo: «Eso es ahora agua pasada», y colgó. Al cabo de unos días me llamó. En cuanto descolgué se dirigió cariñosamente a mí como Yun-ah. Me pareció natural. «Voy a ir a casa de la abuela de Mi-ru —dijo—. ¿Quieres acompañarme?»

Cuando me apeé en la estación de la ciudad donde vivía la familia de Mi-ru, siguiendo las instrucciones de su madre, un hombre con aspecto de chófer se acercó y me preguntó si era Jeong

Yun. Le seguí. La madre de Mi-ru estaba sentada en el asiento de atrás de un coche gris plateado. Iba vestida de negro. Parecía toda una aristócrata. Fui a sentarme delante, pero me dijo «Siéntate aquí», y me señaló el asiento contiguo al suyo. Cuando subí vi a Emily tumbada en la bandeja de atrás. Me senté y la miré. No hizo el más mínimo gesto, como si me hubiera olvidado. Durante el trayecto hasta la casa de la abuela de Mi-ru su madre y yo no cruzamos una sola palabra. Al tomar una curva cerrada se volvió hacia mí. La ropa negra acentuaba su palidez. Me cogió la mano. Yo había estado agarrándome al asiento para no inclinarme cada vez que el coche tomaba una curva cerrada. La mujer mantuvo el semblante inexpresivo, pero podía sentir su calor y su fuerza mientras intentaba protegerme. Podía alcanzar a ver las facciones de Mi-ru en el perfil de su madre. La nariz alta y estrecha, la frente lisa, los labios carnosos y el moño tirante sostenido por el largo cuello. Me pareció estar viendo una versión madura de Mi-ru. Cada vez que el coche salía de una curva, me soltaba la mano con suavidad. Tenía la mirada fija en la ventanilla. El gesto se repitió varias veces hasta llegar a la casa de la abuela de Mi-ru.

El pueblo descansaba al pie de una montaña, aunque apenas se le podía llamar pueblo, pues no eran más que tres casas desparramadas.

—Imagino que quería vivir aquí como su abuela —dijo la madre de Mi-ru hablándome por primera vez desde que dejáramos la estación—. Algunas personas aseguran que la veían trabajando con una azada en el jardín y el huerto, vestida con un sombrero y un pantalón ancho. Les causaba impresión verla. Creían estar viendo a su difunta abuela.

La casa era tal como la había descrito Mi-ru. Me resultaba familiar, como si ya hubiera estado antes. En el patio estaban el caqui, el ciruelo y el cerezo, y en el armario los cuencos y las cucharas de bronce y los palillos. En el cobertizo, los utensilios de labranza dispuestos en perfecto orden y, colgadas de la pared, todas las cosas que la abuela de Mi-ru había utilizado o vestido a lo largo de su vida. El sombrero, las botas de goma, el chubasquero. ¿Era ese el lugar? ¿El lugar donde una mujer, que durante la guerra había viajado sola desde el sur con la madre de Mi-ru recién nacida atada a la espalda, había construido una casa como la de su niñez, la casa a la que nunca podría regresar? ¿Donde la hermana mayor de Mi-ru se había hecho una herida en la rodilla que le impidió volver a bailar? ¿Donde Mi-ru pasó sus últimos días en soledad? De todos los árboles, me quedé mirando la base del ciruelo. Fue ahí donde, el día del accidente, la hermana de Mi-ru utilizó una rama como barra de ballet y ofreció su última representación.

—Van a tirar la casa. —La voz apagada de la madre de Mi-ru quedó suspendida en el aire.

—...

—Por eso te pedí que vinieras. Quería que la vieras, puesto que es el último lugar donde vivió.

Creí poder ver a la pequeña Mi-ru metiendo en la cerradura todos los objetos puntiagudos que podía encontrar para intentar abrir la puerta y repitiendo «Ábrete, ábrete, ábrete».

La madre de Mi-ru abrió la puerta de la casa y se volvió hacia mí. Aparté la mirada del ciruelo y la seguí hasta el interior. «Para ser alguien que no tocaba la comida era muy fuerte...», farfulló para sí. «¿Por qué? ¿Por qué?» Me mordí el labio para reprimir la pregunta.

—Era anoréxica —prosiguió la madre de Mi-ru como si me hubiera leído el pensamiento—. Mi-ru se culpaba de que su hermana no pudiera bailar. Se negó a comer hasta que saliera del hospital. Así fue como empezó.

—...

—Una vez que la anorexia arranca es imposible detenerla. Incluso cuando estaba flaca como una caña de bambú, empezaba a llorar y no paraba. Yo no podía explicarme de dónde sacaba la fuerza. Hacía temblar la casa con su llanto. Después se reponía y al cabo de un tiempo recaía. Mejoraba y recaía. Durante la enseñanza secundaria ingresaba de tanto en tanto en el hospital para recibir tratamiento. A veces, cuando se negaba a comer, teníamos que alimentarla a la fuerza a través de un tubo. A partir de los quince años dejó de sufrir recaídas, por lo que pensamos que estaba mejor.

Todo eso era nuevo para mí. ¿Anotar en una libreta todo lo que comía era una forma de combatir la parte de ella que no quería comer? La madre de Mi-ru abrió una puerta que había al otro lado de la sala y la cruzó. Me detuve en el marco y asomé la cabeza. El suelo estaba lleno de arañazos; el papel de las paredes, rasgado; el armario, agrietado, y la repisa de la ventana, astillada.

—Mira. —La madre de Mi-ru se arrodilló y deslizó los dedos por los arañazos—. Son de Emily.

Me sentía abrumada, incapaz de asimilar lo que le había sucedido a Mi-ru, pero cuando su madre dijo «Son de Emily», rompí a llorar. ¿Emily fue la única que estuvo al lado de Mi-ru durante todo ese tiempo? Entré en el cuarto y acaricié el armario arañado. Las diminutas pezuñas de Emily aparecieron ante mis ojos. Unas marcas eran contundentes, otras débiles, otras increíblemente largas. Emily. Me sequé bruscamente las lágrimas. Emily no se había movido del coche. ¿Estaban esas marcas ahí porque Emily había intentado con todas sus fuerzas detener a Mi-ru? Me acerqué a su madre y las dos nos quedamos mirando los arañazos del suelo.

—En ningún momento se nos pasó por la cabeza que Mi-ru vendría a esta casa plagada de telarañas. Cometí un error. No debí vender la casa de Seúl. Nos suplicó que le dejáramos vivir allí contigo. Entonces pensábamos que no era lo que a Mi-ru le convenía. Ahora, como es lógico, sabemos que nada hubiera podido ser peor que lo que sucedió aquí, pero en aquel momento pensé que si volvía a vivir en esa casa nunca, nunca superaría lo que le ocurrió a su hermana. Yo tenía un dolor tan grande que no conseguía levantar cabeza. No me quedaban fuerzas para cuidar de Mi-ru como es debido. Después de vender la casa no volvió a mirarnos a la cara. Se negó a verme... ¿Dijiste que tu nombre es Jeong Yun?

La madre de Mi-ru tenía la mirada totalmente desenfocada, como si se hubiera olvidado de llamarme Yun-ah, y pronunció mi nombre completo como si acabara de decirselo.

—Sí.

—Fui una mala madre, sobre todo para Mi-ru.

Abrió el ropero y bajó una caja del estante superior.

—Son las cosas de Mi-ru.

La caja contenía el diario y unas cartas dobladas que tenían pinta de haber estado pegadas con celo en la pared.

—Retiramos todas las cosas que Mi-ru había enganchado en la pared.

Hojeeé las cartas. Eran cartas que Mi-ru nos había escrito a mí y a Myeong-seo, y al profesor Yun.

—¿Quieres quedártelas?

La madre de Mi-ru me miró en silencio. Me mordí el labio y asentí. Incapaz de hacer otra cosa, me quedé observando cómo envolvía la caja con una tela.

Durante el trayecto de vuelta, la madre de Mi-ru dijo de pronto:

—La incineramos y esparcimos las cenizas allí.

Como la mujer no paraba de hacer y deshacer el nudo de la tela que envolvía la caja, la cual sostenía en el regazo, no entendí dónde era «allí». Dijo que Mi-ru había adelgazado tanto que apenas parecía un ser humano. Miré por la ventanilla y divisé montañas. «Pesaba menos que un copo de nieve», dijo. Mientras Mi-ru permanecía en esa casa vacía sin comer, mientras Emily arañaba los suelos con todas sus fuerzas para intentar detenerla, ¿qué estaba haciendo yo? Hice memoria. Estaba corriendo por las calles de la mano de Myeong-seo, con las mejillas encendidas. Estaba perdida en un mar de un millón de personas. Mientras él y yo hacíamos causa común con desconocidos, enlazando brazos, cantando y marchando hasta el ayuntamiento, Mi-ru se quebraba como la rama de un árbol, sola en esa casa vacía, nos escribía cartas interminables y las pegaba en las paredes.

Cuando me despedí, la madre de Mi-ru no bajó del coche. Ni siquiera me miró. Me apeé sin preguntarle si podía llevarme a Emily. Mientras me dirigía a la estación abrazada a la caja que contenía el diario de Mi-ru, miré atrás. El coche de la madre de Mi-ru no se había movido. Di unos pasos más y miré de nuevo atrás. El coche seguía allí. ¿Por qué justo en ese momento se me apareció el rostro de mi madre? Mi madre, que sintió tanto morir. Mi madre, que me envió a la ciudad cuando se enteró de que estaba enferma. Giré sobre mis talones y eché a correr hacia el coche. Tropecé con mis propios pies en mi prisa por llegar, temerosa de que arrancara antes de poder darle alcance. Aporree la ventanilla y no respiré hasta que esta descendió del todo.

—Abra la puerta, por favor.

Los ojos vacíos de la madre de Mi-ru se posaron un instante en mi cara.

—Abra la puerta, por favor.

Abrió. Dejé la caja en la acera, me incliné y abracé a la madre de Mi-ru. Su rostro seco se apretó contra mi mejilla.

—Señora, estoy segura de que Mi-ru lo sentía mucho. —Descansé la barbilla en su hombro—. Estoy segura de que le diría que lo sentía mucho.

—Gracias. —Me dio unas palmadas en la espalda con las dos manos—. Gracias por no preguntarme por qué la dejé allí.

Me mordí el labio. No tenía derecho a hacerle esa pregunta. También yo la había abandonado.

—Ahora vete. —Me apartó—. Nunca volveremos a vernos...

La garganta se le cerró y no pudo terminar la frase. «Nunca volveremos a vernos.» Trató de recuperar la voz. Entré en el coche, empujando como si algo me lo impidiera, y cerré la portezuela. Miré por la ventanilla la caja que descansaba en la acera. Me llenó de tristeza pensar que existían relaciones como esa. Relaciones como la que yo tenía con la madre de Mi-ru, en las que no quedaba más remedio que decir «nunca volveremos a vernos», pese a ser nuestro primer encuentro. Permanecimos calladas, incapaces de separarnos. En vista de que no me bajaba, el chófer salió, rescató la caja y la metió en el coche. Permanecimos calladas mientras soportábamos las caras de enfado de los peatones que tenían que rodear el automóvil. Permanecimos calladas, hasta que la madre de Mi-ru rompió el silencio y preguntó:

—¿Quieres llevarte a la gata?

Carraspeé y apreté los libros para hacer un hueco. Recordé el día que el profesor Yun se dio cuenta de que los estaba mirando y me dijo que los coleccionaba y que si me interesaban podía tomarlos prestados. Lo primero que atrajo mi atención la primera vez que entré en su despacho fueron esos libros. Entonces no podía ni imaginar que un día estaría colocando el diario de Mi-ru entre ellos. Me disponía a meterlo en el hueco que le había hecho cuando Myeong-seo, que me estaba observando, dijo:

—Espera, Yun.

Me volví hacia él. Myeong-seo sacó algo del bolsillo interior de su abrigo y se acercó. Era una carta doblada.

—Pongamos esta también dentro.

Miré la carta. ¿Se la había enviado Mi-ru? Leyéndome el pensamiento aclaró:

—La he escrito yo.

Recordé que yo, seis meses después de enterarme de lo de Dan, le escribí una carta que nunca recibiría en la que le proponía visitar el pabellón del palacio Gyeongbok conmigo. Desde que se enteró de lo de Mi-ru, Myeong-seo no había vuelto a mencionarla. Lo único que hacía actualmente era emborracharse en locales elegidos al azar y llamarme desde una cabina a cualquier hora. De modo que Myeong-seo le había escrito una carta a Mi-ru. Me sentí aliviada. Abrí el diario para que pudiera añadir su carta de despedida a Mi-ru.

—¿Quieres leerla?

—No.

Debí de sonar demasiado firme. Me miró fijamente.

—Va dirigida a Mi-ru.

—...

—¿Qué es esto?

Mientras introducía el escrito reparó en las otras cartas metidas entre las hojas del diario. Las cartas que habían estado colgando con celo de las paredes de la casa vacía de la abuela de Mi-ru. Cartas que nos había escrito pero que nunca envió. Cartas que yo había pegado en las páginas en blanco del diario. La página que Myeong-seo abrió contenía una postal, no una carta. Dirigida al profesor Yun. En el reverso tenía pegada la hoja de un árbol y la huella se marcaba en el papel. Myeong-seo observó la letra de Mi-ru.

—No deberías leerla —dije. Me miró—. No nos la envió a nosotros.

Lo había meditado mucho antes de pegar en el diario las cartas y postales que Mi-ru había escrito en la casa. Tal vez lo correcto hubiera sido entregarles a Myeong-seo y al profesor Yun las cartas dirigidas a ellos, y leer las que Mi-ru me había escrito a mí. Pero Mi-ru no las había enviado. Y yo no podía saber si su intención había sido que las leyéramos. La caja que me había dado su madre se había pasado un mes sobre mi mesa. De vez en cuando deslizaba la mano por las postales y cartas que Mi-ru nos había escrito a Myeong-seo, al profesor Yun y a mí. Hasta que una noche decidí pegarlas en el diario que Mi-ru llevaba a todas partes. Y mientras hacía eso pensé: «He de añadir este diario a la estantería del profesor Yun, la estantería que albergaba su colección de libros de escritores que habían fallecido jóvenes, antes de cumplir los treinta y tres». Mientras manipulaba las cartas tenía que hacer un gran esfuerzo para no leerlas. Las frases pasaban frente a mis ojos como un tornado. Creo que leí algo de plantar semillas de patata. Las cartas dirigidas a mí contenían el nombre de Dan. Empezaba a leer y un segundo después cerraba fuertemente los

ojos, giraba la carta y le extendía el pegamento. Así y todo, las palabras «Siento no haber cumplido mi promesa» pasaron raudas, y leí algunas frases sobre los días que habíamos pasado recorriendo la ciudad. Una carta que comenzaba con «Querido Myeong-seo» parecía contar algo de montar en un trineo en invierno y caer al río. Vi frases que parecían citas de libros que Mi-ru había leído. «Su vida cotidiana era el sufrimiento de una persona que ama lo interno, y escribir era una forma de rogar por su salvación», Kafka. «Lanza una mirada fría / A la vida, a la muerte / Jinete, ¡pasa de largo!», Yeats. «Vivió, escribió, amó», Stendhal. Una de las postales contenía un poema de Jules Supervielle:

*Detrás de tres paredes y dos puertas*

*nunca piensas en mí.*

*Mas ni la piedra ni el calor ni el frío,*

*ni siquiera tú puedes impedir*

*que te cree y recree*

*a mi antojo, en mi interior*

*igual que las estaciones crean bosques*

*sobre la superficie de la tierra.*

Una de las cartas parecía una disculpa por algo dirigida al profesor Yun.

Tranquila, silenciosamente, Myeong-seo introdujo su carta de despedida en el diario de Mi-ru. Lo cerré y lo deslicé entre los demás libros con el lomo hacia dentro. Myeong-seo alargó una mano y le dio unas palmaditas. Nos quedamos un rato contemplando el diario mezclado con los otros libros. Myeong-seo se metió la mano en el bolsillo. Yo me metí la mano en el bolsillo. Levantó la mano izquierda para rascarse la cabeza. Levanté la mano izquierda para rascarme la cabeza. Bajó la vista y golpeó dos veces el suelo con los pies. Bajé la vista y golpeé dos veces el suelo con los pies. Finalmente me miró.

—¿Por qué me imitas?

—¡Para hacerte reír!

Pero no rió.

—Jeong Yun.

—...

—No te esfuerces tanto.

—Tenemos que esforzarnos.

—...

—Tenemos que hacerlo.

Estaba de espaldas a la estantería. Yo estaba a su lado, también de espaldas a la estantería.

—Hemos de estar juntos.

Mis palabras viajaron entre los estantes y regresaron como un eco. No respondió. Dos noches



antes, cuando el teléfono sonó en mi habitación de la azotea, eran las tres de la madrugada. Emily, que yacía junto al teléfono, pegó un salto y se escondió debajo de la mesa. La llamada era de Myeong-seo. Le pregunté dónde estaba y me dijo que no lo sabía. Estaba borracho y me costaba entenderle. Sin pretenderlo, le grité que reaccionara y buscara cerca un edificio o monumento reconocible. Lo último que le oí decir era que estaba cerca de la Universidad de Hongik. Me abrigué y fui hasta la puerta seguida de Emily. Le dije que estaría de vuelta enseguida y la empujé hacia dentro. La oí arañar la puerta mientras me ataba los cordones. Estábamos a bajo cero y soplaba un viento gélido. Me ajusté la bufanda alrededor del cuello, me puse los guantes, bajé y cogí un taxi. Myeong-seo había llamado desde algún lugar cerca del campus. Le pedí al taxista que condujera despacio por la calle principal que transcurría frente a la universidad. Los bares seguían abiertos, las luces centelleaban y la gente salía tambaleante a la calle para irse a casa. ¿Por qué había ido allí? Como no conseguía verlo en la calle principal, me bajé del taxi. Elegí una manzana y eché a andar por sus callejones, pero después de pateármelos todos seguía sin dar con él. Recorría las calles gritando su nombre; los gatos se escabullían al oír mis pasos y el viento esparcía la basura.

Debí de deambular más de una hora. Encontré a Myeong-seo en el hueco oscuro de una escalera, cerca del cine Sanwoolim. Había una cabina telefónica cerca, y supuse que era la que había utilizado para llamarme. Ni siquiera cuando me detuve delante me reconoció. Probablemente se había metido en algún lío, porque tenía sangre en la frente y una herida en el dorso de la mano. No podía haber bebido tanto en solitario, y sin embargo ahí estaba, solo. Ignoraba cómo había conseguido marcar mi número en ese estado. Estaba tiritando, y aun así había conseguido dormirse. Una gruesa capa de hielo cubría la base de la escalera. Del hueco colgaban carámbanos. Se me pasó por la cabeza que habría podido perder el conocimiento en la calle y no despertarse nunca más. Tenía que levantarlo como fuera y meterlo en un taxi, pero el callejón estaba escondido y Myeong-seo completamente despatarrado, por lo que no era fácil auparlo. Pensé en el día que me encontró descalza en medio de la ciudad, tras haber perdido los zapatos y el bolso en el tumulto, y me llevó a caballito sin apenas esfuerzo, poniendo un pie delante del otro. Me quité la bufanda y se la ató al cuello, y le cubrí el cuerpo helado con mi abrigo. Le froté las manos para evitar que se congelaran y esperé a que pasara alguien para pedirle ayuda. Entretanto pensé para mí: «Es preciso que estemos juntos, no separarnos nunca, ni siquiera de noche».

Conseguí llevarlo a mi habitación, pero al día siguiente, pasado el mediodía, seguía ebrio. Le di algo de comer, pero lo vomitó un minuto después. Emily nos observaba acurrucada en un rincón. No recuperó la sobriedad hasta la noche. Me preguntó qué hacía en mi cuarto. En lugar de responder, le dije: «Vente a vivir conmigo». ¿Qué le dije a Mi-ru cuando me pidió que me fuera a vivir con ella? Le dije: «Necesito pensarlo». Recordé su cara de decepción. Myeong-seo se limitó a mirarse la mano herida.

Se apartó de la estantería.

—Vamos.

—¿Adónde?

—A ver al profesor Yun.

—...

—Nos pidió que fuéramos juntos.

Cuando hizo ademán de partir lo agarré del brazo. Se apoyó de nuevo en la estantería. El

diario de Mi-ru estaba justo detrás de nosotros. Alguien subió por la escalera y pasó con andar enérgico por delante del despacho. Apoyados contra la estantería, escuchamos cómo se alejaban los pasos. Esa persona no podía saber que Myeong-seo y yo estábamos en el despacho del profesor Yun. Ni que el diario de Mi-ru descansaba ahora allí.

—Permanezcamos juntos —dije.

Clavó la mirada en la mano con que le tenía inmovilizado el brazo.

—Tenemos que estar juntos —repetí.

—...

—Tenemos que hacerlo.

Contuvo la respiración.

—Créeme, hemos de estar juntos. Con Emily. Comer juntos, cepillarnos los dientes juntos, despertarnos por la mañana juntos, ir a dormir por la noche juntos... leer juntos y...

No acabé la frase. Mientras enumeraba las cosas que deberíamos hacer juntos, me asaltaron recuerdos de días lejanos. Mi mano se vino abajo. Myeong-seo la atrapó al vuelo. Aquellos días que vivimos inesperadamente, sin previo aviso, sin expectativas. También él parecía estar pensando en los días que pasamos juntos en aquella casa vacía con Dan y Mi-ru. Dan había dicho que nunca olvidaría esos días, que aunque no había estado en esa casa más que una vez, creía que podría encontrarla sin perderse. No lo había soñado, ¿verdad? Que se alegraba mucho de haber podido pasar esos días conmigo. También dijo que le había hecho una promesa a Mi-ru en la cocina de esa casa. Que un día llenaría los márgenes de su diario con dibujos. Dan había escrito: «Algún día, cuando volvamos a vernos, añadiré dibujos a los márgenes de las historias que escribisteis los tres».

—¿Estás pensando en Mi-ru?

Myeong-seo enarcó las cejas.

Salimos de la universidad y fuimos hasta Jongno 3-ga para coger un autobús hasta la casa del profesor Yun en el campo. Caminábamos en silencio. Cada vez que soplaba el viento gélido, Myeong-seo sacaba la mano del bolsillo y me retocaba la bufanda. Luego se frotaba las manos para calentarlas y me las ponía en las mejillas. Para cuando hubimos llegado a la estación de Cheongnyangni, subido a un autobús en dirección a Deokso y encontrado asientos al fondo, había empezado a nevar ligeramente. Con la voz ahogada, Myeong-seo dijo: «Ojalá el tiempo pasara más deprisa, Jeong Yun. Ojalá tuviera edad para poder entender aunque no pueda perdonar. Ojalá fuera una persona muy fuerte».



El pueblo del profesor Yun estaba tan nevado que parecía una felicitación de Navidad. Supongo que no había parado de nevar sobre él mientras Yun y yo estábamos de camino. La nieve, que nos había dado un respiro mientras bajábamos del autobús y echábamos a andar hacia el pueblo, empezó a caer de nuevo. La nieve lo había cubierto todo de blanco y no quedaba ni una sola huella marcada en la superficie. Éramos los primeros en pisarla. Yun se agarró a mi brazo y me preguntó: «¿Sabes dónde vive?». Yo solo contaba con las indicaciones que me habían dado Fallingwater y el profesor por teléfono, y para colmo era la primera vez que iba. «¿Encontraremos la casa en medio de toda esta nieve?», me preguntó otra vez Yun, preocupada. Con cada paso la

nieve crujía bajo nuestros pies. «La encontraremos», dije fingiendo seguridad, y Yun sonrió. «Cruje mucho», advirtió, y como si fuera la primera vez que andaba por la nieve, empezó a pisar la superficie intacta únicamente para oírla crujir. «Escucha: crac, crac, crac...» Apretó el paso para escuchar más crujidos. Caminaba delante de mí, dejando sus huellas en la nieve. Se detuvo para que le diera alcance y entonces se dio la vuelta y dijo: «Mira». Estaba señalando las huellas que acabábamos de dejar en la nieve. Las mías eran grandes; las de Yun, pequeñas. Me gustaba caminar en la nieve con ella y dejar marcadas nuestras pisadas. Me encantaría poder caminar hasta cualquier lugar del mundo con Yun. Avanzamos por el sinuoso camino con el sonido en nuestros oídos de la nieve crujendo al pisarla. Un grueso manto blanco cubría un árbol viejo que había caído durante el último tifón. Los pájaros se posaban en las ramas nevadas y levantaban el vuelo al oír nuestras pisadas.

«Tengo la sensación de que nos estamos adentrando en las montañas», dijo Yun. Yo había estado pensando lo mismo, pero la tranquilicé diciendo «Queda poco», como si supiera adónde nos dirigíamos. En mi interior estaba preocupado, pero al salir de una curva el pueblo, que parecía que nunca iba a aparecer, se desplegó a nuestros pies. Nos detuvimos al mismo tiempo. Por lo visto alguien había retirado la nieve del camino hasta el punto donde nos encontrábamos y regresado al pueblo. «¿Quién ha retirado la nieve justo hasta aquí?», preguntó Yun con la mirada chispeante. «No lo sé, yo desde luego no...», farfullé, y Yun farfulló a su vez; «Yo tampoco». El pueblo estaba rodeado de montañas y cubierto por un manto de nieve impoluta. Solo había un puñado de casas. El mundo se había teñido de blanco. Únicamente el camino sin nieve hasta donde estábamos nosotros proseguía como una ruta en un mapa. Lo seguimos con la mirada. El camino descendía sinuoso hasta el pueblo y conectaba con una carretera que desembocaba en otra más estrecha que a su vez llegaba hasta otra carretera más estrecha aún. Todo estaba cubierto de blanco, de modo que el camino despejado de nieve sobresalía como si estuviera marcado. El camino continuaba un buen trecho y se detenía delante de una casa. «Termina allí —dijo Yun—. Hum. Esa debe de ser su casa.»

Estaba señalando la casa situada al final del camino. Desde donde estábamos parecía que acabara en esa casa; pero desde ese extremo parecería que el camino empezaba allí. «Esa es la casa del profesor Yun.» Seguimos el camino bien marcado que descendía hasta el pueblo. Cogimos el camino que primero habíamos trazado con la mirada. Tal y como había supuesto Yun, la casa del final era la del profesor Yun. La verja estaba abierta y el profesor estaba en el jardín. También ahí la nieve estaba alta y blanca. De ella sobresalían algunos árboles pelados cubiertos de nieve. Por el murete que separaba el jardín de la calle asomaba una escoba de bambú de aspecto robusto que había sido empleada para barrer el camino por el que habíamos bajado. La nieve del jardín permanecía intacta. El profesor no dijo nada como «Adelante» o «¿Os ha costado encontrar la casa?». Simplemente nos observó en silencio mientras nos aproximábamos. Cuando nos detuvimos frente a él, un perro grande y rubio salió de una casita arrimada al muro. Antes de saludar al profesor, Yun se puso a acariciar el lomo del animal, que se había acercado agitando la cola. Bajó las orejas y se detuvo al lado del profesor. «Es grande», dijo en un tono cordial.

Justo cuando el profesor alargó una mano y le dio unas palmadas en el hombro, Yun se derrumbó sobre el suelo nevado del jardín. Al principio pensé que había tropezado con algo. Los hombros le temblaban y de pronto rompió a llorar. Atónito, quise ayudarla a levantarse, pero el profesor dijo: «Déjala tranquila». En una ocasión, hace tiempo —ahora que escribo estas

palabras, «hace tiempo», parece que haya transcurrido una eternidad—, vi lágrimas en la cara de Yun. Pensé que había hundido la cara en el río de Uiryeong. Una vez que Yun empezó a llorar no pudo parar. Me descubrí preguntándome cómo había conseguido contener todo ese llanto tanto tiempo. Los ojos se le hincharon enseguida.

El profesor estaba al corriente de lo que le había sucedido a Mi-ru. No valía la pena preguntarle cómo se había enterado. Ojalá solamente nos ocurrieran cosas sobre las que tuviera sentido preguntar cómo o por qué. Como si hubiera adivinado mis complejas reflexiones, el profesor dijo que había recibido una carta de la madre de Mi-ru. La madre de Mi-ru no quería verme. Se llevó a Yun a la casa de la abuela de Mi-ru y escribió una carta al profesor, pero a mí ni se dignó llamarme. Probablemente el profesor me dijo que fuera a verle con Yun cuando le telefoné para pedirle la llave de su despacho porque ya sabía lo que le había ocurrido a Mi-ru. Me lo había pedido varias veces. Para cuando Yun dejó de llorar y la llevé adentro, empezaba a oscurecer. La casa del profesor estaba amueblada con sencillez: un sofá y una mesita de centro en la sala de estar, una mesa y cuatro sillas en la cocina, y un escritorio y una silla en el dormitorio. Cuando tomé asiento en un banco largo instalado debajo de la ventana de la sala de estar, divisé nuestras huellas en la nieve blanca del jardín. También las huellas del perro, que había estado dando vueltas alrededor de Yun mientras lloraba sentada en el suelo como si le diera pena, estaban por todas partes. El profesor fue a la cocina, regresó con un termo, sirvió una taza grande de té de membrillo y la dejó delante de Yun antes de servirme otra a mí. Se volvió hacia la ventana mientras le preguntaba a Yun si había terminado de llorar. Yun rodeó la taza de té de membrillo con ambas manos y bajó la cabeza. «Ella me trajo ese árbol —explicó el profesor. Supuse que hablaba de Mi-ru—. Lo plantamos juntos, me dijo que era un manzano silvestre.» En ese momento se me ocurrió que a lo mejor el profesor había sido la última persona a quien Mi-ru vio antes de marcharse a casa de su abuela. «En primavera —dijo el profesor— las hojas brotan y cuando caen aparece el fruto. Si sobrevive al verano, veremos manzanas silvestres rojas antes del otoño.» Sentados juntos, Yun y yo miramos el árbol que estaba señalando. Los copos de nieve que colgaban del árbol titilaban.

«En mis días de juventud, antes de cumplir los treinta, recibí una carta. —El profesor empezó a hablar al tiempo que recostaba su cuerpo descarnado en el sofá. Detrás de las gafas, sus ojos seguían clavados en los copos que pendían del manzano—. Era de alguien que conocía. Una novia. Estuvimos juntos mucho tiempo.»

Después de decir «Estuvimos juntos mucho tiempo» nos contempló. Su mirada firme empezó a temblar. El sobre contenía una llave. Yun dejó la taza de té de membrillo sobre la mesa. «Hacía muchos años que no nos veíamos, de modo que cuando vi la llave sentí como si tropezara con la piedra de un arroyo y cayera al agua. La miré con desconfianza y pensé: “¿Qué significa esto?”. Había un papel enrollado alrededor de la llave. Cuando lo desenrollé encontré una fecha y un plano dibujado a mano donde aparecía una carretera sinuosa. Era un día de invierno como hoy. Yo nunca había estado en la casa dibujada en ese mapa. Acababa de regresar de hacer un curso de escritura de varios meses en una universidad de Estados Unidos, después de haber terminado el servicio militar, y estaba pasando el invierno en mi pueblo natal. Los teléfonos no eran tan corrientes en aquel entonces. No tenía ni idea de lo que significaban la llave y la fecha, por lo que pasé varios días inquieto. Creo que hasta le escribí una carta repleta de preguntas, pero la nieve me impedía enviarla a la dirección del sobre. Entretanto, la fecha en cuestión llegó y pasó. Dejó

de nevar y no pensé en la llave hasta varios días después de la fecha anotada en el papel que envolvía la llave. Caí en la cuenta de que se suponía que debía reunirme con ella en esa fecha. Me puse en marcha al instante. Abrí un camino en la nieve y tomé un tren. La casa dibujada en el plano estaba en lo alto de Oksu-dong, un barrio que no conocía. Deambulé por él buscando el edificio. El suelo estaba helado y hacía frío. No sé cuántas veces resbalé en aquellas calles empinadas. En una ocasión en que caí de espaldas, sentí que se me rompía el corazón. “¿Qué hacía viviendo en un barrio tan pobre?” Recordé que cuando éramos novios vivía en Hannam-dong. Me había invitado a su casa, y después de eso los dos empezamos a perder interés. O, mejor dicho, yo perdí interés, no sé explicar exactamente por qué, digamos que no estábamos al mismo nivel. Entretanto me alisté en el ejército y no se lo conté, y cuando me enviaba cartas no le contestaba. Fue a verme una vez al cuartel, pero en ese momento yo estaba de permiso. Después de varios desencuentros similares, no volví a saber de ella. Pero cuando vi que vivía en esa barriada tan empinada, sentí que el alma se me caía a los pies. Era un pequeño edificio de pisos de alquiler habitado por varias familias. Llamé al timbre y golpeteeé la puerta con los nudillos, pero nadie acudió. Saqué la llave del sobre y la introduje en la cerradura. Encajaba. Abrí la puerta y entré. No había nadie. Los zapatos estaban colocados en hilera y reinaba un gran orden. Dije en voz alta: “¿Hay alguien en casa?”, pero nadie respondió. Me descalcé y entré. “¿Hay alguien?” Mi voz retumbó en el piso. Permanecí un rato inmóvil y luego me puse a abrir puertas. Recuerdo que había una habitación grande y otra pequeña. También abrí la puerta del cuarto de baño, que tenía pinta de no haber sido utilizado recientemente. En el piso no había nadie. Estaba vacío salvo por el frío. Como no podía pasearme como si tal cosa en una casa ajena, me marché. Cerré la puerta con llave y bajé. No obstante, mientras me alejaba por el callejón algo tiraba de mí, y empecé a caminar sin mirar atrás. De repente tuve una visión. Aunque hacía un frío glacial, empecé a sudar. Pensé: “No puede ser”, y regresé corriendo por el callejón, resbalando y tropezando, mientras rezaba para que estuviera equivocado.»

El profesor calló y nos miró. «Bebed», dijo. Yun acercó la mano a la mesa para coger su taza, pero se detuvo y me tendió primero la mía. El profesor tenía los ojos rojos e hinchados. «He preparado el té con el fruto de mi membrillo.» Señaló un árbol muy alto cubierto de nieve. Parecía que no quisiera continuar su historia. Nos miró, asintió y prosiguió:

—Cuando llegué al piso e introduje la llave en la cerradura quise dar media vuelta y largarme. La puerta se abrió con un chasquido. Los zapatos seguían allí, formando una hilera. Me detuve frente a ellos y observé la puerta de la habitación grande. Lo que había pasado por mi mente cuando me alejaba por el callejón era la sensación que había tenido al abrir esa puerta. A diferencia de las demás, se había detenido a medio camino, como si hubiera tropezado con algo. Yo me había limitado a abrir las puertas de las habitaciones y a asomar la cabeza. No había entrado en ellas. Ni siquiera estaba seguro de que fuese su casa, y en cualquier caso el hecho de que la llave que me había enviado encajara en la cerradura no me daba derecho a irrumpir en el cuarto de otra persona. Me quedé delante de la hilera de zapatos mientras volvían a entrarme las dudas y me preguntaba: «¿No debería marcharme?». Tenía miedo. Me aclaré la garganta y, sin descalzarme, caminé despacio hasta la puerta de la habitación. Temiendo no ser capaz de obligarme a abrirla, la empujé de golpe y miré detrás. Lo que había sentido cuando me alejaba por el callejón, que la puerta había chocado con algo, era real. No puedo creer que os esté contando esto, pero el caso es que era ella. Estaba en la pared situada detrás de la puerta. Colgando de una

soga.

El profesor, Yun y yo observamos la caída de la noche sobre el jardín nevado. «¿Cuánto hace de eso? —dijo el profesor—. ¿Cómo podría olvidar lo que vi ese día? El recuerdo está ahora algo borroso, pero sigue ahí. Por tanto no voy a deciros que la olvidéis. Pensad en ella, pensad en ella y luego pensad en ella un poco más. Pensad en ella hasta que ya no podáis pensar en ella. Cuestionaos y dudad de este suceso injusto y desconcertante. Si me hubiera presentado en el piso el día anotado en el papel, quizá la habría salvado. Por otro lado, puede que ya tuviese planeada su muerte y solo quisiera que yo fuese el primer testigo. Imposible saberlo... Los seres humanos somos imperfectos. Somos complicados, imposibles de definir a través de una moraleja o un aforismo. La culpa, la pregunta de por qué actué de ese modo, me perseguirá toda la vida. Como mi sombra. Si no podemos desesperarnos por las cosas que hemos perdido, ¿qué sentido tiene todo esto? Sin embargo... no quiero que esa desesperación dañe vuestra alma.»

El perro salió al jardín, se sentó en la nieve y nos miró. Como si estuviera plantándonos cara. ¿Cuánto hacía de eso? El perro se levantó, fue hasta la ventana y volvió a sentarse. El profesor abrió la cristalera, sacó la mano y le acarició el cogote. Sus gestos eran delicados. Se enderezó, como si se le hubiera ocurrido algo, y se volvió hacia nosotros. «Levantaos —dijo—. Nos vamos a la montaña.»

En el patio estaba anocheciendo. ¿Por qué quería que fuéramos a la montaña a esas horas? Yun me miró con cara de extrañeza. Parecía estar pensando lo mismo. Sin pedir nuestra opinión, el profesor cogió unos palos largos que descansaban junto a la verja y nos dio uno a cada uno. Cogió otro para él y se puso en marcha. Saliendo de la casa con nuestros palos ofrecíamos una imagen ridícula y resuelta al mismo tiempo. El pueblo, formado por un puñado de casas, estaba ahora completamente nevado. Incluso había casas desocupadas. Sus jardines también estaban cubiertos de nieve. Camino de las montañas no nos cruzamos con nadie. Yun y yo seguíamos al profesor hundiendo los pies en la nieve. Pronto llegamos a un bosque de pinos. Las montañas nevadas rebosaban no solo de pinos sino de toda clase de árboles de diferentes alturas. Nunca había visto nada igual. Los árboles semejabán personas mirándonos en la oscuridad. Era tan bonito que mis rodillas flaquearon. El profesor retiró la nieve de una rama que rozaba el suelo. Yun se detuvo debajo de un árbol viejo cargado de nieve cuyo tronco medía más de dos brazos de diámetro y echó la cabeza atrás para admirarlo. «Sacudid la nieve. Desde que paso el invierno aquí he descubierto que si vuelve a nevar cuando los árboles ya están cargados de nieve, las ramas no pueden soportar el peso y se parten. Antes de que eso ocurra, retiremos juntos la nieve. Algunas ramas ya se han partido.» El profesor fue el primero en levantar el palo y lo utilizó para aubar la rama de un pino. Aunque apenas lo tocó, la nieve amontonada en la rama cayó. A mí y a Yun nos cayeron copos en la cabeza y los hombros. Siguiendo el ejemplo del profesor, levantamos los palos hacia las ramas de los árboles viejos para derribar la nieve. Al principio íbamos con tiento, pero al rato estábamos zarandeando enérgicamente las ramas de esos árboles viejos de las montañas. Aunque era de noche, la nieve alumbraba las montañas. Cuando la nieve resbalaba de las ramas de los pinos jóvenes que crecían entre los árboles viejos, estas regresaban inmediatamente a su lugar. Pese a estar en la montaña en pleno invierno, el sudor me cubría la frente y rodaba por mis sienes. Algunas ramas salían disparadas hacia arriba y sacudían la nieve acumulada en las ramas superiores. El profesor también recogía las ramas que ya se habían partido y estaban enterradas en la nieve. Avancé de árbol en árbol hasta perder de vista a Yun, y

cuando miré atrás la vi sacudiendo la nieve de las ramas con igual concentración. El profesor trabajó detrás de nosotros durante un rato y luego se detuvo en un rincón apartado para observarnos. Yo tenía el cuerpo bañado en sudor. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba trabajando. Los árboles, inclinados por el peso de la nieve a nuestra llegada, apuntaban ahora hacia el cielo. Pese a la falta de resuello, Yun seguía saltando de un árbol a otro. La montaña se llenaba con el eco de nuestros esfuerzos. Me detuve para mirar arriba: las estrellas brillaban en el cielo congelado de la noche. ¿Cuánto tiempo hacía que no levantaba la vista para contemplar las estrellas? Debía de ser más de medianoche. No veía al profesor. Ni siquiera cuando miré en derredor. Preocupado, dejé lo que estaba haciendo y corrí colina abajo. Tenía la espalda empapada. El profesor estaba sentado bajo un pino viejo limpio de nieve. «Señor, ¿está bien?», le pregunté. «¿Estarías bien en mi lugar?» Sonrió débilmente. Me senté a su lado y escuché los resoplidos de Yun cada vez que agitaba una rama cargada de nieve. El profesor suspiró hondo y levantó la vista hacia el cielo que se extendía por encima del viejo pino. El sonido de Yun retirando la nieve resonaba en las montañas. Fui a llamarla, pero el profesor me detuvo. «Déjale hacer —dijo—. Parará cuando esté lista.»

Libro marrón 10

# Epílogo

## *Primavera helada*

*¿Quién puede decirme*

*hacia dónde va mi vida?*

*¿Todavía deambulo en la tormenta?*

*¿Me he convertido en una onda del estanque?*

*¿O sigo siendo un pálido abedul congelado*

*bajo la escarcha de la primavera?*

RAINER MARIA RILKE,

*Mi vida*

—Voy a hablaros de Cristóbal.

Me ajusté las gafas y miré a la clase. Sus brillantes ojos estaban clavados en mí. Durante el tiempo de capilla disponía de quince minutos para compartir una historia con las alumnas. Me quité las gafas y las dejé en la mesa. Los ojos chispeantes se volvieron ligeramente borrosos. Las chicas de la última fila quedaron reducidas a siluetas. La pregunta «¿Quién es Cristóbal?» se abrió paso entre ellas, igual que lo había hecho cuando el profesor Yun se detuvo frente a sus estudiantes, entre los que estábamos Myeong-seo y yo. Me fijé en sus caras de perplejidad y sonreí para mis adentros. Cada vez que la gente joven se me antojaba adorable, me daba cuenta de que me estaba haciendo mayor. Hacerse mayor no estaba mal. Después de todo, otro síntoma de hacerse mayor era que la envidia silenciosa que te producen quienes pasan su juventud sin percances, y la sensación de pérdida que se extiende como ondas hacia quienes parecen brillar por mucho que te frotes los ojos, comienza a amainar y ya solo queda la esperanza de que nada los coarte mientras paso a paso forjan libremente su camino.

—¿Quién ha oído alguna vez el nombre de Cristóbal?



Cogí las gafas y volví a ponérmelas. En cuanto hice eso, los ojos centelleantes de las estudiantes volvieron a invadir mi campo de visión.

Cuando me telefoneó después de ocho años para hablarme del profesor Yun, aún tardé tres días en ir al hospital. Después de atender la llamada y pasarme el resto de la mañana sentada, ordené la mesa y me dispuse a salir hacia el hospital cuando el teléfono sonó de nuevo. Era Fallingwater. Después de la graduación, Fallingwater se había marchado a estudiar arquitectura a una universidad de Pennsylvania, hogar del auténtico Fallingwater, y a su regreso se puso al frente de un estudio de arquitectura situado a un túnel de mi barrio. Probablemente se había enterado del estado del profesor Yun por alguien y me llamaba para informarme. Los teléfonos de todas las personas que habían forjado su amistad en torno al profesor Yun debían de estar sonando. Cuando volví a escuchar la noticia de boca de Fallingwater, finalmente la acepté. Se ofreció a recogerme en coche y llevarme al hospital, pero aunque estaba a punto de salir le dije que tenía un invitado en casa y que iría más tarde. «¿Un invitado? —dijo, y añadió—: Te veré en el hospital.» Colgué y me quedé sentada a la mesa hasta que anocheció. Contemplé un rato el orden de mi mesa y luego abrí la carpeta de documentos de una ONG relacionados con muertes en extrañas circunstancias. Los estudié minuciosamente. Llevaba tiempo reuniendo esos documentos para enviárselos a la hermana mayor de Dan. Resultaba doloroso leer los informes de gente fallecida antes de tiempo, de personas empujadas a una muerte repentina e inexplicable. El siguiente día lo pasé delante de una máquina fotocopiando los documentos pertenecientes a muertes inexplicables en el ejército y se lo envié todo a la hermana de Dan. Mi plan era convencer a la familia de Dan, que no conseguía superar el golpe y el dolor pero se negaba a hablar de ello, de que solicitara por escrito que se reabriera la investigación del accidente.

Aunque posponer mi visita al hospital para ver al profesor Yun no iba a mejorar las cosas, lo hice de todos modos. Tenía la sensación de que no estaba postrado en el hospital, sino poniéndome delante un folio en blanco y preguntándome «¿Qué estás haciendo?». Pasé todo el día evitando ir al hospital, manteniendo a raya la culpa que crecía dentro de mí y retrasando en lo posible el momento en que no me quedaría más remedio que ir. Sabía que en cuanto fuera tendría que aceptar la muerte del profesor Yun como un hecho consumado. Seguía nevando al otro lado de la ventana. Igual que un día me enfrenté a una densa nevada buscando la casa del profesor Yun y regresé sin éxito, quería que el profesor Yun diera la espalda a la muerte y volviera con nosotros. Pasé dos días echando un pulso conmigo misma. El tercer día, la tensión que me atenazaba aflojó y me embargó una extraña sensación de alivio. Como un desafío a mi deseo de dejar correr el tiempo sin recibir la noticia de la muerte del profesor Yun, la tarde del cuarto día me llamaron de nuevo. En cuanto el teléfono sonó supe que la persona al otro lado era Myeong-seo. Y lo que iba a decir.

—Los médicos dicen que el profesor Yun probablemente no sobreviva a esta noche.

El profesor Yun había dicho en una ocasión que el hecho de estar vivo augura que pronto adoptaremos otra forma, y que esa es la fuente de nuestra esperanza. Existe un momento del todo espléndido entre el nacimiento y la muerte de todas las cosas, desde los seres humanos hasta el objeto más insignificante. Ese momento es el que llamamos juventud. Cuando Myeong-seo me telefoneó esa segunda vez en ocho años y me dijo que el profesor Yun no sobreviviría a esa noche, cuando dijo mi nombre, «Yun-ah», su voz pronunciando aquellas palabras largo tiempo olvidadas,

«No olvidemos nunca este día», regresó a mí como un banco de salmones remontando una catarata.

Llegué al hospital, subí en el ascensor hasta la planta donde estaba ingresado el profesor Yun y caminé hasta su habitación. Mis pasos resonaban en el pasillo. En cuanto empecé a prestarle atención, el sonido de mis pasos se hizo más fuerte, hasta que invadió mis oídos y ya no pude oír otra cosa. Era tan insoportable que tuve que detenerme un momento. Al final del pasillo había alguien apoyado en la pared. Justo en el instante en que me percataba de que me estaba mirando, se apartó de la pared y enderezó la espalda. Era Myeong-seo. Lo reconocí enseguida, incluso desde esa distancia. Eché a andar hacia él, pero al cabo de unos pasos me detuve y me quedé mirándolo. Él me miró a su vez. Cuando reanudé mis pasos vino a mi encuentro. Caminamos despacio el uno hacia el otro hasta quedar frente a frente.

—Has venido.

Iba vestido con traje. Su mirada descansó unos instantes en mi rostro. Le miré a los ojos. Las cejas se elevaron como pájaros levantando el vuelo. Por un momento me sumergí en el recuerdo del día en que lo conocí, y me apresuré a enderezar la espalda y bajar la mirada hasta la corbata y la camisa beige que llevaba debajo de la americana azul marino. Siempre que veía su foto en periódicos o revistas, llevaba encima una cámara. En una ocasión incluso leí una entrevista en la que aparecía haciendo una foto con una rodilla apoyada en el suelo. A su lado había una mochila, del tamaño de un niño pequeño. Su artículo trataba de su viaje en tren por la costa este de Estados Unidos con un artista de instalaciones. El reportero explicaba que había intentado levantar la mochila, pero pesaba tanto que tuvo que devolverla al suelo. Contaba que Myeong-seo había trepado como una pantera hasta lo alto de una elevación con esa pesada mochila sobre los hombros para poder hacer la foto de un tren que pasaba en ese momento. El artículo incluso explicaba que las cicatrices de las rodillas, que se le habían formado de correr colina arriba, eran duras como piedras. Se había convertido en uno de esos fotógrafos que se arrastra hacia su objetivo y se apoya en una rodilla para fotografiarlo. Yo observaba cómo se convertía en fotógrafo y no en escritor a través de los periódicos a los que estaba suscrita y las revistas que abría casualmente. Al principio, cada vez que lo veía me quedaba un rato mirándolo presa de emociones encontradas, pero poco a poco me fui acostumbrando. Parecía estar yendo siempre de un lado a otro. Quizá por eso se me hizo tan extraño verlo con traje.

—Vamos.

Echamos a andar. Cuando doblamos la esquina, divisé varios rostros conocidos, reunidos en grupos de dos o tres. También había un hombre solo mirándose las punteras de los zapatos, absorto en sus pensamientos. Algunas personas me saludaron con la mirada, mientras que otras me dieron palmadas en el hombro. Una de ellas me dijo en tono de reproche: «¿Por qué has tardado tanto?». Myeong-seo se adelantó hasta la habitación y luego se dio la vuelta. Sacó las manos de los bolsillos y las posó en mis hombros.

—Prepárate.

Se disponía a decir que esperaría fuera, pero cambió de parecer y dijo:

—Entremos juntos.

En cuanto puse un pie en la habitación, comprendí por qué me había seguido. Le cogí instintivamente de la mano. El cuerpo del profesor Yun estaba cubierto por una urna de cristal de

la que solo sobresalían la cara y los brazos. Como no podía respirar por sí mismo, de la nariz y la garganta le colgaban tubos respiradores y alimentadores. Tenía el cuerpo tan hinchado que no quedaba rastro del viejo profesor Yun hecho un esqueleto. Contemplé sus manos consumidas, separadas de su cuerpo hinchado por el cristal. Descansaban inmóviles al final de unos brazos con tantas marcas de aguja que no quedaba un solo espacio libre donde insertar otra. Únicamente sus manos seguían siendo como las recordaba. Aunque tenía los dedos rugosos, la piel era translúcida como la de un bebé. Estaban tan delgados que parecían lápices. Estrechándome con fuerza la mano —la que deseaba acariciar la del profesor Yun— estaba la mano de Myeong-seo.

—Dile lo que quieras —me susurró con la mirada clavada en el rostro del profesor Yun—. Puede oírte.

¿Todavía puede entendernos en ese estado? Me quedé donde estaba. Myeong-seo se colocó al lado del profesor Yun y le dijo: «Profesor Yun, Jeong Yun está aquí». Dentro de la caja de cristal, el cuerpo del profesor Yun no reaccionó, y tampoco su rostro. Costaba creer que respirara siquiera. Los ojos, en otros tiempos penetrantes pero amables, estaban cerrados y quietos. Alguien abrió suavemente la puerta e hizo señas al asistente apostado al lado del profesor Yun. El asistente se marchó. En la silenciosa y tranquila habitación nos quedamos a solas Myeong-seo, el profesor Yun y yo. Cogí la mano del profesor Yun. Tenía la piel floja pero caliente.

—Abre la palma —me dijo Myeong-seo.

Tuve la sensación de que los dedos del profesor Yun se movían en mi mano. Obedecí. El profesor Yun dobló sus dedos marchitos y empezó a moverlos suavemente por mi palma. «Todo... tiene... un...» Abrí los ojos como platos y contemplé esos dedos convertidos en lápices. Me escribió en la palma: «Todo tiene un final».

Al hospital seguían llegando viejos amigos. Yo entre ellos. Por la noche cogía un taxi hasta casa, ponía agua y comida a Emily y regresaba al hospital. Myeong-seo no se alejaba de la habitación ni un segundo. Yo me quedaba con él o me sumaba a alguno de los pequeños grupos que se reunían en la cafetería del hospital. Mantenía las manos en los bolsillos y rezaba para que la gente no parara de hablar. No me lavaba las manos. Sentía que eso borraría las palabras que el profesor Yun había escrito en ellas. La comida que pedíamos se enfriaba y bebíamos alcohol con el estómago vacío. Al tercer día abandonó este mundo. El cielo se mantuvo nublado todo el día y por la noche nevió. Los copos cubrían los sombreros y los hombros de las visitas. Me encontraba frente a la habitación con Fallingwater, que venía por las mañanas y por las tardes, cuando recibimos la noticia de que el profesor Yun había fallecido. Me alejé por el pasillo martilleando el suelo con los tacones. Tomé el ascensor hasta la planta baja y rodeé el edificio. Mis rodillas amenazaban con fallarme. En un lugar apartado, protegido de las miradas de la gente, me recosté y clavé la mirada en las punteras de mis zapatos. Nos habían contado que el profesor Yun no había permitido que nadie fuera a verle durante los tres primeros años de enfermedad, pero que luego debió de presentir que su muerte estaba cerca porque llamó a su hermana mayor y le pidió que lo llevara al hospital. Una vez hospitalizado continuó deseando estar solo, y no fue hasta que le resultó imposible hablar cuando dio su permiso para que fuéramos informados. Además de escribir «Todo tiene un final» en la palma de mi mano, también había escrito algo en todas las palmas de la gente que lo visitaba, pese a hallarse semiinconsciente. Escribió «Igual que nació debo morir» en la mano de la persona que me había precedido, y «Ahí están las estrellas» en la de

Fallingwater, y «¿No florecen y se marchitan las flores?», en la mano de la persona que había llegado en coche hasta la casa del profesor Yun pero no había tenido el valor de entrar y había subido hasta lo alto de una colina para contemplarla desde allí, y «Nunca dejan de brillar» en la de Myeong-seo. «¿Qué habría escrito en las manos de Mi-ru y Dan si hubieran estado aquí?» Las últimas palabras que el profesor Yun escribió en una mano fueron «Enterrad mis cenizas bajo el árbol».

Después de dejar la universidad aquel año, el profesor Yun nunca regresó a su despacho. Pensábamos que estaba escribiendo poesía, pero como no publicaba su obra no podíamos leerla. Pasaba los días en su casa, cuidando de los árboles de las montañas vecinas, plantando cosas, cosechándolas y compartiéndolas con nosotros. Dado que solo había dicho «bajo el árbol», sin especificar cuál, para nuestra sorpresa cuando murió de lo que más hablamos fue de árboles. Alguien mencionó un roble oriental en Uljin, y un pino blanco en Hyoja-dong. Fallingwater dijo que el pino blanco ya no estaba, que una tormenta lo había derribado el año anterior y que solo quedaba el boquete. Que la gente del vecindario había hecho lo posible por salvarlo. Que plantaron otros pinos alrededor del lugar. Se mencionaron incontables *arboretums* de todo el mundo. Cada uno hablaba de algún árbol que había visto: pino, roble, cerezo silvestre, torreyá japonesa, parasol chino. Durante todo el funeral circularon entre nosotros nombres de árboles. Un amigo dijo que si fuéramos a un pueblo concreto de Namhae-gun, encontraríamos un gran magnolio plateado en un terreno con vistas al mar. Quinientos años atrás, un pescador del pueblo atrapó el pez más grande que había visto en su vida. En el estómago del pez encontró unas semillas y, sin saber de qué eran, las plantó. En primavera las semillas germinaron y dieron un enorme magnolio plateado. Cuanto más hablábamos de árboles, más cuenta nos dábamos de que conocíamos los mismos árboles por nombres diferentes, según dónde hubiéramos nacido y crecido. Cuando ese amigo sacó a relucir el magnolio plateado, Fallingwater dijo: «¿No te referirás a un magnolio japonés?», y hasta sacó un libro para demostrarlo. Los magnolios plateados abundaban cerca de la ciudad sureña donde había crecido ese amigo. Los que criaban árboles pero nunca habían visto un magnolio plateado aumentaron la confusión al seguir llamándolos magnolios japoneses. Poco a poco, conforme hablábamos de árboles, nos fuimos olvidando de que estábamos en el funeral del profesor Yun. Cuando se mencionó el roble oriental de Uljin, alguien sacó a la luz un roble oriental de Andong. Dijo que si una lechuza vuela hasta el roble oriental de Andong en primavera y ulula, significa que la cosecha será con toda certeza buena, y alguien más dijo que el roble oriental de Uljin brotó de una espada que un general de la dinastía Goryeo había clavado en el suelo tras perder una batalla. El funeral del profesor Yun semejaba un aula llena de gente intercambiando puntos de vista sobre árboles. El debate no parecía tener fin: ligustro, bola de nieve, tejo japonés, abeto coreano. En medio de todo eso visualicé el árbol de Júpiter de la tumba de mi madre. Las ramas de ese gran árbol se extendían más allá de la sepultura, y cuando sus flores rojas estaban en plena floración, la tumba se divisaba incluso desde una gran distancia.

El profesor Yun fue enterrado bajo un pino de las montañas próximas a la casa donde había pasado sus últimos días. Se había elegido ese lugar tras mucho ir y venir de opiniones. Fue enterrado bajo un árbol de doscientos años de edad. Puede que hasta fuera uno de los pinos de

aquella noche de invierno de cuyas ramas Myeong-seo y yo estuvimos sacudiendo la nieve hasta caer rendidos. Aquel día no se veía nada porque era de noche, pero ahora, al mirar a mi alrededor, vi que los bosques daban a un río que conducía al mar. Detrás, flanqueando el lugar como un biombo, había un grupo de frondosos pinos coreanos y cornejos japoneses. Introdujimos la urna en la tierra, debajo del viejo pino, y nos turnamos para arrojarle un puñado de tierra. Cuando me llegó el turno, recogí un puñado de tierra y en el instante en que mi mano se cerró sobre ella me abandonaron todas las palabras y únicamente permaneció una: «Adiós». El funeral tocó a su fin y fuimos a un bar, donde estuvimos bebiendo hasta el anochecer y enlazamos las palabras que el profesor Yun había dejado en nuestras palmas. La discusión sobre qué frase debería ir primero y cuál después se alargó tanto que uno de nosotros se quedó dormido con la cara aplastada contra la mesa. Una vez ordenadas las palabras, pudimos leer: «Señor Cristóbal, gracias por formar parte de mi vida. No llore por mí. Todo tiene un final, la juventud, el dolor, la pasión, el vacío, la guerra, la violencia. ¿No florecen y se marchitan las flores? Igual que nací debo morir. Contempla el cielo. Ahí están las estrellas. Cuando miramos, cuando olvidamos y cuando morimos, ellas siguen ahí, brillando. Que cada uno de vosotros se convierta en una de esas estrellas».

Cuando terminé de contar la historia de san Cristóbal, una estudiante levantó la mano. Como me habían asignado poco tiempo, no tenía previsto aceptar preguntas. Había planeado bajar de la tarima una vez terminada la historia, pero me puse las gafas y asentí con la cabeza.

—Gracias por compartir la historia. ¿Significa eso que somos san Cristóbal? ¿O somos el niño que porta sobre los hombros?

Me estaba haciendo exactamente la misma pregunta que el profesor Yun nos había hecho tantos años atrás. Había dicho: «Permitidme que os haga la siguiente pregunta. ¿Los que estáis hoy aquí sois Cristóbal o sois el niño que porta sobre los hombros?». Cada vez que veo el pasado repetirse en el presente dejo de pensar que el tiempo avanza de forma lineal. Sentada al lado de la muchacha que había hecho la pregunta estaba la hija de mi prima, Yu-seon. El domingo, cuando comí con ella y mi prima, Yu-seon se detuvo a medio camino de coger una hoja de sésamo con los palillos y dijo: «En la escuela han anunciado que serás la oradora invitada en la capilla. ¿Es cierto?». Mi prima dijo: «Si lo han anunciado significa que es cierto». Confirmada la noticia, Yu-seon, que era la viva imagen de mi prima, ladeó la cabeza. Me percaté de que no creía que su tía, la que iba a la casa de baños con ella, la que siempre faltaba a sus citas con el dentista porque odiaba ir y recibía llamadas de la enfermera, la que no dudaba en coger el último gajo de mandarina que quedaba en el plato, había sido invitada a hablar en la capilla. Dado que no paró de decir «Es muy raro, muy raro, normalmente solo invitan a gente famosa», y acabó exclamando «¡Odio ir a la capilla! Normalmente me la salto... No estoy obligada a ir, ¿verdad?», yo había dado por sentado que no vendría. A mí también se me hacía raro ver a Yu-seon sentada al lado de la estudiante que había hecho la pregunta, mirándome con sus ojos vivarachos. Para Yu-seon yo no era más que la tía que la peinaba y con la que intercambiaba ropa. Para mí, Yu-seon, la chica que resbalaba y caía al suelo en nuestras peleas por cortarle las uñas a Emily, parecía una adulta ahí sentada entre las demás estudiantes. Al ver que se miraban y sonreían, supuse que la chica que había hecho la pregunta era su amiga.

Me senté en la silla para darle mi respuesta.

La noche que sacudimos la nieve de los árboles de las montañas hasta caer rendidos, nevó de nuevo. Al día siguiente, cuando salíamos del pueblo, vimos que los árboles volvían a estar cubiertos de nieve. En el autobús de regreso a la ciudad, Myeong-seo me dijo que iba a trasladar sus cosas a mi habitación. Una vez en casa, apretujé mis pertenencias para hacerle sitio. El día acordado no apareció. Incluso dejó de llamar en mitad de la noche desde dondequiera que se hubiera desplomado mientras vagaba por la ciudad. Cuando no pude esperar más a que se pusiera en contacto conmigo y fui a la revista donde trabajaba media jornada, salió corriendo a mi encuentro. No arrastraba los pies como habría hecho una persona que no ha llamado y ha incumplido su promesa. La revista se hallaba en un edificio de diez plantas situado al otro lado del río Han, el primer edificio de una zona todavía por urbanizar. Mirando atrás, me doy cuenta de que eran solo diez plantas, pero en aquel entonces no había otros edificios de esa altura en la zona. Al lado había un auténtico cementerio rodeado de pinos. Telefoneé a Myeong-seo desde una cabina situada junto a la entrada del cementerio. Llegó tan deprisa que no sabía si yo había colgado el teléfono y salido de la cabina primero o si él había salido del edificio y gritado mi nombre antes. Sin darme tiempo a sentirme incómoda, me abrazó. Rodeamos el cementerio tres veces. No dije nada, pero volvió a prometerme que se vendría a vivir conmigo. Dijo que llevaría sus cosas a mi casa tres días después, pero a los tres días tampoco apareció. Cada vez que iba a verle, salía corriendo del edificio y me abrazaba con fuerza. Los abrazos duraban cada vez más. Cuatro veces me prometió que se mudaría conmigo para luego romper su promesa. La noche de la última promesa rota vino a mi casa. Esta vez no me abrazó. Se quedó en la azotea, mirando la ciudad en silencio. Observamos la torre Namsan brillando en el lugar de siempre. Creo que le pregunté: «¿De qué tienes miedo?». Su respuesta me sorprendió.

—Si vivimos juntos, los dos sufriremos. Nos convertiremos en personas horribles.

Entendía lo que quería decir con lo del sufrimiento, pero no comprendía por qué decía que nos convertiríamos en personas horribles. Pensando que había oído mal, le pregunté:

—¿Qué has dicho?

—Si empezamos de este modo, no podrás ir a ningún lado ni hacer nada por mi culpa.

—...

—Probablemente te aislaré de la gente, te convertiré en una isla solitaria. Te mantendré apartada de los demás. Me aseguraré de que la gente solo pueda conocerte a través de mí. Desearé que no tengas otras relaciones. Me empeñaré tanto en estar contigo todo el tiempo que nos convertiremos en personas horribles.

—Entonces ¿por qué aceptaste venir a vivir conmigo?

—Porque yo también lo deseaba.

Me recorrió un escalofrío y fulminé con la mirada las luces de la torre. En aquel momento no entendí, ni quería entender, lo que me estaba diciendo.

Siempre que describo una época como «hace mucho» tengo la sensación de que estoy caminando hacia algún sitio. Las cosas que comprendemos únicamente después de que haya pasado tanto tiempo que podemos describirlas como «hace mucho», quizá sean las cosas de las que estamos hechos.

Hace mucho, aquella noche, el muchacho al que creía conocer mejor que a nadie me pareció

un completo desconocido. Fue como si se hubiera ido y me hubiese dejado sola en la azotea. Pensé que ya no podía entender su corazón y me mordí el labio. Me sentí patética por haber pensado que tenía que estar con él. Cuando dijo mi nombre, no respondí. Cuando me tendió su mano, no la cogí. ¿Quería decir que estar conmigo se estaba convirtiendo en algo horrible? El corazón se me partió y sobre él se formó una fina capa de hielo.

Mientras fulminaba la torre con la mirada me dio la vuelta para decirme algo, pero no quise oírlo. Lo dejé en la fría y ventosa azotea y me metí en mi habitación. ¿Quién de los dos tenía razón? Una vez dentro, podía oírle decir de tanto en tanto mi nombre y tocar la puerta con los nudillos. Yo intentaba con todas mis fuerzas no escucharle. Luchando contra el impulso de regresar junto a él, me quedé sentada frente a mi mesa. Miré el libro de poesía que había encontrado en la librería donde nos refugiamos durante una manifestación. Desafiando el sonido de sus nudillos en la puerta, cogí el libro, que descansaba boca abajo, y lo abrí. Uno a uno, leí los poemas memorizados después de incontables lecturas. Los leí en voz alta para no dejarme vencer por el sonido de su voz pronunciando mi nombre. No tengo ni idea de cuándo se marchó. Me quedé dormida sobre la mesa con el poemario volcado en el suelo.

¿Y él?

En cuanto me desperté abrí la puerta y salí. La azotea estaba cubierta de nieve.

Se había marchado.

Cuando comprendí que no estaba, casi me fallaron las rodillas. Miré a mi alrededor, buscando rastros de él. Probablemente había permanecido frente a la puerta todo el tiempo que estuvo nevando, pues las huellas de sus pies caminando arriba y abajo se solapaban, solapaban, solapaban. Introduje los pies en las huellas y escudriñé sus pisadas grabadas en la nieve. Cruzaban la azotea y descendían por la escalera. Las seguí. En la entrada del edificio se solapaban de nuevo. Debió de pasar allí un buen rato, porque la nieve en ese lugar había sido pisoteada hasta quedar endurecida y brillante. Las pisadas proseguían calle abajo, en dirección a la casa donde había vivido con Mi-ru y su hermana, donde Mi-ru, Dan, Myeong-seo y yo habíamos pasado varios días juntos. Poco antes de llegar a ella las huellas volvían a solaparse. Debió de detenerse en ese punto, ensimismado o mirando la casa donde ahora vivía otra gente. Allí las huellas giraban en redondo. Me detuve sobre ellas y contemplé la casa a la luz de la mañana, luego también yo me di la vuelta y las seguí. Pensaba que si seguía sus huellas grabadas en la nieve el tiempo suficiente, acabaría por dar con él, pero pronto fueron imposibles de distinguir. Al principio del camino sus huellas habían sido las únicas grabadas en la nieve, pero al parecer otras personas habían salido temprano de sus casas, porque las huellas de Myeong-seo se mezclaban con otras, hasta que finalmente pasó un camión de la basura y cubrió todas esas huellas con las marcas de sus neumáticos. Contemplé las marcas de las ruedas que habían borrado las huellas de Myeong-seo antes de emprender el regreso a mi habitación. Metí algunas cosas en una bolsa y tomé el tren hasta la casa de mi padre. Pasé todo el invierno con él.

Esa no fue nuestra última despedida.

Un día que la nieve, que llevaba toda una semana cayendo, alcanzó la altura de un hombre, Myeong-seo caminó desde la ciudad hasta mi pueblo abriéndose camino por la nieve que invadía

la carretera. Tenía ampollas en las mejillas y los dedos de los pies congelados. «¿Por qué lo has hecho? —le pregunté. Aceptó mi reprimenda sin rechistar—. ¿Eres capaz de venir andando hasta aquí pero no puedes vivir conmigo?» No respondió. Pasó tres días en casa de mi padre. Se adentraba en las montañas para sacudir la nieve de los pinos, como había hecho en el pueblo del profesor Yun, jugaba al *janggi* con mi padre y hasta le acompañaba a la tumba de mi madre. Cuando se marchó, le compré un billete de tren y lo despedí en la misma estación por miedo a que regresara a pie. Myeong-seo, que había permanecido sentado en la sala de espera de la estación sin decir una palabra, gritó mi nombre en el torniquete, mientras le picaban el billete. Cuando me di la vuelta, dijo que cuando regresara a la ciudad deberíamos terminar lo que habíamos empezado en la torre Namsan. Le pregunté a qué se refería y murmuró para sí mismo: «Abrazar a desconocidos...».

Un día, cuando el invierno pasó y llegó la primavera, lo vi delante de la catedral de Myeongdong con un cartel que decía: abrazos gratis. En ningún momento imaginé que llegaría hasta el punto de confeccionar un cartel. Habíamos quedado delante de la catedral, pero no fui capaz de ir a su encuentro. Habíamos decidido que abrazaríamos a cien desconocidos y luego reconsideraríamos lo que íbamos a hacer. El primer lugar que convinimos para abrazar a desconocidos fue la catedral de Myeongdong. Yo había ido a menudo a buscarlo allí. Le observé desde cierta distancia y no me acerqué. Ni siquiera ahora puedo explicar por qué no lo hice. No sé qué nombre darle a la peculiar resistencia que se apoderó de mi corazón cuando vi el cartel de «Abrazos gratis». La gente lanzaba miradas de soslayo a él y su cartel al pasar por su lado. Había quien se detenía y le miraba descaradamente. No solo no estaba abrazando a ningún desconocido, sino que también él parecía incómodo, como si no supiera qué hacer. Un extranjero se acercó y le dio un abrazo. Mientras lo hacía, las manos de Myeong-seo permanecieron caídas a los lados. Pasó ahí tres o cuatro horas. Nadie más se acercó a él y tampoco él se acercó a nadie. Pero no daba la impresión de que me estuviera esperando. Cuando le vi bajar, vencido, el cartel de «Abrazos gratis», me marché.

A veces deseaba que alguien me dijera que llegaría un día en que podría aceptar sin dolor las cosas que nos habían ocurrido.

Ni siquiera cuando fracasó nuestro plan de abrazar a cien desconocidos rompimos. Hasta hace ocho años siempre estábamos haciéndonos promesas el uno al otro. Como gente que no podía no hacer promesas. Tantas promesas que no cumplimos y ni siquiera recordamos. Promesas hechas despreocupadamente encima de otras promesas incumplidas.

Posponiendo nuestra ruptura haciendo promesas.

Después de saber lo de Mi-ru, Myeong-seo reanudó su costumbre de telefonarme en mitad de la noche sin saber dónde estaba o desde dónde llamaba. Recibía una llamada suya cada noche. Y cada noche le preguntaba: «¿Dónde estás?». Solo una vez pronunció con claridad el nombre de una población conocida por sus manzanas. Fui a la terminal de autobuses interurbanos y esperé la salida del primer autobús del día para ir cuanto antes a su encuentro. Alquilamos bicicletas y paseamos por un camino estrecho con un manzano a un lado, arrancando manzanas cubiertas de rocío y compartiéndolas. Mordíamos las manzanas frescas y reíamos. En ese momento, como si



fuéramos dos personas que van a caminar siempre juntas, no había nada que nos inquietara. Duró poco. No tardó en volver a tener problemas para explicarme desde dónde llamaba. Yo siempre salía a buscarlo. A veces lo encontraba y a veces no. En una ocasión, cuando di con él por los pelos, le hice reír diciendo que si alguien llamaba a las cuatro de la mañana, tenía que ser un espía de Corea del Norte. Entonces una noche la llamada intempestiva no fue suya, sino de un desconocido. El hombre me dijo que Myeong-seo había saltado el muro de su casa y se había quedado dormido en el jardín. Como no parecía peligroso, lo había zarandeado e interrogado hasta sacarle un número de teléfono. Así fue como consiguió mi número, dijo. No obstante, si no iba a recogerlo, tendría que avisar a la policía. Le pregunté dónde vivía. Era la casa donde Mi-ru había querido que viviéramos todos juntos. Cuando corrí a su encuentro en el aire del amanecer, Myeong-seo me miró y me llamó Mi-ru. Aunque no puedo recordarlo, estoy segura de que había veces que yo le miraba y le llamaba Dan. ¿Fue esa la noche en que dejamos de hacernos promesas? ¿Fue esa la noche en que dejamos de decirnos “Ahora mismo voy”?

Hace unos días cogí el autobús hasta la estación de tren para ir a ver a mi padre a la residencia. En el periódico que estaba leyendo la persona que tenía al lado vi a Myeong-seo. Era un artículo sobre una exposición de sus fotos. Como no podía apartar los ojos del periódico, la persona me lo dio cuando bajó del autobús. Lo abrí y murmuré: «¡Emily, sus fotos son increíbles!», como si la tuviera sentada a mi lado. La exposición se titulaba «Abrazando la juventud». En las fotos salían jóvenes abrazándose en países de todo el mundo, incluso en la calle Arbat de Moscú. Contaba que Myeong-seo había viajado durante tres meses para hacer mil fotos de jóvenes abrazándose. Debió de partir justo después del funeral del profesor Yun. El periodista le preguntaba: «¿Por qué fotos de jóvenes abrazándose?». Myeong-seo contestaba que a veces lo asaltaba un impulso interno de autodestruirse y que ver a gente joven abrazándose le ayudaba a superarlo. Decía que de todas las personas del planeta, los moscovitas eran los menos propensos a sonreír, pero que hasta ellos sonreían cuando veían a jóvenes abrazarse en la calle Arbat. Añadía que él mismo había abrazado a cien jóvenes a los que no conocía en esa misma calle.

¿Sentía lo mismo que yo?

A veces pienso que me estoy derrumbando, como si me hubiera caído una bomba. A veces, a fin de vencer la misteriosa angustia que paraliza mis sentidos, ahuyento el miedo, camino hasta mi mesa y me siento. Mientras observaba su cara en el artículo donde declaraba que había abrazado a cien jóvenes a los que no conocía, empecé a entristecerme y miré por la ventanilla el discurrir veloz de la ciudad al mediodía. Los días en que nos pateábamos la ciudad, albergando nuestra soledad y nuestros sueños de «algún día», me devolvieron la mirada.

Ese día, en la capilla, otra estudiante levantó la mano. Me preguntó: «¿Qué diría la persona que era a los veinte años a las que ahora tenemos esa edad?». Miré más allá de Yu-seon, sentada entre las demás estudiantes, y me concentré en la chica que había hecho la pregunta. Debía de ser tímida, porque la voz le temblaba. Las palabras brotaron de mi boca sin pensarlas: «Os diría que espero que tengáis a alguien a quien deseéis decirle “No olvidemos nunca este día” cada vez que estéis juntos». Las estudiantes soltaron una exclamación y rieron, y yo reí con ellas. «También... —Creían que había terminado, pero cuando empecé a hablar de nuevo, callaron—. Que espero

que os convirtáis en la clase de persona que no duda a la hora de decir “Ahora mismo voy”.»

Creo que ocurrió el día después de que el veterinario me dijera que Emily, que era tan mayor que cualquier movimiento, por pequeño que fuera, le suponía un esfuerzo, tenía un tumor inoperable en el estómago. El timbre tenue de un teléfono sonando en mitad de la noche me hizo revolverme en sueños. Cuando desperté, el timbre sonaba más fuerte, como si me taladrara los oídos. Descolgué el teléfono y una voz extraña me preguntó si era el número de Jeong-min. Le dije que no, pero el joven rompió a llorar y me suplicó que le pasara a Jeong-min. Solté el auricular. Cuando al rato lo levanté, el joven seguía llorando. Le daba igual que yo le escuchara o no, simplemente necesitaba llorar un rato por teléfono. Cuando dejara de llorar, sus sentimientos por la Jeong-min que estaba buscando se calmarían ligeramente. Emily, que dormía hecha un ovillo en la mesita de noche, se despertó, trepó hasta mi estómago y se tumbó. A estas alturas le costaba incluso limpiarse. Cuando pregunté al veterinario si podría salir airosa de una operación, respondió que Emily había tenido una vida sorprendentemente larga y que qué necesidad había de hacerle pasar por eso. Regresé a casa con Emily en los brazos. Le acaricié el cogote hasta que escuché el tono de marcado en el auricular, ya fuera porque el joven había dejado de llorar o porque la línea se había cortado sola, y lo devolví al aparato. No podía conciliar el sueño, así que estuve un rato sentada frente a la mesa antes de abrir el cajón inferior. Saqué sobres, listados y un diccionario de caracteres chinos, y me quedé mirando la caja del fondo que contenía el diario de Myeong-seo, el que había titulado *Libro marrón*. Lo había guardado en esa caja cuando empecé a sentirme bien sin él. Lo saqué, retiré el precinto y abrí el diario.

Preguntándote por qué las cosas no podían ser diferentes entonces. Culpándote constantemente, el «Si hubiera» saliendo de tu boca en momentos inesperados. Comprendiendo de pronto lo que sentías entonces por razones que nada tenían que ver con lo ocurrido en aquel momento, quedándote con preguntas o cosas imposibles de entender independientemente de los días nuevos que llegaban a tu vida.

¿Cuándo podría contarle que fui a Basilea y a Perú? ¿Cuándo podría contarle que estuve delante de *La isla de los muertos* de Arnold Böcklin, en el Kunstmuseum Basel, y que tras pronunciar el nombre de Mi-ru, me di la vuelta y miré a mi alrededor porque pensaba que le había oído decir «¿Sí?»?

Grabadas en la tierra del desierto de Nazca, al pie de los Andes, hay unas figuras geométricas que solo pueden verse desde el cielo. Dicen que las imágenes las dejó allí el pueblo nazca mil quinientos años atrás. En aquellos tiempos no había animales domésticos. Las figuras comprenden centenares de líneas largas hechas retirando grava, aves gigantes que si cobraran vida y echaran a volar, la sombra de sus alas cubriría gran parte de la planicie, bellas y extrañas criaturas que no reconocía. Estaban grabadas en la llanura como códigos desenterrados con los dedos. Dicen que las imágenes han sobrevivido estos mil quinientos años porque, pese a hallarse en una latitud donde debería crecer vegetación tropical, en esa zona hacía mil años que no llovía y por tanto era muy seca. «Ni una gota de lluvia en diez mil años...», murmuré para mí. Me era imposible imaginar tanto tiempo. No estaba segura de que el adjetivo «seco» bastara para describir un lugar donde no había llovido en diez mil años. Desde el suelo no podías ver los geoglifos. Tenías que

estar por los menos a trescientos metros de altura para verlos en su totalidad, de modo que mis compañeros de viaje y yo tomamos un helicóptero. Zigzags, estrellas, plantas y cuadrículas de excepcional tamaño, círculos, triángulos, cuadrados, trapezoides... los geoglifos no tenían fin. Geométricos y enigmáticos, no cubrían únicamente la vasta y desolada llanura de Nazca. Las líneas de las figuras se extendían mucho más allá, por islas, desfiladeros profundos y arroyos, y las curvas de la cordillera de los Andes. Cientos y cientos de líneas conectadas a fuerza de retirar grava. La punta de un triángulo enorme estaba cortada, mientras que el pájaro que parecía estar volando hacia el sur destacaba claramente. Como no empleaban animales, hicieron todo ese trabajo con las manos. ¿Cómo consiguieron dejar esos geoglifos imposibles de ver desde el suelo cuando aún no se había inventado nada que los elevara en el aire y les permitiera contemplarlos desde arriba? Observé una figura de mil quinientos años de antigüedad y me pregunté «¿Por qué?, ¿cómo?». Allí, dibujada en la arena, había una araña de cincuenta metros de largo.

¿Quién me iba a decir que un día tendría la oportunidad de contemplar desde el aire una araña dibujada en el desierto hacía mil quinientos años? Dan, que me había acompañado hasta la tumba de mi madre pese a su pánico a las arañas. Después de volar ocho horas, cambiar de avión en Los Ángeles y volar otras veinte para llegar al geoglifo de la araña en el desierto de Nazca, al pie de la cordillera de los Andes, Dan estaba fresco en mi mente. En ese momento un rincón de mi corazón que había permanecido oscuro y frío como el hielo se agrietó y el rayo de luz de una estrella elevándose con el amanecer lo atravesó y alumbró. Sentí su calor. Contemplé el desierto de Nazca y pronuncié su nombre. La cara de Dan apareció sobre la imagen de la araña grabada mil quinientos años atrás en el desierto. «No tengas miedo», me dije. Y «Nunca te olvidaré». Pensé: «No estoy hecha solo de mí. Las cosas que veo, las cosas que siento, también son de Dan. Y de Mi-ru. Los días que les fueron arrebatados pueden vivirlos a través de mí».

Mientras pasaba las hojas del diario de Myeong-seo, la luz del amanecer se abría paso hacia mi mesa. Emily encontró la fuerza para saltar sobre ella y acurrucarse con la cara hacia mí. «No te preocupes, Emily...», musité, sin saber muy bien a qué me estaba refiriendo, y le acaricié detrás de las orejas. Emily me miró un instante y luego se extendió como un charco sobre la superficie de la mesa. El diario de Myeong-seo había permanecido cerrado y precintado cerca de ocho años, casi el mismo que estuve sin verlo. Después de romper el precinto y volver a leerlo, todas las palabras me parecieron nuevas. Hasta el día que precinté el diario, las había leído sin descanso, y pensaba que las había memorizado, pero ahora tenía la sensación de estar leyéndolas por primera vez. Volví la última página y retiré la funda marrón que envolvía el diario. Mientras lo hacía, recordé que la había quitado antes de precintarla también. Metí dentro el librito de poemas de Francis Jammes que Myeong-seo y yo habíamos leído juntos en una ocasión, frente a una librería de una calle donde tenía lugar una manifestación, las cartas que Dan me había enviado y mis respuestas tardías que no había tenido adónde enviar. El librito y las cartas estaban demasiado apretados dentro de la funda. Saqué el librito, ordené las cartas y procedí a insertarlas entre las hojas del diario cuando me quedé absorta en mis pensamientos. ¿Dónde estaba ahora el diario de Mi-ru, el que había colocado entre los libros de escritores fallecidos antes de cumplir los treinta y tres de la estantería del despacho del profesor Yun? ¿Quién estaba leyendo el libro de poemas de Emily Dickinson que Dan había conseguido colar en la base? Puede que ya no existieran. Le di la vuelta al diario para volver a ponerlo dentro de la funda y me detuve. Había algo escrito detrás.

Enderecé la espalda mientras leía. «Algún día quiero envejecer con Jeong Yun.» Era su letra. ¿Había estado siempre ahí? ¿Esa frase había permanecido precintada los últimos ocho años? Dejé el diario sobre la mesa y me quedé sentada hasta que el sol la inundó con su luz por completo. Emily abrió los ojos y me miró. Unos ojos que, pese a la edad, seguían siendo azules. «No te preocupes, Emily...», murmuré mientras llenaba la pluma de tinta, y continué la frase que había tardado ocho años en encontrar. «Ahora mismo voy.»

**Kyung-sook Shin** nació en Jeongeup, Corea del Sur. De adolescente se trasladó a Seúl donde estudió escritura creativa y publicó su primer relato a los veintidós años.

Hoy es una de las autoras de mayor prestigio de su país. Ha publicado ocho novelas, siete colecciones de relatos y tres libros de ensayo. A lo largo de su carrera ha recibido numerosos premios, entre los que destacan el Young Artist of Today (1993), el Hyundae Literary Award (1994), el Manhae Literary Award (1995), el Dong-in Literature Prize (1997), el Yi Sang Literary Prize (2001), el Prix de l'Inaperçu (2006), el Man Asian Literary Prize (2012), el premio más importante de Asia; y, más recientemente, el Ho-Am Prize in the Arts (2013).

*Por favor, cuida de mamá* (Grijalbo, 2011), una novela que constituyó un auténtico fenómeno editorial en Corea del Sur y que ha sido traducida en veinte países, fue su inmejorable carta de presentación en nuestro mercado, donde fue elogiada tanto por la crítica especializada como por los lectores.

En la actualidad vive en Seúl y Nueva York.

Título original: *I'll Be Right There*

Edición en formato digital: septiembre de 2013

© 2010, Kyung-sook Shin

© 2013, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2013, Matuca Fernández de Villavicencio, por la traducción

Diseño de la cubierta: Manuel Esclapez / Random House Mondadori, S. A.

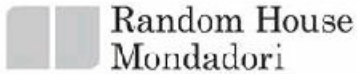
Fotografía de la cubierta: © Julia Davila-Lampe / Getty Images

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5170-9

Conversión a formato digital: M. I. maqueta, S.C.P.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)



Consulte nuestro catálogo en: [www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Caballo de Troya, Collins, Conecta, Debate, Debolsillo, Electa, Endebate, Fantasy, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Nube de Tinta, Plaza & Janés, Random, RHM Flash, Rosa dels Vents y Sudamericana.

Sede principal:

Travessera de Gràcia, 47-49

08021 BARCELONA

España

Tel.: +34 93 366 03 00

Fax: +34 93 200 22 19

Sede Madrid:

Agustín de Betancourt, 19

28003 MADRID

España

Tel.: +34 91 535 81 90

Fax: +34 91 535 89 39

Random House Mondadori también tiene presencia en el Cono Sur (Argentina, Chile y Uruguay) y América Central (México, Venezuela y Colombia). Consulte las direcciones y datos de contacto de nuestras oficinas en [www.randomhousemondadori.com](http://www.randomhousemondadori.com).



## Índice

Primavera helada

Prólogo: ¿Puedo ir a verte?

1. La despedida

2. Cruzando el agua

3. Respiramos

4. El camino al lago salado

5. Caminando juntos

6. La casa vacía

7. Una habitación al final de la escalera

8. Una barca pequeña

9. Si abrazamos a cien desconocidos

10. En el fuego

Epílogo: Primavera helada

Biografía

Créditos

Acerca de Random House Mondadori

*This file was created  
with BookDesigner program  
bookdesigner@the-ebook.org  
26/09/2013*